SAN JERÓNIMO

Comentario a Jeremías

Commentariorum in Jeremiam

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentariorum in Jeremiam · Comentario a Jeremías

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Después de las explicaciones de los doce Profetas, de Isaías, de Daniel y de Ezequiel, por fin ponemos manos a la obra con Jeremías, dedicándote a ti, hermano Eusebio, estos pequeños comentarios, para que unas al varón evangélico con el evangelista Mateo, a quien hace muchos años, por tu insistencia, expuse con interpretaciones concisas. Y como el volumen es muy largo y en muchos lugares se entreteje una historia manifiesta, advierto a tu prudencia que no busques en esto una explicación extensa, sobre todo en aquellas cosas que ya han sido dichas en los otros Profetas y que por sí mismas son claras a la inteligencia. Y así me esforzaré por escribir con mano de amanuense, para que nada falte en los sentidos, aunque mucho falte en las palabras. Te prepararé la urdimbre, la trama y los lizos; tú mismo confecciona la más bella vestidura, para que no solo puedas escucharnos a nosotros, sino también enseñar a otros. Sin embargo, el librito de Baruc, que comúnmente se une a la edición de los Setenta y no se encuentra entre los hebreos, y la epístola pseudepígrafa de Jeremías, de ninguna manera he considerado que deban ser comentados; sino más bien ordenar y completar, a partir de las fuentes hebreas, el orden de Jeremías, confundido por el error de los copistas, y las muchas cosas que faltan, para que tengas un Profeta nuevo a partir del antiguo, y uno verdadero en lugar de uno corrupto y falsificado, prestando poca atención a la rabia de los detractores, que calumnian no solo las palabras, sino también las sílabas de nuestras palabras, creyendo que saben algo

si critican las obras ajenas: como recientemente surgió un calumniador indocto que considera que mis Comentarios 835-836 a la Epístola de Pablo a los Efesios deben ser censurados. Y no entiende, roncando con excesiva demencia, las leyes de los Comentarios, en los cuales se exponen muchas opiniones de diversos autores, ya sea con los nombres de los autores tácitos o expresos, para que sea arbitrio del lector decidir qué debe elegir preferentemente; aunque ya en el primer libro de esa misma obra he prefaciado que diría cosas propias o ajenas, y que los mismos Comentarios son tanto de los escritores antiguos como nuestros. No viendo esto, su precursor Grunio intentó en otro tiempo criticarlo. A él le respondí en dos libros, donde las cosas que este presenta como suyas, y que ya eran calumniadas por otro, han sido aclaradas: por no mencionar los volúmenes contra Joviniano, en los que se duele de que la virginidad sea preferida al matrimonio, el matrimonio a las segundas nupcias, y las segundas nupcias a la poligamia.

Ni recuerda el estupidísimo, y apesadumbrado por las gachas de los escoceses, que nosotros dijimos en esa misma obra: «No condeno a los que se casan por segunda vez, ni tampoco por tercera, y si es posible, por octava vez: añadiré algo más, incluso acojo al fornicador arrepentido: todo lo que es igualmente lícito, debe ser pesado en igual balanza». Que lea la Apología de esa misma obra, que Roma recibió con alegría hace muchos años contra su maestro: y entonces advertirá que blasfema con voces ajenas; y que es

tan inexperto que ni siquiera tiene sus propias maldiciones, sino que utiliza la rabia de enemigos ya sepultados contra nosotros. Pero ya es hora de emprender la obra propuesta.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I.—Vers. 1 y ss.) Palabras de Jeremías, hijo de Helcías, de los sacerdotes que estaban en Anatot, en tierra de Benjamín; a quien vino la palabra del Señor en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, en el año decimotercero de su reinado. Y vino en los días de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, hasta la consumación del undécimo año de Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, hasta la transmigración de Jerusalén, en el mes quinto. Otros profetas, como Isaías, Oseas, Joel, fueron antes de la cautividad de las diez tribus de Israel, o de las dos tribus, Judá y Benjamín. Otros, después de la cautividad: como Daniel, Ageo y Zacarías. Jeremías y Ezequiel, en cambio, tejieron su vaticinio siendo inminente la cautividad: pero uno de ellos en tierra de Judá, el otro en Babilonia. Jeremías, siendo aún un niño, comenzó a profetizar en el año decimotercero de Josías, hijo de Amón, rey de Judá. Y profetizó durante su imperio por diecinueve años; y después bajo Joacim, su hijo, por once años; y bajo Sedecías, que fue el último de los reyes de Judá, por once años, hasta el quinto mes, cuando Jerusalén fue tomada por los babilonios. Los tres meses de Joacaz y de Jeconías (de los cuales uno fue llevado a Egipto, y el otro con su madre a Babilonia) se computan en los años antedichos: por esto, desde

el exordio de su profecía hasta la cautividad de Jerusalén, en la cual él mismo fue capturado, profetizó por cuarenta y un años, además de aquel tiempo en que fue llevado a Egipto. Y allí profetizó en Tafnis, como se contiene en este mismo volumen. En lugar de «las palabras de Jeremías», los Setenta pusieron: «La palabra de Dios que vino a Jeremías» (Jer. 43:8); con este sentido, a saber, que las palabras de Jeremías son palabra del Señor. Era, además, del linaje de los sacerdotes, que habitaban al norte de Jerusalén, en el tercer miliario, en la aldea de Anatot. Y al mismo tiempo, es admirable la clemencia del Señor, que, estando ya próxima la cautividad y el ejército babilonio cercando Jerusalén, no obstante, provoca al pueblo a la penitencia, prefiriendo salvar a los convertidos que perder a los delincuentes. En lugar de «transmigración», que todos los demás tradujeron con voz cónsona, los Setenta pusieron «cautividad». Después del comienzo de la vaticinación de Jeremías, en el trigésimo quinto año de su profecía, Ezequiel en Babilonia comenzó a profetizar a los que con él habían sido capturados.

(Vers. 4, 5.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Antes de que te formara en el vientre, te conocí; y antes de que salieras de la vulva, te santifiqué: te he puesto por profeta para las naciones. No es que Jeremías existiera antes de la concepción, como sospecha la herejía, sino que el Señor preconoció que él existiría, para quien las cosas aún no hechas ya están hechas, según aquello que dice el Apóstol: *El que llama a las cosas que no son, como si fuesen* (Rom. 4:17).

Que sea santificado en el útero, debemos entenderlo según aquello del Apóstol: *Mas cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo lo evangelizase entre los gentiles* (Gál. 1:15). También Juan el Bautista es santificado en el útero, y recibe el Espíritu Santo, y se mueve en el seno materno, y habla por boca de su madre (Lc. 1). En cuanto a lo que dijo, *te he puesto por profeta para las naciones*, quiere que se entienda lo que hemos de leer más adelante en este mismo Profeta, que no solo a Jerusalén, sino también a muchas naciones circundantes profetizó. Algunos entienden este pasaje sobre el Salvador, quien propiamente fue Profeta de las naciones; y por medio de los Apóstoles llamó a todas las gentes. Pues Él verdaderamente, antes de ser formado en el útero virginal, y antes de salir de la vulva de su madre, fue santificado en el útero; y conocido por el Padre, puesto que siempre está en el Padre, y en Él siempre está el Padre.

(Vers. 6.) Y dije: ¡Ah, ah, ah, Señor Dios, he aquí que no sé hablar, porque soy un niño! LXX: *Y dije: oh Señor Dios, no sé hablar, porque soy joven.* Rechaza el oficio que por su edad no puede sostener, con la misma vergüenza con que Moisés dice ser de voz tarda y torpe (Éx. 4 y 6). Pero aquel es reprendido como si fuera de edad grande y robusta; a este se le concede el perdón por su niñez, que se adorna con la vergüenza y el pudor.

(Versículos 7, 8) Y el Señor me dijo: No digas: "Soy un niño", porque irás a todo lo que te

envíe, y todo lo que te mande, lo dirás. No temas ante ellos, porque yo estoy contigo para librarte, dice el Señor. No consideres tu edad, dice; pues, hablando otro profeta, aprendiste: "La canicie del hombre es su sabiduría" (Sabiduría 4:9). Sea solo tu voluntad el proseguir; me tendrás por compañero, con cuya ayuda todo lo cumplirás: "abre tu boca y yo la llenaré" (Salmo 80). Ni consideres la multitud de aquellos a quienes y contra quienes has de hablar, sino a mí, que estoy contigo para librarte, dice el Señor. Mas el Señor libra, no para que el Profeta carezca de persecuciones y angustias —puesto que leemos que padeció muchas cosas—, sino para que, sufriendo, todo lo supere y no ceda a la angustia.

(Versículo 9) Y extendió el Señor su mano y tocó mi boca, y me dijo el Señor: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca. Es de notar que aquí se extiende la mano de Dios, que toca la boca del Profeta, y se le dice: "He aquí que he puesto mis palabras en tu boca"; mientras que en Isaías está escrito: "Y fue enviado a mí uno de los Serafines, y en su mano tenía un carbón que con tenazas había tomado del altar, y tocó mi boca y dijo: He aquí que esto ha tocado tus labios, y quitará tus iniquidades, y limpiará tus pecados" (Isaías 6:6-7). Pues allí, como era de edad sólida y perfecta, y él mismo confiesa simplemente que tiene labios impuros y que habita en medio de un pueblo de labios contaminados, es enviado uno de los Serafines, que no con la mano, sino con tenazas y un carbón, toca su boca y quita sus iniquidades y limpia sus pecados. Aquí, en cam-

bio, se extiende la mano misma de Dios, por la cual ha obrado todas las cosas, y que en otro lugar se llama su brazo: no para quitar los pecados, que por su niñez no había cometido en gran número, sino para conceder la gracia de hablar. Por su parte, Ezequiel devora un libro escrito por dentro y por fuera, que contiene tanto los sacramentos divinos como la simple historia. A Jeremías se le toca la boca y se le conceden las palabras del Señor, para que reciba la confianza para predicar. Y bellamente, según la letra, se extiende una mano, para que, viendo la semejanza de miembros humanos, no temiera el tacto de la mano.

(Versículo 10) He aquí que te he constituido hoy sobre las gentes y sobre los reinos, para arrancar y para destruir, y para esparcir, y para disipar, y para edificar, y para plantar. Esto que hemos añadido del hebreo, "disipar" o "deponer", no se encuentra en los Setenta. Y ha de considerarse que a cuatro cosas tristes suceden dos alegres. Pues no podían edificarse las cosas buenas si no se destruían las malas; ni plantarse las óptimas si no se erradicaban las pésimas. Porque toda planta que no plantó el Padre celestial será arrancada de raíz; y la edificación que no tiene su fundamento sobre la roca, sino que está construida sobre la arena, es socavada y destruida por la palabra de Dios. Mas aquella que Jesús consumirá con el espíritu de su boca y destruirá con la llegada de su presencia, es decir, toda doctrina sacrílega y perversa, la dispersará para siempre. Además, aquellas cosas que se elevan contra la ciencia de Dios y confían en su propia

sabiduría, que es necedad ante Dios, las disipará y depondrá, para que en su lugar se edifiquen las cosas humildes, y en el lugar de las superiores que fueron destruidas y arrancadas, se construyan y planten las que convienen a la verdad eclesiástica; y se cumpla aquello que dice el Apóstol: "Sois edificación de Dios, agricultura de Dios" (II Cor. 3:9). Muchos entienden este pasaje sobre la persona de Cristo: pues Jeremías se interpreta como "el excelso del Señor", que destruyó los reinos del diablo, que este le había mostrado en un monte elevado; destruyó las potestades adversarias, borrando en la cruz el quirógrafo de los errores. De las cuales también en el Salmo, después de la verdad histórica, se habla tropológicamente (*tropikōs*): "¿Por qué se amotinaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno" (Salmo 2:1-2). En lugar de estas cosas arrancadas, destruidas, perdidas y arrastradas a lo inferior, se edifica y se planta la Iglesia de Dios. Sobre la persona de Jeremías, sin embargo, no hay duda alguna. Pues leemos en lo que sigue (cf. cap. XXV) que recibe en su mano un cáliz lleno de vino puro, y se le ordena dar de beber a todas las naciones de alrededor.

(Versículos 11, 12) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: ¿Qué ves, Jeremías? Y dije: Veo una vara vigilante. Y el Señor me dijo: Has visto bien, porque yo vigilaré sobre mi palabra para cumplirla. En lugar de 'vara vigilante', los Setenta tradujeron 'un báculo de nogal'. Por lo tanto, debemos esforzarnos por explicar brevemente la etimolo-

gía hebrea para que el lector latino la entienda. ` SECED ` se dice por 'nuez'; mientras que 'vigilia' o 'vigilante' o 'vigilar' se llama ` SOCED ` . De ahí que también en pasajes posteriores, un 'leopardo vigilante' es designado con este nombre. Por lo tanto, a partir de lo que se llama 'nuez', por la similitud de la palabra, se alude al significado de 'vigilante'; esto, en efecto, también está escrito en Daniel según Teodoción, de modo que de los árboles *prinos* (πρίνου) y *schinos* (σχίνου), es decir, la encina y el lentisco, se decreta una 'división' y un 'aserrado' para los presbíteros adúlteros. Asimismo, también en el principio del Génesis, de 'varón', que se dice ` IS ` , la 'mujer' es llamada ` ISSA ` , como una cierta *virago* (varona), porque fue tomada del varón. En lugar de 'un báculo de nogal', Áquila y Símaco tradujeron 'una vara vigilante'; Teodoción, en cambio, tradujo 'una vara de almendro'. Ahora bien, la vara vigila, considerando todos los pecados del pueblo, para golpear y corregir a los delincuentes. De ahí que también el Apóstol escriba a los pecadores: '¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con una vara, o con caridad y espíritu de mansedumbre?' (I Cor. IV, 23)? Esta es la vara, o báculo, de la que habla David: 'Tu vara y tu cayado, ellos me han consolado' (Sal. XXII, 5). Y bellamente puso, 'me han consolado'. Pues para esto corrige el Señor: para enmendar. Y así como la nuez, o la almendra, tiene una corteza muy amarga y está rodeada por una cáscara durísima, de modo que, quitadas las partes más austeras y duras, se encuentra el fruto dulcísimo: así toda corrección, y el trabajo de la continencia,

parece amarga en el presente, pero engendra los frutos más dulces. De ahí también aquella vieja sentencia: 'Las raíces de las letras son amargas, los frutos dulces'. Algunos entienden la vara vigilante y de nogal como el Señor, de quien dice Isaías: 'Saldrá una vara de la raíz de Jesé' (Is. XI, 1). De ahí también que la vara de Aarón, que se creía muerta, se narra que floreció en la resurrección del Señor.

(Versículos 13, 14) Y vino a mí por segunda vez la palabra del Señor, diciendo: ¿Qué ves? Y dije: Veo una olla hirviendo, y su faz está vuelta desde el lado del Aquilón. Y el Señor me dijo: Desde el Aquilón se desatarán (o *arderán*) los males sobre todos los habitantes de la tierra. Por ciertos grados, se atribuyen tormentos a los pecadores, para que poco a poco lleguen a la salvación. Quienes no quisieron ser enmendados por el golpe de la vara, son arrojados a una olla de bronce e hirviente, de la cual Ezequiel escribe más plenamente, que se enciende desde el lado del Aquilón (Ez. XXIV), significando al rey de Babilonia [Alt: de los babilonios] y a la ciudad de Jerusalén. Y bellamente se inserta: 'Desde el Aquilón arderán los males sobre todos los habitantes de la tierra': ya sea de la tierra de Judá, o ciertamente de toda la tierra, de quienes está escrito en el Apocalipsis: '¡Ay de todos los habitantes de la tierra!' (Apoc. VIII, 13). Pues los santos no son habitantes de la tierra, sino advenedizos y peregrinos, uno de los cuales dice: 'Soy advenedizo sobre la tierra, y peregrino como todos mis padres' (Sal. XXXVIII, 13). Y otro: 'Pocos y malos son mis días, en los

que peregrino en la tierra' (Gén. XLVII, 9). De ahí que también Pedro escriba su Epístola Católica a los advenedizos y peregrinos del Ponto, Galacia y Capadocia (I Pe. I). Y según las interpretaciones místicas, Salomón dice: 'El Aquilón es un viento duro' (Prov. XXV, 23); pero por nombre es llamado 'diestro' por aquellos, a saber, que se han entumecido por su frío y han perdido el calor de la fe.

(Versículos 15, 16.) Pues he aquí que convocaré a todas las familias de los reinos del Norte, dice el Señor, y vendrán y pondrá cada uno su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros en derredor, y sobre todas las ciudades de Judá. Y pronunciaré mis juicios contra ellos por toda su maldad, porque me abandonaron, y ofrecieron libaciones a dioses ajenos y adoraron la obra de sus manos. No hay duda de que muchas gentes y los reyes de cada una de las gentes estuvieron sujetos al rey de Babilonia, quienes, habiendo sitiado Jerusalén, pusieron en derredor, y especialmente en las salidas de las puertas, su trono y sus tiendas, para que ninguno de los que estaban encerrados pudiera escapar; y no solo Jerusalén, sino también todas las ciudades de Judá fueron rodeadas por un asedio similar. Y cuando, dice, la ciudad haya sido tomada, entonces les declararé que mis juicios fueron rectos, y que cada uno recibió lo que merecía: no por los demás vicios a los que está sujeta la condición humana, sino principalmente por la idolatría, por la cual, abandonándome, adoraron las obras de sus propias manos. Algunos interpretan este pasaje en un sentido favorable, a saber, que aquellos que

fueron cocidos en la olla de bronce, habiendo sido purgados antes por medio de tormentos, serían después príncipes de Jerusalén; y que después de que el Señor se hubiera apiadado de ellos, entonces les reprocharía que, habiéndole abandonado, veneraron simulacros. Pero esta es una interpretación forzada y perversa, para que el expositor indocto no haga una calumnia.

(Versículo 17.) Tú, pues, ciñe tus lomos, y levántate, y diles todo lo que yo te mando. También a Job se le manda que ciña sus lomos (Job 4); y a los Apóstoles (Lucas 12), que con los lomos ceñidos —los cuales Elías (4 Reyes 1) y Juan el Bautista (Mateo 3) mortificaron con cinturones de piel—, tuvieran lámparas en sus manos, es decir, de la predicación evangélica. Quienquiera, pues, que vaya a pronunciar las palabras de Dios, debe ceñir sus lomos, sabiendo que toda la fuerza del diablo está en sus lomos (Job 40); y el justo dice en los Salmos: "Mis lomos están llenos de ilusiones" (Salmo 37:8). Y cuando haya ceñido sus lomos, oiga aquello que está escrito: "Despierta, tú que duermes, y levántate, y te iluminará Cristo" (Efesios 5:14); para que, siempre vigilante y levantándose del sueño, hable lo que Dios le ha mandado.

No temas ante su rostro, pues no haré que temas su semblante. O como tienen la Septuaginta y los demás intérpretes: no sea que te haga temer. Y el sentido según nuestra traducción es: No temas ante su rostro, pues conmigo como ayudador, no podrás temerles. Según la Septuaginta: No temas ante su rostro, ten confianza en

mi mandato. Pues si no ofreces lo que tienes para dejar de temer, te abandonaré y te entregaré al temor, y en cierto modo pareceré hacerte temer, al dejarte al pavor. Esto, sin embargo, significa que la verdad debe ser siempre amada, y no se ha de temer a la multitud de los hombres, quienes, al ser reprendidos [variante: intrépidos], no soportan la corrección, sino que tienden insidias a aquel por quien son corregidos. Y lo que sigue según la LXX, "porque estoy contigo para librarte, dice el Señor", no se encuentra en el hebreo. Y el sentido es: Te rescataré, no en el sentido de que nadie te tenderá insidias, sino en el de que, sufriendo las insidias, no pecarás.

(Versículos 18, 19.) Pues yo te he puesto hoy (o, He aquí que te he puesto en este día) como ciudad fortificada, y como columna de hierro, y como muro de bronce sobre toda la tierra: para los reyes de Judá, sus príncipes, y sus sacerdotes, y para el pueblo de la tierra. Y pelearán contra ti, y no prevalecerán: porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte. La palabra divina describe por qué el Profeta no debe temer. Yo, dice, te he puesto, o te he dado hoy, esto es, en la vida presente, mientras se llama hoy, como una ciudad firmísima: no como una casa, ni una torre, o unas murallas (Mat. 5); sino como una ciudad entera, que, situada sobre un monte, no puede esconderse. De la cual está escrito: Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Salmo 86:2). Y: Yo soy una ciudad fuerte, una ciudad que es asediada (Isa. 27:3). Y, dice, 'una columna de hierro', de la cual escribe el Apóstol: 'Columna y

fundamento de la verdad' (1 Tim. 3:15). De donde Pedro y Juan, que eran considerados columnas de la Iglesia, dieron a Pablo y a Bernabé la diestra en señal de comunión. Y no es esto suficiente, sino 'un muro', dice, 'de bronce', que no es dañado por herrumbre alguna, ni perece azotado por las lluvias; sino que con la vejez se hace [o: sea] más fuerte. Serás, pues, tal contra los reyes y príncipes y el pueblo, no de cualquier lugar, sino de la tierra; contra aquellos que gustan de las cosas terrenas, y no han conocido las celestiales, que tienen la imagen del terrenal (χοϊκοῦ) y no del celestial. Estos, dice, 'pelearán contra ti, y no prevalecerán'. ¿Por qué, pregunto? ¿Cuál es la causa de tan gran fortaleza, que ni reyes, ni príncipes, ni sacerdotes, ni pueblos pueden prevalecer contra uno solo? Sigue: 'Porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte'. Si en algún momento los reyes de Judá, que se interpreta como 'confesión', y sus príncipes y sacerdotes y pueblos —a saber, obispos y presbíteros y diáconos, y el vulgo vil e innoble— quisieran levantarse contra el varón santo, que tenga firmeza de fe y deje de temer: porque, con la ayuda del Señor, vencerá.

(Capítulo II.—Verso 1.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Ve, y clama a los oídos de Jerusalén, diciendo. Esto no se encuentra en la Septuaginta: pero fue añadido con asteriscos de la edición de Teodoción, quien interpretó la palabra hebrea CARATH (), por la cual nosotros dijimos 'clama' o 'predica', como 'lee'. Pues significa tanto la lectura como el clamor y la predicación, según su ambigüedad. Además, debemos entender 'los

oídos de Jerusalén' como los oídos de sus habitantes.

(Verso 2.) Así dice el Señor: Me he acordado de ti, compadeciéndome de tu juventud y del amor de tu desposorio: cuando me seguiste en el desierto, en una tierra que no se siembra. LXX: Así dice el Señor: Me he acordado de la misericordia de tu juventud, y del amor de tu perfección. Esto se dice más plenamente en Ezequiel (Ez. 1), cuando el Señor se une a Jerusalén en matrimonio, y bajo la persona de una esposa, la une a sus abrazos: o, para mostrar un afecto más ardiente, la llama niña, jovencita y desposada. Pues aquello que aún no hemos poseído, más deseamos poseerlo. Cuando, dice, me seguiste en el desierto; y a modo de desposorios y dote, te distribuí los ornamentos de la Ley y las joyas de mis palabras. Y todo esto no lo refiere a su mérito, sino a su propia misericordia, por la cual también ella alcanzó el amor. Esto también que hemos puesto, 'en el desierto, en una tierra que no se siembra', no se encuentra en la LXX.

(Versículo 3) Israel es santo para el Señor, las primicias de su cosecha; todos los que lo devoran, delinquirán; males vendrán sobre ellos, dice el Señor. Cuando llama a Israel las primicias (*primitiae*) de la cosecha del Señor, muestra que el pueblo congregado de entre los gentiles viene después de las primicias; conforme a aquello que está escrito en otro lugar: *Acuérdate de tu congregación, la que poseíste desde el principio* (Sal. 73:2). Ahora bien, las primicias siempre se deben a los sacerdotes, y no a los enemigos.

Lo que sigue: *Todos los que lo devoran, delinquirán; males vendrán sobre ellos, dice el Señor,* tiene este sentido: así como los que devoran las primicias (Núm. 5), no siendo en modo alguno del linaje sacerdotal, son reos de crimen, así los que contaminan a Israel serán sometidos a males, conforme a lo que el santo David dice en el salmo vigésimo sexto: *Mientras se me acercan los malvados para comer mis carnes, mis enemigos que me atribulan, ellos mismos se debilitaron y cayeron* (Sal. 26:3, 4). Pues no por ejecutar la sentencia de Dios estarán inmunes del suplicio, y los males vienen sobre ellos; porque es necesario que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel por quien vienen los escándalos! (Mat. 18).

(Versículos 4, 5) Oíd la palabra del Señor, casa de Jacob, y todas las familias de la casa de Israel. *Esto dice el Señor: ¿Qué iniquidad encontraron vuestros padres en mí, para que se alejaran de mí, y anduvieran tras la vanidad, y se volvieran vanos?* Este sentido lo atestigua también otro profeta: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he sido molesto? Respóndeme; porque te saqué de la tierra de Egipto, y de la casa de servidumbre te liberé* (Miq. 6:3-4). Además, se ponen ambos nombres, Jacob e Israel, no según las doce tribus, sino según todo el pueblo, ya que Jacob mismo fue llamado después Israel (Gén. 32). La ofensa, sin embargo, la remonta a los padres, no porque los pecados de los padres se imputen a los hijos, sino porque los hijos, teniendo la semejanza de sus padres, son castigados tanto por su propia maldad como por la de sus padres. A menudo

leemos que por causa de los santos padres, Dios se compadece de los hijos. Mas los padres del pueblo pecador abandonaron a Dios, y no brevemente, sino por largo tiempo; y en lugar de Dios siguieron la vanidad, es decir, los ídolos, que de nada aprovechan a sus cultores, y se hicieron semejantes a ellos, según lo que está escrito: *Semejantes a ellos sean los que los hacen, y todos los que en ellos confían* (Sal. 113:16).

(Versículo 6) Y no dijeron: ¿Dónde está el Señor que nos hizo subir de la tierra de Egipto; que nos condujo por el desierto, por tierra inhabitable y sin caminos; por tierra de sed y de imagen de muerte, por tierra por la que no anduvo varón, ni habitó hombre alguno? En lugar de 'hombre', los Setenta tradujeron 'hijo de hombre'; y en lugar de 'imagen de muerte', se añadió de Teodoción 'sombra de muerte'. Si bien esto es manifiesto según la historia, debe considerarse en sentido anagógico (*anagogen*), que mientras estamos en este siglo y somos sacados de Egipto, ascendemos paulatinamente, y primero atravesamos los desiertos y la tierra inhabitable, que el santo no debe habitar, y la tierra sin caminos, para mostrar la dificultad del viaje. *Por tierra de sed,* donde siempre deseamos cosas mayores y no estamos contentos con las presentes; *y la imagen,* o *sombra de muerte:* pues siempre estamos en peligro, y por doquier el diablo tiende sus lazos; *por tierra en la que no anduvo varón,* que es de edad perfecta en Cristo. Pues todos resucitaremos en el varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo. Y nunca habita en ella

el que es hombre de Dios, o hijo de hombre; sino que siempre se apresura hacia cosas mayores. De lo cual es evidente que la perfección no está en el camino, sino al final del camino y en la morada que está preparada para los santos en los cielos, y a quienes se dice: *Los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios* (Sal. 133:1). En vano, pues, una nueva herejía surgida de una antigua sospecha que la victoria perfecta se da aquí, donde hay lucha y combate, y el resultado de las cosas futuras es incierto.

(Versículo 7) Y os introduje en la tierra del Carmelo, para que comierais de su fruto y de sus bienes; y habiendo entrado, contaminasteis mi tierra; y convertisteis mi heredad en abominación. A cambio del trabajo de un viaje durísimo, os di abundancia de todas las cosas. Pues esto es lo que significa Carmelo, que en hebreo se llama CHERMEL, y en nuestra lengua suena como "conocimiento de la circuncisión". Mas así como aquel pueblo contaminó y violó con idolatría la tierra santa, fértil en todas las cosas, así nosotros, al recibir el conocimiento de la verdadera circuncisión, comemos de sus frutos; y si la negligencia se introduce, contaminamos la tierra de Dios y hacemos su heredad abominable.

(Versículo 8) Los sacerdotes no dijeron: "¿Dónde está el Señor?"; y los que manejaban mi Ley no me conocieron; y los pastores prevaricaron contra mí; y los Profetas profetizaron en Baal y siguieron a los ídolos. Después de tantos beneficios, convirtieron en desprecio los privilegios de su dignidad: de modo que los sacerdotes no

buscaron al Señor; de modo que los doctores de la Ley, que debían enseñar a otros, lo ignoraron; y los pastores [o, predicadores] se convirtieron en prevaricadores por negligencia; y los Profetas que disputan entre los pueblos no hablan a Dios, sino a un ídolo, y veneran sus propias invenciones. Pero estas palabras deben usarse contra los maestros de nuestra propia orden, que devoran al pueblo de Dios como si fuera un bocado de pan, y por sus malas obras no invocan al Señor.

(Versículo 9) Por eso, todavía contenderé en juicio con vosotros, dice el Señor, y con vuestros hijos disputaré. Para no parecer que golpea por poder, contiende con la razón como si fuera con iguales; según aquello que canta David y adopta el Apóstol: "Para que seas justificado en tus palabras y venzas cuando seas juzgado" (Sal. 50:6; Rom. 3:4). Y lo que ha expuesto, testifica que lo ha hecho a menudo antes; y lo que añadió, "con vuestros hijos", muestra una obstinación similar también en los hijos de los malvados. Pero significa ocultamente que también sus hijos siguieron la antigua negación de Dios en el advenimiento del Señor.

(Versículos 10, 11) Pasad a las islas de Quitim y ved; y enviad a Cedar, y considerad atentamente, y ved si se ha hecho algo semejante: si una nación ha cambiado sus dioses (o a sus dioses). Y ciertamente ellos no son dioses; pero mi pueblo ha cambiado su gloria por un ídolo (o por aquello que de nada le aprovechará). Hace una comparación de aquello que es incomparable, y compara al Dios verdadero con los falsos. "Id", dice, "a las

islas de Quitim": que debemos entender como Italia o las partes occidentales, por el hecho de que la isla de Chipre, en la que una ciudad es llamada con este nombre, es vecina a la tierra de Judea. De la cual también provino Zenón, el fundador de los estoicos. Cedar, en cambio, es una región del desierto y de los ismaelitas, a quienes ahora llaman sarracenos: contra la cual se teje una profecía de este mismo Profeta en las partes finales (Más abajo, en el cap. 49), y de la cual se acuerda David, diciendo: "He habitado con los moradores de Cedar; mucho ha peregrinado mi alma" (Sal. 119:5). Y el sentido es: O id a Occidente, o enviad al desierto, y ved si alguna nación ha hecho lo que vosotros habéis hecho. Pues ninguna de ellas ha despreciado a sus dioses, ni ha cambiado los de madera y piedra por otros de oro en comparación; sino que, siguiendo el antiguo error, ha mantenido lo que había recibido de sus antepasados. Y esto, ciertamente, aunque ninguno de ellos sea Dios, sino ídolos fabricados por mano de hombres. Pero mi pueblo ha cambiado la verdad por la mentira, y ha preferido un ídolo antes que a mí, el cual no podrá serles de provecho en tiempo de necesidad. Podemos decir esto también contra aquellos que siguen los vicios con mayor afán que las virtudes; a quienes el Apóstol amonesta, diciendo: "Hablo en términos humanos, por la debilidad de vuestra carne". "Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad para la iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia para la santificación" (Romanos 6:19).

(Versículos 12, 13.) Asombraos, cielos, por esto; y desolaos por completo, oh puertas suyas, dice el Señor. Pues dos males ha hecho mi pueblo: me han abandonado a mí, fuente de agua viva, y se han cavado cisternas, cisternas agrietadas, que no pueden retener el agua. Los Setenta: 'el cielo se asombró por esto, y se estremeció sobremanera y vehementemente', y lo demás es similar. El cielo, al cual se le dijo: 'Escucha, cielo, y hablaré' (Deut. XXXII, 1), y, 'Oye, cielo, y escucha, tierra' (Isaías I, 2), al ver los preceptos de Dios pisoteados, se estremece y no puede disimular su asombro. Pues toda criatura gime y se conduele por los pecados de los hombres. Pero el pueblo de Dios ha hecho dos cosas adversas. Primero, que abandonaron a Dios, que es la fuente de la vida, y que dio el mandamiento diciendo: 'Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto' (Éxodo XX, 2). Segundo, lo que está escrito en el mismo lugar: 'No tendrás otros dioses delante de mí'; en lugar de lo cual, siguió a los demonios, a los que llama cisternas agrietadas, porque no pueden guardar los mandatos de Dios. Y esto debe notarse: que una fuente es perpetua y tiene aguas vivificantes. Las cisternas y los lagos, en cambio, se llenan ya sea de torrentes o de aguas turbias, de la tierra y de las lluvias. Además, las llama las puertas de los cielos, de las cuales también está escrito en el salmo vigésimo tercero: 'Levantad, oh puertas, vuestras cabezas, y entrará el rey de la gloria.' En lugar de lo cual, los Setenta tradujeron: 'Levantad, príncipes, vuestras puertas', de lo cual se hablará más extensamente en su lugar. Y que a

nadie le preocupe que Áquila y Símaco hayan traducido 'cielos' (coelos), mientras que los Setenta y Teodoción tradujeron 'cielo' (coelum). Pues el hebreo SAMAIM () es de número común, y tanto 'cielos' como 'cielo' se designan con el mismo nombre: como Tebas, Atenas y Salonas.

(Versículo 14.) ¿Acaso es Israel un siervo, o un esclavo nacido en casa? Pienso que, envanecidos por este pasaje, los judíos dijeron al Salvador: 'Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie.' 848 ¿Cómo dices tú: 'Seréis libres' (Juan VIII, 33)? Sin saber que todo el que comete pecado es esclavo del pecado, y que cada uno sirve a aquel por quien es vencido. Por tanto, nacidos de Abraham, amigo de Dios, por su propio vicio se han hecho como los hijos de Cam, a quien se le dijo: 'Maldito sea Canaán, siervo será de sus hermanos' (Génesis IX, 25).

(Versículo 15.) ¿Por qué, entonces, se ha convertido en presa? Sobre él rugieron los leones y dieron su voz; pusieron su tierra en desolación, y sus ciudades fueron quemadas, y no hay quien habite en ellas. La palabra divina interroga, para que ella misma responda. Llama leones a los príncipes de Babilonia, que pusieron su tierra en desolación y destruyeron sus ciudades con fuego. O ciertamente, según el sentido anagógico, entendamos por leones a las potestades adversarias, o a los príncipes de los herejes, que, desolando la tierra de la Iglesia, han devastado todas sus ciudades con un incendio herético, y con aquel fuego del que está escrito: 'Todos los adúlteros, sus corazones son como un horno' (Oseas VII,

4). Pues ellos verdaderamente dan su voz; y en este mismo profeta, bajo la persona de la perdiz, claman: 'Congregan lo que no han parido, y hacen riquezas sin juicio' (Jeremías XVII, 17). Por esta razón, sus ciudades fueron devastadas y destruidas: porque no tienen a Dios como habitante, como dice la Escritura: 'Y no hay quien habite en ellas' (Ibíd., 4).

(Versículos 16, 17.) También los hijos de Menfis y Tafnes te han deshonrado hasta la coronilla. ¿No te ha sucedido esto porque abandonaste al Señor tu Dios en el tiempo en que te conducía por el camino? Esto que hemos dicho, 'en el tiempo en que te conducía por el camino', no se encuentra en los Setenta. Nombra dos de las más grandes ciudades de Egipto, Menfis y Tafnes, y dice que sus hijos han deshonrado a Israel hasta la coronilla; en aquel sentido en que lo expuso Isaías: 'Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana' (Isaías I, 6). Pues tan grande fue la lujuria de los egipcios, que son de grandes carnes, que no perdonaron miembro alguno, sino que todo lo deshonraron. Según la letra, se refiere a los ídolos de los egipcios; según la inteligencia espiritual, a los maestros de dogma perverso, que manchan la pureza de la Iglesia con su propia bajeza. Pero estas cosas le suceden por esta razón: porque ha abandonado al Señor su Dios, y especialmente en aquel tiempo en que debía seguirlo a Él como su guía.

¿Y ahora qué pretendes en el camino de Egipto, para que bebas el agua de Sihor? ¿Y qué tienes que ver con el camino de los asirios, para que bebas el

agua del río? En lugar de Sihor, hemos traducido "turbia", que es lo que significa la palabra hebrea; en lugar de la cual, la edición común tiene Geón. Por tanto, como antes había puesto a los hijos de Menfis y Tafnes, que habían deshonrado a Israel hasta la coronilla, ahora nombra más manifiestamente a Egipto mismo. Y a nadie le cabe duda de que el Nilo tiene aguas turbias; y que "el río de los asirios" significa el Éufrates, diciendo la Escritura que la tierra de la promesa se extiende desde el torrente de Egipto hasta el gran río Éufrates. Pero aquellos que han abandonado a Cristo, fuente de vida, y han cavado para sí las cisternas de los herejes, que no pueden contener las aguas de las doctrinas, es necesario que sean sometidos a los leones, que reducirán su tierra a un desierto y destruirán todas las Iglesias; y serán contaminados hasta la coronilla, y beberán aguas turbias, y las corrientes del río asirio y del Aquilón, de donde se encienden los males sobre la tierra.

Tu propia malicia te corregirá (o, tu prevaricación te instruirá), y tu apostasía te reprenderá. Sabe, pues, y ve que es malo y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios, y que mi temor no está en ti, dice el Señor Dios de los ejércitos. Hay que notar que la malicia o la prevaricación, después de haber saciado al prevaricador y, a semejanza de las codornices, haber llegado hasta la náusea, instruye al que hace penitencia, a quien se le ordena que vea qué ha abandonado y qué ha seguido; y cómo, despreciando lo bueno y lo dulce, ha elegido lo malo y lo amargo. Pero todo esto ha sucedido porque ha abandonado al Señor

su Dios, y el temor de Él no está en él. Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Proverbios 9); como no lo tuvo, es entregado al mal y a la amargura.

Desde antiguo rompiste mi yugo (o, tu yugo), quebraste mis ataduras (o, tus ataduras); y dijiste: "No serviré". Pues en toda colina elevada y bajo todo árbol frondoso te postrabas como una meretriz (o, allí te derramabas en fornicación). Habla a Israel como a una meretriz, porque rompió los pactos conyugales y dijo: "No serviré" —se sobreentiende, al señor o al marido— sino que en toda colina elevada y bajo todo árbol frondoso se postró a la idolatría. Pues los lugares amenos y elevados siempre se dedican a los ídolos. Esto también puede decirse de aquel que, siendo cristiano desde el principio y en parte instruido en las Sagradas Letras, después, por el deseo de la literatura secular, que se significa en las colinas, y de la elocuencia amena [alt. en la elocuencia amena], que se muestra en los árboles frondosos, se postra ante los demonios, los cuales, bajo pretexto de erudición y ciencia sublime, contaminan las almas de los creyentes y les hacen abrir las piernas a todo el que pasa.

Pero yo te planté como una viña escogida, toda semilla verdadera: ¿cómo te has convertido para mí en una planta degenerada, una viña extraña? Los Setenta: "Pero yo te planté como una viña fructífera, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en la amargura de una vid extraña [alt. extraña]?" En lugar de "viña fructífera" o "escogida", en hebreo se tiene SOREC, que se encuentra en

el cántico de Isaías (Isaías 50). Es, sin embargo, un género de la mejor vid, con cuyo sarmiento dice el Señor que plantó a Israel; y se admira de cómo una semilla verdadera y una viña escogida se ha convertido en amargura, y así se ha hecho una viña extraña; y nadie puede estar seguro si incluso la plantación del Señor y una semilla verdadera y la viña Sorec se transforma tanto por su propio vicio que por la amargura se aparta del Señor y se convierte en una vid extraña. Y en esto ha de considerarse la clemencia del Salvador, que quien dijo en el Evangelio: "Yo soy la vid verdadera" (Juan 15:1), también ha concedido a sus discípulos [alt. disciplinas] y al pueblo que cree en Él, que sean una viña escogida o verdadera, si quieren permanecer en aquello en lo que fueron plantados.

(Vers. 22.) "Aunque te laves con nitro, y multipliques para ti la hierba borith, manchada estás en tu iniquidad ante mí," dice el Señor Dios. En lugar de la hierba BORITH, que nosotros hemos vertido tal como se encuentra en el hebreo, los Setenta tradujeron poan (πὼαν) para significar la hierba de los bataneros, la cual, según la costumbre de la provincia de Palestina, nace en lugares verdes y húmedos: y tiene la misma fuerza para lavar las suciedades que el nitro. Ahora bien, nuestro nitro y la hierba de los bataneros es la penitencia. También el discurso eclesiástico, que arguye, increpa y corrige a los delincuentes, tiene la semejanza de un nitro más mordaz. El que está manchado con una leve suciedad de pecados, se limpia con avisos más leves. Por el contrario,

los pecados graves, que arrastran a la muerte, no pueden ser lavados ni con nitro ni con la hierba borith: sino que necesitan tormentos más graves. "Pues el fuego probará cuál sea la obra de cada uno," y "en el fuego será revelada" (1 Cor. 3). Y bellamente añadió: "Manchada estás en tu iniquidad en mi presencia"; porque aunque parezcas limpia a los hombres, para mí no eres limpia, yo que conozco las conciencias de cada uno. Por lo cual también en otro lugar se dice: "En tu presencia no se justificará ningún viviente" (Salmo 142:2).

(Vers. 23.) "¿Cómo dices: No estoy contaminada, no he ido tras los Baales? Mira tus caminos en la hondonada." O en el valle, que en hebreo se llama GE, y por los Setenta se interpreta como polyandrion (πολυάνδριον), lo que en nuestra lengua puede decirse "el sepulcro de la multitud." En vano, dice, no quieres confesar tus crímenes y alardeas de tu limpieza, tú que estás contaminada con las suciedades de la idolatría; e impúdicamente niegas haber dado culto al ídolo Baal (abajo, 19). Mira hacia la hondonada de los hijos de Enón, que es regada por las fuentes de Siloé, y allí verás el santuario de Baal, a quien has venerado habiendo abandonado a Dios. Y lo que se añade: "conoce qué has hecho," abre los ojos cerrados de la que lo niega, para que vea lo que se avergüenza de mirar. Según la tropología, arguyamos con obras la impudencia de la frente de aquellos que no quieren confesar sus vicios. Pues los hombres de esta clase no andan por el camino angosto y estrecho que conduce a la vida:

sino por el ancho y espacioso, por el cual entran muchísimos, que conduce a la muerte (Mat. 7). Por lo cual también se llamó significativamente polyandrion, o según la historia, porque allí fue muerta y perdida por el mal de la idolatría la multitud del pueblo.

(Vers. 24.) Una corredora veloz que explica sus caminos: una onagro acostumbrada a la soledad, en el deseo de su alma aspiró el viento de su amor: nadie la hará volver: todos los que la buscan no desfallecerán. En su mes la hallarán. Los Setenta: "Al atardecer su voz aulló, ensanchó sus caminos sobre las aguas de la soledad, en el deseo de su alma era llevada por el espíritu: fue entregada: ¿quién la hará volver? Todos los que la buscan no se fatigarán: y en su humildad la encontrarán". En este lugar la edición de los Setenta discrepa mucho de la verdad hebrea; sin embargo, ambas tienen su propio sentido. Porque dijo arriba: "no estoy contaminada"; y como si hablara a una mujer que se había comportado torpemente, describe su fornicación. Cómo, dice, una dromedaria joven y veloz, a la que nosotros hemos llamado "corredora" en género común, y más significativamente Áquila, Símaco y Teodoción tradujeron como dromàs koúphē (δρομὰς κοάφη), explica sus caminos y es llevada velozmente a los pastos: y así como una onagro acostumbrada a la soledad, atrae en el deseo de su alma el viento o espíritu de su amor (pues con un solo nombre entre los hebreos, RUA, se llama tanto al viento como al espíritu). Así también Israel, o Jerusalén, era llevada con todo ímpetu al deseo de la libido,

y hervía con todo amor a los ídolos: y no hay nadie que pueda apartarla de este ímpetu con sus advertencias: no porque la imposibilidad de los Profetas haya causado esto, sino la malicia perversa de la que desea. Todos los que la busquen, dice, no trabajarán mucho. En su mes y en su inmundicia la hallarán. Por lo cual Áquila tradujo neomēnían (νεμηνίαν), esto es, "calendas"; Símaco, "mes"; los Setenta y Teodoción, "humildad". Además, según los Setenta, este es el sentido: La meretriz Jerusalén, a semejanza de aquella mujer que se describe en los Proverbios, aullaba con su voz al atardecer, y provocaba a los amantes a la libido, abría los caminos de su torpeza y abría sus piernas a todo el que pasaba (Prov. 5 y 6). Había, pues, un lugar que tenía la amenidad de las aguas que fluyen, el cual se hace más deleitable cuando en el circuito hay soledad, para que nadie vea a la que fornica. En el deseo, dice, de su alma era pneumatophoreîtō (πνευματοφορεῖτο), llevada por el espíritu.

(Vers. 25.) Prohíbe tu pie de la desnudez, y tu garganta de la sed: y dijiste: "He desesperado, de ninguna manera lo haré: pues he amado a extraños, y tras ellos caminaré". Los Setenta: "Convierte tu pie del camino áspero, y tu garganta de la sed: la que dijo: 'Actuaré varonilmente, puesto que amé a los extraños, y tras ellos he caminado [alt. caminaré]'". Los que van a celebrar la Pascua, reciben la orden de tener calzado en los pies (Éxod. 12). Y el Apóstol (Ef. 6) predica que los pies de aquellos que se preparan para el Evangelio deben estar calzados: para que mien-

tras caminan por la soledad de este siglo, no estén expuestos a seres venenosos, los cuales deben ser pisoteados y triturados por el pie evangélico. Prohibimos la garganta de la sed cuando cumplimos los preceptos del Salvador que dice: "El que tenga sed, venga a mí y beba" (Juan 7, 37). La que por desesperación de los males negó que haría lo que el Señor ordenó, expuso también la causa diciendo: "He amado a extraños, y a ellos seguiré": pensando por una impúdente confesión evitar sus crímenes. Además, según los Setenta, el camino de los pecadores es áspero, el cual es convertido por el Señor en camino llano. Todo el que sigue a los herejes es marcado por el elogio de estos versículos; porque dijo: "He desesperado", o "actuaré varonilmente en mi mal propósito, y en mi error seré fortalecido". Es necesario, además, que quien sigue una doctrina extraña a la eclesiástica, ame a los extraños; y siga sus huellas, ya sean demonios o los príncipes de los herejes, que son extraños a Dios.

(Vers. 26, 27.) Como se confunde el ladrón cuando es sorprendido, así se han confundido los de la casa de Israel: ellos y sus reyes, sus príncipes y sus sacerdotes, y sus Profetas. Aunque sea impúdente y procaz el rostro de los que roban, sin embargo se avergüenza cuando ha sido sorprendido en el robo. Y así también Israel, diciendo al leño: "Tú eres mi Padre", y a la piedra: "Tú me engendraste", de modo que llamaba padres a los que él mismo había fabricado, se confunde cuando es sorprendido en su idolatría. Y para que no pensemos que dice esto del pueblo llano: pone a

los reyes y a los príncipes, y a los sacerdotes y a los profetas. Usemoos este testimonio contra nuestros príncipes, y contra estos que en la Iglesia son tenidos por guías, cuando hayan sido sorprendidos en pecados torpes.

Me han vuelto la espalda, y no la cara. Los que arrojan las palabras de Dios hacia atrás, ellos mismos vuelven contra él la espalda y no la cara. Pues cuando el maestro ordena, es indicio de obediente si escucha con la cabeza inclinada. Pero si vuelve la espalda, es señal de quien desprecia; como está escrito en otro lugar: "Y me volvieron el hombro esquivo" (Zac. 7, 11). Hasta tal punto, dice Dios, despreciaron mis preceptos, que ni siquiera quisieron oír, sino que indicaron la soberbia de su ánimo con el gesto de su cuerpo. Y en el tiempo de su aflicción dirán: "Levántate y líbranos". Los que por los beneficios no lo sintieron, por los tormentos sentirán a Dios.

(Vers. 28.) ¿Dónde están tus dioses, que te hiciste? Que se levanten y te libren en el tiempo [alt. día] de tu aflicción. Es una petición impúdente, buscar en el tiempo de la necesidad y de la angustia el auxilio de aquel a quien despreciaron en la paz. Y debe leerse con el tono del que increpa: "Que te libren tus dioses, que te hiciste"; para que, siendo Dios el Creador de los hombres, el hombre haya hecho a un dios, la necesidad pruebe qué pueden aquellos a quienes antes veneraste con seguridad. Según el número de tus ciudades eran tus dioses, Judá. O bien las ciudades individuales daban culto a los mismos dioses, o a unos solos y diversos, para que ni siquiera en

la impiedad pareciera que tenían consenso: sino que una superstición que lucha contra sí misma seguiría diversos errores. Y lo que sigue: "y según el número de los caminos de Jerusalén inmolaban a Baal", fue añadido por los Setenta.

(Vers. 29.) ¿Por qué queréis contender conmigo en juicio? Todos me habéis abandonado, dice el Señor. Proclive es a la excusa de sí misma la perversidad humana, de modo que cualquier cosa que justamente padecen, parezca que la padecen injustamente; y refieran su propia culpa al juicio de Dios. En vano, por tanto, dice, ofrecéis quejas, y una causa inicua contra el juez, cuando es de vuestra impiedad lo que padecedis. Y lo que sigue: "Y todos obrasteis inicuamente contra mí", fue añadido por los Setenta.

(Vers. 30.) En vano herí a vuestros hijos: no recibieron la corrección. En lugar de lo cual los Setenta pusieron: "no recibisteis". Y el sentido en el hebreo es: Ellos mismos que fueron heridos, no quisieron recibir la corrección. En los Setenta en cambio: Por eso herí a vuestros hijos, para que con su muerte fuerais instruidos. Y para que no dijerais por casualidad: no quisiste corregir a los pecadores, aprended por los azotes de vuestros hijos, que deseé curaros con una medicina más austera. Vuestra propia espada devoró a vuestros Profetas. No los míos, sino vuestros profetas; de ninguna manera mi espada, sino la vuestra devoró, la cual sostuvisteis por vuestros pecados. Además, los Setenta no tienen "vuestra": sino que interpretaron simplemente: "devoró la espada a vuestros Profetas"; para que se muestre o bien

una espada hostil, o mi espada, mediante la cual traspaso vuestros pecados. Vuestra generación es como un león devastador. Los Setenta: "Como un león devastador, y no temisteis". La espada, dice, que devoró a vuestros profetas —sin duda significando a Baal y a los adivinos de los ídolos— devastó todas las cosas como un león: y sin embargo vuestra generación, que debería haber sido enmendada por la muerte de unos pocos, toda ella perseveró en el crimen. Según los Setenta, en cambio, este es el sentido: Así la espada del Señor, que mostró la espada de los adversarios, devoró y desgarró a vuestros falsos profetas, como un león que desgasta ávidamente la presa encontrada, y sin embargo ni con el suplicio de vuestros profetas pudisteis convertiros a cosas mejores.

(Vers. 31.) Ved la palabra del Señor: ¿Acaso me he convertido en soledad para Israel, o en tierra serotina? ¿Por qué, pues, ha dicho mi pueblo: "Nos hemos alejado, no vendremos más a ti"? Los Setenta: "Escuchad la palabra del Señor: esto dice el Señor: ¿Acaso me he convertido en soledad para Israel, o en tierra llena de abrojos: porque dice mi pueblo: 'No serviremos, ni vendremos a ti'?" Y Moisés veía la voz de Dios (Éxod. 33), y Juan el Apóstol dice haber visto y tocado la palabra de Dios (1 Juan 1). Se admira, pues, de cómo el pueblo de Israel tuvo a Dios como una soledad, cuando había seguido a los ídolos como si fueran la celebridad de las ciudades. Tierra serotina es la que no recibe las lluvias de las doctrinas, ni la disciplina del Evangelio; y está llena de abrojos, porque no había sido cultivada. El pueblo, pues,

que en otro tiempo fue de Dios, es en esto más criminal, porque se apartó del Señor, y no quiere volver más a su Señor. Grande es la ofensa de no querer aplacar a quien has ofendido.

(Vers. 32.) ¿Acaso se olvidará la virgen de su adorno, y la esposa de su fascia pectoral? Mi pueblo se ha olvidado de mí por días innumerables. Por esto aprendemos que Cristo es el esposo de la virgen Iglesia, que no tiene mancha ni arruga. Pero si él mismo es el esposo, suyas son las palabras de las que habla Juan el Bautista: "El que tiene a la esposa, es el esposo" (Juan 3, 29). Pierde, pues, su adorno quien se aparta del Señor, y pierde la inteligencia de las doctrinas, que se significa en el pecho. Por lo cual también Juan el Evangelista se recuesta sobre el pecho del Señor (Juan 13), y a los sacerdotes, entre otras cosas, se les separa el pecho de las víctimas (Núm. 18). Cuanto mayor es el número de los tiempos en los que nos olvidamos del Señor, tanto mayor es la pena del pecado, que ni con la longitud de los siglos pudo ser domado.

(Vers. 33, 34.) ¿Por qué te esfuerzas en mostrar tu camino como bueno para buscar el amor, tú que además también enseñaste tus malicias a tus caminos: y en tus alas (o en tus manos) ha sido hallada la sangre de las almas de los pobres e inocentes. No en fosas (o hoyas) los hallé: sino en todas estas (o bajo cada encina). En vano, dice, deseas defenderte con el arte de las palabras, y mostrar como buenas tus obras para merecer el amor: tú que además enseñaste a otros tus caminos, y fuiste ejemplo para todos de malas obras, y ciertamente en tus alas, o en tus manos,

fue hallada la sangre de los inocentes, a los que inmolaste a los ídolos, o cuyas almas perdiste con la semejanza de los sacrificios. "Pobres" lo hemos puesto del hebreo, los cuales no se encuentran en los Setenta. A estos, dice, pobres e inocentes, no los hallé muertos en hoyas, lo que suele suceder frecuentemente por las asechanzas de los ladrones: sino en todas las cosas que antes mencioné, o bajo la encina, que en hebreo se llama ELLA: la cual ciertamente también significa "estas"; para que el sentido sea: En todas estas, o bajo la encina y el terebinto, bajo cuya sombra y frondosidad, como en lugares amenos, disfrutabas de los crímenes de la idolatría.

(Vers. 35, 36.) Y dijiste: "Sin pecado e inocente soy yo: y por eso apártese de mí tu furor". He aquí que yo contenderé contigo en juicio, por el hecho de que hayas dicho: "No pequé"; cuán vil te has vuelto en exceso [alt. cuánto despreciaste en exceso] reiterando tus caminos. Estas cosas deben usarse contra aquellos que no quieren reconocer sus pecados: sino que en el tiempo de la aflicción y de la angustia dicen que padecen injustamente lo que padecen; y más bien provocan la ira de Dios, siendo otro pecado y mayor, no llorar lo que hicieron, sino ofrecer vanas excusas de sus pecados. "Contenderé", dice, "contigo en juicio por aquello de que dijiste: 'No pequé'"; como si fuera algo mayor este pecado, tener una cosa en la conciencia y proferir otra en el discurso. Oiga la nueva herejía de la antigua, que la ira de Dios es máxima cuando no se quiere confesar el pecado

con humildad, sino que impúdicamente se alardea de justicia.

(Vers. 37.) Y de Egipto serás confundida, como fuiste confundida por Asur: pues también de esta saldrás, y tus manos estarán sobre tu cabeza: puesto que el Señor quebrantó tu confianza (o esperanza), y nada tendrás próspero en ella. Para declinar el ímpetu de los egipcios, se refugiaban en los asirios, cuyo auxilio fue vano, pues leemos que estos fueron vencidos por los egipcios. De nuevo, para huir de la ira del asirio, usaban el auxilio de los egipcios; a quienes la historia narra que fueron superados por los asirios. Se les increpa, por tanto, porque omitida la esperanza en el Señor, usan el auxilio de los hombres, el cual está todo quebrantado y de tal modo subvertido, que no pueden hallar en él ninguna utilidad. Por lo cual dice: "Y de esta saldrás", esto es, de Egipto, como saliste de los asirios; "y tus manos estarán sobre tu cabeza", y llorarás por haber esperado en vano el auxilio de los egipcios. Recordemos la historia cuando Tamar, habiendo sido corrompida y violada por su hermano Amnón, el más criminal, puso las manos sobre la cabeza rociada de ceniza, y así regresó a su casa (2 Sam. 13).

(Cap. III.---Vers. 1.) Comúnmente se dice (para lo cual los Setenta tradujeron solamente "se dice"): Si un hombre despide a su mujer, y ella, alejándose de él, se casa con otro hombre: ¿acaso volverá él más a ella? ¿no estará contaminada y manchada aquella mujer (o aquella tierra)? y tú has fornicado con muchos amantes (o pastores). Pues la palabra REIM, que se escribe con

cuatro letras RES, AIN, JOD, MEM, significa tanto "amantes" como "pastores". Y si leemos REIM, significa "amantes"; si ROIM, "pastores". Sin embargo, vuelve a mí, dice el Señor (o, volvías a mí, dice el Señor). En el hebreo, incluso después de la fornicación, recibe al penitente, y exhorta a que vuelva a él. En los Setenta, en cambio, no provoca a la penitencia, sino que increpa la impudencia de la meretriz, porque después del adulterio se atreve a volver al marido. Y lo que dice: "y contaminada estará aquella mujer", por lo cual en el hebreo leemos "la tierra", deja el ejemplo, y más manifiestamente habla de la tierra de Israel, que es comparada con la mujer adúltera. Usemoos este testimonio contra aquellos que, abandonando la fe del Señor y enredados en los errores de los herejes, después de muchas fornicaciones y engaños de las almas, simulan volver a la pristina verdad: no para deponer los venenos del pecho, sino para insinuarlos a los demás.

(Vers. 2.) Levanta tus ojos en línea recta, y mira dónde no has sido postrada. En los caminos te sentabas esperándolos como un ladrón en la soledad (o como una corneja desierta). Por ladrón, o [alt. y] corneja, en el hebreo está escrito ARABE, que puede significar también "árabes", cuya nación, dedicada a los latrocinios, hasta el día de hoy incursiona en los términos de Palestina, y asedia los caminos para los que descienden de Jerusalén a Jericó: de lo cual también el Señor se acuerda en el Evangelio (Lucas 10). Levanta, pues, tus ojos, oh Jerusalén, y mira acá y allá, y mira dónde no has sido postrada por la fornica-

ción. Pues así como los ladrones suelen tender asechanzas a los viajeros al atardecer y en lugares desiertos, así tú, a semejanza de la fornicaria de los Proverbios, te sentabas en los caminos al atardecer, para matar con tu coito las almas de los que fornicaban (Prov. 7): por lo cual toda la tierra está contaminada en tus fornicaciones (Ecl. 9). Y significativamente, según la anagogía, se prescribe a los que prometen que abandonarán los errores heréticos, que levanten los ojos en línea recta. Pues si no comienzan a ver rectamente, no pueden condenar la perversidad pristina.

(Vers. 2, 3.) Y contaminaste (o mataste) la tierra con tus fornicaciones, y en tus males [alt. en tus malicias]: por lo cual fueron prohibidas las gotas de las lluvias, y la lluvia serotina no existió (o, y tuviste muchos pastores para tu ofensa). Fue muerta la tierra, o contaminada, por la muerte de aquellos que perecieron por la fornicación de la idolatría. Por lo cual fue quitada la bendición de todas las cosas, para que padecieran sequía de la palabra de Dios. O bien tuvo pastores por los cuales ofendió a Dios; de modo que los que debieron ser maestros para prohibir a otros el error, resultaron ser autores de la impiedad.

(Vers. 3.) Se te ha hecho la frente de una mujer meretriz, no quisiste sonrojarte. Los Setenta: "Se te ha hecho el rostro de una meretriz: te has vuelto sin rubor ante todos". Porque antes había dicho (Al cap. II, 35): "No pequé", y había pecado más negando sus crímenes: por eso ahora la increpa como a una mujer procaz y de excesiva impudencia: de modo que es llevada con rostro

audaz no a uno o a otro, sino que no se sonroja ante nadie. Usemoos este discurso contra el conciliábulo de los herejes, que se glorían en sus errores.

(Vers. 4, 5.) Por tanto, al menos desde ahora llámame: "Padre mío, tú eres el guía de mi virginidad": ¿acaso te enojarás para siempre, o perseverarás hasta el fin? Sonrójense los herejes que no quieren convertirse a cosas mejores, ni regresar al Padre su Creador, y oigan: "Al menos desde ahora llámame: Padre mío, tú eres el guía de mi virginidad". Él mismo desposó vuestra alma con sus abrazos, y enseña cómo debe orar y hacer penitencia. Cuanto más clemente es él, que muestra el camino de la salvación después de la fornicación, tanto más miserable es la meretriz que no quiere recibir la salud después de las heridas. He aquí que has hablado y has hecho males, y has podido. En lugar de palabras de penitencia, has blasfemado con palabras de soberbia: y has cumplido tu mal pensamiento, y has mostrado tu fortaleza contra el marido, para poder hacer lo que trataste de palabra. (Vers. 6 y ss.) Y el Señor me dijo en los días del rey Josías: ¿Has visto lo que ha hecho la aversatriz Israel? Se fue ella sola sobre todo monte excelso, y bajo todo árbol frondoso, y fornicó allí. Y dije, cuando hubo hecho todas estas cosas: "Vuélvete a mí", y no volvió. Y vio su hermana prevaricadora Judá, que por el hecho de que la aversatriz Israel había cometido adulterio, yo la había despedido y le había dado el libelo de repudio, y no temió su hermana prevaricadora Judá, sino que también

ella se fue y fornicó, y por la facilidad de su fornicación contaminó la tierra, y cometió adulterio con la piedra y el leño: y en todas estas cosas no volvió a mí su hermana prevaricadora Judá con todo su corazón, sino en la mentira, dice el Señor. Los tormentos de unos son los remedios de otros. Y cuando se castiga al homicida, él ciertamente recibe lo que hizo, pero otros son disuadidos del crimen. Por lo tanto, las diez tribus que se llamaban Israel, capturadas por los asirios y trasladadas a Media (2 Rey. 17), las dos tribus de Judá y Benjamín, que debieron temer cosas semejantes y convertirse a Dios con toda su mente, superaron los crímenes de las diez tribus. Y hasta tal punto siguieron a los ídolos, que en el Templo de Dios pusieron la estatua de Baal, que en Ezequiel se llama ídolo, colocado para el celo y la emulación del Señor (Ezeq. 8). Habla, pues, bajo la figura de dos hermanas, porque fueron engendradas de una sola estirpe de Abraham, Isaac y Jacob; y llama a la primera "aversatriz" y a la siguiente "prevaricadora". Aquélla, en efecto, se apartó totalmente de Dios, adorando inmediatamente en Dan y Betel los becerros de oro. Ésta, en cambio, en la que estaba el Templo y la religión del Dios verdadero, por imitación de su hermana, poco a poco se apartó del Señor (1 Rey. 12). Y por eso es llamada prevaricadora. Según la anagogía, en cambio, es una profecía sobre los herejes: quienes, mientras creen seguir la ciencia de falso nombre con sutileza herética, elevan la mente de la soberbia, y deleitados por las voluptuosidades de esta carne, exponen su fornicación

bajo todo árbol frondoso y ameno. Quienes, al ser entregados al diablo para la perdición de la carne, sucede frecuentemente que la casa de Judá, esto es, de la confesión y de la verdadera fe, de ninguna manera se aterra por el ejemplo, sino que comete cosas mucho mayores; y por la facilidad de su fornicación contamina la tierra de la Iglesia, comete adulterio con la piedra y el leño, siguiendo aquellos dogmas que son adversarios de Dios. Pero si un hombre eclesiástico quisiera corregir al que yerra, y recortar las carnes podridas, y retraer a la penitencia a los que siguieron la falsedad: y sin embargo ellos, bajo la apariencia de la verdad eclesiástica, siguieran el antiguo error, puede decirse de éstos: "En todas estas cosas no volvió a mí su hermana prevaricadora Judá con todo su corazón, sino en la mentira". Además, esta profecía ocurre en los tiempos de Josías, el rey justo, bajo el cual Jeremías comenzó a profetizar.

(Vers. 11.) Y el Señor me dijo: La aversatriz Israel ha justificado su alma en comparación con la prevaricadora Judá. Más justa, dice, es Israel en comparación con Judá: porque aquélla pereció inmediatamente al principio, mientras que ésta pudo haber sido enmendada por los tormentos de aquélla. Advierta la nueva herejía de la antigua, que se dice que Israel ha sido justificada en comparación con Judá. No es de extrañar esto respecto a las hermanas de una sola nación, cuando Sodoma también recibe el nombre de justicia por comparación con Jerusalén, diciendo el Señor por medio de Ezequiel: "Sodoma ha sido justificada

por ti" (Ezeq. 16, 55): y el publicano se hace justo en comparación con el fariseo (Luc. 18).

(Vers. 12 y ss.) 860 Ve, y clama (o lee) estas palabras hacia el Aquilón, y dirás: Vuélvete, aversatriz Israel, dice el Señor, y no apartaré (o fijaré) mi rostro de vosotros (o sobre vosotros), porque santo (o misericordioso) soy yo, dice el Señor, y no me enojaré para siempre. No obstante, conoce tu iniquidad, porque has prevaricado (o has actuado impíamente) contra el Señor tu Dios, y has dispersado (o derramado) tus caminos ante los extraños bajo todo árbol frondoso, y mi voz no has oído, dice el Señor. La palabra hebrea CARATH significa tanto "llama", como "clama" y "lee". De ahí que Aquila y Símaco tradujeran "clama a voces", mientras que los Setenta y Teodoción interpretaron "lee". El discurso se dirige hacia el Aquilón y contra Babilonia y los asirios, a las diez y dos tribus: y se predica su regreso. "And I will not turn away my face," dice, "de vosotros"; o "no fijaré mi rostro contra vosotros", para no recibiros de ninguna manera con austeridad de juicio, sino con rostro de misericordia. Pues soy santo y misericordioso, para no acordarme más de vuestra iniquidad, ni recordar que os apartasteis del Señor, y que en su lugar os deleitaron los ídolos, y que fornicasteis bajo todo árbol sombrío y frondoso. Esto ciertamente puede decirse a los herejes y a los negligentes en la Iglesia, que diariamente son provocados a la penitencia por los hombres eclesiásticos: y a quienes propiamente se les puede aplicar: "Y mi voz no habéis oído". Pues todo hereje habita en el Aquilón, y ha per-

dido el calor de la fe, ni puede oír aquello del Apóstol: "Fervientes en espíritu" (Rom. 12, 11). Y porque se entregó a las voluptuosidades, se apartó del Señor, y dispersó sus caminos con dogmas extraños, y siguió la voluptuosidad. Pues ninguna herejía se construye sino por causa de la gula y el vientre, para seducir a mujercillas cargadas de pecados, que siempre aprenden y nunca llegan al conocimiento de la verdad (2 Tim. 3), de las cuales verdaderamente se dice: "Los que devoran a mi pueblo como bocado de pan" (Sal. 13, 8): y a quienes Cristo señala, "devorando las casas de las viudas" (Mat. 12). Y cuando, dice, me haya apiadado de ti, no te creas justo: sino acuérdate siempre de tu iniquidad, y sabe que has fornicado contra el Señor: e inclina el cuello de la soberbia, para que tú, que ofendiste al Señor por la arrogancia, le agrades por la humildad. A aquello que dijimos arriba: "Y no fijaré mi rostro sobre vosotros", le conviene aquel dicho profético: "Aparta tu rostro de mi pecados, y borra todas mis iniquidades" (Sal. 50, 11).

(Vers. 14 y ss.) "Convertíos a mí, hijos que regresáis (o vagos y que os apartáis)", dice el Señor: "porque 861 yo soy vuestro marido (o vuestro dominador), y os tomaré, uno de una ciudad y dos de una familia, y os introduciré en Sión, y os daré pastores según mi corazón, y os apacentarán con ciencia y doctrina." Y cuando os hayáis multiplicado y crecido en la tierra, en aquellos días", dice el Señor, "no dirán más: 'el arca del pacto (o del Testamento) del Señor'; ni subirá al corazón, ni se acordarán de ella, ni será visitada, ni se hará

más." Los judíos piensan que esto se cumplió después del regreso de Babilonia bajo Ciro, rey de los persas, y Zorobabel hijo de Salatiel (Isa. 1), aunque no todos regresaran, que esto se significa: "tome a uno de una ciudad y a dos de una familia". Pero mejor en el advenimiento de Cristo, cuando las reliquias fueron salvadas, diciendo y exponiendo el Apóstol: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, habríamos sido como Sodoma y habríamos sido semejantes a Gomorra" (Rom. 9, 29), entonces fueron introducidos en Sión, de la cual está escrito: "Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Sal. 86, 2). Y fueron dados pastores según su corazón, los Apóstoles y hombres apostólicos, y engendran una multitud de creyentes, no en las ceremonias judaicas, sino en la ciencia y doctrina de Cristo, y sembrada en todo el orbe la predicación del Evangelio, de ninguna manera tendrán confianza en el arca del Señor, que fue la custodia de la ley mosaica; sino que ellos mismos serán el templo de Dios: ni servirán, según los errantes nazarenos, a sacrificios abolidos, sino que seguirán el culto espiritual. Otros, en cambio, entienden esto al fin de los tiempos, cuando, al entrar la plenitud de las naciones, todo Israel sea salvo (Rom. 11).

(Vers. 17.) En aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono del Señor, y se congregarán en ella todas las naciones en el nombre del Señor en Jerusalén, y no caminarán tras la depravación de su pésimo corazón. De ninguna manera se sentará el Señor sobre el arca del Testamento y los Querubines, a quien antes decía aquel pueblo: "Tú que te sientas

sobre los Querubines, manifiéstate" (Sal. 79, 2): sino que todos los que creen con mente perfecta serán el trono de Dios. O ciertamente mejor ha de entenderse todo sobre la Iglesia: cuando se congregan todas las naciones en el nombre del Señor en Jerusalén, en la cual está la visión de la paz: y de ninguna manera caminan tras la depravación de su pésimo corazón, para hacer lo que desean, ni siguen sus errores; sino que dicen con el Profeta: "Mi alma se adhirió tras de ti: tu diestra me recibió" (Sal. 62, 9).

(Vers. 18.) En aquellos días irá la casa de Judá a la casa de Israel, y vendrán juntas de la tierra del Aquilón a la tierra que di a vuestros padres. Esto 862 se cumple propiamente en el advenimiento de Cristo, cuando de las doce tribus a la vez creyeron al Evangelio, abandonando la tierra del Aquilón de durísimo frío: y apartándose del imperio del diablo, entonces recibieron la tierra de la promesa, que había prometido a sus padres, Abraham, Isaac y Jacob. Recientemente publiqué un librito sobre la tierra de la promesa.

(Vers. 19.) "Mas yo dije: ¿Cómo te pondré entre los hijos, y te daré una tierra deseable, una herencia preclara, de los ejércitos de las naciones?" Y dije: "Me llamarás padre, y no dejarás de entrar tras de mí". En lugar de "herencia preclara, de los ejércitos de las naciones", que los Setenta tradujeron como "herencia nombrada del Dios Omnipotente de las naciones", Teodoción tradujo de manera más significativa: "herencia ínclita de la fortaleza del más robusto de las naciones", significando a Cristo, que es el conductor y Señor de

todas las naciones, de los que creen en su nombre y pasión. Él mismo dijo a Israel: "Me llamarás padre". Y: "El que cree en mí, cree en el Padre" (Juan 2, 19). Él mismo prometió: "Te pondré entre los hijos": a saber, en el número de mis hijos, que me han creído de entre el pueblo de las naciones; y a quienes di la tierra deseable. Pues a cuantos le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan 1).

(Vers. 20.) "Pero como si una mujer despreciara a su amante, así me ha despreciado la casa de Israel", dice el Señor. Es la voz de Cristo respecto al pueblo de los judíos, a quienes había dicho: "Te pondré entre los hijos: y te daré una tierra deseable; y me llamarás padre, y no dejarás de entrar tras de mí". Como, dice, una mujer desprecia, no al marido, sino al amante, si una vez se ha unido a él, viéndolo servir a su propia libido, y habiéndose cambiado en ella la ley de la naturaleza, por la cual antes había estado sujeta al marido, diciendo el Señor: "Y a él será tu conversión": así la casa de Israel, esto es, el pueblo de los judíos, despreció al Señor Salvador para su propia perdición.

(Vers. 21, 22.) "Voz en los caminos (o en los labios) se ha oído, llanto y aullido de los hijos de Israel, porque hicieron inicuo su camino, se olvidaron del Señor su Dios." "Convertíos, hijos que regresáis, y sanaré vuestras aversiones (o contriciones)": en lugar de lo cual Símaco tradujo "conversiones". Gustosamente Dios acoge a los penitentes, y sale al encuentro del hijo consumido por la penuria y la suciedad, e inmediatamente lo viste con sus antiguas ropas, y devuelve la

gloria al que regresa: siempre que regrese entre llantos y aullidos. Pues por su propio vicio hizo inicuo su 863 camino, y se olvidó del Señor Dios y de su Padre, a quienes habla con palabra profética: "Convertíos, hijos que regresáis". A los cuales llamo hijos por esto, porque entendidos vuestros pecados, regresáis al padre entre llantos y aullidos. Y cuando, dice, hayáis regresado al Señor, sanará todas vuestras contriciones, o aversiones, con las que os habíais apartado del Señor, o ciertamente conversiones. Pues aunque por propia voluntad regresemos al Señor: sin embargo, a menos que Él nos atraiga, y fortalezca nuestro deseo con su auxilio, no podremos ser salvos. Entendamos esto tanto del pueblo de los judíos que regresa al Señor, como de los herejes que abandonaron al Señor.

(Vers. 23.) "He aquí que venimos a ti: porque tú eres el Señor Dios nuestro." Verdaderamente mentirosos eran los collados, y la multitud (o fortaleza) de los montes; verdaderamente en el Señor Dios nuestro está la salvación de Israel". Diga esto el penitente, y abandonando toda soberbia, y la multitud o altitud de los montes y collados, por la cual se ensoberbecía contra Dios: y postrado en humildad diga: "Verdaderamente en el Señor Dios nuestro está la salvación de Israel".

(Vers. 24.) "La confusión devoró el trabajo de nuestros padres desde nuestra adolescencia: sus rebaños y sus hatos, sus hijos y sus hijas". Todos los trabajos de los herejes, de los cuales está escrito: "Defallecieron los que escrutaban el

escrutinio" (Sal. 63, 7), desde la adolescencia de aquellos a quienes habían engañado, sus hijos y sus hijas, que habían progresado en la herejía, o que sólo por la lujuria eran retenidos, los oprimió nuestra confusión. De donde infieren:

(Vers. 25.) "Dormiremos en nuestra confusión, y nos cubrirá nuestra ignominia: porque pecamos contra nuestro Dios, nosotros y nuestros padres desde nuestra adolescencia hasta este día: y no oímos la voz del Señor Dios nuestro". Diga esto Israel, que no oyó a su Señor: diga esto todo hereje que hace penitencia; y sin embargo, parte de la salvación es confesar y conocer los propios pecados. "Di tú primero tus iniquidades", dice, "para que seas justificado" (Isa. 43, 26). Pues verdaderamente Israel abandonó a Cristo el Señor su Dios, y pecó contra Él, no sólo en aquel tiempo cuando fue visto en la carne, sino también antes de su advenimiento. De donde dicen: "nosotros y nuestros padres desde nuestra adolescencia hasta este día, y no oímos la voz de nuestro Dios", que hablaba a nuestros padres: "Si creyerais a Moisés, me creeríais también a mí: pues de mí escribió él" (Juan 5, 46).

(Cap. IV.---Vers. 1.) "Si regresas, Israel", dice el Señor, "conviértete a mí". En lugar de lo cual los Setenta tradujeron: 864 "Si Israel se hubiere convertido", dice el Señor, "a mí se convertirá". Y el sentido es, si hubiere regresado a mí, regresará de la cautividad. O de otra manera: cuando ofreciere lo que tiene: "Pues al que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que parece tener se le quitará" (Mat. 25, 29). Además, según el

hebreo, el sentido es este: Si regresas a mí, Israel, y deseando una vez la salvación, dices que has pecado, y que no has oído la voz del Señor tu Dios, conviértete plenamente, y cree en aquel a quien negaste, y entonces habrá plena conversión. "Si quitares tus escándalos de mi presencia, no serás conmovido". Cuando somos conmovidos y decimos: "Pero mis pies casi se movieron" (Sal. 71, 2), no padecemos esto por debilidad de la naturaleza, sino porque ponemos escándalos e ídolos nuestros contra el Señor.

(Vers. 2.) "Y jurarás: 'Vive el Señor', en verdad y en juicio y en justicia: y las naciones le bendecirán, y a Él alabarán." ¿Y cómo el Evangelio nos prohíbe jurar? Pero aquí (Mat. 5), "jurarás" se dice por la confesión, y para condenación de los ídolos, por los cuales juraba Israel. Finalmente se quitan los escándalos, y jura por el Señor. Y aquello que se dice: "Vive el Señor", es un juramento en el Antiguo Testamento, para condenación de los muertos, por los cuales jura todo idólatra. Al mismo tiempo ha de advertirse que el juramento tiene estos compañeros: la verdad, el juicio y la justicia; si estos faltaren, de ninguna manera habrá juramento, sino perjurio. Y cuando, dice, Israel haya hecho esto, y por medio de los Apóstoles haya sido maestro de las naciones, entonces todas las naciones bendecirán o serán bendecidas en él, y a Él alabarán porque la salvación procedió de Israel.

(Vers. 3 y ss.) "Pues así dice el Señor al varón de Judá y a Jerusalén: 'Renovad vuestro barbecho, y no sembréis sobre espinas; circuncidaos para el

Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones, varones de Judá y moradores de Jerusalén: no sea que salga como fuego mi indignación, y se encienda, y no haya quien la apague, por la malicia de vuestros pensamientos (o invenciones)'". En lugar de lo cual nosotros dijimos: "circuncidaos para el Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones", Símaco puso: "purificaos para el Señor, y quitad las malicias de vuestros corazones", entendiendo la circuncisión como limpieza, y los prepucios como vicio. Esto, además, se prescribe a los varones de Judá y de Jerusalén, que siguen la verdadera fe y habitan en la Iglesia, para que no siembren sobre espinas que el discurso evangélico significa, las cuales sofocan la simiente 865 de Dios, sino que primero hagan barbecho y arranquen todos los abrojos, y quiten las espinas: para que las semillas limpias reciban campos limpios. Esto es lo que se dice en otro lugar: "No echéis vuestras margaritas ante los puercos, ni deis lo santo a los perros" (Mat. 7, 6). ¿Cómo puede oír la palabra de Dios y concebir semillas y dar fruto aquel cuyo ánimo está lleno de las tribulaciones del mundo? Y lo que sigue: "Circuncidaos para el Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones", a nadie más se prescribe sino al varón de Judá y a los moradores de Jerusalén, para que abandonen la letra que mata y sigan el espíritu que vivifica. "Pues si no hiciereis esto", dice, "saldrá como fuego mi indignación, y se encenderá, y no habrá quien la apague". Advierte, además, y predice de antemano para no ser obligado a actuar: lo cual probamos también en los ninivi-

tas, a quienes se les predijo la sentencia para que evitaran la furia inminente mediante la penitencia. Todas estas cosas malas vendrán por la malicia de vuestros pensamientos, o de vuestras invenciones. ¿Dónde están los que dicen que en los pensamientos no hay pecado, cuando todos los vicios según la verdad evangélica proceden del corazón (Mat. 15)?

(Vers. 5, 6.) "Anunciad en Judá, y hacedlo oír en Jerusalén, hablad: tocad la trompeta en la tierra, clamad fuertemente y decid: 'Congregaos, y entremos en las ciudades fortificadas'". Oiga esto Judá, oiga esto Jerusalén, en la cual está la confesión de la fe, y en la cual habita la paz de Cristo, y a la cual se dijo por Isaías: "Sube al monte excelso tú que evangelizas a Sión. Eleva tu voz tú que evangelizas a Jerusalén" (Isa. 40, 9): clame fuertemente, y mande así: "Entremos en las ciudades fortificadas". Las guerras de los herejes se levantan: que nos sostengan los baluartes de Cristo. Levantad el signo de la cruz en la atalaya, en la sublimidad de la Iglesia. Confortaos los que teméis, no os detengáis, sino corred al auxilio de Cristo. "El mal", dice, "yo traigo del Aquilón y una gran destrucción", el verdadero Nabucodonosor, que por eso es permitido por mí estar en este mundo, para que vuestra fortaleza y victoria sean probadas.

(Vers. 7.) "Subió el león de su guarida, y el ladrón de las naciones se levantó; salió de su lugar para poner tu tierra en soledad. Tus ciudades serán devastadas, quedando sin habitante". Este es, como dijimos, el verdadero Nabucodonosor,

del cual también habla el bienaventurado Pedro Apóstol: "Nuestro adversario el diablo como león rugiente ronda buscando a quien devorar" (1 Ped. 5, 8). Sube, pues, o de los abismos 866 en los cuales ha de ser recluido, y suplica que no sea enviado allá; y el ladrón o devastador de las naciones se elevó, de quien se ha dicho: "Dominará sobre todos sus enemigos" (Sal. 9, 5), y quien se gloria a la vista del Señor: "Rodeé toda la tierra, y la pisoteé" (Job 2, 2). ¿Quién hay a quien los venenos del diablo no toquen, sino aquel solo que puede decir: "He aquí que viene el príncipe de este mundo, y no encuentra nada en mí" (Juan 14, 30)? Éste frecuentemente pone toda la tierra de la Iglesia en soledad, para que los que salieron de la Iglesia luchen contra la Iglesia. De los cuales habla Juan el Evangelista: "De nosotros salieron, pero no eran de nosotros; pues si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido ciertamente con nosotros" (1 Juan 2, 19). Las ciudades de la tierra de Judá son devastadas, y florecen los conciliábulos de los herejes. Si alguien, pues, es favorecedor y autor de dogmas perversos, puede decirse esto: "Subió el león de su guarida, y el ladrón de las naciones se levantó", y lo demás.

(Vers. 8.) "Sobre esto ceñíos de cilicios: plañid y aullad, porque no se ha apartado la ira del furor del Señor de nosotros", o como los Setenta tradujeron: "de vosotros". De otra manera no podemos evitar al león y a la fiera saquísima, si no hacemos penitencia y nos convertimos al Señor, no sólo de mente, sino también de obra. Pues mientras aquél devasta la Iglesia y la tierra de

Judá, y también depuebla Jerusalén, la ira de Dios es manifiesta.

(Vers. 9.) "Y sucederá en aquel día, dice el Señor: perecerá el corazón del rey, y el corazón de los príncipes, y se pasmarán los sacerdotes, y los profetas se consternarán". Devastando el ladrón la Iglesia del Señor, y permaneciendo la ira del Señor contra nosotros, todo auxilio será inútil. Perecerá el corazón del rey, cuyo corazón debe estar en la mano de Dios, y el corazón de los príncipes, que eran tenidos por sabios. Pues Dios hizo necia la sabiduría del mundo, porque por ella no conocieron a Dios (1 Cor. 1). También los mismos sacerdotes, que debieron enseñar la ley del Señor y defender a los pueblos a ellos sujetos del furor del león, infatuados por cierto estupor, se volverán a la demencia: pues así tradujeron los Setenta, expresando "éxtasis de la mente" por "estupor". Y los profetas se consternarán, o, como Aquila tradujo la palabra hebrea IETHMAU, estarán dementes. Pues ¿quién no enloquecería, quién no perdería el corazón, cuando viere a sus príncipes, y reyes, y sacerdotes, y a sus antiguos profetas bajo el león?

Y dije: "¡Ay, ay, ay! Señor Dios" (en lugar de lo cual los Setenta habían traducido: "¡Oh Señor Dios!"), "¿acaso has engañado a este pueblo y a Jerusalén, diciendo: 'Paz habrá para vosotros'? Y he aquí 867 que la espada ha llegado hasta el alma". Porque antes había dicho: "En aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono de Dios, y se congregarán en ella todas las naciones en el monte del Señor en Jerusalén"; y ahora dice: "Perecerá el

corazón del rey, y el corazón de los príncipes, y se pasmarán los sacerdotes y los profetas se consternarán", se turba el Profeta, y en su interior piensa que Dios ha mentido; ni entiende que aquello fue prometido para después de mucho tiempo, pero esto habría de ser en un tiempo cercano, según lo cual también habla el Apóstol: "¿Acaso ha repelido Dios a su pueblo? ¡Ni lo piense!" (Rom. 11, 1). La espada llega hasta el alma cuando nada vital se reserva en el alma. Al mismo tiempo también muestra esto, que a menos que la espada haya precedido, la cual cercene y purgue los vicios del alma, la paz y la promesa no se siguen.

(Vers. 11, 12.) En aquel tiempo se dirá a este pueblo y a Jerusalén: "Un viento abrasador (o de rocío) en los caminos que están en el desierto." Los caminos de la hija de mi pueblo: no para aventar, ni para limpiar. Un espíritu pleno vendrá de éstos hacia mí". Cuando la espada haya llegado hasta el alma, y la era haya sido consumida: entonces vendrá del desierto un viento abrasador, que no la limpie ni la avente, de modo que dispersándose el tamo de aquí para allá, el trigo sea recogido en los graneros; sino que vendrá un espíritu pleno, de ningún modo para el pueblo, sino para mí, para que mi trigo sea disipado. "Viento" y "espíritu" se llaman con el mismo nombre entre los hebreos, RUA (רוּחַ): y según la cualidad de los lugares, debemos entenderlo o como "viento" o como "espíritu". Otros explican este pasaje de tal modo que después de que la era haya sido limpiada, los restos se salven. De donde también está escrito: "El espíritu de

plenitud vendrá a mí", diciendo el Evangelista: "Todos recibimos de su plenitud" (Juan 1, 16), y obtendremos la gracia del Espíritu Santo. Pero, según la historia, toma el viento abrasador por Nabucodonosor, que lo consume todo. Según la tropología, por el poder adverso, que viniendo del desierto y de la soledad, donde no hay ninguna hospitalidad de Dios, intente derribar su Iglesia.

"Y ahora yo hablaré mis juicios con ellos". Es una aposiopesis (ἀποσιώπησις), según aquel pasaje virgiliano (Eneida 1): "A quienes yo... pero es mejor calmar las agitadas olas". Estando, pues, por hablar cosas prósperas, se contiene, y une cosas tristes a las tristes. Éstos son, en efecto, los juicios que Dios habla con su pueblo que en otro tiempo fue suyo, para que sepan que justamente soportan lo que soportan.

(Vers. 13.) "He aquí que ascenderá como una nube, y como una tempestad su carro: sus caballos son más veloces que las águilas. ¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados!" Ve lo venidero como presente: y describe el ejército babilónico, cuyo estrépito de carros y ruedas se compara con una tempestad saquísima 868, y la velocidad de los caballos se une a las águilas. Habiendo dicho esto el Profeta, y habiendo señalado con el dedo como a los enemigos que vienen, el pueblo gime, y de ningún modo siente las cosas futuras, sino las ya hechas, diciendo: "¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados!". Esto mismo se refiere a la Iglesia, que diariamente nos impugna el ejército del verdadero Nabucodonosor, y el carro de Faraón y toda su caballería

supera el ímpetu de las águilas. Lo cual, si lo entiende el hombre eclesiástico, creyendo a aquella sentencia: "Cuando convertido gimieres, entonces serás salvo", dirá: "¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados!" (Ez. 33, 11).

(Vers. 14.) "Lava de malicia tu corazón, Jerusalén, para que seas salva: ¿hasta cuándo morarán en ti los pensamientos nocivos?" Al pueblo que dice: "¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados!", responde el Profeta, o más bien Dios por medio del Profeta: "Lava de malicia tu corazón, Jerusalén", con aquella agua de la que también habla Isaías: "Lavaos, sed limpios" (Is. 1, 16), el agua del bautismo saludable, el agua de la penitencia. A la metrópoli de los judíos habla, para que por la ciudad se entiendan los pueblos: ¿Hasta cuándo estás sometida a pensamientos inicuos, que proceden de tu corazón? Pues el corazón en las Sagradas Escrituras debemos tomarlo por el sentido y el alma.

(Vers. 15.) "Pues voz de quien anuncia desde Dan, y de quien hace conocer el ídolo (o el dolor) desde el monte Efraín". Según la situación de la tierra de Judea, habla ahora la palabra divina. Pues la tribu de Dan, junto al monte Líbano y la ciudad que ahora se llama Paneas, mira hacia el Aquilón (Aquilonem): de donde ha de venir Nabucodonosor. El ídolo Bel, o el dolor o la iniquidad, describe que viene del monte Efraín. Pues después de la tribu de Dan, sucede la tierra de Efraín, por la cual se viene a Jerusalén. Dan se interpreta como "juicio"; Efraín, como "abundancia". Vendrá, pues, el juicio del Señor a la

tierra que peca contra el Señor, con toda abundancia de suplicio.

(Vers. 16, 17.) "Decid a las naciones: He aquí que se ha oído en Jerusalén, que vienen guardas de tierra lejana y han dado sobre las ciudades de Judá su voz: como guardas de campos han sido puestos sobre ella en derredor, porque me ha provocado a ira", dice el Señor. Quiere que todas las naciones en derredor conozcan la sentencia de Dios: y que azotada Jerusalén, todos reciban disciplina. Por frecuente rumor en Jerusalén, dice, se narra que vienen adversarios de tierra lejana, y que surge contra ella el bramido de un ejército aullante, que tan diligentemente sitian la ciudad y cierran la urbe con fortificaciones, que no tanto pensarías que son adversarios como guardas de campos y viñedos. Todo esto se hizo, no por las fuerzas de los enemigos, sino por la culpa de Jerusalén: porque provocó a Dios a ira 869. Pues si las fuerzas adversas no tienen potestad sobre los puercos, ¿cuánto más sobre los hombres, y hombres que en otro tiempo fueron de la ciudad de Dios?

(Vers. 18.) "Tus caminos y tus pensamientos te hicieron estas cosas: ésta es tu malicia, porque es amarga [Vulg. añade 'porque'], tocó tu corazón". Hace una apostrofe a la ciudad de Jerusalén, de que sus caminos y sus pensamientos, por los cuales pecó tanto de obra como de palabra, hicieron que le vinieran todas las cosas que sucedieron: y que su malicia, la cual es amarga por sí misma, ha tocado su corazón, y ha penetrado lo interno del alma. Cualquier cosa, pues, que nos sucede,

sucede por nuestro vicio, nosotros que convertimos al dulce Señor en amargura, y le obligamos a ensañarse sin querer él.

(Vers. 19, 20.) "Mi vientre, mi vientre me duele: los sentidos de mi corazón se han turbado en mí: no callaré, porque mi alma oyó la voz de la trompeta, el clamor de la batalla. Se ha gritado destrucción sobre destrucción: y toda la tierra ha sido devastada. De repente han sido devastados mis tabernáculos, súbitamente mis pieles". Donde nosotros pusimos según Simaco "se han turbado", y en hebreo está escrito HOMA (הָמָה); los Setenta y Teodoción pusieron maimassei (μαιμάσσει): palabra que hasta el presente ignoro qué significa. Pero Áquila puso ochlizei (ὀχλίζει), lo cual también suena a "tumulto". Dígase esto de la palabra sobre la cual sé que entre muchos hay una gran contienda. Se introduce la voz del Profeta, y de Dios hablando por medio del Profeta: que le duele la destrucción de su pueblo, y que a semejanza de hombre se laceran sus vísceras internas. Como también el Salvador se dolió por la muerte de Lázaro (Juan 11): y lloró sobre Jerusalén, para no ocultar el dolor con el silencio (Lucas 19): y todo estrépito de trompeta y bramido de batallas turba su afecto, mientras los males se acumulan a los males, y toda la tierra de las dos tribus es devastada. Mientras no lo pensaba, dice, mis tabernáculos en otro tiempo y mis pieles, con el ejército babilónico enfurecido, fueron saqueados: y mis antiguos albergues cedieron a la presa de los enemigos. Pero Dios habla esto mismo cuando ve las turbas de sedición y las discordias

en la Iglesia y que en sus conciliábulos clama la perdiz [Al. 'por el día'], y que el descanso de Dios se convierte en guerras. De donde sigue:

(Vers. 21.) "¿Hasta cuándo veré a los que huyen [Vulg. 'al que huye'], y oiré la voz de la trompeta?" O bien a los que huyen del rey de Babilonia, o a los que huyen de mí, y se apartan de mi servicio.

(Vers. 22.) "Porque mi pueblo necio no me conoció: los hijos son insensatos y de poco seso. Sabios son para hacer males: pero hacer bien no supieron". La causa de la destrucción, de la devastación, 870 de la huida y de la trompeta, es porque el pueblo se ha hecho necio, no por naturaleza, sino por estudio de la voluntad. Y la necedad misma se prueba de aquí: porque no conocieron a Dios, y en lugar de hijos sabios, se hicieron hijos necios y de poco seso. Pues ¿qué mayor necedad puede haber que, conociendo el buey a su poseedor y el asno el pesebre de su señor, Israel no conozca al Señor, y desprecie presente al que siempre deseaba ver? Y lo que se añade: "Sabios son para hacer males: pero hacer bien no supieron", aquí la sabiduría debe tomarse por malicia, según lo cual también los hijos de este siglo son más sabios que los hijos de la luz; y se narra que el administrador de la iniquidad hizo ciertas cosas sabiamente (Luc. 16); y se lee que la serpiente en el paraíso fue más prudente que todas las fieras (Gén. 3). Aquella es, pues, la verdadera sabiduría que se une al temor de Dios. De otro modo, donde hay insidias y tergiversación, no debe llamarse sabiduría, sino astucia y sagacidad. Por aquello que dijimos: "porque mi

pueblo necio no me conoció", los Setenta tradujeron: "porque los príncipes de mi pueblo no me conocieron", para que la culpa sea más de los maestros que del pueblo que no tiene la ciencia de Dios.

(Vers. 23 y ss.) "Miré la tierra, y he aquí que estaba vacía y en nada; y los cielos, y no había luz en ellos. Vi los montes, y he aquí que se movían; y todos los collados se conturbaron. Miré, y no había hombre, y toda ave del cielo se retiró. Miré, y he aquí que el Carmelo estaba desierto, y todas sus ciudades fueron destruidas ante la faz del Señor, y ante la faz de la ira de su furor". El Profeta ve en espíritu las cosas que han de venir, para que oyéndolas el pueblo se aterrorice, y hecha penitencia, de ningún modo soporte lo que teme. Vacía está la tierra, borrado el habitante. Los cielos no tienen luz, por la magnitud del terror, no viéndola el pueblo. Los mismos montes y collados tienen escondrijos inseguros, y por hipérbole (hyperbolen) parecen moverse y turbarse. Miró, y circundó con la vista de aquí para allá, y ni siquiera un ave pudo ser hallada. Pues la ira de Dios la sienten aun los elementos mudos, y los animales irracionales la temen sobremanera. Que esto sea verdad, ahora lo demuestra todo el orbe, de modo que muerta la multitud de hombres, también las aves, que suelen seguir a los habitantes, se hayan ido y perecido. El mismo Carmelo también, que amenaza al gran mar, plantado de olivos y arbustos, y denso por los viñedos, vendrá a tanta soledad que tenga la vastedad de un desierto. Todas las ciudades también quedarán desiertas,

y la causa de todos los males es que por el vicio del pueblo pecador se ha incitado la ira del Señor. Lo que 871 dijimos según la historia de Jerusalén y Judea, refirámoslo a la Iglesia de Dios, cuando hubiere ofendido a Dios, y hubiere sido devastada o por los vicios o por la persecución, y donde antes hubo coro de virtudes y alegría, allí se encuentre multitud de pecados y de lutos.

(Vers. 27, 28.) "Pues esto dice el Señor: Desierta quedará toda la tierra, pero sin embargo no haré consumación; luto tendrá la tierra y se entristecerán los cielos desde arriba, por cuanto hablé [Al. 'soy']. Pensé, y no me pesó; ni me he apartado de ello". Mezclada la misericordia de Dios con la ira, toda la tierra es desértica, pero no se hace la consumación para que haya quienes entiendan su clemencia. El cielo también se verá triste desde arriba, y la tierra misma llorará, por cuanto la sentencia del Señor ha llegado hasta el fin, ni le ha pesado sobre aquello que pensó y habló. Se dice arrepentimiento de Dios cuando se quita la sentencia predicha, y la ira ensañada no llega hasta el fin. Amenazó por medio de Jonás, y la multitud de lágrimas y de gemidos superó a la espada inminente (Jon. 3).

(Vers. 29.) "A la voz del caballero, y de quien lanza la saeta (o que tiende el arco) huyó toda la ciudad (o región). Entraron en lugares arduos, y subieron a las peñas". Y lo que sigue: "Y entraron en los sotos, o cavernas", fue añadido por los Setenta. Describe la palabra divina el ejército del babilónico enfurecido, que por su temblor todo el pueblo ha abandonado la ciudad, y ha subido

a todos los lugares arduos; y sin embargo no ha podido declinar la ira del Señor. Todo lo que, como dijimos arriba, se entiende en la historia contra Jerusalén, se refiere a la Iglesia, cuando hubiere ofendido a Dios, y hubiere sido entregada a los adversarios, o en tiempo de persecución, o ciertamente por los vicios y los pecados.

(Vers. 30.) "Y tú, devastada, ¿qué harás?" Por "devastada", que en hebreo se dice SADUD (שָׁדוּד), que solo interpretó Áquila, otros tradujeron "mísera" y "miserable", por su culpa, que ha ofendido al Dios clemente. Finalmente sigue:

"Cuando te vistieres de escarlata, y cuando fueres adornada con collar de oro, y pintares con estibio tus ojos, en vano te compones: te han despreciado tus amantes: tu alma buscarán". Habla bajo la figura de una mujer adúltera: cuando una vez has ofendido a Dios, y como a tu marido has dejado al Creador, en vano buscas ornamentos. Te han despreciado los demonios tus amantes, y de ningún modo buscarán la inmundicia del estupro, sino la destrucción de tu alma. 872 Esto mismo debe entenderse espiritualmente contra aquellos que han perdido los afectos conyugales y el pudor de la verdadera fe. Si te vistieres, dice, de escarlata, esto es, si asumieres la fe de la sangre de Cristo; si te adornares con collar de oro, esto es, si tuvieres la meditación del sentido y de la inteligencia espiritual; y pintares tus ojos con estibio, esto es, si tuvieres estudio de los misterios y de conocer los secretos de Dios, en vano te compones. Pues estas cosas también para tus amantes las habías preparado; y por tanto el lecho estre-

cho no puede contener a ambos, ni recibe Dios los ornamentos con los que antes pluguiste a tus amantes.

(Vers. 31.) "Pues voz como de quien pare oí: angustias (o gemidos) como de mujer de parto. Voz de la hija de Sion que desfallece y extiende sus manos: ¡Ay de mí!, porque desfalleció mi alma a causa de los muertos". A semejanza de mujer de parto, esto es, la que pare sus primeros fetos, describe a la ciudad de Jerusalén ululando y clamando. Pues como la mujer que pare, y aún no ha experimentado el dolor del parto, casi muere, y sosteniendo angustias apenas puede respirar, y con las manos extendidas se desploma, así también la hija de Sion, cuando hubiere visto a sus hijos muertos, prorrumpirá en estas palabras, y dirá [Al. 'prorrumpe y dice']: "Ay de mí!, porque desfalleció mi alma a causa de los muertos". Se han comparado dos ejemplos en un solo capítulo: de la que pare hijos y de la que los llora; para que todo lo que la mujer padece en el parto, o en las muertes de los hijos, lo padezca Jerusalén en sus pueblos.

(Cap. 5.---Vers. 1, 2.) "Recorred las vías de Jerusalén, y mirad, y considerad, y buscad en sus plazas, si halláis un hombre que haga juicio y busque la fe: y le seré propicio. Que si también dijeren: 'Vive el Señor', también esto jurarán en falso". Grande es el amor a la justicia, que de ningún modo según la interrogación de Abraham y la respuesta de Dios, por diez hombres justos Dios habría liberado [Al. 'libere'] la ciudad (Gén. 18); sino que si hallare uno solo en Jerusalén ya a

punto de perecer, que haga juicio y busque la fe (o, como tradujo Simaco, "la verdad"), sin embargo Dios tenga misericordia de Jerusalén. Y porque podía ser que se hallasen algunos en el pueblo que simulasen el culto de Dios y jurasen por Dios, previno esto, que de ningún modo Dios se deleita con palabras vanas, sino con la verdad de la fe, y dice: "No amo a los que juran por mí y juran en la mentira, sino a aquellos cuyos corazones y labios consienten".

(Vers. 3.) "Señor, tus ojos miran la fe: los heriste, 873 y no se dolieron; los quebrantaste, y rehusaron recibir disciplina. Endurecieron sus rostros sobre la piedra, y no quisieron volver". Después de las palabras del Señor, en las que había mandado diciendo: "Recorred las vías de Jerusalén", y lo demás, el Profeta habla al Señor: "Señor, tus ojos miran la fe", la cual en hebreo se dice EMUNA (אֱמוּנָה): no las obras de los judíos, en las que se gloriaban según las ceremonias de la Ley; sino la fe de los cristianos, por la cual por gracia hemos sido hechos salvos. En este capítulo aprendemos que por eso se introducen los suplicio, para que se corrijan los vicios. Finalmente dice: "los heriste, y no se dolieron; los quebrantaste, y rehusaron recibir disciplina". Pues por todos los tormentos y azotes se enmienda Jerusalén, y sobre todo esto ni siquiera tuvieron vergüenza de sus vicios; sino que endureciendo como piedra la impudencia de su frente, no quisieron convertirse a cosas mejores.

(Vers. 4, 5.) "Yo empero dije: Por ventura son pobres y necios (o no pudieron), ignorando el

camino del Señor, el juicio de su Dios. Iré, pues, a los nobles, y les hablaré: pues ellos conocieron el camino del Señor, el juicio de su Dios". Aquí llama "pobres" y "nobles" no por la penuria y las riquezas, sino que compara al pueblo con los príncipes. Y el sentido es: Viendo la pertinacia del pueblo infiel, y que con rostro endurecido no quiso recibir disciplina, trataba esto conmigo en la razón: Por ventura el vulgo innoble no puede conocer la doctrina de Dios, y por eso es excusable, porque por la impericia no vale para saber los mandatos de Dios. Iré, pues, a los sacerdotes, y a los que presiden al pueblo, y les hablaré: pues ellos conocieron la voluntad del Señor, y saben el juicio de su Dios. Dice esto con el lenguaje de quien duda, según aquel pasaje evangélico: "Enviaré a mi hijo, por ventura le reverenciarán" (Mat. 21, 37), para que de la ambigüedad de la sentencia y de la suspensión de las palabras se mostrase el libre albedrío del hombre.

(Vers. 6.) "Y he aquí que más bien estos juntos quebrantaron el yugo: rompieron los vínculos, por eso los hirió el león de la selva, el lobo al atardecer los devastó, el pardo vigilante sobre sus ciudades; todo el que saliere de ellas será atrapado. Porque se han multiplicado sus prevaricaciones, se han fortalecido sus aversiones."

Los que yo pensaba que eran maestros, resultaron ser peores que los discípulos, y cuanto mayor es la autoridad en los ricos, tanto mayor es la insolencia de sus pecados. Pues quebrantaron el yugo de la Ley, diciendo el Apóstol: "¿Por qué ahora tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre

el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? sino que por la gracia del Señor Jesús creemos que seremos salvos, al igual que ellos" (Hech. 15, 10. 11): y rompieron los vínculos de los preceptos de Dios, y no de los fariseos, de quienes se dice en el segundo salmo: "Rompamos sus vínculos, y arrojemos de nosotros su yugo" (Sal. 2, 3).

Puesto que hicieron estas cosas, "los hirió el león de la selva", a saber, el reino babilonio; "el lobo al atardecer los devastó", significando a los medos y persas: en cuyo lugar en la Visión de Daniel se pone una osa, en cuya boca había tres órdenes (Dan. 7): "el pardo vigilante sobre sus ciudades", prefigurando el ímpetu de Alejandro, y la veloz incursión desde el Occidente hasta la India. Y lo llama pardo por la variedad, y porque con muchísimas naciones a él sometidas luchó contra los medos y los persas. Y había, dice, cuatro cabezas en la bestia, y se le dio el poder. Y porque no profetiza sobre el futuro, sino sobre el pasado, tejió la historia como si de cosas ya por venir se tratase, por lo cual calla sobre el imperio romano, del cual por ventura se dice: "Todo el que saliere de ellos, será atrapado."

Y rinde las causas de por qué padecieron estas cosas: "Porque se han multiplicado sus prevaricaciones", y perseveraron en las transgresiones. De donde se dice: "Y se han fortalecido sus aversiones". Aquello que pusimos al principio, que la palabra hebrea SOCED (שָׁקֵד) suena a "vigilia" [o vigilancia], se muestra en el presente lugar: pues donde nosotros dijimos "pardo vigilante",

en el hebreo está escrito NEMER SOCED (נָמֵר שָׁקֵד). Según la tropología, los que son tenidos por grandes en la Iglesia, porque quebrantan el yugo y rompen los vínculos, por eso son entregados a la ignominia de las pasiones, para que hagan lo que no conviene.

(Vers. 7 y sigs.) "¿Sobre qué podré serte propicio? Tus hijos me abandonaron, y juran por los que no son dioses: los harté, y fornicaron, y en la casa de la meretriz se entregaban al lujo: se me han vuelto como caballos amantes de las hembras, y sementales. Cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo. ¿Acaso no visitaré sobre estas cosas, dice el Señor: y en tal nación no se vengará mi alma?"

Katálogos [Catálogo] de los pecados de Jerusalén: mientras Dios dice ignorar por qué ocasión pueda tener misericordia de ella: "Tus hijos", dice, "me abandonaron". De ninguna manera mis hijos, sino los tuyos: que juran por los que no son dioses. "Los harté, y fornicaron". Oigan esto quienes, incubando las riquezas recibidas del Señor, sirven a la lujuria. "Se hicieron caballos amantes de las hembras".

En lugar de "sementales" [emissariis] en el hebreo está escrito MOSECHIM (מֹשְׁכִים), lo cual todos con voz acorde tradujeron como hélkontes (ἕλκοντες), esto es, "que arrastran" [trahentes]: para que se muestre la magnitud de los genitales, según aquello de Ezequiel: "como carne de asnos, su carne" (Ezeq. 23, 20). Esto es lo que en otro lugar está escrito: "Se han comparado con los jumentos insensatos, y se han hecho semejantes

a ellos" (Sal. 48, 13). Y al mismo tiempo muestra tanta locura de la libido, que lo llama no solo apetito de placer, sino jremetismón (χρεμετισμὸν), esto es, "relincho", y mantiene la metáfora de los caballos enfurecidos por la libido. Cuando hubieres hecho estas cosas, dice, ¿acaso no eres digna de visitación? Y nota que aquí la visitación se pone por la pena y los suplicio, según aquello que está escrito: "Visitaré con vara sus iniquidades". "¿Y en tal nación no se vengará mi alma" (Sal. 88, 33)? Después de que ha quedado obligada por los pecados, de ninguna manera se llama pueblo de Dios, sino nación de la cual se retiró el alma de Dios, según aquello que está escrito: "Vuestras neomenias, y sábados, y días festivos los odia mi alma" (Isa. 1, 13). Pues lo que en el Antiguo Testamento se dice por afecto, en el Nuevo está escrito por verdad: diciendo el Salvador: "Tengo potestad de poner mi alma, y tengo potestad de tomarla de nuevo" (Juan 10, 18).

(Vers. 10, 11.) "Subid a sus muros (o baluartes) y destruid: pero no hagáis consumación. Quitad sus sarmientos (o sostenes) porque no son del Señor. Pues prevaricando ha prevaricado contra mí la casa de Israel, y la casa de Judá, dice el Señor."

Manda a las gentes, de las cuales arriba había dicho: "Los hirió el león de la selva, el lobo los devastó, y el pardo en sus ciudades", que suban a los muros de Jerusalén, o a sus baluartes, y la destruyan: pero que no hagan consumación, para que se salven las reliquias, y haya quien anuncie en las gentes la gloria de Dios, y mezcla la clemen-

cia con la severidad. Y lo que añadió: "Quitad sus sarmientos", o "sostenes", manda que se quiten todos los auxilios, los cuales perdió por su propio vicio, por el hecho de que ha prevaricado contra Dios [Al. el Señor] la casa de Israel, y la casa de Judá, significando las diez tribus y las dos. Oiga esto la Iglesia, que pronto se destruyen los muros y baluartes de aquellos que no tienen esperanza en el Señor, y prevarican contra él, pero sin embargo no se haga consumación por la clemencia del juez, y no por los méritos de los delincuentes.

(Vers. 12, 13.) "Negaron al Señor, y dijeron: no es él (o no son estas cosas), ni sobrevendrá [Vulg. vendrá] sobre nosotros el mal: no veremos la espada ni el hambre. Los profetas hablaron al viento: y la respuesta (o el sermón) no estuvo en ellos. Estas cosas, pues, les sucederán."

Porque negaron al Señor, o mintieron al Señor, y dijeron: no es él, por cuyo juicio se hacen todas las cosas, sino que por azar sucedieron todas estas cosas: ni sucederán las cosas que nos amenazan las voces de los Profetas, ni veremos la espada, ni sostendremos el hambre del sitio, y todo lo que hablaron los Profetas, al viento lo hablaron, y todas las cosas pasaron irritas, ni tuvieron respuesta, esto es, oráculo, o el sermón de Dios no estuvo en ellos, por eso sostendrán lo que el sermón siguiente describe. Oiga esto la Iglesia negligente, y que rechaza la providencia de Dios, que sostendrá tanto la espada como el hambre, a no ser que creyere que han de venir las cosas que se dicen.

(Vers. 14.) "Esto dice el Señor Dios de los ejércitos: porque hablasteis esta palabra: he aquí que yo pongo mis palabras en tu boca como fuego, y a este pueblo como leña, y los devorará."

Dijisteis: "Los profetas hablaron al viento, ni han de venir las cosas que amenazan": por tanto, oh Profeta, pongo mis palabras en tu boca, que tengan potestad de fuego, y convertiré a este pueblo en leña, para que por tu sermón y profecía los incrédulos sean abrasados. Así Dios es llamado fuego consumidor, para que consuma en nosotros, si sobre el fundamento de Cristo hubiéramos edificado, leña, heno, paja (Deut. 4).

(Vers. 15 y sigs.) "He aquí que yo traeré sobre vosotros una nación de lejos, oh casa de Israel, dice el Señor: una nación robusta, una nación antigua, una nación cuya lengua ignorarás, ni entenderás lo que habla. Su aljaba es como sepulcro abierto, todos son fuertes. Y comerá tus mieses y tu pan: devorará a tus hijos y a tus hijas: comerá tu rebaño y tus manadas: comerá tu viña y tu higuera, y quebrantará tus ciudades amuralladas, en las cuales tienes confianza, con la espada. Pero en aquellos días, dice el Señor, no haré consumación de vosotros."

De ninguna manera mucho tiempo después, ni como falsamente creéis, hablarán los Profetas al viento, sino que ya ahora traeré sobre vosotros a la nación de los babilonios, que vendrá de lejos: una nación robusta, por lo cual en el hebreo está escrito ETHAN (אֵיתָן), una nación antigua, de la cual en otro tiempo dominó el gigante Nemrod (Gén. 10). Cuya lengua ignorarás, o como está

escrito en el hebreo: "ni entenderás lo que habla": pues es consuelo de los males si tienes por enemigos a aquellos a quienes puedes rogar, y que entiendan tus súplicas.

Y lo que sigue: "Su aljaba es como sepulcro abierto", y no se dice en la edición de los Setenta, significa el armamento babilonio. Ni hay duda de que el reino de los asirios, babilonios, medos y persas es peritísimo en el tiro con arco. Y al mismo tiempo describe la vastedad de la tierra de Judea, y la matanza de muchos, el arreo de los ganados, la subversión de las ciudades y los muros, que con la espada hostil todo sea capturado, y sin embargo en tan grandes males no los pierda hasta el exterminio; sino que salve a las reliquias, ya de aquellos que fueron llevados a Babilonia y enviados a la agricultura de la tierra [Al. cultivo de los campos] de Judea, ya de aquellos que tras el ardor de la persecución conservaron la fe del Señor, sea por la huida, sea por la confesión.

(Vers. 19.) "Y si dijereis: ¿por qué hizo el Señor Dios nuestro todas estas cosas con nosotros? Les dirás: Así como me abandonasteis, y servisteis a un dios ajeno (o dioses ajenos) en vuestra tierra: así serviréis a ajenos en tierra no vuestra."

Grande es la necedad de ignorar por qué padecieron, cuando tanto pecaron: y breve la respuesta a los que dudan: así como servisteis a un dios ajeno, esto es, Baal, o a los dioses ajenos de todas las naciones en la tierra de Judea, así serviréis a dioses ajenos en tierra no vuestra: sin duda de Babilonia y Caldea. Pues si os deleita la religión peregrina, ¿qué necesidad hay de asumir

un error lejano? Habitad con tales, más bien servid a aquellos cuyos dioses cultiváis. Puede esto también entenderse sobre los herejes, de quienes está escrito: "De nosotros salieron, pero no eran de nosotros. Pues si hubieran sido de nosotros, hubieran permanecido ciertamente con nosotros" (1 Juan 2, 19), que el Señor arroja de la Iglesia a los herejes, los cuales por mucho tiempo bajo su nombre veneraron los simulacros de sus mentiras, para que fuera cultiven lo que antes veneraban dentro, para que la paja sea separada del trigo.

LIBRO SEGUNDO.

877-878 El segundo libro sobre Jeremías, hermano Eusebio, lo dictamos con lenguaje veloz, desviando por un poco los oídos para no oír el juicio de sangre, y deploremos las almas de los muertos, que por la opinión de las virtudes caen diariamente en la soberbia, y se creen semejantes a Dios, de modo que la igualdad que la impía herejía de los arrianos niega en el Hijo, se la atribuyan a todos los hombres, y pongan su boca en el cielo, y nada más dejen para la futura beatitud de los Santos. A cuya furia respondimos (Epíst. 133, a Ctesifonte) como pudimos: y si el Señor diere vida, responderemos más plenamente. Ahora debe seguirse la vía comenzada, y dictar los Comentariolos: ni extendiendo la obra con excesiva longitud, ni quitando la inteligencia con inmoderada brevedad, una de las cuales carga los sentidos de los lectores, la otra impide el deseo de los estudiosos.

(Vers. 20, 21.) "Anunciad esto a la casa de Jacob, y hacedlo oír en Judá, diciendo: Oye, pueblo necio, que no tienes corazón: los que teniendo ojos no veis; y oídos, y no oís."

De muchos modos retrae a los pecadores hacia la salud, y llama necio al pueblo que abandonó al autor de la sabiduría, y los compara con los simulacros, de los cuales está escrito: "Ojos tienen y no

ven: oídos tienen y no oyen. Háganse semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos" (Sal. 113, 5. 6). Propiamente empero habla a Judá y a la casa de Jacob: pues Israel ya hacía mucho tiempo que exultaba entre los asirios: y al mismo tiempo da el entendimiento de que incluso sin precepto, por el sentido natural debemos entender lo que es recto.

(Vers. 22 y sigs.) "¿A mí, pues, no me temeréis, dice el Señor: y ante mi rostro no os doleréis [o temeréis]? yo que puse la arena como término al mar: precepto sempiterno que no pasará. Y se conmoverán, y no podrán [o se turbará, y no podrá], y se hincharán [o sonarán] sus olas, y no lo traspasarán. A este pueblo se le ha vuelto un corazón incrédulo y exasperante: se retiraron, y se fueron, y no dijeron en su corazón: Temamos al Señor Dios nuestro, que nos da la lluvia temprana y la tardía en su tiempo; que nos guarda la plenitud de la cosecha anual."

Narra los beneficios para argüir a los ingratos. "¿A mí", dice, "no me temeréis, yo que tantas cosas os presté?" No deseo el amor de los perfectos, sino el temor de los principiantes, "que puse la arena como término al mar"; yo que refrené con mi precepto en los litorales a tan potente elemento e inmensas moles de abismos, según aquello que está escrito: "Puso un precepto, y no pasará" (Sal. 148, 6). Me oyen y me sienten las cosas que no tienen sentido de oír: y mi pueblo de otro tiempo, hecho necio por su propio vicio, no solo desprecia, sino que exaspera al Dios dulce. Se retiraron, dice, de mí, y me volvieron las espaldas,

y se fueron con paso apresurado; ni los retrajo la conciencia tácita para que dijeran en sus corazones: "Temamos a aquel que nos da la lluvia temprana y la tardía". Por todo lo cual muestra la buena plenitud de la cosecha anual, en lugar de lo cual la primera edición de Aquila, y Símaco, interpretaron "semanas". Pues en el hebreo está escrito SABAOTH (שָׁבֻעוֹת), que por la ambigüedad de la palabra significa tanto "semanas" como "plenitud".

(Vers. 25.) "Vuestras iniquidades desviaron estas cosas, y vuestros pecados prohibieron el bien de vosotros."

Por tanto, si alguna vez también el mar trasciende sus términos, y la lluvia se retira, de ninguna manera se ha abreviado la mano del Señor para no hacer estas cosas: sino que nuestros pecados desviaron estas cosas que venían a nosotros, para que pasaran a otros que no pecaron. Y prohibieron, dice, el bien que ya venía a nosotros, según aquello que está escrito según la letra: "Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella aguacero" (Isa. 5, 6). Podemos empero entender por la lluvia temprana y la tardía a la Ley y al Evangelio, y las diversas vocaciones desde la hora primera hasta la undécima, en las cuales se promete un solo premio de vida eterna a los operarios de la viña (Mat. 20).

(Vers. 26.) "Porque se han hallado en mi pueblo impíos acechando como cazadores de aves: poniendo lazos y trampas para atrapar a los hombres: como trampa llena de aves, así sus casas están llenas de dolo."

Por qué se desviaría de ellos la lluvia temprana y la tardía, y no vendrían todos los bienes, se someten las causas: porque se han hallado en su pueblo impíos. No dijo "inicuos" y "pecadores" (como quiere la nueva herejía), sino "impíos". La impiedad niega abiertamente a Dios: la iniquidad y el pecado, si confiesan el error, fácilmente inclinan a Dios a la misericordia. Y lo que nosotros dijimos: "acechando como cazadores", y en los Setenta no se tiene, Aquila y Símaco tradujeron JASIR (יָקוּשׁ), "como red de cazador", porque incluso quien parece bueno y recto entre ellos, a semejanza de un cazador tiende insidias, mientras se cazan unos a otros para la muerte, y con los daños y gastos de otros llenan sus propias casas, para que se cumpla aquella sentencia de los filósofos: "Todo rico es o inicuo, o heredero de un inicuo". Y ojalá estas cosas se hicieran solo por aquellos que parecen estar fuera, y a quienes el Señor juzga; y no se cumplieran en nuestras asambleas, a quienes posee la avaricia, raíz de todos los males (Col. 3), de modo que de los que vienen a nosotros no contemplemos los rostros, sino las manos.

(Vers. 27 y sigs.) "Por eso se engrandecieron y enriquecieron: se han engordado y puesto gruesos, y pasaron mis palabras pésimamente: no juzgaron la causa: la causa (o el juicio) del pupilo no dirigieron [Al. dijeron]: el juicio de los pobres (o de la viuda) no juzgaron. ¿Acaso no visitaré sobre estas cosas, dice el Señor: o sobre una nación de esta clase no se vengará mi alma?"

Si quisiera anotar por separado las cosas que han sido omitidas en la edición de los Setenta, se haría largo. Los que tienden insidias, dice, y se alegran de la desnudez de otros, por eso se engrandecieron y enriquecieron, porque hicieron lo de arriba. Se han engordado y puesto gruesos, según aquello que está escrito: "Se engordó y se puso grueso, y el amado tiró coces" (Deut. 32, 15). "Y pasaron mis palabras", porque por la conciencia de las riquezas dijeron aquello del Evangelio: "Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: descansa, come, bebe, banquetea" (Luc. 12, 19). Pasaron empero para mal suyo, y despreciando a todos los hombres no pusieron el juicio de Dios ante sus ojos. Al pupilo y a los pobres despreciaron: en lugar de lo cual los Setenta dijeron "viudas", lo cual no se tiene en el hebreo; pues EBIONIM (אֶבְיוֹנִים) propiamente suena a "pobres", no a "viudas". Lo que empero sigue: "¿Acaso no visitaré sobre estas cosas, dice el Señor: o sobre una nación de esta clase no se vengará mi alma?", ya arriba fue disertado.

(Vers. 30, 31.) "Estupor y maravillas se han hecho en la tierra. Los profetas profetizaban mentira (o cosas inicuas) y los sacerdotes aplaudían con sus manos: y mi pueblo amó tales cosas: ¿qué haréis, pues, en lo último [Vulg. sucederá en lo último de ella] (o después de esto)?"

Arriba había dicho: "¿Iré a los nobles y les hablaré? por ventura ellos conocieron el camino del Señor", y he aquí que estos más bien quebrantaron por igual el yugo, rompieron los vínculos: ahora describe quiénes son los nobles, a saber, los

profetas y los sacerdotes: de los cuales unos predicen lo futuro, otros decretan lo que debe hacerse según la ley. Y he aquí, dice, que profetizando aquellos la mentira, los sacerdotes aplaudieron con las manos. Y para que se muestre que ni el pueblo está sin culpa, que por tales es abducido, está escrito: "Y mi pueblo amó tales cosas": de otro tiempo mío; pero [Al. y] después de que amó tales cosas, dejó de ser mío. ¿Qué harán, pues, cuando llegue el último tiempo del juicio, o la necesidad de la cautividad? De donde es el estupor y las maravillas, porque ni en los príncipes ni en el pueblo se halló quien sintiera rectamente.

(Cap. VI. --- Vers. 1.) Fortaleceos, hijos de Benjamín, en medio de Jerusalén; y en Tecua tocad la bocina; y sobre Bet-haquerem levantad una señal (o estandarte), porque el mal se ha visto (o ha aparecido) desde el Aquilón y una gran destrucción. Nadie ignora que Jerusalén está situada en la tribu de Benjamín. También vemos diariamente con nuestros ojos que Tecua es una pequeña aldea situada en un monte, y separada de Jerusalén por doce millas. Entre estas hay otra aldea, que en lengua siriaca y hebrea se llama BET-HAQUEREM, y ella misma está situada en un monte. Por lo tanto, lo que dice es esto: porque desde el Aquilón ya mismo ha de venir Nabucodonosor, y la cautividad vecina es inminente, oh habitantes de Jerusalén, tomad las armas, y en Tecua haced resonar la bocina; y en Bet-haquerem levantad el estandarte, dice, para que podáis resistir contra los enemigos. Benjamín se interpreta como hijo de la diestra; Tecua, trompeta; Bet-haquerem,

villa de la viña. Refiramos todo esto a la Iglesia: para que si esta delinquiere, y hubiere un ímpetu de persecución, se prepare para resistir.

(Vers. 2, 3.) A una mujer hermosa y delicada he comparado a la hija de Sion: y a ella vendrán los pastores y sus rebaños: fijaron (o fijarán) en ella tiendas en derredor: cada uno apacentará a los que están bajo su mano. Santificad (o preparad) la guerra sobre ella: levantáos y subamos al mediodía. Se describe la hermosura de Jerusalén, que es la misma Sion: de modo que un término insinúa toda la ciudad, y otro la ciudadela de la ciudad. Pues Sion se interpreta como atalaya, y se compara con una mujer hermosa: y del mismo modo que se dice que a aquella acuden los amantes, así a esta acuden los pastores. Y con bastante elegancia en hebreo, la palabra que se escribe con cuatro letras, RES, AIN, JOD, MEM, si se lee REIM, significa amantes; si ROIM, significa pastores; de modo que se entiendan, o bien según la metáfora, los amantes de una mujer hermosa, o bien según la subversión de la ciudad, los pastores: de los cuales unos se apresuran a mancillar a la prostituta, otros a sitiar y subvertir la ciudad. En los pastores y sus rebaños, percibamos a los príncipes y a los ejércitos de los caldeos. Fijarán, pues, sus tiendas en el sitio de la ciudad en derredor: y cada uno apacentará a los que están bajo su mano; a saber, sus propias tropas y números. Estos príncipes, o pastores, dirán a sus rebaños: Santificad la guerra sobre Jerusalén: pues del Señor es el imperio. Levantáos y subamos al mediodía: no por la noche y con insidias; sino que

luchemos a plena luz: pues nadie puede resistirnos.

(Vers. 4, 5.) ¡Ay de nosotros!, porque el día ha declinado, porque se han hecho más largas (o han fallado) las sombras de la tarde. Levantáos y subamos en la noche, y disipemos sus casas (o sus cimientos). Aquellos dicen: Levantáos y subamos al mediodía, y luchemos con clara luz. Estos responden: ¡Ay de nosotros!, porque se han hecho más largas las sombras de la tarde. Según aquel verso virgiliano (Égloga I): Y ya a lo lejos humean las cumbres de las villas: Y mayores caen las sombras de los altos montes. Y el sentido es: Si padecemos esto durante el día, ¿qué padeceremos en la noche? Y de nuevo, los que arriba habían dicho: Santificad sobre ella la guerra, y levantáos, ahora ellos mismos se provocan a batallar, diciendo: Levantáos y subamos en la noche: para que sepan los adversarios que la victoria no es del tiempo, sino de las fuerzas: y disipemos las casas, que en vano son protegidas por la firmeza de los muros.

(Vers. 6.) Porque esto dice el Señor de los ejércitos: Cortad la madera (o sus maderas) y derramad (o acumulad) un terraplén alrededor de Jerusalén. Por eso, dicen, estamos seguros de la victoria, porque es precepto del Señor que manda a los caldeos: talad los bosques, y acumulad un terraplén para las futuras fortificaciones. Por lo cual se muestra que antes de que venga la corona, no se ha de tomar la ciudad inmediatamente: sino por un largo sitio, como leemos después.

(Vers. 7.) Esta es la ciudad de la visitación (o mentirosa), toda calumnia (o opresión) está en

medio de ella. Como la cisterna (o el lago) hace fría su agua: así ella ha hecho fría su malicia. Mandó el Señor que se talaran los árboles, y que se vertieran terraplenes por el circuito: porque ha llegado el tiempo de su visitación, para que reciba por sus pecados: de los cuales el máximo es la sykophantía (calumnia), para oprimir al inocente mediante la calumnia. Así pues, como la cisterna o el lago hace fría su agua: así en medio de Jerusalén, la malicia que hay en ella ha perdido todo el calor de la vida. Y esto debe notarse, que los encendidos por el Espíritu Santo son llamados fervientes: pero las cosas malas son frías. De donde también está escrito (Mateo XXIV), que en los últimos días, cuando se haya multiplicado la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. Lo cual pienso que también suena a aquello: He sido asimilado a los que descienden al lago (o fosa) (Salmo XXVII, 1). Esto entiéndalo el lector latino, para que baste haberlo dicho una vez: que lacus (lago/fosa) no suena a estanque según los griegos, sino a cisterna, que en lengua siriaca y hebrea se llama GUBBA. En el presente lugar, por el lacus, que todos tradujeron de manera similar, en hebreo se dice BOR.

(Vers. 8.) Iniquidad y vastación se oirá en ella ante mí siempre, enfermedad y plaga. Instrúyete, Jerusalén, no sea que por ventura se aparte mi alma de ti, no sea que por ventura te ponga desierta, tierra inhabitable. LXX: Impiedad y miseria se oirá en ella contra su faz. Por todo dolor y flagelo serás instruida, Jerusalén, no sea que por ventura se aparte mi alma de ti: no sea que

te haga tierra inviable, que no sea habitada. Por esto aprendemos que el Señor flagela a todo hijo que recibe. Y por eso con plagas y tormentos es instruida Jerusalén, para que sea corregida, y no se aparte el alma de Dios de ella, y no sea reducida a la soledad. Si alguna vez, pues, estamos sujetos a frecuentes angustias, recordemos para consuelo nuestro este versículo: Por todo dolor y flagelo serás instruida, Jerusalén.

(Vers. 9.) Esto dice el Señor de los ejércitos: Hasta el racimo recogerán como en una viña las reliquias de Israel. Vuelve tu mano como vendimiador a la canasta. LXX: Porque esto dice el Señor de las virtudes: Racimad, racimad como en una viña las reliquias de Israel. Volveréis como vendimiador a su canasta. Unos toman estas palabras en buena parte, otros en mala. En buena parte, para que cuando Jerusalén haya sido devastada, las reliquias sean salvadas. En mala parte así: para que ni siquiera un racimo, ni un pequeño brote quede en la viña, todo será recogido: y cualquier cosa que hallares, como vendimiador recógela en la canasta; para que así como aquel lleva los racimos al lagar: así tú arrastres a los cautivos a Babilonia.

(Vers. 10.) ¿A quién hablaré, y a quién tomaré por testigo, para que oiga? He aquí que los oídos de ellos (o vuestros) son incircuncisos, y no pueden oír. No pueden oír, porque no quisieron circuncidar los oídos: y sin embargo, no está exenta de suplicio la imposibilidad que desciende del desprecio y de la infidelidad. Si alguien, pues, no recibe las palabras de Dios, ni tiene inteligen-

cia de sus preceptos, es de oídos incircuncisos. Y al mismo tiempo debe notarse que la circuncisión es llamada de tres géneros en las Escrituras: en el prepucio, en el corazón y en los oídos: de donde dice el Señor: El que tiene oídos para oír, oiga (Mateo XI, 15). Por nuestra voluntad, pues, no recibimos la palabra de Dios; y por eso se nos convierte en oprobio, para que lo que se nos había dado para salud, por nuestro vicio se convierta en pena.

(Vers. 11.) Por eso estoy lleno del furor del Señor, trabajé sosteniéndolo. LXX: Y mi furor completé, y lo sostuve: y no lo consumí. Según el hebreo, se dice en persona del Profeta, que prevé la ira de Dios que ha de venir, y está lleno del furor del Señor y de su indignación, y no puede sostenerlo más: ni se atreve a rogar al Señor por los pecadores. Según los LXX, en cambio, se pone un nuevo sentido: que yo el Señor mismo completé, hiriendo al pueblo pecador: y sin embargo lo retuve, y no lo derramé todo, para que las reliquias sean salvadas: lo cual me parece ser contrario a sí mismo. Pues si completó su furor, ¿cómo lo sostuvo para no completarlo?

(Vers. 12.) Derrama (o él derrama) sobre el niño pequeño fuera, y sobre el concilio de los jóvenes a la vez: pues el varón con la esposa será capturado, el anciano con el que está lleno de días. Y pasarán las casas de ellos a otros, los campos y las esposas igualmente. O bien el Profeta manda en espíritu al caldeo que viene, que derrame el furor del Señor sobre los niños pequeños, y que no perdone ni siquiera a la edad

inocente: o ciertamente narra lo que se ha hecho sobre el concilio de los jóvenes a la vez, que para resistir habían tomado las armas. Pues el varón con la esposa será capturado, los nombres más dulces entre sí sentirán por igual la cautividad: el anciano con el que está lleno de días. Por lo tanto, la ancianidad no es la última edad, sino la de aquellos que están llenos de días, a los que en nuestra lengua llamamos depositados (desahuciados), o decrépitos. Sigue: Y pasarán las casas de ellos a otros, por el mal de la cautividad, los campos y las esposas a la vez: para que el cónyuge pase a los enemigos y la posesión. Todo lo que según la letra entendemos sobre Jerusalén, según la inteligencia espiritual refirámoslo a la Iglesia, si ofendiere a Dios.

(Vers. 13 y sigs.) Porque extenderé mi mano sobre los habitantes de la tierra, dice el Señor. Desde el menor hasta el mayor todos se entregan a la avaricia, y desde el profeta hasta el sacerdote todos cometen dolo. Y curarán el quebranto de la hija de mi pueblo con ignominia, diciendo: Paz, paz, y no había paz. Lo que en hebreo se dice: Extenderé mi mano sobre los pecadores, o los habitantes de la tierra, en los LXX siempre se escribe elevaré, los cuales ambos son la actitud del que hiere. Según aquello que está escrito: Y todavía la mano del Señor está extendida, o excelsa (Isaías V, 25). Pues los habitantes de la tierra siempre están en el vicio. De donde también en el Apocalipsis se dice con frecuencia: ¡Ay de los habitantes de la tierra! (Apoc. VIII, 13). Desde el menor hasta el mayor todos se entregan a la avaricia; según

aquel dicho apostólico: La raíz de todos los males es la avaricia (I Tim. VI, 10). Y desde el profeta hasta el sacerdote todos cometen dolo. Unos profetizando la mentira, otros interpretando perversamente la ley de Dios. Pues dice también en otro lugar el Profeta: Buscad la ley de los sacerdotes (Jeremías XVIII). Y cuando, dice, hacían tales cosas, anunciaban toda clase de prosperidades a mi pueblo: y como si quisieran curar la herida y la ignominia de mi hija, decían: Paz, paz; cuando no había paz en absoluto. Esto ha de entenderse propiamente de los sacerdotes y doctores, que a los ricos y a aquellos a quienes ven constituidos en el máximo honor, les prometen prosperidades y predican a un Dios clemente: más bien preparándolos para el suplicio y la indignación.

(Vers. 15.) Se han confundido, porque hicieron abominación: más bien con confusión no fueron confundidos, y no supieron avergonzarse. Más estrictamente ha de leerse esto según el hebreo. Y cuando, dice, hicieron tales cosas, ¿acaso se confundieron?, ¿acaso se avergonzaron de sus crímenes? Más bien aumentaron el pecado con el desprecio, y no supieron avergonzarse. Puso aquí no supieron por no quisieron: o por el excesivo desprecio y el vicio del mal arraigado, ni siquiera pudieron entender. Por lo cual caerán entre los que caen: en el tiempo de su visitación caerán, dice el Señor. Puesto que, dice, no supieron avergonzarse: y no solo no tuvieron la obra, sino que ni siquiera tuvieron la ciencia, ni el sentido de la penitencia: por eso caerán los que antes estaban en pie entre aquellos que por sus vicios caerán,

y cuando llegue el tiempo de su visitación y su pena, se unirán a todos los que caen. Pues es una gran impiedad, no solo no precaverse, sino ni siquiera querer entender los pecados, y no tener ninguna distinción entre las obras buenas y las malas.

(Vers. 16 y sigs.) Esto dice el Señor: Paraos sobre los caminos y ved, e interrogad sobre las sendas antiguas, cuál sea la vía buena, y caminad por ella, y hallaréis refrigerio (o purificación) para vuestras almas. Y dijeron: no caminaremos (o no iremos). Y constituí sobre vosotros vigías, oíd la voz de la trompeta. Y dijeron: no oiremos. Por tanto, oíd (o oyeron), naciones: y conoce, congregación (o los que apacentáis rebaños): o según Símaco, y conoced (el testimonio que hay en ellos) cuántas cosas les haré. Oye, tierra. Si se entendiere la parábola evangélica, proporcionará la inteligencia de este lugar: en la cual se dice que el buen negociante vende todas las perlas, para que con el precio de ellas compre una perla preciosísima (Mateo XIII): que es, a saber, que por los Patriarcas y Profetas vengamos a aquel que dice: Yo soy el camino (Juan XIV). Se debe estar, pues, en los profetas, y contemplar diligentísimamente, e interrogar sobre las sendas antiguas o sempiternas, que han sido trilladas por las huellas de muchos santos, que más significativamente se llaman en griego tríboi (sendas trilladas), cuál sea la vía buena en el Evangelio (Mateo VII), y caminar por ella: la cual vía, cuando ha sido hallada, proporciona refrigerio, o purificación, para las almas de los creyentes. Pero ellos, por el

contrario, respondieron: no caminaremos por la vía del Evangelio; diciendo esto propiamente el Profeta sobre la perfidia de los judíos. Inmediatamente infiere: Y constituí sobre vosotros vigías. Sin duda se indica el coro de los Apóstoles, según Ezequiel: Hijo del hombre, te he dado por vigía a la casa de Israel (Ezeq. III, 17). Y mandé que oyeseis la voz de la trompeta, o los mandatos del Evangelio, o la doctrina de los Apóstoles, según aquello de Isaías: Sube a un monte excelso, tú que evangelizas a Sion: exalta como trompeta tu voz, tú que anuncias a Jerusalén (Is. XL, 9). Los cuales dijeron: No oiremos; e invitados a la cena, no quisieron venir: por eso se dice: Oíd, naciones. Lo cual siguieron también los Apóstoles, cuando hablan en Licaonia: A vosotros ciertamente convenía hablar primero la palabra de Dios: pero porque la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a las naciones (Hechos XIII, 46).

(Vers. 19.) He aquí que yo traeré males sobre este pueblo, el fruto de sus pensamientos (o de su aversión): porque mis palabras no oyeron, y mi ley desecharon. Llama males a los suplicios y penas de los que padecen, no sobre las naciones que son llamadas a la verdad del Evangelio, sino sobre el pueblo que respondió: No oiremos. Y va a recibir el fruto de sus pensamientos, o de su aversión, diciendo David: Los trabajos de tus manos comerás (Salmo CXXVII, 2). Y la causa es perspicua, porque no oyeron las palabras del Señor, y su ley desecharon.

(Vers. 20.) ¿Para qué me traéis incienso de Saba, y la caña de suave olor de tierra lejana? Vuestros holocaustos no son aceptos: y vuestras víctimas no me pluguieron. Que los inciensos vienen de Saba nadie lo duda: de donde también aquel verso virgiliano: Y cien aras se calientan con incienso sabeo (Eneida I). Pues la caña, que en hebreo se dice CANE, por la cual los LXX y Teodoción tradujeron cinamomo, el sermón profético testifica que viene de tierra lejana, para que entendamos la India, de donde por el mar Rojo vienen muchos aromas. Los médicos llaman a este género de pigmento kasian syringos (casia en caña). Y el sentido es: En vano acumuláis para la confección de ungüentos, que han sido preceptuados por la Ley, pigmentos de suavísimo olor, y encendéis holocaustos, vosotros que no hacéis mi voluntad en la Ley, según lo que se dijo arriba: Mis palabras no oyeron, y mi ley desecharon. Esto conviene propiamente a aquellos que de las rapiñas y el despojo de los miserables ofrecen sacrificios, y piensan que con limosnas de la iniquidad pueden redimir sus pecados, diciendo la Escritura: La redención de la alma del varón son sus propias riquezas (Prov. XIII, 8), las cuales se congregan no de la iniquidad, sino del trabajo y la justicia.

(Vers. 21.) Por eso dice esto el Señor: He aquí que yo daré ruinas en este pueblo: y caerán en ellas (o enfermedad, y enfermarán en ella) los padres y los hijos a la vez, el vecino y el próximo, y perecerán. Vemos cumplidas todas las cosas que el Señor conminó a aquel pueblo: pues dia-

riamente caen en sus blasfemias, y nada fuerte tienen en sí, sino que toda la enfermedad está entre ellos. Los hijos de los padres siguen las blasfemias; y diariamente reciben aquella imprecación: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII, 25); y no solo ellos, sino también sus vecinos y próximos, y todos los que siguen la Ley y los Profetas según la letra que mata, y no según el espíritu que vivifica, y todos perecerán por igual, porque todos pecaron por igual.

(Vers. 22, 23.) Esto dice el Señor: He aquí que un pueblo viene de la tierra del Aquilón, y una nación grande surgirá de los confines de la tierra. Tomará la saeta y el escudo (o la jabalina): es cruel (o impudente) y no tendrá misericordia: su voz sonará como el mar: y sobre caballos subirán, preparados como un varón para la batalla contra ti, hija de Sion. Propiamente esto se profetiza de los babilonios, que han de venir contra el pueblo de Jerusalén: y se describe todo el orden de la armadura, y el ímpetu de los que luchan, para que, sacudidos por el terror de la voz, hagan penitencia y aplaquen al Dios clementísimo. Finalmente da ocasión de rogar, mientras dice: contra ti, hija de Sion. Podemos usar este testimonio en tiempo de persecución, cuando toda la rabia del diablo se concita contra nosotros, y no hay ninguna misericordia: y como las olas de un mar violentísimo, así oprimen a los que resisten.

(Vers. 24.) Oímos su fama: se disolvieron nuestras manos; la tribulación nos aprehendió, dolores como de parturienta. Respondió el pue-

blo al cual el Profeta, o más bien el Señor por el Profeta, conminó los babilonios: que antes de que vengan, están superados por el temor, ni pueden elevar las manos, y la angustia los comprendió como el dolor de la parturienta; de cuyo dolor afirman que nada de lo que han sentido es más grave.

(Vers. 25.) No salgáis a los campos, y en el camino no caminéis: porque la espada del enemigo es el pavor en derredor. Enseña el Evangelio (Mateo XXIV) que no se debe salir al campo, ni descender de la altura de los techos, sino oír aquello: Sálvate en el monte (Gén. XIX, 17). Al cual en Isaías y Miqueas (Is. II, Miq. IV) se nos manda correr y ascender. Se preceptúa, pues, según la letra, que no salgan fuera, ni desampararen los muros, sino que se protejan con firmísimas municiones.

(Vers. 26.) Hija de mi pueblo, cíñete de cilicio, y esparce sobre ti ceniza, hazte luto de unigénito (o de amado), un llanto amargo (o miserable), porque de repente vendrá el vastador (o la miseria) sobre nosotros (o sobre vosotros). Porque arriba había dicho: No salgáis a los campos y en el camino no caminéis: porque la espada del enemigo es el pavor en derredor; y también había prohibido la huida, enseña qué deben hacer, a saber, que se conviertan a la penitencia, y tengan esta firmísima y segura armadura. Donde nosotros dijimos: hazte luto de unigénito, por unigénito, en el hebreo se escribe JAID, que suena más a solitario que a unigénito. Pues si fuera amado, o amable, como tradujeron los LXX, se pondría IDID, nom-

bre que también Dios impuso a Salomón. Nada hay, pues, más doloroso que perder a uno o a un solo hijo (II Sam. XII). Aquélllo también que nosotros interpretamos: porque de repente vendrá el vastador, o la miseria sobre nosotros, los Setenta pusieron: sobre vosotros; habiendo Dios hablado con mucha más misericordia: para que cualquier cosa que haya de venir sobre su pueblo, testifique que viene también sobre sí mismo. El vastador, además, significa propiamente, o bien a Nabucodonosor, o bien al diablo.

(Vers. 27 y sigs.) Probador robusto te he dado en mi pueblo, y sabrás, y probarás el camino de ellos. Todos estos son príncipes que se desvían (o desobedientes), que caminan fraudulentamente (o perversamente). Bronce y hierro, todos están corrompidos, falló el fuelle en el fuego (al que más significativamente los griegos llaman physeter), se ha consumido el plomo, en vano fundió el fundidor (o el platero). Pues sus malicias no se han consumido: llamadlos plata réproba, porque el Señor los desechó. Se da el profeta al pueblo incrédulo como probador robusto, lo que en hebreo se dice MABSAR, que suena o bien a fortificado, según Aquila, o bien a cerrado y rodeado, según Símaco y los LXX, a semejanza de una ciudad firmísima, para que no tema ninguna insidia del pueblo; y cuando hayas probado, dice, y hayas conocido el camino del pueblo delincuente, entonces entiendas que la plata mezclada con bronce por ninguna razón puede ser purificada. Pues como el plomo se mezcla con los metales que han sido adulterados y violados, para que se

separe la materia ajena, y si por ventura no fuere purificada, todo el plomo se consume y se reduce a nada: así toda elocuencia de doctrinas y el sermón profético perece en aquellos que desprecian oír (Salmo LVII). Digamos también esto sobre aquellos que, como áspides sordas, cierran sus oídos para no oír las voces de los que encantan. Pues en vano fundió el platero o el fundidor; pues las malicias de ellos no se han consumido. Por lo cual de ninguna manera plata, sino plata réproba han sido llamados: porque el Señor los desechó. Los príncipes, además, son los que se apartan del Señor, o los desobedientes, que caminan perversamente y fraudulentamente.

(Cap. VII. — Vers. 1, 2.) La palabra que fue hecha a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Ponte en la puerta de la casa del Señor, y predica (o lee) allí esta palabra, y di: Oíd la palabra del Señor todo Judá, los que entráis por estas puertas para adorar al Señor. Esto no se tiene en la edición de los LXX, sino que fue añadido de Teodoción desde el hebreo. Se manda, además, al Profeta que se ponga en la puerta del Señor, por la cual entra la multitud del pueblo para adorar al Señor: para que por esta ocasión puedan oír lo que el Señor preceptúa. Por lo cual entendemos la dureza del pueblo de los judíos, porque como mentirosos y vesanos tenían a los Profetas, hasta que por la ocasión y celebridad del lugar los obligan a oír las palabras del Señor; y no por esto, de que son palabras del Señor.

(Vers. 3.) Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Haced buenas (o dirigid) vuestras

vías y vuestros estudios (o vuestras invenciones), y habitaré con vosotros en este lugar (o os haré habitar en este lugar). Habla el Dios de Israel a los que habían de ser llevados a la cautividad, para que de sus peores estudios y de sus más perversas invenciones se convirtieran a adorar al verdadero Dios: y promete que si fueren corregidos, o bien él habitaría con ellos, o ciertamente los haría habitar en el mismo lugar donde estaban. Pues también el Templo es llamado habitación de Dios y casa del Señor. Los estudios, además, y las invenciones son los diversos errores de los judíos, que para adorar diversos ídolos habían inventado.

(Vers. 4 y sigs.) No queráis confiar en palabras mentirosas (o de mentira), diciendo: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es. porque si hiciereis buenas (o dirigiereis) vuestras vías y vuestros estudios: si hiciereis juicio entre el varón y su próximo (o el próximo de él): al advenedizo, y al huérfano, y a la viuda no hiciereis calumnia (o no los oprimiereis) ni derramareis sangre inocente en este lugar: y tras dioses ajenos no caminareis para mal de vosotros mismos; habitaré con vosotros (o os haré habitar) en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde el siglo hasta el siglo. Esto que los Setenta añadieron en el principio de este capítulo: En palabras de mentira, que en absoluto os aprovecharán, no se tiene en el hebreo. Preceptúa, pues, tanto entonces al pueblo de los judíos, como hoy a nosotros que parecemos estar constituidos en la Iglesia, que no tengamos confianza en el esplen-

dor de los edificios, y en los techos artesonados dorados, y en las paredes revestidas con láminas de mármol. Y digamos: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es. Pues aquel es el templo del Señor, en el cual habita la verdadera fe, la santa conversación y el coro de todas las virtudes. Finalmente infiere: Si hiciereis rectas vuestras vías, y vuestro pensamiento no se hubiere ido tras el error, y hubiereis seguido la justicia, y no hubiereis hecho el mal, ni derramado sangre inocente, no escandalizando a los sencillos. y tras dioses ajenos no hubiereis caminado, adorando dogmas perversos, que de vuestro corazón simulasteis para mal de vosotros mismos: o bien habitaré con vosotros en este lugar, al que llamáis Templo de Dios, y en la tierra que di a vuestros padres, a los Apóstoles a saber y a los varones Apostólicos: o ciertamente con firma estancia os haré habitar desde el principio hasta el fin. Puede esto convenir también a aquellas vírgenes, que alardean de pudicicia, y con rostro impúdico anteponen la castidad, cuando la conciencia tiene otra cosa, y no saben aquella definición apostólica virginal: Para que sea santa en el cuerpo y en el espíritu (I Cor. VII, 34). ¿Qué aprovecha la pudicicia del cuerpo con el ánimo mancillado, si las demás virtudes que el sermón profético describió no las hubiere tenido?

(Vers. 8 y sigs.) He aquí que vosotros confiáis para vosotros en palabras de mentira (o mentirosas) las cuales (o sermones que) no os aprovecharán. Robar, matar, adulterar, jurar mentirosamente, libar a los Baales, e ir tras dioses ajenos

que ignoráis. Y vinisteis, y estuvisteis ante mí en esta casa, en la cual ha sido invocado mi nombre, y dijisteis: Hemos sido librados (o hemos cesado): por el hecho de haber hecho todas estas abominaciones. Que en vano tienen confianza en el templo, lo demuestran los pecados subsiguientes. Pues ¿qué aprovecha entrar audazmente en el umbral de la casa de Dios, estar de pie con el cuello erguido: y no solo el corazón, sino también las manos tener polutas, con el hurto, el homicidio, el adulterio, el perjurio, el sacrilegio y el culto de aquellos dioses que ignores? Que esto sucede espiritualmente en la Iglesia nadie lo duda, cuando considerando la felicidad del tiempo presente, no computan sus propios pecados: y piensan que Dios está oculto, porque no sigue inmediatamente la venganza; antes bien prorrumpen en tanta demencia, que se piensan librados, porque tras las malas obras también se apartaron del culto del Señor.

(Vers. 11.) ¿Acaso se ha convertido esta casa (o mi casa), en la cual ha sido invocado mi nombre, en una cueva de ladrones ante vuestros ojos? Yo, yo soy: yo he visto, dice el Señor. Pienso que este lugar ha sido tomado en el Evangelio: Escrito está: La casa de mi Padre, casa de oración será llamada: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mateo XXI, 13); o, como está escrito en otro Evangelio, casa de comercio (Juan II, 16). La Iglesia de Dios se convierte en cueva de ladrones, cuando en ella se cometen hurtos, homicidios, adulterios, sacrilegios, perjurios, la invención de la herejía y todos los crímenes: cuando con las

teas de la avaricia los príncipes se encienden, y las riquezas de los que antes fueron reyes, las posee un vil o ciertamente no vil palio. De donde infiere: Yo, yo soy, yo he visto, dice el Señor. Mis ojos han contemplado lo que vosotros pensáis oculto: las tinieblas de los tesoros no huyen de mi conciencia. El que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, ahora se avergüenza en nuestras riquezas (II Cor. VIII), y dice: ¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis vuestra consolación! (Lucas VI).

(Vers. 12.) Id a mi lugar en Silo, donde habitó mi nombre desde el principio, y ved qué le hice por la malicia de mi pueblo Israel. Por las cosas pasadas enseña las presentes: y a los que dicen: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es, y se gozan por el fulgor de la casa preciosa, les recuerda la historia de Silo, donde primero estuvo el tabernáculo de Dios, sobre la cual está escrito en el salmo: Y desechó el tabernáculo de Silo (Salmo LXXVII, 60). Para que del mismo modo que aquel lugar colapsó en ruinas y cenizas, así también el Templo caiga, cuando hubiere sido habitación de pecadores semejantes. Como, pues, Silo es ejemplo del Templo, así el Templo lo es para nosotros, cuando llegare el tiempo de aquel testimonio: ¿Piensas que, viniendo el Hijo del hombre, hallará fe sobre la tierra? (Lucas XVIII, 8).

(Vers. 13 y sigs.) Y ahora, porque habéis hecho todas estas obras, dice el Señor: y os he hablado levantándome temprano y hablando, y no oísteis: y os llamé, y no respondistis: haré a esta casa, en la cual ha sido invocado mi nombre, y en la cual

vosotros tenéis confianza, y al lugar que os di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo: y os arrojaré de mi presencia, como arrojé a todos vuestros hermanos a toda la simiente de Efraín (o Israel). Esto que hemos puesto, levantándome temprano y hablando, no se tiene en los Setenta. Dios, además, se levanta temprano: no porque haya para Él algún tiempo sin el amanecer; sino porque tras el quietud de la noche, instauradas las fuerzas del cuerpo, el alma de los hombres sea más vigorosa, y de ninguna manera ocupada por los placeres y por el deseo de la comida, pueda oír y hacer lo que se dice. De donde también leemos aquello en el salmo: Temprano oirás mi voz: temprano estaré ante ti y veré (Salmo V, 4, 5). Y en Isaías: De noche (o temprano) se levantará mi espíritu hacia ti, Dios: porque tus preceptos son luz sobre la tierra (Isaías XXVI). De donde también hijos de la luz los llama el apóstol Pablo (Efesios V), y no de la noche ni de las tinieblas, ni durmientes, como también los demás duermen, que no sienten los mandatos de Dios. Porque, pues, Dios los llamó, levantándose de noche, para librarlos también de las tinieblas, les conmina que hará cosas similares al Templo en Jerusalén, que hizo al lugar de Silo, donde primero estuvo el tabernáculo: para que pecados similares sean heridos con igual sentencia. Y del mismo modo que arrojó el Señor la simiente de Efraín, esto es, las diez tribus que se llamaban Israel, y tenían príncipes por causa de Jeroboam hijo de Nabat de la tribu de Efraín, la cual misma se llamaba tribu de José; así también testifica que ha de arrojar

a Jerusalén y a la tribu de Judá con Benjamín. Desechó, pues, a Silo, habiendo de desechar también el Templo: desechó a diez tribus, habiendo de desechar también a dos. Cualquier cosa que se diga a aquel pueblo, entendámosla también sobre nosotros, si hiciéremos cosas similares.

(Vers. 16.) Tú, pues, no quieras orar por este pueblo: ni asumas por ellos alabanza y oración (o ni ruegues, para que consiga misericordia). Y no te me opongas: porque no te oiré. Para que el Profeta que ruega no parezca no alcanzar lo que pide, el Señor previene su oración, y dice: No ores por este pueblo, pues son indignos de tu oración: ni asumas por ellos alabanza y oración. Pues para aquellos que no son oídos cuando oran, es mejor que no oren, para que no sientan el rechazo del que pide. Pero eso que dice: Y no te me opongas, muestra que la oración de los santos se opone a la ira de Dios, y como si ligara su mano, para que no sea obligado a hacer lo que conmina. Finalmente, se puso en pie Finees y aplacó (o aplacó), y cesó la mortandad (Salmo CV, 30). Y Aarón, estando entre los vivos y los muertos, apartó la ira que venía (Números XVI). Pero esto se dice a Jeremías sobre un pueblo que había completado la medida de sus pecados, y ya no podía ser salvado por la oración del Profeta.

(Vers. 17 y sigs.) ¿Acaso no ves qué hacen en las ciudades de Judá, y en las plazas de Jerusalén? Los hijos recogen leña, y los padres encienden el fuego, y las mujeres amasan la harina, para hacer tortas a la Reina del cielo (o al ejército del cielo): y para libar a dioses ajenos, y para provo-

carme a ira. Da la causa por la que había dicho: No ores por este pueblo. ¿Acaso no ves, dice, el pecado común y público de ellos? Pues todas las edades y ambos sexos trabajan a la vez para adorar a los ídolos. Los hijos recogen leña, los padres encienden el fuego, las mujeres amasan la harina, para hacer tortas a la Reina del cielo. Unos interpretan la Reina del cielo como la Luna, otros como el ejército de las estrellas, porque en hebreo se escribe MELECHETH, que significa tanto reina como obra (o ministerio). De donde también los Setenta tradujeron: al ejército del cielo. Y eso que dice: para provocarme a ira, debe entenderse como si dijera: no adoran a dioses ajenos por esta razón, porque piensen que son dioses, sino para provocarme a ira.

(Vers. 19.) ¿Acaso a mí me provocan a ira, dice el Señor? ¿No a sí mismos para la confusión de su rostro? ¿Acaso piensan, dice, que me dañan con sus ídolos? Pues Dios ni es dañado por ningún pecado, ni es aumentado por ninguna virtud. Pues nuestro bien o mal es nuestro, no de Dios. Por lo tanto, mientras piensan que me provocan a ira, más bien se provocan a sí mismos para la confusión de su propio rostro, mientras reciben la recompensa de sus obras.

(Vers. 20.) Por eso así dice el Señor: He aquí que mi furor y mi indignación se funde (o gotea) sobre este lugar, sobre los hombres, y sobre las bestias, y sobre la madera de la región, y sobre los frutos de la tierra: y se encenderá, y no se extinguirá. Lo que nosotros tradujimos como se funde, otros tradujeron como gotea. Y el sentido es: Así

como la gota de agua, si cayere frecuentemente sobre la piedra, o bien la cava o la funde: así mi furor, aunque al principio parezca pequeño, sin embargo por su perseverancia consumirá a los habitantes de Jerusalén. Pues se compara con una gota (stilla) que, aunque sea pequeña, sin embargo es parte de una futura inundación. Pero eso que dice sobre las bestias, y sobre la madera de la región, y sobre los frutos de la tierra, muestra que cuando Dios se irritare, tanto los hombres como las cosas que son de los hombres sentirán una ruina similar. Y se encenderá, dice, sin duda que el furor del Señor, y no se extinguirá: porque el pueblo no hace las cosas por las cuales pueda extinguirse.

(Vers. 21 y sigs.) Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Añadid vuestros holocaustos a vuestras víctimas, y comed las carnes. Porque no hablé con vuestros padres: y no les mandé en el día en que los saqué de la tierra de Egipto, sobre la palabra de los holocaustos y de las víctimas. Sino que esta palabra les mandé, diciendo: Oíd mi voz, y yo seré para vosotros por Dios, y vosotros seréis para mí por pueblo: y caminad en toda la vía que os he mandado, para que os vaya bien. A aquellos que, estando entregados a todos los crímenes, sin embargo ofrecían sacrificios, les dice: Añadid vuestros holocaustos a vuestras víctimas, y comed las carnes: pues no me cuido de vuestros sacrificios, los cuales no ofrecéis para mi culto, sino para vuestro lujo. Pero eso que dice: No les mandé sobre la palabra de los holocaustos y de las víctimas, debe entenderse de

esta manera: que en el primer decálogo que el Señor habló en el monte, y escribió en las dos tablas de piedra, ninguna mención hay de víctimas y sacrificios. Pues después de que hubieron hecho el becerro de oro, entonces añadió el Señor la Ley de los sacrificios, para que de los cultos de los ídolos los revocara a su culto. Por lo tanto, más requiere el Señor el oído de su voz y la observación de sus preceptos, que la multitud de las víctimas.

(Vers. 24, 25.) Y no oyeron, ni inclinaron su oído: sino que caminaron en sus voluntades, y en la perversidad de su corazón malo: y se hicieron hacia atrás y no hacia adelante, desde el día en que sus padres salieron de la tierra de Egipto hasta este día. Reprocha al pueblo su antigua y arraigada malicia: que nunca quisieron oír la voz del Señor, sino que siguieron sus propios y perversos pensamientos. Y se hicieron hacia atrás y no hacia adelante: esto es, siempre fueron hacia lo peor, y nunca hacia lo mejor. Pues se dice que va hacia atrás el que vuelve a los pecados que había dejado: pero hacia adelante el que siempre hace progresos en las virtudes.

(Vers. 26.) Y envié a vosotros a todos mis siervos los profetas por el día, levantándome temprano y enviando: y no me oyeron, ni inclinaron su oído: sino que endurecieron su cerviz, e hicieron peor que sus padres. Aunque les envié a todos los profetas, sin embargo no se corrigieron: sino que incluso superaron la malicia de sus padres, endureciendo su cerviz, para no oír las palabras del Señor.

(Vers. 27, 28.) Y les hablarás todas estas palabras, y no te oirán: y los llamarás, y no te responderán. Y les dirás: Esta es la nación que no oyó la voz del Señor su Dios, ni recibió la disciplina: pereció la fe, y fue quitada de la boca de ellos. Se advierte al Profeta que su trabajo será en vano en cuanto a la corrección del pueblo, porque no oirán sus palabras. Y se le manda que les diga: Esta es la nación que no oyó la voz del Señor. Lo cual propiamente se completa en Cristo, cuando no quisieron recibir la disciplina, y la voz de su Señor despreciaron. De donde elegantemente se infiere: Pereció la fe, que propiamente es de los cristianos; y fue quitada de la boca de ellos: toda a saber la confesión del Hijo de Dios, y de la fe.

(Vers. 29.) Corta tu cabello, y arrójalo, y toma en el camino directo (o sobre los labios) un llanto: porque el Señor ha desechado y abandonado la generación de Su furor. Y leemos que Job, oída la muerte de sus hijos e hijas, se rapó el cabello (Job 1); y entre los antiguos esta era la costumbre de todos los que estaban de duelo, raparse la cabellera. Pero ahora, por el contrario, dejar crecer la melena es indicio de luto. Sin embargo, todo llanto y lamentación profética se asume por esta razón: porque el Señor ha desechado y abandonado la generación de Su furor. Sin duda que significa al pueblo de los judíos. Y propiamente esto ha de referirse a los tiempos de Cristo, cuando pereció la fe, y fue quitada de la boca del pueblo que blasfemaba al Señor.

(Vers. 30, 31.) Porque los hijos de Judá han hecho el mal ante Mi vista [Vulg. ante mis ojos],

dice el Señor: pusieron sus ofensas en la casa en la que ha sido invocado Mi nombre, para contaminarla. Y edificaron los lugares altos (o el altar) de Tofet, que está en el valle del hijo de Ennom, para quemar a sus hijos y a sus hijas con fuego: lo cual no mandé, ni lo pensé en Mi corazón. Que en el Templo de Dios los hijos de Judá pusieron la estatua de Baal, lo aprendemos en el principio de Ezequiel. Además, los lugares altos, que en hebreo se llaman BAMOTH (במות), o el altar de Tofet, que está en el valle de los hijos de Ennom, significa aquel lugar que es regado por las fuentes de Siloé; y es ameno y boscoso, y hoy ofrece las delicias de los huertos. Pero este error de la gentilidad ocupó todas las provincias, de modo que en las cimas de los montes y en los bosques más amenos inmolaban víctimas, y se preservaba la religión de toda superstición perversa. TOFET (תפת) en lengua hebrea se interpreta como latitud; y se cuenta que está escrito en el libro de Josué hijo de Nun sobre este lugar, que está en el valle de los hijos de Ennom, y en hebreo se dice GEENNOM (גיהנם). Ge (גי) ciertamente es φάραγγα, esto es, valle; y ENNOM (ונם), o es el nombre de un hombre, o suena a gracia. Y refieren los hebreos que de este lugar fue llamada Gehena, porque ciertamente todo el pueblo de los judíos pereció allí, ofendiendo a Dios. En cuyo lugar también consagraron a sus hijos al fuego para los ídolos, o ofrecieron un holocausto, lo cual no les había mandado, ni ordenado por ninguna sanción de la Ley (4 Rey. 17). Pero si Jefté ofreció a su hija virgen a Dios, no el sacrificio place, sino el

ánimo del que ofrece (Juec. 11). Pues tampoco si un perro, o un asno, o cualquier animal inmundo se hubiera encontrado primero con el padre que regresaba de la matanza de los enemigos, debió ofrecerlo a Dios.

(Vers. 32, 33.) Por tanto, he aquí que vendrán días, dice el Señor, y no se dirá más Tofet, ni valle del hijo de Ennom, sino valle de la matanza: y se sepultarán en Tofet, por no haber lugar. Y será el cadáver de este pueblo para comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra: y no habrá quien las espante. Significa el tiempo del asedio, que desde el año noveno del rey Sedequías hasta el año undécimo padecieron (4 Rey. 25); y que de ninguna manera se llame al valle mismo gehennom, esto es, valle de Ennom, o de los hijos de Ennom: sino, por la matanza de muchísimos, valle de la matanza. Además, habrá tan gran matanza que en el lugar antes de la religión, habrá sepulcros innumerables: y a los que no hubieran podido sepultar, sean despedazados por las aves y devorados por las bestias. Y no habrá nadie que las espante, temiendo cosas similares, y vencido por los oficios de sepultar. Pasamos por alto lo manifiesto, para que dondequiera que haya lugar, nos detengamos en lo oscuro. Pues la misma magnitud del libro puede causar hastío a los lectores, cuánto más si fuera disertado más ampliamente por nosotros.

(Vers. 34.) Y haré cesar de las ciudades de Judá, y de las plazas de Jerusalén, la voz de gozo, y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa. Pues en desolación será la tierra. Cuando el lugar

de la idolatría hubiera sido convertido en sepulcros: de modo que donde habían ofendido a Dios, allí yazgan sus cadáveres insepultos, de la ciudad otrora [Al. que otrora] Jerusalén y de las demás ciudades que estaban bajo su dominio, se quitará toda alegría, y con luto, gemido y desolación todo será llenado.

(Cap. VIII.---Vers. 1 y sigs.) En aquel tiempo, dice el Señor, sacarán de sus sepulcros los huesos del rey de Judá, y los huesos de sus príncipes, y los huesos de los sacerdotes, y los huesos de los profetas, y los huesos de los que habitaron Jerusalén. Y los tenderán [Vulg. los abrirán] al sol y a la luna, y a toda la milicia del cielo, a los cuales amaron, y a los cuales sirvieron, y tras los cuales caminaron, y a los cuales buscaron y adoraron. No serán recogidos, y no serán sepultados; serán como muladar sobre la faz de la tierra. Y elegirán más la muerte que la vida todos los que hubieran quedado de esta parentela pesadísima, en todos los lugares que han quedado abandonados, a los cuales los arrojé, dice el Señor de los ejércitos. Todas las cosas que el discurso profético describe, vemos que en nuestro tiempo han sucedido: no a una sola Jerusalén, que padeció estas cosas por los caldeos y romanos, sino a todo el mundo: de modo que las lágrimas se han secado, y todas las cosas están llenas de huesos de muertos. Y porque solían, según la antigua costumbre, esconder oro y ciertos ornamentos ya de mujeres ya de hombres en los sepulcros, la avaricia también rompía y excavaba estas cosas, para que fueran expuestas al cielo y a la luz. Y por eso primero los

huesos de los reyes de Judá, y de sus príncipes, también de los sacerdotes y profetas, y de todo el pueblo que había estado en Jerusalén, eran sacados de los túmulos, quedando expuestos al sol y a la luna, y al aspecto de todas las estrellas: para que quedaran expuestos a las miradas de aquellos a quienes habían servido, abandonado Dios: y consumidos en muladar y cenizas se disolvieran. Pero si alguno de la multitud hubiera podido huir, a cualesquiera lugares que hubiera llegado, preferiría la muerte a la vida: y consideraría la destrucción como remedio para una alma infeliz.

(Vers. 4.) Y les dirás: Esto dice el Señor: ¿acaso el que cae, no resurgirá? ¿Y el que se ha apartado, no volverá (o no se apartará)? Después de tantos males provoca a la penitencia a aquellos que hubieran podido quedar: o antes de que vengan las cosas que amenazó, exhorta a la conversión, y da lugar a la penitencia. Pero eso que según el hebreo está escrito: Y el que se ha apartado, ¿no se apartará?, significa esto: que el que se ha apartado de Dios, si quisiera convertirse a cosas mejores, puede también convertir el furor de Dios a cosas mejores, y resistir al que viene, y evitar las plagas con oraciones.

(Vers. 5.) ¿Por qué, pues, se ha apartado este pueblo en Jerusalén con una aversión contenciosa? aprehendieron la mentira, y no quisieron volver. Cuanto más, dice, yo provoqué a la penitencia, tanto más ellos se alejaron de mí no tanto por el afán de pecar, cuanto por el de superarme. Pues aprehendieron fuertemente la mentira, o los ídolos, o cualesquiera cosas perversas contrarias

a la verdad y a la justicia, y no quisieron volver. No dijo: no pudieron; sino que con todo afán siguieron cosas inicuas.

(Vers. 6.) Atendí y escuché: nadie habla lo que es bueno. No hay nadie que haga penitencia sobre su pecado, diciendo: ¿qué hice? Todos se han vuelto a su carrera, como caballo que va con ímpetu a la batalla. Revocados a la penitencia, desprecian el oír: ni les basta haber delinquido contra el Señor, y haber hablado blasfemia: sino que todos, a semejanza de los caballos y con ferviente carrera que se lanzan a la batalla, no recapacitan sobre su pecado, ni dicen: ¿qué hice? Por lo cual entendemos, o que se dicen estas cosas de todo el género humano, porque es propenso a los vicios, o del tiempo del Salvador, cuando todos se desviaron y juntos se hicieron inútiles: no hubo quien hiciera el bien, no hubo ni siquiera uno (Sal. 13). De donde también Él mismo místicamente clama [Al. clamó]: Sálvame, Señor, porque ha faltado el santo (Sal. 11, 1). Pero si estas cosas son así, ¿dónde están los que dicen que en nuestra voluntad está puesto el carecer de todo pecado? Nadie, dice, habla lo que es bueno (Mat. 11): porque incluso por una palabra ociosa hemos de rendir cuenta en el día del juicio.

(Vers. 7.) El milano en el cielo conoció su tiempo: la tórtola y la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su venida: pero mi pueblo no conoció el juicio del Señor. Por el milano que interpretó Símaco, los LXX y Teodoción pusieron la misma palabra hebrea ASIDA (חסיה), Aquila, herodio. De nuevo por la golondrina, Símaco

tradujo cigarra, que en hebreo se dice SIS (סיס). Por aquello que nosotros pusimos cigüeña, tanto Aquila como Símaco tradujeron tal como está escrito en hebreo, AGUR (עחור): por lo cual los Setenta interpretaron gorriones del campo. Pero uno mismo es el sentido, que también se pone al principio de Isaías: Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor: pero Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió (Is. 1, 3); porque incluso las pequeñas aves conocen sus tiempos, y saben cuándo, apresurándose a lugares cálidos, deben evitar el rigor del invierno: y de nuevo al principio de la primavera venir a las regiones acostumbradas. Debemos aquí tomar el cielo por el aire que está arriba.

(Vers. 8.) ¿Cómo decís, somos sabios, y la Ley del Señor está con nosotros? Verdaderamente la mentira ha obrado el estilo mentiroso de los escribas. Habla a los escribas y fariseos, que se jactan del conocimiento de la Ley, y escribiendo escriben la iniquidad. Y aquello que dice:

(Vers. 9.) Confundidos están los sabios, aterrados y capturados están. Pues el verbo del Señor proyectaron, y ninguna sabiduría hay en ellos. No porque sean sabios los que hacen estas cosas; sino que los llama sabios para que sean condenados bajo juicio: y por el contrario su sabiduría sea convencida de estulticia, diciendo el apóstol Pablo: ¿Tú que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo (Rom. 2, 21)? Y porque el verbo del Señor proyectaron: por eso ninguna sabiduría hay en ellos. En vano pues se jactan de la ciencia de la Ley los que destruyen la doctrina con sus obras.

(Vers. 10, 11.) Por tanto daré sus mujeres (o esposas) a extraños [Al. extranjeros]: sus campos a herederos: porque desde el mínimo hasta el máximo, todos se entregan a la avaricia; desde el profeta hasta el sacerdote, todos hacen la mentira (o iniquidad). Y sanaban el quebranto de la hija de mi pueblo para ignominia, diciendo: Paz, paz, cuando no había paz. Recibieron la merced de sus obras: para que los que proyectaron el verbo del Señor, ellos mismos fueran desechados por Él. Sus esposas, dice, y posesiones entregaré a los enemigos. And para que no se piense que mi sentencia es cruel, reconozca el oyente las causas: Desde el mínimo hasta el máximo, todos se entregan a la avaricia (1 Tim. 6). Pues la raíz de todos los males es la avaricia. Desde el profeta hasta el sacerdote, que debieran prohibir a otros que pecan, son los primeros en estar sujetos a los crímenes: y todos o hacen cosas inicuas mientras arrebatan lo ajeno: o ciertamente mentira, de modo que no hay verdad en su boca. Y después de estas cosas, como si fueran buenos médicos, deseaban sanar con palabras las heridas ajenas, ellos que estaban atravesados por las heridas de todas las torpezas. Estas cosas vemos a diario también en nuestro pueblo, diciendo el bienaventurado apóstol Pablo: Tú que predicas que no se ha de hurtar, hurtas (Rom. 2, 21), y lo demás. Quienes cuando ven a pecadores y ricos, desean sanar el quebranto de la hija del pueblo de Dios, esto es, la Iglesia; para ignominia o de aquellos que son engañados, o de aquellos que engañan a otros, para que digan a los cubiertos de toda tor-

peza [Al. facción]: paz, paz, cuando ninguna hay paz, y la guerra de los pecados les amenaza.

(Vers. 12.) Confundidos están porque hicieron abominación: más bien, con confusión no fueron confundidos, y no supieron avergonzarse. Esto se ha de leer interrogativamente (ἐρωτηματικῶς), para que el sentido sea: ¿Se avergonzaron en sus crímenes, y entendieron las abominaciones que obraron? De ninguna manera, sino que estallaron en tan gran demencia que ni por confusión deseaban enmendar los vicios, ni confesar sus crímenes con la esperanza del perdón. Por tanto caerán entre los que caen [Al. los que se precipitan]: en el tiempo de su visitación caerán, dice el Señor. Estos son los premios de aquellos que no supieron avergonzarse: para que aquellos cuya dignidad era más excelsa que los pueblos, se mezclaran en las ruinas del pueblo. Pues desde el mínimo hasta el máximo, todos se entregan a la avaricia, y desde el profeta hasta el sacerdote todos hacen mentira: el tiempo de la visitación, empero, es la cercana cautividad.

(Vers. 13.) Congregando los congregaré, dice el Señor. No hay uva en las vides, y no hay higos en la higuera: la hoja cayó, y les di aquellas cosas que han pasado. Que sea el tiempo de la visitación, en el que caerán los delincuentes, lo enseña más manifiestamente, diciendo: Congregando los congregaré. Sin duda que en Jerusalén, para que sean sitiados por los caldeos por largo tiempo, y sostengan los males del hambre. Puesto que, dice, los tiempos pasan, y al verano sucede el otoño, y en invierno caen las hojas de los árboles,

veréis todas las cosas desde lejos, y de estas no tomaréis alimentos. Pues no hay uva en las vides para vosotros, que no tomáis [Al. tomaréis] el fruto de las vides: y no hay higos en la higuera para el pueblo sitiado, que ve los frutos de sus árboles ser devorados por los enemigos. Las hojas, dice, caerán transcurridos el verano y el otoño. Pues les di aquellas cosas que verían pasar; y con mayor dolor perderían la abundancia de todas las cosas, la cual no les era lícito tocar.

(Vers. 14, 15.) ¿Por qué nos sentamos? Convenid, y entremos en la ciudad amurallada (o las ciudades amuralladas), y callemos allí (o seamos arrojados allí), porque nuestro Señor nos hizo callar, y nos dio a beber agua de hiel. Pues pecamos contra el Señor, esperamos paz, y no había bien: tiempo de medicina, y he aquí pavor. Se introduce la voz del pueblo que responde, y confiesa sus vicios, y se exhorta mutuamente a entrar en las ciudades amuralladas [Al. muradas], o en una sola ciudad, Jerusalén: pues ya las demás habían sido capturadas. Y callemos, dice, allí, porque nuestro Señor nos hizo callar: pues no tenemos confianza para rogar, o seamos arrojados allí, o proyectados a semejanza del estiércol. Él mismo nos dio a beber agua de hiel: porque convertimos al Dios dulce en amargura. Y para que tales aguas bebiéramos, la causa es perspicua: Pues pecamos contra el Señor, y esperamos paz, los que nada de buena obra habíamos hecho: y pensábamos que nos asistía el tiempo de la medicina, cuando con pavor y terror todo se llenaba. El cambio de personas, y máximamente en los Profetas, hace

difícil el entendimiento: las cuales si se restituyeran a sus lugares y causas y tiempos, se harán llanas las cosas que parecían oscuras.

(Vers. 16.) Desde Dan se ha oído el resoplido de sus caballos, por la voz de los relinchos de sus guerreros (o de la caballería) se ha conmovido toda la tierra. Y vinieron y devoraron (o y vendrán y devorarán) la tierra y su plenitud, la ciudad y sus habitantes. Por tanto, no como arriba tradujeron los LXX, dijo el pueblo: Entremos en las ciudades amuralladas, sino en la ciudad amurallada, para que signifique Jerusalén. Finalmente también ahora añade: la ciudad y sus habitantes. Se describe, empero, viniendo desde Dan por Fenicia con el ejército Nabucodonosor, en cuyo lugar nace el río Jordán, y lo que los LXX conmemoraron como futuro, el hebreo por la verdad del hecho lo conmemora como ya hecho.

(Vers. 17.) Porque he aquí que yo os enviaré serpientes régulos (o pésimas, o como los LXX tradujeron, mortíferas) para las cuales no hay encantamiento. Y os morderán, dice el Señor, insaciablemente, con el dolor de vuestro corazón desfalleceréis. Quiénes son aquellos que vienen de Dan, y cuyo resoplido se ha oído, y que redujeron toda la tierra a la soledad, bajo otra figura lo demuestra el mismo discurso profético, llamándolos serpientes pésimas o mortíferas: y como tradujo Aquila, régulos, que se llaman en hebreo SAPHPHONIM (שפפונים). Por lo cual qué quiso decir su segunda Edición al decir vigilantes, no lo entiendo, a no ser tal vez por la semejanza de la palabra. Para las cuales no hay, dice, encan-

tamiento. Pues en vano derraman preces a Dios contra la serpiente antigua culebra tortuosa, los que los preceptos de Dios despreciaron. Usemos este lugar contra aquellos que, despreciando las elocuencias del Salvador, son entregados a las potestades adversarias.

(Vers. 18.) Mi dolor es sobre el dolor, en mí mi corazón gimiendo. Por lo cual, como dijimos arriba, los LXX unieron a la sentencia superior las palabras que fueron dichas, para poner: Y os morderán, dice el Señor, insaciablemente: con el dolor de vuestro corazón desfalleceréis. En el hebreo, empero, no es tanto dolor, que en griego se dice odyne (ὀδάνη), como meidiama (μειδιάμα), que nosotros podemos interpretar como la mueca de la boca contraída por el dolor y que tiene semejanza de risa. Enfáticamente (ἐμφατικῶς), empero, estas cosas se han de leer de la persona de Dios, que llora la inversión de Jerusalén, y no soporta sus miserias.

(Vers. 19.) He aquí la voz del clamor de la hija de mi pueblo de tierra lejana. Describe el llanto y el aullido de la ciudad de Jerusalén una vez entrados los enemigos. ¿Acaso el Señor no está en Sión, o su rey no está en ella? O bien, el Señor mismo es el rey. O ciertamente el Señor se refiere al Padre, el rey al Hijo, según aquello que se escribe bajo el nombre de Salomón: Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. 72, 1). Por qué, empero, la voz del clamor esté en Jerusalén, y el clamor mismo venga de tierra lejana, la causa es manifiesta: que el Señor no está en ella, y el rey de aquella se ha retirado de ella. ¿Por qué, pues,

me provocaron a la ira con sus esculturas, y con las vanidades ajenas? Se retiró, empero, dice, de ellos el Señor; porque a mí, que era el Señor y rey de ellos, con el culto de los ídolos me provocaron a la ira.

(Vers. 20.) Pasó la mies, acabó el verano: y nosotros no somos salvados. De nuevo habla el pueblo, que en Jerusalén está encerrado por el largo asedio, porque se han cambiado los tiempos, y el círculo del año se ha cumplido, y toda su esperanza ha sido vana, y ha pasado.

(Vers. 21.) Sobre el quebranto de la hija de mi pueblo estoy quebrantado y entristecido: el estupor me ha poseído. Responde Dios, que en la aflicción de Jerusalén Él mismo parece afligido, y en humana semejanza es quebrantado por el estupor.

(Vers. 22.) ¿Acaso no hay resina en Galaad, o no hay médico allí? ¿Por qué, pues, no se ha cerrado la cicatriz de la hija de mi pueblo? No sólo en el presente lugar, sino también en muchos otros testimonios de las Escrituras, hallamos que la resina de Galaad se pone por la penitencia y por el medicamento, y Dios se maravilla ahora de por qué las heridas de Jerusalén de ninguna manera han sido curadas, y todavía las cicatrices no han cubierto la piel, por el hecho de que no hay profetas ni sacerdotes con cuyo medicamento deban ser curados.

(Cap. IX.---Vers. 1.) Quiénes dará a mi cabeza agua, y a mis ojos una fuente de lágrimas, y lloraré día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo. Si todo yo, dice, me convirtiera en llanto,

y de ninguna manera hubiera gotas de lágrimas, sino abundancia de río, sin embargo no podré llorar dignamente a los muertos de la hija de mi pueblo. Pues tantos son los males, que vencen con su magnitud todo dolor. Esto, empero, puede entenderse tanto de la persona del Profeta como de la del Señor.

(Vers. 2.) Quién me dará en la soledad una posada de caminantes, y dejaré a mi pueblo, y me retiraré de ellos. LXX: Quién me diera en la soledad una mansión postrera, para que deje a mi pueblo y me retire de ellos. Mejor es, dice, habitar en la extrema soledad, que morar entre tan grandes crímenes de los hombres. De donde también el Salvador hablaba en el Evangelio: ¿Hasta cuándo os soportaré? Y en otro lugar está escrito: En aquel tiempo el que entienda, se sentará y callará: porque el tiempo es pésimo (Lam. 3, Miq. 2).

(Vers. 3.) Porque todos son adúlteros, asamblea de prevaricadores. Y extendieron su lengua como un arco de mentira, y no de verdad: se han fortalecido en la tierra, porque de mal en mal han salido, y no me conocieron, dice el Señor. De mal a mal pasan los pecadores, cuando cambian ídolo por ídolo, y de pecados a pecados trascienden, o ciertamente del mal del asedio pasan a la cautividad. Y de los Santos ciertamente se dice: Irán de virtud en virtud (Sal. 83, 8). De los pecadores, empero: De mal en mal han salido. Y la causa de todas las miserias es porque no conocieron al Señor, y es una asamblea de prevaricadores, y que arman su lengua a semejanza de un arco extendido para la blasfemia; y se han fortalecido en la

tierra, para que merezcan oír: Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. 3).

905 (Vers. 4 y ss.) Guárdese cada uno de su prójimo, y en todo hermano suyo no tenga confianza, porque todo hermano suplantará con suplantación [Al. suplanta y camina], y todo amigo caminará fraudulentamente; y cada hombre se burlará de su hermano, y no hablarán la verdad. Pues enseñaron a su lengua a hablar mentira (o su lengua aprendió a hablar mentira), trabajaron para obrar inicuamente (o obraron inicuamente, y no cesaron para convertirse). Tu habitación está en medio del dolo, en el dolo (o usura sobre usura, y dolo en el dolo); rehusaron (o no quisieron) conocerme, dice el Señor.

Este lugar debe usarse en tiempo de persecución y de angustia, cuando o es rara, o es nula la fe: cuando ni al hermano ni al prójimo se ha de creer, y los enemigos del hombre son los de su propia casa (Miq. 7): cuando según el Evangelio: El padre entregará al hijo, y el hijo al padre, y se dividirán dos contra tres, y tres contra dos. Y lo que añade, Enseñaron a su lengua a hablar mentira, o su lengua aprendió a hablar mentira (Mat. 10), muestra que la costumbre de mentir se convierte de algún modo en naturaleza: y que actúan estudiosamente para obrar iniquidades. Y lo que sigue, Tu habitación está en medio del dolo, en el dolo, el discurso se dirige propiamente al Profeta, porque habita en medio de un pueblo mentiroso; o como tradujeron los Setenta: Usura sobre usura, y dolo sobre dolo: y que diariamente aumentan sus crímenes, y de ninguna manera se arrepien-

ten de su hecho anterior, sino que acumulan con nuevos los pasados. Haciendo estas cosas, actúan con todo estudio para no conocer al Señor, quien mandó que estas cosas no se hicieran.

(Vers. 7.) Por tanto, esto dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo fundiré (o examinaré con fuego) y los probaré. Pues ¿qué otra cosa haré ante la faz de la hija de mi pueblo (o qué haré ante la faz de la malicia de la hija de mi pueblo)? Cuantas veces estamos sujetos a angustias, recibimos males de Dios, y somos examinados por las persecuciones, para que lo que haya en nosotros de materia adulterina sea consumido por los ardores de las tribulaciones y miserias: Pues la plata del Señor ha sido examinada por el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces (Sal. 11, 7).

(Vers. 8, 9.) Saeta que hiere es la lengua de ellos, dolo ha hablado: en su boca habla paz con su amigo, y ocultamente le pone asechanzas. ¿Acaso sobre estas cosas no visitaré, dice el Señor: o en una gente de esta naturaleza no se vengará mi alma? Todo hereje que hiere los corazones de los que oyen y no saben lo que está escrito: Con toda custodia guarda tu corazón (Prov. 4, 23), posee una saeta que hiere, y habla con dolo. Y aunque con su boca prometa paz a su prójimo, ocultamente tiende asechanzas. 906 En los versículos siguientes, empero, en los cuales dice: ¿Acaso sobre estas cosas no visitaré, dice el Señor: o en una gente de esta naturaleza no se vengará mi alma?, frecuentemente usa esto en este Profeta, para que cuando haya enumerado cada una

de las obras malas, infiera que hace justamente lo que hace.

(Vers. 10.) Sobre los montes tomaré (o asumiré) llanto y lamento, y sobre los lugares hermosos (o sendas) del desierto plancto: porque han sido incendiados (o han faltado) por cuanto no hay varón (u hombre) que pase, y no oyeron la voz del poseedor (o de la sustancia), desde el ave del cielo hasta las bestias emigraron y se retiraron.

Sobreviniendo el ejército babilónico, y asolándolo todo, se profetiza la soledad de la provincia, que haya plancto en los montes, llanto en el desierto, o en las sendas de la soledad, porque todas las cosas han faltado y han sido incendiadas, y no hay nadie que camine por la tierra, degollados todos, y nada ha quedado que pueda respirar y vivir. De donde en lugar de poseedor, los Setenta tradujeron sustancia, que en hebreo se dice MACNE: y sustancia aquí no se toma por ousía, esto es, esencia, sino por los bienes y riquezas. Y lo que añade: Desde el ave del cielo hasta la bestia se retiraron y se fueron, esto muestra lo que a menudo hemos dicho, que todas las cosas sienten la ira de Dios, y no sólo las aves del cielo, sino también los peces del agua faltan. Según la tropología, el llanto se asume sobre los montes, y la lamentación sobre lo hermoso del desierto, cuando pecan los príncipes de la Iglesia, y nada se encuentra en ella de la sustancia de Dios, ni se oye la voz del Señor que posee la Iglesia, a través de hombres santos y apostólicos; y desde el ave del cielo hasta las bestias, desde aquellos a saber que pueden subir a lo alto, hasta los irracionales

y más simples que se retiraron de la asamblea de Dios.

(Vers. 11.) Y daré a Jerusalén en montones de arena (o en transmigración) y en cubiles de dragones, y las ciudades de Judá daré en desolación; por cuanto no hay habitante. Cuando los hombres eclesiásticos y todos los doctores han faltado, entonces Jerusalén es entregada en transmigración, o en montones de arena, para que prevalezca en ella el discurso herético, y se convierta en cubil de dragones, y sus ciudades sean reducidas a la soledad, ni haya en ella habitación de la divina palabra, y de aquel que dice: Habitaré y caminaré en ellos, y seré su Dios (Lev. 26, 12).

(¿Vers. 12 y ss.) ¿Quién es el hombre sabio que entienda esto, y a quien se haga la palabra de la boca del Señor, para que anuncie esto: por qué pereció la tierra, y ha sido quemada como un desierto, por cuanto no hay quien pase? 907 Y dijo el Señor: Porque abandonaron mi ley que les di, y no oyeron mi voz, y no caminaron en ella, y se fueron tras la depravación de su corazón, y tras los Baalim, que aprendieron de sus padres. Pregunta el Profeta si puede encontrar a alguno de los sabios en Jerusalén, y de aquellos a quienes se dirija la palabra de Dios, y que puedan anunciar la voluntad del Señor, y dar las causas de por qué Judea ha sido reducida a la soledad, y degollados todos, ninguno ha quedado que pase por ella. E introduce al Señor respondiendo, y dando las causas: porque abandonaron su Ley que les había dado, ni oyeron su voz, ni hicieron lo que se

les mandó; sino que se fueron tras la depravación de su corazón. Por tanto, no hay que confesar en nuestra voluntad, sino en el Señor. Pues depravado es el corazón en todas las cosas (Infra 17, 9). Y, De nuestro corazón salen los peores pensamientos (Mat. 15, 19). Y tras los Baalim, dice, se fueron, que aprendieron de sus padres. Baal es el ídolo de los sidonios, y es de número singular, pero Baalim es de número plural. Por tanto, no se ha de seguir el error ni de los padres ni de los mayores (o de los malos): sino la autoridad de las Escrituras, y el imperio de Dios que enseña.

(Vers. 15, 16.) Por tanto, esto dice el Señor de los ejércitos Dios de Israel: He aquí que yo los alimentaré, a este pueblo, con ajenjo (o con angustias), y les daré a beber agua de hiel, y los dispersaré entre las gentes, que no conocieron ellos ni sus padres: y enviaré tras ellos la espada, hasta que sean consumidos. Puede profetizarse tanto del tiempo cercano, cuando fueron cautivados por los caldeos: como propiamente de este tiempo, cuando fueron dispersados entre las gentes, que no conocían ellos ni sus padres: y divididos en todo el orbe, y alimentados con ajenjo, o con necesidades y angustias. Y recibieron por bebida agua de hiel, lo cual o significa la magnitud de los males, y el yugo sempiterno de la cautividad: o ciertamente por ignorancia de la ley de Dios, han de recibir al Anticristo en lugar de Cristo. Se envía, empero, la espada tras ellos, para que hasta el exterminio sean consumidos. O ciertamente la espada que los divida, y no permita que tengan

consenso en el mal, para que perezcan en aquello en que son malos.

(Vers. 17, 18.) Esto dice el Señor de los ejércitos: contemplad (o entended) y llamad a las plañideras, y que vengan: y a las que son sabias, enviad, y que se apresuren (o hablen), se den prisa, y asuman sobre nosotros (o sobre vosotros) un lamento: y derramen 908 nuestros ojos (o los vuestros) lágrimas, y nuestros párpados (o los vuestros) fluyan en aguas: porque voz de lamentación se oyó de Sión (o en Sión). A causa de la futura cautividad y subversión de Jerusalén, manda llamar a las plañideras, que suelen en el luto, con voz flébil y golpeando sus brazos con las manos, provocar al pueblo a las lágrimas. Pues esta costumbre permanece hasta hoy en Judea, que las mujeres con los cabellos sueltos y los pechos desnudos, con voz modulada inciten a todos al llanto. Se une, empero, Dios con afecto de quien compadece, o el Profeta; para que lo que el pueblo sostiene, diga que él mismo lo sostiene y lo siente. Lo que añade, empero: Porque voz de lamentación se oyó de Sión, inmediatamente sigue cuál sea esta voz.

(Vers. 19.) ¿Cómo hemos sido asolados, y confundidos vehementemente? Porque abandonamos la tierra, por cuanto han sido derribados (o arrojamos) nuestros tabernáculos. Voz es esta de los que lamentan a Sión: ¿cómo hemos sido asolados, y confundidos vehementemente? E inmediatamente se responden a sí mismos, y exponen las causas de su asolamiento diciendo: Porque abandonamos la tierra, por nuestro vicio

y pecado: y han sido derribados nuestros tabernáculos, que como transeúntes antes poseían. Digan esto también en la persecución las turbas de los que antes creían: que por eso han sido asoladas y confundidas, porque abandonaron la tierra del Señor, y desertaron de sus tabernáculos.

(Vers. 20, 21.) Oíd, pues, mujeres, la palabra del Señor, y reciba vuestra oreja el sermón de su boca, y enseñad a vuestras hijas lamento, y cada una a su prójima plancto. Porque subió la muerte por nuestras ventanas, entró en nuestras casas: para exterminar a los párvulos de fuera, a los jóvenes de las plazas. En el capítulo superior había dicho: llamad a las plañideras y que vengan, y a las que son sabias, enviad, y que se apresuren: ahora habla como a presentes, para condenación de los sacerdotes y doctores y de todos los hombres: para que cesando aquellos de la doctrina, estas oigan la palabra del Señor, y asuman los sermones de su boca, y enseñen a sus hijas y prójimas el plancto y las causas de las lágrimas: Porque subió la muerte por nuestras ventanas: entró en nuestras casas. Lo cual aunque también puede entenderse espiritualmente, por cuanto por todos los sentidos entra la muerte para el exterminio del alma de los pecadores; sin embargo también puede entenderse del ímpetu de los babilonios: que sea tanta la fortaleza y velocidad de combatir, que no esperen 909 a abrir las puertas; sino que también por las ventanas y techos escalen, para asolar las casas de Jerusalén. Perecen, empero, los párvulos que están fuera, y salen de Jerusalén; y los jóvenes, a los cuales escribe

también Juan, que no entran por la vía estrecha y angosta, que lleva a la vida; sino que caminan por las plazas, de las cuales está escrito: Qué ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mat. 7, 13).

(Vers. 22.) Habla estas cosas, dice el Señor, y caerá el morticinio del hombre (o los cadáveres de los hombres) como estiércol sobre la faz de la región (o del campo) y como heno tras las espaldas del segador, y no hay quien lo recoja. La palabra hebrea, que se escribe con tres letras DALETH, BETH, RESH (pues no tiene vocales en medio), según la consecuencia y el arbitrio del lector, si se lee DABAR, significa palabra; si DEBER, muerte; si DABER, habla. De donde tanto los Setenta como Teodoción lo unieron al capítulo anterior, para decir: Exterminarán a los párvulos de fuera, a los jóvenes de las plazas con la muerte. Aquila, empero, y Símaco tradujeron láleson, esto es, habla: para que mande Dios al Profeta hablar lo que sigue: Esto dice el Señor, y lo demás. Y es el sentido: Cuando suba la muerte por nuestras ventanas, y entre en las casas de Jerusalén, y los párvulos y los jóvenes de fuera perezcan en las plazas: entonces será el morticinio de ellos, o los cadáveres de los muertos, como un estercolero sobre la faz de la tierra, y como rastrojo, que tras las espaldas de los segadores se deja, y como inútil no se recoge. Por lo cual quiere mostrar que ha de haber tanta matanza en Jerusalén y alrededor de la ciudad, que no haya nadie que sepulte a los que caen.

(Vers. 23, 24.) Esto dice el Señor: No se gloríe el sabio en su sabiduría, y no se gloríe el fuerte en

su fortaleza, y no se gloríe el rico en sus riquezas. Sino que en esto se gloríe el que se gloría, en saber (o entender) y conocerme: porque yo soy el Señor, que hago misericordia, y juicio, y justicia en la tierra. Pues estas cosas me placen (o porque en estas está mi voluntad) dice el Señor. Toda soberbia de los hombres es quitada, mientras su sabiduría, fortaleza y riquezas son reputadas en nada, y esta es la sola gloriación, que sepa y entienda que él mismo es el Señor, que hace misericordia y juicio y justicia sobre la tierra: que todas las cosas son gobernadas por la providencia y justicia de Dios: y las que a nosotros nos parecen no tener razón, estén llenas de justicia y de razón. 910 Pues estas solas cosas placen a Dios, y en estas está su voluntad. ¿Dónde están, pues, los que dicen que el hombre puede regirse por su propio arbitrio, y que de tal modo ha sido dada la potestad del libre arbitrio, que se quite la misericordia de Dios y la justicia? De donde también el Apóstol, asumiendo este testimonio, pone el ejemplo: El que se gloría, gloríese en el Señor (2 Cor. 10, 17).

(Vers. 25, 26.) He aquí que vienen días, dice el Señor, y visitaré sobre todo el que tiene circuncidado el prepucio, sobre Egipto, y sobre Judá, y sobre Edom, y sobre los hijos de Ammón, y sobre Moab, y sobre todos los que se han rapado el cabello, que habitan en el desierto, porque todas las gentes tienen prepucio. Toda la casa de Israel, empero, son incircuncisos de corazón. De muchas gentes en alguna parte, y sobre todo las que son limítrofes de Judea y Palestina, hasta hoy los pueblos se circuncidan, y especialmente los egip-

cios, e idumeos, ammonitas, y moabitas, y toda la región de los sarracenos, que habita en la soledad, y de los cuales se dice: Sobre todos los que se han rapado el cabello que habitan en el desierto. No debe, pues, gloriarse Judá, que está mezclado con las gentes arriba escritas, por el hecho de no tener prepucio, sino que según la Ley de Dios está circuncidado, cuando también otros hacen estas cosas que no guardan los mandatos de la Ley, e ignoran al Dios de Israel. Ni aprovecha la circuncisión, que fue dada por señal, a no ser que se cumplan los mandatos del Señor; así como los cabellos, que significan la nación, no significan las fuerzas de los cuerpos y la fortaleza de los combatientes. Lo que sigue, empero: Todas las gentes tienen prepucio: toda la casa de Israel, empero, son incircuncisos de corazón, tiene este sentido: Cuando además de los egipcios, idumeos, ammonitas, y moabitas, los ismaelitas que moran en la soledad, de los cuales en su mayor parte una parte está circuncidada, todas las otras naciones en todo el orbe sean incircuncisas en la carne; toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón, no de carne: cuya incircuncisión lleva a la muerte. Pues aquella es de la carne, esta del espíritu.

(Cap. X.---Vers. 1.) Oíd la palabra que el Señor ha hablado sobre vosotros, casa de Israel. Esto dice el Señor: Según las vías de las gentes no aprendáis, y de las señales del cielo no temáis, las cuales temen las gentes: porque las leyes de los pueblos son vanas. Propiamente habla contra aquellos que veneran lo celestial, y lo que ha sido puesto como señales de los años, de los tiempos,

de los meses y de los días, por estas cosas estiman que se rige el género humano, y por las causas de lo celestial se moderan las cosas terrenas. 911 Y lo que dice: Las leyes, o lo legítimo, de los pueblos son vanas, demuestra que toda sabiduría humana es fútil, y que ninguna utilidad tiene en sí.

(Vers. 3-5.) Porque leño del bosque cortó, obra de las manos del artífice en la ascia: con plata y oro lo decoró, con clavos y martillos lo compuso, para que no se disuelva (o no se mueva). A semejanza de una palmera han sido fabricados, y no hablarán: llevados serán alzados, porque caminar no pueden. No temáis, pues, a ellos, porque ni mal pueden hacer, ni bien. Descripción de los ídolos que veneran las gentes. Leño, dice, del bosque cortó. La materia, pues, de los ídolos es vil y corruptible: Obra de las manos del artífice. Siendo el artífice mortal, mortales son también aquellas cosas que fabrica. Con plata y oro lo decoró, para que con el fulgor de ambas materias engañe a los simples. El cual error ciertamente pasó hasta nosotros, para que estimemos la religión en las riquezas. Con clavos y martillos lo compuso, para que no se disuelva, o para que no se mueva. ¡Cuán grande potencia la de los ídolos, que no pueden estar por sí mismos, a no ser que con clavos y martillos sean compuestos! Fabricados a semejanza de una palmera, tienen la belleza de los metales y con el arte de la pintura han sido decorados: pero no poseen utilidad, por la cual ofrezcan algunos frutos al artífice. Y no hablarán. Nada, pues, vital tienen en sí. De los cuales está escrito: Boca tienen, y no hablarán;

orejas tienen, y no oirán. Llevados serán alzados (Sal. 113, 5, 6). Más fuerte el que lleva, que aquellas cosas que son llevadas; más bien en aquel hay sentido, en este figura sin sentido. No temáis, pues, a ellos, porque ni bien pueden hacer, ni mal. Suelen, pues, muchos de los gentiles cultivar a los demonios, para que no dañen, y a otros orar para que presten beneficios: De donde también es aquello de Virgilio (Eneida 1): Una oveja negra para el invierno, una blanca para los favonios felices. Todo lo que de los ídolos hemos dicho, a todos los dogmas que son contrarios a la verdad puede referirse. Pues ellos también prometen cosas inmensas, y un simulacro de vano culto de su propio corazón fingen. Alardean cosas grandes y para engañar a todos los simples, como con áureos sentidos y elocuencias que relucen con el esplendor de la plata, atan la vista de los inexpertos, y son sublimados por sus propios inventores, en los cuales no hay utilidad alguna, y cuyo culto es propiamente de las gentes, y de aquellos que ignoran a Dios.

(Vers. 6 y ss.) No hay semejante a ti, Señor: grande eres tú, y grande tu nombre en fortaleza. ¿Quién no te temerá, oh rey de las gentes? 912 Tuya es, pues, la hermosura entre todos los sabios de las gentes, y en todos los reinos de ellos ninguno hay semejante a ti. Igualmente los necios y los sabios serán probados, leño es la doctrina de la vanidad de ellos. Plata envuelta (o extendida) de Tarsis se trae, y oro de Ofaz, obra del artífice y de la mano del fundidor. Jacinto y púrpura el vestido de ellos: obra de artífices (o de sabios) son todas

estas cosas. El Señor, empero, Dios verdadero es: él es el Dios vivo y rey sempiterno. Por su indignación se conmoverá la tierra, y no sostendrán las gentes su conminación. Estas cosas en los Setenta no se encuentran, sino que de la edición de Teodoción en la mayoría de los lugares han sido añadidas, y aunque según la letra parecen perspicuas, según la anagogía tienen gran dificultad. Pues ninguno es semejante al Dios verdadero, de aquellos dioses que por el arte herético son fingidos. Todos le temerán, porque es el rey de las gentes. El principio, pues, de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. 9, 10): y de él aprovechamos para la caridad verdadera. Tuya es, dice, la hermosura. En la verdad la hermosura, en la mentira la torpeza: aunque los herejes según la sabiduría del mundo, que será destruida, se crean a sí mismos sabios; sin embargo en todos los reinos con los cuales laceran a la Iglesia, ninguno hay semejante a ti, diciendo el sermón divino: Perderé la sabiduría de los sabios, y la prudencia de los prudentes reprobaré (1 Cor. 1, 19). A la vez sabios y necios son. La doctrina de ellos según la calidad del ingenio, o es vil, y al leño se compara, o semejante a la plata por la elegancia de la elocuencia. Se trae de Tarsis. Tarsis o es una región de la India, como Josefo, o ciertamente todo el mar se llama Tarsis, y tiene la semejanza del cielo; y sin embargo está envuelta por el artificio de las palabras, o extendida. Pues si quisiere engañar, no podrá. Y oro de Ofaz. Con siete nombres entre los hebreos se llama al oro, de los cuales uno se dice OFAZ, que nosotros podemos llamar

obryzum (oro refinado), para que reluzca en la superficie de los ídolos, lo que por dentro es leño y materia vil.

(Vers. 11). Así, pues, les diréis: Los dioses que los cielos y la tierra no hicieron, perezcan de la tierra y de los que están bajo el cielo. A los falsos dioses, y que artificiosamente han sido compuestos, se han de decir estas cosas. Pues ellos ni los cielos hicieron, ni la tierra. Los que son cooperadores de Cristo, dioses son llamados: y los señores, por la doctrina Eclesiástica, en gran parte fabrican la casa.

(Vers. 12 y ss.) El que hace (o el que hizo) la tierra con su fortaleza, prepara el orbe con su sabiduría, y con su prudencia extiende los cielos. A su voz da muchedumbre de aguas en el cielo, y eleva (o saca) las nieblas de los extremos de la tierra, los relámpagos para la lluvia hizo, y saca el viento (o los vientos) de sus tesoros. Necio se ha hecho todo hombre por su ciencia, confundido está todo artífice en la escultura: porque falso es lo que fundió, y no hay espíritu en ellos: vanas cosas son, y obra digna de risa: en el tiempo de su visitación perecerán. No es semejante a estos la parte de Jacob. Pues el que formó todas las cosas, él mismo es, e Israel la vara de su heredad, el Señor de los ejércitos es su nombre.

El que hace la tierra con su fortaleza, es Dios Padre. Pero la hace con su fortaleza por medio del Señor Salvador. Pues Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 24). El cual es él mismo también la prudencia, en quien [Al. por la cual] extendió el cielo. Pues él mismo dijo y

fueron hechas, él mismo mandó y fueron creadas (Sal. 32, 9); hablando al Hijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. 1, 26). A su voz da muchedumbre de aguas en el cielo. Pues toda la doctrina del Señor fluye de las cosas celestiales, diciendo David: Una lluvia voluntaria apartarás, oh Dios, para tu heredad, y ella se debilitó, pero tú la perfeccionaste. Y eleva o saca las nieblas de los extremos de la tierra (Sal. 67, 10). Las nieblas, o nubes a las cuales mandó Dios que no llovieran sobre Israel lluvia (Isa. 5), son sacadas de las extremidades de la tierra, de las cuales una niebla hablaba: Pues pienso que Dios nos ha mostrado a nosotros los Apóstoles como los últimos, como destinados a la muerte, porque hemos sido hechos espectáculo para este mundo, y para los Ángeles, y para los hombres (1 Cor. 4, 9). Los relámpagos para la lluvia hizo. Pues cuando la lluvia de las doctrinas viniere del cielo, y saciare los áridos corazones de los hombres, entonces hallarás coruscaciones, y claros relámpagos de sabiduría. Y saca los vientos de sus tesoros; en los cuales 914 están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

Necio se ha hecho todo hombre por la ciencia. Aunque aquel Pablo, aunque Pedro, aunque Moisés y Abraham sean sabios, en comparación con Dios toda su sabiduría será reputada en nada: de donde también lo necio de Dios es más sabio que los hombres. Confundido está todo artífice en la escultura, que de su corazón fingió los simulacros: y es falso lo que fundió. Pero si necio es todo hombre por la ciencia; necio es todo y falso

lo que hizo (1 Cor. 1). Y no hay espíritu en ellos. Se ha de notar que también en este capítulo, el viento y el espíritu, con un solo nombre entre los hebreos se llaman RUA; pero al Espíritu de santificación llama, que en las mentes de los herejes no puede hallarse. Vanas cosas son y obra digna de risa. Pues ¿quién no reiría cuando hubiere visto los simulacros de los herejes? Pues o son cosas rústicas las que se dicen, y es leño: o compuestas con hermoso sermón, y se halla plata; o ciertamente simuladas por el propio sentido, y en vano prometen la imagen del oro. En el tiempo de su visitación perecerán. Por un tiempo vale la herejía, para que todos los elegidos se manifiesten, y sean probados. Mas cuando la visitación de Dios viniere, y su ojo hubiere visto las cosas necias, todas callan (1 Cor. 11).

No es semejante a estos la parte de Jacob: de aquellos que suplantaron a los judíos, y diariamente destruyen a los herejes. La parte, pues, de los Santos es Dios: de quien el profeta dice: Mi parte es el Señor. Pues el que formó todas las cosas, él mismo es (Sal. 72, 26): el que hizo todas las cosas y las plasmó, tanto en el ánimo, como en el cuerpo. E Israel la vara de su heredad. Todo el que es dirigido en Dios, o percibe con el sentido a Dios, es el cetro de su heredad. Cuyo nombre es el Señor Omnipotente, o de las Virtudes: esto es lo que suena, el Señor de los ejércitos: lo que en hebreo está escrito, Señor sabaoth.

(Vers. 17, 18.) Congrega de la tierra tu confusión, tú que habitas en la asedio; porque esto dice el Señor: He aquí que yo arrojaré lejos a

los habitantes de la tierra en esta vez, y los atribularé para que sean hallados. LXX: Congregó de fuera su sustancia, la que habita en la fortificación. Porque esto dice el Señor: He aquí que yo suplantaré a los habitantes de esta tierra, y los atribularé, para que sean hallados. Se prescribe a Jerusalén que cuanto tiene de sustancia fuera, lo congregue en la ciudad muy fortificada, y prepare alimentos para un largo asedio. Pues él de ningún modo amenaza como antes sobre el futuro y largo tiempo: 915 sino ya sobre la vecina cautividad, que ya está por venir. Congrega, dice, tanto de fuera como de la tierra, esto es, de los campos tu sustancia, o tu confusión. Pues cuanto tienes, es digno de confusión: aunque prepares estas cosas, reconoce los dichos del Señor sobre ellas. He aquí que yo en esta vez, en este tiempo, arrojaré, o lanzaré lejos a modo de honda a los habitantes de esta tierra: por lo cual los LXX interpretaron "suplantaré y haré caer". Por el cual verbo hebreo COLEA, Áquila y Símaco interpretaron *sphendonēsō* (lanzaré con honda). Y es el sentido: A modo de honda con todo ímpetu los arrojaré, y así los haré ser sitiados: y así los atribularé y angustiaré, para que todos sean hallados en la ciudad, y no puedan escapar del mal.

(Vers. 19.) ¡Ay de mí por mi quebranto, mi llaga es muy dolorosa! LXX: ¡Ay por tu quebranto, tu llaga es muy dolorosa! Según el hebreo la misma Jerusalén habla, de que está vehementemente afligida, y sostiene una llaga incurable. Según los LXX, empero, el Profeta habla a Jerusalén, y la llora por su quebranto y su llaga. Mas yo dije, cla-

ramente esta es mi enfermedad (o mi herida), y la llevaré (o se apoderó de mí). La misma Jerusalén habla: cuanto padezco, por mi culpa lo padezco: entiendo mi herida que se apoderó de mí, o sostendré la ira del Señor, porque pequé contra él.

(Vers. 20.) Mi tabernáculo ha sido devastado, todas mis cuerdas han sido rotas (o todas mis pieles han sido rasgadas), mis hijos salieron de mí (o mis ovejas), y no existen [Al. no subsisten]: no hay quien extienda más mi tienda (o no hay lugar más para mi tabernáculo) y quien levante mis pieles. Llora Jerusalén la subversión de su ciudad como tan fácil, que de ningún modo pienses que los muros y murallas fueron erradicados desde los cimientos, sino la remoción del tabernáculo y de la tienda. El tabernáculo, dice, esto es, mi habitación, repentinamente fue quitada. Todas mis cuerdas han sido rotas. Conserva la metáfora del tabernáculo, o "todas mis pieles han sido rasgadas". Mis hijos salieron de mí, o "mis ganados", lo cual añadido por los LXX, no se sostiene según la historia. Pues en un largo asedio ¿cómo podían las ovejas y ganados ser quitados de Jerusalén, los cuales aunque hubieran estado, el hambre los había consumido? Y no, dice, subsisten, o "no son". Pues no fueron trasladados a Caldea: sino que gran parte de ellos fue muerta y totalmente destruida. No hay quien extienda más mi tienda 916: no hay quien me instaure, y eche los cimientos de mis muros, que están postrados hasta el suelo.

(Vers. 21.) Porque neciamente obraron los pastores, y al Señor no buscaron: por eso no

entendieron, y todo su grey fue dispersado. Por la metáfora de los pastores y de las ovejas, se describe la culpa de los príncipes y la dispersión del pueblo. Pues porque los príncipes obraron neciamente, y no buscaron al Señor, a quien debieron buscar con todo su corazón: por eso no vieron los males que venían, o no entendieron al Señor, y toda la multitud de Jerusalén fue dispersada por aquí y por allá.

(Vers. 22.) La voz de la audición, he aquí que viene, y una gran conmoción de la tierra del Aquilón: para poner las ciudades de Judá en soledad, y habitación de dragones (o cubil de avestruces). Y como Símaco interpretó, de sirenas: por lo cual en el hebreo se ha puesto THANNIM. Las palabras del Profeta: He aquí, dice, se oye el sonido y estrépito del babilonio que viene, y una gran conmoción, o terremoto de la tierra del Aquilón: para reducir todas las ciudades de Judea, muertos los habitantes, a la soledad, y hacer que en lugar de hombres habiten dragones, y todos los seres vivos venenosos, o avestruces, animal que es familiar con la soledad, y en los desiertos nace y se nutre. O ciertamente podemos entender sirenas, ciertos monstruos y fantasmas de demonios. Todas estas cosas que tanto el discurso pasado como el presente describieron, refirámoslas a los tiempos de la persecución de la Iglesia, cuando los tabernáculos del Señor son subvertidos, y toda la habitación de la Iglesia es reducida a la soledad. And that all these things should come, it is the fault of the shepherds, who acted foolishly, and

did not seek the Lord, nor understood him, and therefore the whole flock was dispersed.

(Vers. 23.) Sé, Señor, que no es del hombre su camino: ni es del varón el andar y dirigir sus pasos. Avergüéncense los nuevos predicadores, que dicen que cada uno es regido por su propio arbitrio: cuando también aquí el Profeta dice: No es del hombre su camino (Sal. 36, 23). Y David canta en canto lírico: Por el Señor serán dirigidos los pasos del hombre, y querrá mucho su camino. O este es el sentido: lo que de los babilonios sostenemos, no es de su fortaleza, sino de nuestro mérito, y de tu indignación.

(Vers. 24, 25.) Corrígeme, Señor, pero en juicio, y no en tu furor; no sea que por ventura me 917 reduzcas a nada. Derrama tu indignación sobre las naciones que no te conocieron, y sobre las provincias (o generaciones) que no invocaron tu nombre, porque devoraron a Jacob, y su lugar consumieron, y su decoro (o pastos) disiparon (o redujeron a soledad). Este lugar también lo leemos en el salmo: Señor, no en tu furor me arguyas: ni en tu ira me corrigas (Sal. 6, 1; 37, 1). Y es el sentido: Merecemos ciertamente todas las cosas que sostenemos, y mucho mayores merecemos que las que padecemos. Sin embargo esto ruego, que como padre me corrigas, no como adversario: que me emmiendes como a hijo, y no me castigues como a enemigo (Heb. 12); pues castigas a todo hijo que recibes, y por todo dolor y azote emmiendas a Jerusalén. Los enemigos, empero, que no te conocieron, y las provincias o regiones que no invocaron tu nombre, de ningún

modo deben sentir tu juicio, sino tu indignación (Sal. 87). Pues nos entregaste para que fuéramos emmendados. Ellos, empero, agravaron su yugo: al anciano no perdonaron, y a los párvulos afligieron: nos comieron, y totalmente nos devoraron y a tanta soledad redujeron a Jerusalén, que disiparon todo lo de las casas públicas y privadas, y a tu pueblo mataron.

(Cap. XI.---Vers. 1-3.) La palabra que fue hecha a Jeremías por el Señor diciendo: Oíd las palabras de este pacto (o testamento), y hablad a los varones de Judá, y a los habitantes de Jerusalén, y dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios de Israel. No está puesto en el título, bajo qué tiempo, o bajo qué rey, y en qué año suyo, se hizo esta profecía: sino que entendemos o que estas cosas se han de unir a la profecía y tiempo anteriores, o ciertamente después de algún intervalo de tiempo de la profecía anterior este sermón del Señor fue hecho al Profeta. Se ha de notar, empero, que la palabra BERITH, Áquila y Símaco siempre interpretaron "pacto", los LXX y Teodoción "testamento". Propiamente, empero, ahora el sermón se dirige a Jerusalén y a los varones de la tribu de Judá.

(Vers. 4.) Maldito el varón que no oyere las palabras de este pacto, que mandé a vuestros padres: en el día en que los saqué de la tierra de Egipto, de la hornanza de hierro, diciendo: Oíd mi voz, y haced todas las cosas que os mando, y seréis para mí un pueblo, y yo seré para vosotros un Señor [Al. Dios]. No por los privilegios de la raza, no por la injuria [Al. marca] 918 de la circuncisión, y el ocio del sábado, sino por la obediencia,

tanto Dios se hace Dios del pueblo de Israel, como Israel su pueblo. Y aquí ciertamente habla como a siervos, para que agraden a Dios. En el Evangelio, empero, el Señor dice a los discípulos: Vosotros, dice, amigos míos sois, si hiciereis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe qué hace su señor. A vosotros, empero, os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las hice conocer (Juan 15, 14-15). Y siendo mis amigos, de amigos pasan a ser hijos: Pues a cuantos lo recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios (Juan 1, 12). De donde manda a los amigos e hijos: Sed perfectos como también vuestro Padre es perfecto (Mateo 5, 48); mandando la semejanza, no la igualdad. Y allí hay obediencia a los mandatos, aquí semejanza a Dios. Y lo que dice: En el día en que los saqué de la tierra de Egipto, de la hornanza de hierro, nos da a entender que el camino y la hornanza de hierro, y la encendida, significa la magnitud de la tribulación y de la pena, no algún lugar de pena, preparado con la materia de hierro.

(Vers. 5.) Para que suscite el juramento, que juré a vuestros padres, de que les daría una tierra que mana leche y miel, como es este día. Los padres parecen recibir, cuando reciben los hijos; y la promesa a Abraham se cumple en su posteridad. Mas la tierra que mana leche y miel, debemos tomarla hiperbólicamente por la abundancia de todas las cosas, como es aquel dicho (Virgilio, Égloga 3): "Mane la miel para ellos, y el zarzal áspero lleve amomo". Y de nuevo: "Y por doquiera reprimió los vinos que corrían en arro-

yos". O ciertamente tropológicamente, sintamos que la tierra que mana leche y miel es la Iglesia de Cristo, en la cual como párvulos y lactantes somos educados por la fe, para que podamos tomar alimento sólido. Y respondí y dije: Amén, Señor. Por lo cual los Setenta tradujeron "Hágase, Señor" (pues esto significa "amén"). El Señor había dicho: Juré a vuestros padres que les daría una tierra que mana leche y miel, como se comprueba por las mismas cosas hoy (Éxodo 3). El Profeta, amando a su pueblo, anticipa la voz del Señor, y desea que sean verdaderas y permanezcan para siempre las cosas que fueron dadas. De donde dice: Verdaderamente, Señor, cumpliste lo que prometiste; o "hágase, Señor", esto es, permanezca siempre lo que diste.

(Vers. 6.) Y dijo el Señor a mí: Clama (o lee) todas estas palabras en las ciudades de Judá, y fuera de Jerusalén, diciendo: Oíd las palabras de este pacto 919 y hacedlas. El Dios clementísimo frecuentemente predice las cosas futuras, para que al fin el ánimo duro para creer se ablande. Predice, empero, tanto en la ciudad de Jerusalén, como fuera en el campo, para que aquellos cuyo peligro es común, sea la misma la penitencia.

(Vers. 7, 8.) Porque protestando protesté a vuestros padres en el día en que los saqué de la tierra de Egipto, hasta este día. Levantándome temprano [Vulg. levantándome] protesté, y dije: Oíd mi voz; y no oyeron, ni inclinaron su oído, sino que se fueron cada uno tras la perversidad de su propio corazón malo, y traje sobre ellos todas las palabras de este pacto, que mandé que

hicieran. Hasta aquí no se contiene en los Setenta, y lo que sigue, "y no hicieron", fue puesto por ellos, y unido con el fin del capítulo anterior, en el cual está escrito: "oíd las palabras de este pacto, y hacedlas; y no hicieron". Qué sea, empero, levantarse temprano por la mañana, y frecuentemente instarles las palabras de Dios por medio de los Profetas, y sacarlos de Egipto, y más a menudo amonestar y decir: "oíd mi voz"; y que ellos se hayan ido tras la perversidad de su corazón, y después devolverles lo que merecen y reciben, ya lo hemos dicho antes.

(Vers. 9, 10.) Y dijo el Señor a mí: Se ha hallado una conspiración entre los varones de Judá, y entre los habitantes de Jerusalén se han vuelto a las iniquidades de sus padres anteriores, que no quisieron oír mis palabras. Y estos, pues, se fueron tras dioses ajenos, para servirles. Hicieron irritante la casa de Israel y la casa de Judá mi pacto, que pacté con sus padres. Por "conspiración", que nosotros según Símaco interpretamos, Áquila y los LXX y Teodoción tradujeron *syndesmon*, lo que nosotros podemos llamar "coligación" o "atadura mutua". De donde también Atalía, cuando hubo descubierto que en el Templo se le preparaban celadas, habló con la misma palabra: "¡Conspiración, conspiración!" (4 Reyes 11, 14). Propiamente, empero, la Escritura usa esta palabra cuando no por un pecado súbito y fortuito, sino por celadas preparadas y conspiración, se tiende al delito, y con igual mente y un mismo estudio hacen eso, para despreciar los mandatos de Dios. Y dice que tanto los padres como los hijos

con una misma mente e igual sentencia, descuidado Dios, veneraron a los ídolos, tanto Israel a saber, como la casa de Judá, esto es, tanto las diez tribus, como las dos, cuyo imperio estaba en Jerusalén, para que aquellos cuyo estudio en el desprecio de Dios fue uno, sea igual el suplicio en sostener la cautividad.

920 (Vers. 11, 12.) Por lo cual esto dice el Señor: He aquí que yo traigo sobre ellos males, de los cuales no podrán salir, y clamarán a mí, y no los oiré. E irán las ciudades de Judá y los habitantes de Jerusalén, y clamarán a los dioses, a los cuales ofrecen libaciones; y no los salvarán en el tiempo de su aflicción. No oye Dios en el tiempo de la necesidad y de la angustia: porque también ellos no quisieron oír la voz del Señor. Lo cual también Saúl padeció. Pues cuando, temiendo las huestes de los filisteos, no había merecido recibir la palabra del Señor, se volvió a la Pitonisa, para aprender de los ídolos lo que debió extorsionar del Señor por la instancia de la oración y de los llantos (1 Reyes 21). Por lo cual aprendemos que aunque el Señor no oyere, de ningún modo se ha de cesar, ni refugiarse en los demonios, que no pueden ayudar a sus cultivadores; sino al auxilio del Señor que airado pronto se dobla, y muda la sentencia, si también estos, con quienes se airó, se conmutaren. Todo, empero, lo que ahora se dice, pertenece a la tribu de Judá, y a la ciudad de Jerusalén, a quienes insta la cautividad.

(Vers. 13.) Porque según el número de tus ciudades eran tus dioses, oh Judá, y según el número de las vías de Jerusalén pusiste [Al. pusisteis] aras

de confusión para ofrecer libaciones a Baalim. Leamos los libros de los Reyes y de los Paralipómenos (4 Reyes 21, 2 Paral. 33), y hallaremos que Judá y Jerusalén hicieron cosas mucho peores que Israel, de modo que cuantas ciudades tenían, tantas tenían también especies de ídolos: y cuantas eran en la ciudad de Jerusalén las plazas y cabeceras de las vías, tantas tenían aras para su propia confusión, en las cuales inmolaban víctimas a los ídolos de Baalim.

(Vers. 14.) Tú, pues, no quieras orar por este pueblo, y no asumas por ellos alabanza y oración: porque no los oiré en el tiempo de su clamor a mí, en el tiempo de su aflicción. Se prescribe a Jeremías que no quiera deprecar al Señor por ellos, sobre los cuales ya está consumada la sentencia: para que no parezca su oración enferma, y por los propios crímenes no ser oída. No quieras, dice, orar por ellos, ni asumir alabanza, para que replicando la clemencia de la antigua historia, por la cual siempre me compadecí de ellos, y alabando, te esfuerces por mudar mi sentencia. Pues aunque hagas esto, no los oiré a ellos, que en el tiempo de la necesidad son obligados a rogarme. Por lo cual aprendemos que en vano ruega uno por otro, cuando aquel no merece recibir, por quien se ruega a Dios.

(Vers. 15, 16.) ¿Qué es esto, que mi amado en 921 mi casa hizo muchas maldades? ¿Acaso las carnes santas quitarán de ti tus malicias, en las cuales te has gloriado? Olivo fecundo, hermoso, fructífero, bello llamó el Señor tu nombre: a la voz de un gran discurso se encendió el fuego en él, y

fueron quemados sus arbustos. Llama "amado" y "amantísimo" al pueblo de Judá, que en su Templo puso y veneró ídolos, y en ello piensa aplacar la ira de Dios si inmola muchas víctimas, y se gloría en la muchedumbre de los sacrificios, que no pueden quitar las malicias de los pecados. Compara, empero, a Jerusalén, o a todo el pueblo de los judíos, con un olivo hermoso y fructífero, que exaltado por la soberbia, de ningún modo obró humildemente, ni entendió a su Creador y dominador; sino que elado por la soberbia, y habiendo hablado grandemente, fue encendido por el fuego del Señor; de modo que se quemaran y se redujeran a nada sus ramos, o arbustos, esto es, todo el pueblo fuera borrado por la espada de los adversarios. Este sentido también está en otro lugar (Cap. II), donde se dice a Jerusalén: "Yo te planté como viña fructífera, toda verdadera: ¿cómo, pues, te has convertido en la amargura de una vid ajena?" Cuando se destruyen sus vallados, y la devasta el jabalí de la selva, y todas las bestias devoran sus frutos (Sal. 78), digamos este capítulo a los príncipes de las Iglesias: "¿Qué es esto que mi amado en mi casa hizo muchas maldades?" O ciertamente a los ricos, que cuando arrebatan lo ajeno, y no quitan las malicias de su corazón, piensan que merecen la clemencia de Dios: "¿Acaso las carnes santas quitarán de ti tus malicias, en las cuales te has gloriado?" Pues ahora públicamente se recitan los nombres de los que ofrecen, y la redención de los pecados se muda en alabanza: ni se acordaron de aquella viuda en el Evangelio, que echando dos monedas

en el gasofilacio, venció las ofrendas de todos los ricos (Marcos 12).

(Vers. 17.) Y el Señor de los ejércitos, que te plantó, ha hablado mal sobre ti, por los males de la casa de Israel y de la casa de Judá, que hicieron para sí para irritarme, ofreciendo libaciones a Baalim. Olivo, dice, fecundo, hermoso, fructífero te llamó tu Señor, y te plantó. Pero porque a la voz del discurso, una gran llama de Dios descendió en ti, y consumió todos tus ramos, por eso el que te había plantado, ahora ha hablado mal sobre ti: no por iniquidad de la sentencia, ni por súbita perversidad del sermón; sino por los males que hicieron para sí la casa de Israel y la casa de Judá, y estudiosamente obraron ofreciendo libaciones a Baalim, para provocarme a la ira. Y pudiendo Dios hacer lo que quiere, da las razones para que no parezca que obra injustamente, 922 según aquello que está escrito: "Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado" (Sal. 50, 6).

(Vers. 18 y ss.) Tú, empero, Señor, me mostraste, y conocí: tú me mostraste los estudios de ellos, y yo como cordero manso, que es llevado a la víctima, y no conocí que sobre mí pensaron consejos. Pongamos leño en su pan, y destruyámoslo [Vulg. erradiquémoslo] de la tierra de los vivientes, y no se recuerde más su nombre. Tú, empero, Señor sabaoth, que juzgas justamente, y pruebas los riñones y el corazón: vea yo tu venganza de ellos: pues a ti revelé mi causa. De todas las Iglesias este es el consenso, que bajo la persona de Jeremías, entiendan que estas cosas se dicen por

Cristo, de que el Padre le mostró cómo le convenía hablar, y le mostró los estudios de los judíos, y él mismo, como cordero llevado a la víctima, no abrió su boca, y no conoció —entiéndese el pecado—; según aquello que se dice por el apóstol: "El cual como no hubiera conocido pecado, por nosotros se hizo pecado"; y dijeron: "Pongamos leño en su pan", la cruz a saber en el cuerpo del Salvador. Pues él mismo es el que dice: "Yo soy el pan, que del cielo descendí"; y "erradiquémoslo", o "destruyámoslo de la tierra de los vivientes" (Juan 6, 51). Pues este crimen pensaron en el ánimo, para que borraran su nombre para siempre. Pero por el contrario según el sacramento del cuerpo asumido habla el Hijo al Padre, e impreca su juicio, mientras alaba la justicia, e invoca a Dios como inspector del riñón y del corazón, para que él mismo devuelva al pueblo lo que merece, y dice: "Vea yo tu venganza de ellos", de aquellos a saber, que en el crimen perseveran, y no de aquellos, que se vuelven [Al. se convierten] a la penitencia. De ellos dice en la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34). Y revela al Padre y abre su causa: porque por ningún mérito suyo, sino por el crimen del pueblo fue crucificado, diciendo: "He aquí que viene el príncipe de este mundo, y no halla en mí nada" (Juan 14, 30). Los judíos y nuestros judaizantes entienden que estas cosas se dicen de la persona de Jeremías: quienes por el vaticinio de las cosas futuras, y los ingruentes males de la cautividad, confirman que él sostuvo estas cosas del pueblo. Pero no sé cómo puedan aprobar que Jeremías

fue crucificado, cuando la Escritura no menciona esto: a no ser que por ventura lo pensaran, y no lo hicieran.

(Vers. 21 y ss.) Por eso esto dice el Señor a los varones de Anatot que buscan tu alma, y dicen: No profetizarás en el nombre del Señor, y no morirás en nuestras manos. Por eso esto dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo visitaré sobre ellos: los jóvenes morirán por la 923 espada: sus hijos y sus hijas morirán por el hambre, y no habrá reliquias de ellos. Pues induciré el mal sobre los varones de Anatot, el año de su visitación. Parece esto contrariar a la sentencia superior, por la cual quisimos [Al. queremos] aprobar que por la persona de Cristo se han dicho las cosas que se dijeron, y no por la de Jeremías, que propiamente habitaba en la aldea de Anatot, que de Jerusalén dista tres millas. Pero si entendiéramos la etimología de la ciudad de ANATOT, que se interpreta "obediencia", líquidamente se mostrará 924 que los varones de Anatot, que en otro tiempo obedecieron a los preceptos del Señor, se dicen todos los judíos, y máximamente los habitantes de la ciudad de Jerusalén, en quienes vino la extrema sentencia: para que por los males del asedio, la espada, el hambre y la peste perecieran. Para que nosotros, empero, seamos librados de toda molestia de interpretación, sigamos aquella regla: Que todos los Profetas en tipo del Señor Salvador realizaron la mayoría de las cosas, y cuanto según el presente tiempo se completó en Jeremías, esto en el futuro se profetiza del Señor.

LIBRO TERCERO.

923-924 La serpiente de Lerna, cuentan las fábulas, brotó con muchas serpientes de en medio de su cabeza: y Escila, el monstruo del estrecho siciliano, con rostro virginal ciertamente, pero ceñida de perros, despedazaba los naufragios de los miserables: unido en el mismo litoral el mortífero canto de las Sirenas, las cuales para que el Ulises homérico evitara, se dice que cerró sus oídos, y evitó por prudente consejo un mal insuperable. Esto deseando yo hacer, y declinar la rabia de los herejes, y según Ismenias, cantando para mí y para los míos, y revolviendo aquel dicho profético: "Cuando el pecador se alzaba contra mí, enmudecí y callé de los bienes" (Sal. 38, 2-3), no permitió el diablo que yo, contento con la deseada quietud, insistiera en la explicación de las sagradas Escrituras, y entregara a los hombres de mi lengua la erudición de los hebreos y de los griegos. Sino que hace esto día y noche, tanto abierta como insidiosamente mezclando lo falso con lo verdadero, más aún, untando todas las mentiras con miel engañosa, para que quien oye la dulzura de las palabras, no tema los venenos del pecho. Promete paz, para ejercer guerras más graves: ríe, para morder: ofrece la mano, para matar de improviso al simple Abner (2 Reyes 3). Sin duda esto es aquello que también el Apóstol

decía: "Pues no ignoramos sus astucias" (2 Cor. 2, 11). Aquí calla, en otra parte acusa: envía a todo el orbe cartas biblinas [de papel] antes portadoras de oro, ahora maledicientes, e interpreta nuestra paciencia proveniente de la humildad de Cristo como signo de mala conciencia. Y él mismo, mudo, ladra por medio del perro Albino, grande y corpulento, y que puede ensañarse más con los talones que con los dientes. Pues tiene su progenie de la gente escocesa, de la vecindad de los britanos: quien según las fábulas de los Poetas, a modo de Cerbero, ha de ser golpeado con una clava espiritual, para que calle en eterno silencio con su maestro Plutón. Pero esto en otra ocasión. Ahora entraré en el tercer libro sobre Jeremías, en el cual me esforzaré, hermano Eusebio, por estrechar los amplísimos campos de la explicación por la angosta senda de los Comentarios.

(Capítulo XII.---Vers. 1 y ss.) 925 Justo eres tú ciertamente, Señor, si disputo contigo (o porque te satisfaga): sin embargo hablaré juicios para contigo. ¿Por qué el camino de los impíos prospera, les va bien a todos los que prevarican y obran inicuamente? Los plantaste y echaron raíz, aprovechan (o engendraron hijos, y hacen fruto): cerca estás tú de su boca, y lejos de sus riñones. Contra todos los que obran inicuamente ciertamente es esta disputa, y en la sentencia del salmo septuagésimo segundo brevemente se comprende, en la cual el Profeta dice: "¡Cuán bueno es el Dios de Israel para los que son de recto corazón!" Mis pies, empero, por poco se conmovieron, por poco se derramaron mis pasos: porque tuve celo

contra los pecadores, viendo la paz de los pecadores, etc. (Sal. 71, 1-2). Pero propiamente se dice contra los herejes, los cuales siendo impíos, su camino prospera; y engendran hijos a aquellos a quienes engañaron en la herejía: y prevarican, y obran inicuamente, de modo que despojan a la Iglesia. Y mientras perseveran en la perversidad de su sentencia, se jactan de haber sido plantados por Dios, y haber echado raíz, engendrado hijos y traído fruto. Quienes aunque repliquen frecuentemente el nombre de Cristo, no tienen a Dios como habitador suyo, según aquel dicho de Isaías: "Este pueblo me honra con los labios: su corazón, empero, está lejos de mí" (Isaías 29, 13).

(Vers. 3.) Y tú, Señor, me conociste: me viste, y probaste mi corazón contigo. Congrégalos como grey para la víctima, y santifícalos en el día de la matanza. Ningún escándalo es, dice, que los impíos, o todos los herejes por un tiempo florezcan: Pues tú, Señor, me conociste, y me viste, y probaste mi corazón contigo. ¿A quién así conoció Dios Padre como a su Hijo? Pues nadie conoce al Hijo sino el Padre: y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y a quien el Hijo quisiere revelar (Mateo 11, 27). Aunque, dice, aprovechen, aunque engendren hijos, y hagan fruto los herejes, y cerca estés tú de su boca, y lejos de sus riñones, esto es, de la conciencia: sin embargo no pequeña es la consolación, de que como ganados son engordados para la víctima. Congrégalos en la ciudad de Jerusalén, o en sus conciliábulos: para que 926 como víctimas sean degollados para la muerte, y entonces sean santificados, cuando con el cuchillo

eclesiástico fueren yugulados: pues la matanza de los herejes es la salud de aquellos que habían sido engañados.

(Vers. 4.) ¿Hasta cuándo llorará la tierra, y la hierba de toda la región se secará por la malicia de los que habitan en ella? Consumido ha sido el animal y el ave, porque dijeron: No verá nuestros novísimos (o No verá Dios nuestros caminos). Cuanto en el mundo o de bienes sucede, o de males, no sin la providencia y por fortuito caso sucede, sino por el juicio de Dios. La tierra ahora es estéril, la hierba se seca. ¿Quieres conocer la razón? Las malicias de sus habitantes hacen esto: de modo que los animales sobre la tierra, y las volátiles del cielo sean consumidos, porque para el uso de los hombres fueron creadas todas estas cosas: quienes en tanta blasfemia se levantaron, que decían que Dios ignoraba sus caminos, y no sabía qué cada uno habría de padecer. Lo que dice, empero, "¿hasta cuándo?", aquello significa, que permanece la ira de Dios, porque el ánimo de los pecadores no se doblaba a la penitencia.

(Vers. 5.) Si con los peatones corriendo trabajaste, ¿cómo podrás contender con los caballos? Si en tierra de paz has confiado, ¿qué harás en la soberbia (o estrépito) del Jordán? Si, dice, la frecuente cautividad de las gentes vecinas te fatigó, de los moabitas y amonitas, filisteos e idumeos: ¿qué harás ante la larga cautividad, que hasta Caldea te ha de llevar? Y compara los peatones con los jinetes, porque en verdad y según la historia toda Persia, y la universal Caldea, y el ejército de aquellas regiones goza de la caballería.

Estas gentes, empero, que arriba mencioné, por la dificultad de los lugares, no tanto son aptas para la lucha, como para el latrocinio. Y conserva la metáfora y dice: Si con los peatones corriendo desfalleciste por el cansancio, ¿qué harás si con los caballos quisieres igualar tu carrera? Y si en tu tierra tuviste alguna confianza, ¿qué vas a hacer, cuando hayas cruzado el Jordán, y sostenido sus remolinos?

(Vers. 6.) 927 Pues también tus hermanos y la casa de tu padre también ellos mismos lucharon contra ti, y clamaron tras ti a voz llena: no les creas cuando te hablaren cosas buenas. En tanto, dice, serás cubierto por las gravísimas olas del Jordán, y la muchedumbre de los jinetes que vienen de lejos te devastará, que también tus hermanos los idumeos, y la casa de tu padre, que de la estirpe de Lot nacieron, Moab y Amón, también ellos mismos en el tiempo de la necesidad y de la angustia luchen contra ti, e insulten contra ti (Génesis 19). De donde ten cuidado de no querer creerles, y tener esperanza de consanguinidad, por la cual con mayor odio que los enemigos se ensañen contra ti. Puede esto también recibirse del Salvador, de que sus hermanos, y la casa de su padre lucharon contra él, y clamaron a voz llena diciendo: "Crucifícalo, crucifícalo: no tenemos más rey que al César" (Juan 19, 15).

(Vers. 7, 8.) Dejé mi casa, abandoné mi heredad: entregué mi alma amada en mano de sus enemigos. Se ha convertido mi heredad para mí como león en la selva: dio contra mí su voz, por eso la odié. El que en el Evangelio habló: "Levan-

taos, vámonos de aquí" (Juan 14, 31). Y de nuevo: "Se os dejará vuestra casa desierta" (Lucas 13, 35), aquí también en el Profeta amenaza lo mismo; y lo que ha de hacer, dice haberlo hecho ya. Pues la heredad del Señor es Israel, y la cuerda de su heredad. Lo que dice, empero: "Entregué mi alma amada en mano de sus enemigos", es aquello: "Potestad tengo de poner mi alma, y potestad tengo de volverla a tomar" (Juan 10, 18). Se convirtió, empero, la heredad en otro tiempo del Señor, el pueblo de los judíos, contra él como león en la selva: cuando con igual voz clamó contra él en la pasión. Y porque dio contra él su voz: por eso la tuvo en odio, y la arrojó, y la que en otro tiempo fue amada y carísima, ahora se llama odiosa.

¿Acaso ave de diversos colores es mi heredad para mí? ¿Acaso ave teñida por todo? Venid, congregaos todas las bestias de la tierra: apresuraos para devorar. LXX: ¿Acaso cueva de hiena es mi heredad para mí? ¿o cueva en su circuito sobre ella? Id, congregad todas las bestias del campo: y vengan y cománsela. Ave de diversos colores, y teñida por todo, según la letra llama al pavo real. Tanta, dice, tuvo hermosura Israel, y con tantas virtudes estuvo Jerusalén distinta, que nada había 928 de bienes, que no se viera en ella. Porque, pues, se me convirtió mi en otro tiempo heredad, esto es, el pueblo de Israel como león en la selva, y dio contra mí su voz, y la detesté con todo odio: por eso venid y congregaos contra ella todas las bestias de la tierra, muchedumbre de diversas naciones, y devorad a la que no conoció a su Señor. Si empero, como los Setenta y otros intérpretes

tradujeron, se lee: "¿Acaso cueva de hiena es mi heredad para mí?", refirámoslo a la inmundicia de la bestia nocturna, que vive de los cadáveres de los muertos, y de los sepulcros suele desenterrar los cuerpos, y nada hay de inmundicia de la que no se alimente. Tal es Israel ofendiendo a su Señor, y entregado a las mordeduras de todas las enviadas.

(Vers. 10.) Muchos pastores demolieron (o rompieron) [Al. corrompieron] mi viña, conculcaron (o contaminaron) mi parte: dieron mi porción deseable en desierto de soledad (o invia). La pusieron (o puesta está) en disipación. Oigan esto los que quieren ser príncipes de los pueblos, que no solo por sí, sino también por las greyes encomendadas a ellos han de dar razón en el día del juicio. Por causa de ellos, pues, la parte del Señor es conculcada, y contaminada, para que donde en otro tiempo hubo hospicio, allí haya habitáculo de bestias. Otros, empero, no a los prepósitos del pueblo y Sacerdotes, sino a los príncipes de los enemigos entienden, que disiparon a Jerusalén, esto es, la viña del Señor.

(Vers. 11, 12.) Y lloró sobre mí: con desolación desolada está toda la tierra, porque no hay nadie que lo considere en su corazón. Sobre todas las vías del desierto vinieron los vastadores, porque la espada del Señor devoró desde el extremo de la tierra hasta el extremo de ella: no hay paz para toda carne. LXX: Por eso con disipación disipada ha sido la tierra, y lo demás. Esto que pusimos, "y lloró sobre mí", según el hebreo se acopla al versículo anterior, para que sea el sentido: "La

pusieron en disipación", esto es, a mi heredad: "Y lloró sobre mí", destituida de mi auxilio. Según los LXX, empero, habla Dios, de que por causa de él la tierra ha sido disipada y reducida a la soledad, porque no hay nadie que considere de corazón, ni ninguna paz para toda carne. Pues no puede recibir la paz de Dios. Pues la sabiduría de la carne 929 es enemiga de Dios; y los que están en la carne, no pueden agradar a Dios. Además, según el hebreo, por eso toda Judea está desolada, porque no hay nadie, que considere de corazón a Dios, ni residuo, que pueda escapar. Pues por todas las vías de la soledad vinieron los vastadores, esto es, el ejército hostil, y la espada del Señor devoró de término a término; ni hubo descanso alguno para los que huían de la ciudad. De donde se dice: "No hay paz para toda carne".

(Vers. 13.) Sembraron trigo, y segaron espinas: recibieron la herencia, y no les aprovechará. LXX: Sembrasteis trigo, y segasteis espinas: sus suertes no les aprovecharán. Cosas mejores, dice, esperaron, y vinieron las peores: esperaban prosperidad, y padecieron adversidades: recibieron del Señor abundancia de todas las cosas, que no les aprovechará. Según los Setenta, empero, todos los heréticos siembran como trigo, y siegan espinas, esperando el Señor que dieran fruto, y no hicieron juicio, sino clamor. Se dice esto también a los Eclesiásticos, que desperdician las palabras del Señor y su doctrina con mala conducta. De los cuales se añade: "Sus suertes no les aprovecharán". Pues ¿qué podrá ayudarles el nombre de obispo y de presbítero, o el resto del orden Ecle-

siástico, cuando más bien se ven gravados por sus dignidades, y los potentes poderosamente padecen tormentos; y cuando más se les hubiere confiado, tanto más se requerirá de ellos (Sabiduría 6).

(Vers. 14, 15.) Seréis confundidos por los frutos (o por vuestra jactancia) a causa de la ira del furor del Señor (o por el oprobio a la vista del Señor). Esto dice el Señor contra todos mis vecinos pésimos, que tocan la herencia que distribuí a mi pueblo Israel: He aquí que yo los arrancaré de su tierra y la casa de Judá arrancaré (o echaré) de en medio de ellos. Y cuando los hubiere arrancado, me volveré (o retornaré) y tendré misericordia de ellos, y los reduciré (o haré habitar) cada cual en su herencia, y cada cual en su tierra. Se dice a aquellos a quienes sus suertes y el orden Eclesiástico no aprovecharán, para que sean confundidos por su jactancia y por el oprobio ante el Señor. Y lo que añade: "contra todos mis vecinos pésimos", según la letra, los vecinos de la Tierra Santa son los idumeos, filisteos, moabitas y amonitas: Según la tropología, empero, todos los heréticos, que se cuentan bajo el nombre de Cristo, y son vecinos más que habitantes de la Tierra Santa, que tocan la herencia de Dios y la devastan: y se dice de ellos que sean quitados de en medio de la tierra; y la casa de Judá sea quitada de en medio de ellos. Quienes, 930 cuando fueren arrancados, y librados de las fauces de los heréticos, alcanzarán la misericordia de Dios, y serán reducidos a su herencia y a su tierra.

(Vers. 16, 17.) Y será que, si instruidos aprendieren las vías de mi pueblo, para que juren en mi nombre, "vive el Señor": como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, serán edificados en medio de mi pueblo. Pero si no oyeren, arrancaré a aquella nación con arranque y perdición, dice el Señor. Si los trasladados de la herejía a la Iglesia aprendieren las vías del pueblo de Dios, y juraren en el nombre del Señor, y no en el nombre de los ídolos, que de su corazón forjaron, serán edificados por el Señor, y serán parte de su pueblo. Pero si, trasladados a la Iglesia, conservaren las reliquias de los dogmas perversos, y no oyeren las palabras del Señor, será arrancada aquella nación de en medio del pueblo de Dios, con arranque y perdición perpetua: para que de ningún modo se les deje ningún lugar de penitencia. Esto vemos diariamente, y lo probamos con los hechos, que por eso los heréticos simulan la verdad de la fe, para engañar a cualesquiera de los simples, y no para convertirse ellos mismos a la fe, sino para arrastrar a los fieles a la infidelidad.

(Cap. XIII.---Vers. 1 sig.) Esto dice el Señor a mí: Ve y adquiere para ti un lumbare (o cinctorio) de lino, y ponlo sobre tus lomos, y no lo metas en el agua (o no pasará por el agua). Y adquirí el lumbare según la palabra del Señor, y lo puse alrededor de mis lomos. Y vino a mí la palabra del Señor por segunda vez, diciendo: Toma el lumbare (o cinctorio) que adquiriste, que está alrededor de tus lomos, y levantándote ve al Éufrates, y escóndelo allí en un agujero de la peña. Y fui, y lo escondí en el Éufrates, como me había mandado

el Señor. Y sucedió que después de muchísimos días, me dijo el Señor: Levántate y ve al Éufrates, y toma de allí el lumbare (o cinctorio) que te mandé que escondieras allí. Y fui al Éufrates, y cavé, y tomé el lumbare del lugar donde lo había escondido, y he aquí que el lumbare (o cinctorio) se había podrido, de modo que para ningún uso era apto. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Esto dice el Señor: Así haré podrir la soberbia (o injuria) de Judá, y la mucha soberbia de Jerusalén, y a este pueblo pésimo, que no quieren oír mis palabras, y andan en la depravación (o en la dirección) de su corazón pésimo: y se fueron tras dioses ajenos, para servirles y adorarles: y serán como este lumbare, que para ningún uso es apto. Pues como se adhiere el lumbare a los lomos del varón: así aglutiné a mí a toda la casa de Israel, y a toda la casa de Judá, dice el Señor, para que me fuera por pueblo, y 931 por nombre y por alabanza, y por gloria, y no oyeron.

El cinctorio, o lumbare, que se une a los riñones de Dios, es el pueblo de Israel, que en semejanza del lino tomado de la tierra, e impuro, ni tuvo blandura, ni blancura, y sin embargo por su misericordia se adhirió a Dios. Y habiendo pecado, pues racional es esta clase de lino y de lumbare, fue llevado al otro lado del Éufrates, esto es, a los asirios, y allí escondido, esto es, en cierto modo absorbido por la muchedumbre [Al. magnitud] de grandes e innumerables naciones, y reputado en nada. Después de mucho tiempo, empero, el mismo Profeta como tipo de Dios libra al pueblo de la cautividad. El cual, no obstante,

aun después del regreso, no cumplió los preceptos de Dios; sino que siguiendo a dioses ajenos, al final incluso puso las manos sobre el Hijo de Dios, y se consumió en eterna perdición. Todo varón santo es también lumbare de Dios, que tomado de la tierra y del limo de la tierra, se une al consorcio de Dios, y en cierto modo cubre y circunda aquellas cosas que en su Iglesia parecen obscenas, con mayor diligencia, para que no queden expuestas a las mordeduras de gentiles y heréticos. El cual lumbare si tocare el agua, y pasare las corrientes del Éufrates, de modo que se imbuya de los humores de la región de Asiria, pierde su primitiva fortaleza, y se pudre, y se disuelve. Y aunque vuelva al uso de Dios, sin embargo no puede tener su primitiva hermosura, no por la dureza de Dios, sino por su propio vicio: porque no quieren oír sus palabras, y andan en la depravación de su corazón, o hacen lo que les parece recto. Pero el mismo sermón divino por qué puso esta semejanza, lo expone diciendo: Pues como se adhiere el lumbare a los lomos del hombre: así aglutiné e hice adherirse a mí a toda la casa de Israel, y a toda la casa de Judá, a las diez y a las dos tribus respectivamente, para que me fueran por pueblo nombrado y por alabanza y por gloria; y por todas estas cosas no me oyeron, sino que siguieron sus propios vicios. Guarde, pues, el que puede decir: "Para mí, empero, adherirme a Dios es bueno" (Salmo 72, 28), no sea que por negligencia se separe de sus riñones, y pase el Éufrates, y sea entregado en potestad del rey de los asirios, y de ningún modo en una peña solidísima, sino

en un agujero de peña corrompida, y viciada, esto es, sea ocupado por las suciedades y vicios de los heréticos, y venga a tanta podredumbre, que ya no pueda volver al uso y al cinctorio del Señor.

(Vers. 12 sig.) Dirás, pues, a ellos (o al pueblo) este sermón. Esto dice el Señor Dios de Israel: Toda lagúncula (o odre) se llenará [Al. llénese] de vino 932. Y te dirán: ¿Acaso ignoramos que toda lagúncula (o odre) se llena [Vulg. se llenará] de vino? Y les dirás: Esto dice el Señor: He aquí que yo llenaré a todos los habitantes de esta tierra, y a los reyes que se sientan de la estirpe (o los hijos) de David sobre su trono, y a los sacerdotes y a los profetas y a todos los habitantes de Jerusalén de embriaguez: y los dispersaré, al varón de su hermano, y a los padres y a los hijos por igual, dice el Señor: No perdonaré (o no desearé) y no concederé, ni tendré misericordia, para no dispersarlos. La palabra hebrea es NEBEL (); la primera edición de Aquila la interpretó como "lagúncula"; la segunda, el mismo "nebel"; Símaco, "crátera"; los LXX, "odre"; Teodoción, "vaso": todo lo cual no de aceite, ni de agua, ni de miel, ni de leche, ni de cualquier otra materia de elemento líquido, sino de vino y de embriaguez se completa: mostrando que nosotros somos vaso frágil según el Apóstol que dice: "Tenemos este tesoro en vasos de barro" (2 Cor. 4, 7). Ni puede ser que no se cumpla en nosotros lo que está escrito: "Pues no habita en mi carne el bien". Y de nuevo: "Pues no el bien que quiero, este hago: sino el mal que no quiero, este opero" (Rom. 7, 18). Y después: "¡Miserable de mí hombre! ¿quién me librará del cuerpo de

esta muerte?" (Ibíd., 19). Con esta embriaguez, empero, por la que olvidamos los preceptos de Dios, y con los vicios y pecados se llena toda la condición humana, diciendo el Profeta: "No se justificará en tu presencia todo viviente" (Salmo 142, 2), no por comparación con Dios (como quieren los viejos y nuevos heréticos, y los patronos de los heréticos), sino para su conocimiento. Pues el hombre ve en la cara, Dios en el corazón (1 Rey. 16, 7); y lo que a nosotros a veces nos parece limpio, a sus ojos se descubre sucio. Esto aplica no solo al vulgo innoble y a la vil plebe, sino a los reyes de las Iglesias de la estirpe, o hijos de David, que se sientan recostados y con la cerviz erguida, y con el vientre prominente sobre su trono. Los sacerdotes mismos también, segundo grado en el honor eclesiástico, y los profetas, que parecen tener conocimiento de las Escrituras, y todos los habitantes de Jerusalén, según la variedad de los pecados se completan: o Judá, como añadieron los Setenta. Y cuando estuvieren ebrios, son dispersados de su sociedad, y los padres son separados de los hijos y los hijos de los padres, para que se contaminen con diversas herejías, y bajo el nombre de Cristo luchen entre sí, y peleen contra su madre, la Iglesia, que los engendró. De donde dice: "No los desearé"; sino que los tendré en odio sempiterno: "no perdonaré, y no concederé, ni tendré misericordia": no por crueldad de la sentencia, sino por la verdad del juicio. Pues los que degollaron a mis pueblos, ellos mismos perecerán para siempre. Puede esto también según la historia 933 recibirse simplemente, de que los reyes,

sacerdotes y profetas, y todo el pueblo de Jerusalén ha de ser embriagado con el cáliz babilónico, y abrumado por los males de la cautividad.

(Vers. 15.) Oíd y percibid con los oídos: No os elevéis, porque el Señor ha hablado. Porque arriba había dicho: "todo odre se llenará de vino": de modo que los reyes también, y los sacerdotes, y los profetas, y todos los habitantes de Jerusalén se llenaran de embriaguez, por eso añade y dice: "Oíd y percibid con los oídos", tanto exterior como interiormente, tanto con la mente como con el cuerpo; y "no os elevéis" por la soberbia, pensando en vuestra fragilidad, y que no hay nadie que, por la calidad del pecado, carezca de esta embriaguez. Por lo cual es destruido y corrompido, y es indigno de la misericordia de Dios, elevándose contra él por la soberbia.

(Vers. 16, 17.) Dad gloria al Señor vuestro [Al. nuestro] Dios, antes de que anochezca, y antes de que tropiecen vuestros pies en los montes caliginosos (o tenebrosos). Esperaréis la luz, y allí está la sombra de muerte, y serán puestos en tinieblas (o según el hebreo, y la pondrá en sombra de muerte, y en calígine). Pero si no oyereis, en lo escondido llorará vuestra alma [Vulg. la mía] ante la cara de la soberbia (o de la injuria). A aquellos a quienes había dicho el sermón divino: "Oíd y percibid con los oídos, y no os elevéis", ahora los provoca a la penitencia, para que antes de que sean llevados a Babilonia, y tropiecen sus pies en los montes caliginosos, o tenebrosos, den gloria a Dios. De donde también a los pecadores se dice a menudo: "Dad gloria a Dios" (Salmo 67,

35). De que Babilonia, empero, y toda la región de los caldeos, se llamen montes caliginosos, o tenebrosos, leemos al principio de la Visión de Isaías contra Babilonia, donde está escrito: "Sobre el monte caliginoso levantad señal" (Is. 13, 2), que en hebreo se dice NESEPHA (). Esto, pues, mandó, para que antes de que sean llevados a la cautividad, y sientan los males de la servidumbre, hagan penitencia. Y aunque esperen la luz, han de sentarse en tinieblas. Si empero, dice, no quisiereis oírme en lo escondido [Al. escondidamente], según Aquila, "en las tinieblas", llorará vuestra alma, o según los Setenta, "ante la cara de la soberbia"; para que ni siquiera el gemido y el llanto sea libre, no sea que se ofendan los ojos de los vencedores. Podemos, empero, también interpretar así este lugar: habla el Salvador: "Obrad mientras es de día: vendrá la noche cuando nadie podrá ya obrar" (Juan 9, 4). De este tiempo es también el vaticinio de Isaías: "Pues las estrellas del cielo y el Orión, y todo el ornato del cielo no darán luz, y se entenebrecerán al salir el sol, y 934 la luna no dará luz" (Is. 13, 10). Sofonías también consiente en las mismas palabras, diciendo: "Día de tribulación y de angustia: día de miseria y de perdición: día de tinieblas y de torbellino: día de nube y de calígine" (Sof. 1, 15). Antes, pues, de que el tiempo del juicio llegue, y tropiecen nuestros pies en los montes tenebrosos, a saber, las potestades adversarias, que están puestas sobre los tormentos y suplicios, hagamos penitencia, no sea que esperando la luz, nos veamos envueltos en las tinieblas de la noche; y sepamos que,

a menos que hagamos esto, llorará el alma, o de Dios, o del Profeta, ante la cara de nuestra soberbia, de nosotros que no queremos oír las palabras de Dios: de donde también el mismo Profeta dice:

Llorando llorará Jerusalén (o llorando llorará y derramará mi ojo una lágrima): porque ha sido tomado el rebaño del Señor (o y no puedo disimular mi dolor con gemidos tácitos). Toda la causa de los suplicios es, empero, que ha sido tomado el rebaño del Señor. Digamos a los judíos y a nuestros judaizantes, que siguen solo la simple historia que mata, si no oyereis escondidamente, esto es, en el misterio, o en las tinieblas, que puso Dios por su escondite (Salmo 17), y según Salomón, para que entiendan la parábola y el sermón tenebroso, llorará el alma del Profeta, o la de ellos mismos ante la cara de la soberbia, mientras por contumacia resisten a Dios. De donde también habrá llanto continuo y lágrimas perpetuas: por el hecho de que por el verdadero Nabucodonosor ha sido tomado el rebaño del Señor y corrompido.

(Vers. 18, 19.) Di al rey y a la dominatriz (o decid al rey y a los potentes): Humillaos, sentaos, porque ha descendido (o ha sido quitada) de vuestra cabeza la corona de vuestra gloria. Las ciudades del Austro están cerradas, y no hay quien las abra. Trasladada ha sido toda Judea (o trasladado ha sido todo Judá) con transmigración (o cautividad) perfecta. Se le manda al Profeta que hable al rey Jeconías y a su madre, a la que llama señora y dominatriz, o reina, para que se humillen y se sienten en el polvo: pues perdieron la dignidad regia, y han de ser entregados

al rey babilonio. Las ciudades del Austro están cerradas, esto es, las tribus de Judá y Jerusalén, que hacia la soledad está vuelta al Austro, y no hay quien abra a las circundadas por el asedio. Trasladada ha sido toda Judea, o todo Judá con transmigración perfecta: o recibió lo que merecía, y se completó en ella, como los Setenta tradujeron. Delira en este lugar el que entiende por el rey a Cristo, y por los potentes a los Ángeles o Apóstoles, para que asuman un cuerpo de humildad, y 935 se sienten en el polvo, y pierdan, o el rey o los potentes, de su cabeza la corona; y que la gloria de Judá fue trasladada, cuando en la pasión se completó: "Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles, no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno". La palabra hebrea es GEBIRA (). Aquila y Símaco la interpretaron como "dominatriz" y "señora", lo cual los Setenta pensaron que era GEBUROTH (), y dijeron "potentes".

(Vers. 20, 21.) Levantad vuestros ojos, y ved a los que venís del Aquilón: ¿dónde está el rebaño que te fue dado, tu ganado ínclito? ¿Qué dirás cuando te visite? Pues tú los enseñas [Vulg. enseñaste e instruiste, más rectamente] contra ti, y los instruyes para tu propia cabeza. Se les manda a los habitantes de Jerusalén que eleven sus ojos, y vean a los caldeos viniendo de la parte del Aquilón: y se interroga a la misma ciudad, y se le dice: "¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu ganado ínclito?". ¿Dónde está tu pueblo, que habías recibido de Dios, dónde aquella tan grande e ínclita muchedumbre, de modo que creyeras que la turba de toda la provincia estaba congregada

en un solo lugar? ¿Qué dirás cuando te visite el Señor con su vara, y te entregue a los enemigos de Babilonia, a los cuales contra ti, o para tu propia cabeza, o desde el principio tú misma enseñaste, para que te acogieras a sus auxilios, y siguieras sus ídolos; los cuales bajo ocasión de tu amistad, aprendieron por qué camino debían venir a ti. Oiga esto la Iglesia negligente, que ella misma enseñe a sus adversarios cómo pueden comprenderla en cautividad espiritual, y lacerar a su ganado con la crueldad de las bestias.

¿Acaso no te aprehenderán dolores, como a mujer de parto? Pero si dijeres en tu corazón: ¿por qué me vinieron estas cosas? por la muchedumbre de tu iniquidad han sido reveladas tus partes vergonzosas, contaminadas han sido (o deshonradas han sido) tus plantas. Mientras no lo sabes, como parto súbito de mujer, así te aprehenderá la cautividad repentina. Pero si quisieres pleitear y preguntar por qué has sido entregada a los enemigos, oye manifiestamente que la muchedumbre de tu iniquidad te ha hecho estas cosas, para que como a mujer meretriz, levantados los vestidos, se revelara tu ignominia, y se mostraran públicamente tus fornicaciones. Por lo cual aprendemos que, mientras fueren menores los pecados, actúa el Señor pacientemente, y espera nuestra penitencia. Si empero quisiéremos acoplar delitos a delitos, y hacer montón de pecados, se revelarán nuestras vergüenzas, y se mostrarán a todos nuestras plantas, o en el presente siglo, o en el futuro. Pues nada hay oculto que no haya de ser revelado (Mat. 10): cuando se cumpla aquello

de Daniel: Estos resurgirán para la vida eterna, y aquellos para el oprobio y la confusión sempiterna (Dan. 12, 2).

(Vers. 23.) Si puede el etíope mudar su piel, o el leopardo sus variedades, también vosotros podréis obrar bien, cuando hayáis aprendido el mal. De este testimonio se valen contra la Iglesia quienes desean afirmar naturalezas diversas; y dicen que es tanta la negrura o la variedad de los pecados, que no pueden pasar a la blancura y a la hermosura de un solo color: no atendiendo a esto que sigue: Y vosotros podréis obrar bien cuando hayáis aprendido el mal. Pues todo lo que se aprende no es de la naturaleza, sino del estudio y de la propia voluntad: la cual, por la excesiva costumbre y el amor al pecado, de algún modo se convierte en naturaleza. Pero esto que a los hombres es imposible, a Dios es posible (Mat. 19 y Luc. 18): de modo que en ningún modo parezcan el etíope y el leopardo mudar su naturaleza; sino aquel que en el etíope opera y en el leopardo, diciendo el Apóstol: Todo lo puedo en aquel que me conforta, Cristo (Filip. 4, 13). De donde también en otro lugar dice: Más que todos ellos he trabajado: pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo (1 Cor. 15, 10). Y: vivo ya no yo, mas vive en mí Cristo (Gál. 2, 20). Y de nuevo leemos escrito: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Si empero lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido (1 Cor. 4, 7)? Por cuyas causas no se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas, ni el pudoroso en su pudicicia, sabiendo que en todos

estos está la virtud de Cristo, no de aquellos que en sus propias virtudes se glorían.

(Vers. 24, 25.) Y los dispersaré como estopa que es arrebatada por el viento en el desierto. Esta es tu suerte y la parte de tu medida de parte mía, dice el Señor (o bien y la parte de tu desobediencia contra mí). Porque por la excesiva costumbre de males no pudieron mudar su naturaleza, no por vicio del Creador, sino por el estudio del crimen arraigado, por eso como estopa arrebatada por el viento los dispersaré en la soledad, conforme a aquello que en otro lugar está escrito: Como polvo que proyecta el viento desde la faz de la tierra (Sal. 1, 4). Y hace una apóstrofe a la misma Jerusalén: que esta sea su suerte, y aquella parte que ella misma se eligió, medida colmada y perfecta, y sobreabundante (Luc. 6), o la parte de su desobediencia, por la cual no quiso aquiescer a Dios. Pues en la medida que midiere, se le volverá a medir (Mat. 7).

(Vers. 26.) Porque te olvidaste de mí, y confiaste (o bien esperaste) en la mentira: por lo cual también yo desnudé (o bien desnudaré y revelaré) los muslos, y tus partes posteriores contra tu faz, y aparecerá tu ignominia, tus adulterios, y tu relincho, el crimen (o bien la ajenación) de tu fornicación: Causa de la dispersión de Jerusalén es que se olvidó de Dios, y confió o esperó en las mentiras. Quien fuera de Dios confía en las cosas del siglo, se olvida de Dios. Por lo cual se revelan sus muslos, o sus partes posteriores, para que vea su ignominia: y lo que debería estar atrás, se convierta en lo anterior: y ella misma vea lo que

hizo, y aparezca su ignominia, no solo para ella, sino también para todos. Tus adulterios, dice, y tu relincho muestra no solo la libido, sino la locura de la libido, al modo de las yeguas, que gesticulan para el coito, como es aquello de Virgilio (Georg. 3, 280, 281): Hippomanes, que por su nombre verdadero dicen los pastores, un lento virus destila desde la ingle. Roguemos a Jesús que ni en el presente ni en el futuro siglo revele nuestros muslos y nuestras partes posteriores, sino que borre todas nuestras iniquidades, y no haga aparecer todos nuestros crímenes.

(Vers. 27.) Sobre los collados en el campo vi tus abominaciones. ¡Ay de ti, Jerusalén, no te limpiarás (o bien porque no has sido limpiada) después de mí, ¿hasta cuándo todavía? No solo en medio de la ciudad de Jerusalén, sino en todo collado y en todas las regiones vi tus ídolos, por lo cual se le dice: ¡Ay de ti, Jerusalén, porque no has sido limpiada después de mí, para que cuando te jactabas de seguir mis vestigios y ventilabas la confesión de mi nombre, sin embargo nunca hayas sido purgada, porque te olvidaste de mí y esperaste en las mentiras. Por lo cual la increpa y dice: ¿Hasta cuándo todavía? y es el sentido: ¿cuánto tiempo te esperaré? ¿cuánto tiempo te sufriré? ¿hasta cuándo te olvidarás de mí hasta el fin, y mis preceptos despreciarás? Fornica en los collados y en los campos, y nunca es limpiado quien con erguida cerviz por la soberbia no se humilla bajo la potente mano de Dios, sino que confía en sus crímenes y vicios.

(Cap. XIV.---Vers. 1.) Lo que fue hecho palabra del Señor a Jeremías sobre las palabras de la sequía. Con la ira de Dios todas las cosas consienten. Por lo cual también el sol sobre los pecadores se pone al mediodía, y la luna y los astros y lo demás no dan su luz (Amós 8). Y se ha de pensar que en el tiempo del sitio no hubo lluvias, para que los sitiados padecieran la esterilidad del agua. Pues ciertamente de una sola fuente, Siloé, y esto no perpetuamente, usa la ciudad, y hasta el presente día la esterilidad de las lluvias causa penuria no solo de frutos, sino también de beber.

(Vers. 2 sigs.) Lutitó Judá (o bien Judá) y sus puertas cayeron (o bien fueron hechas vacías), y se oscurecieron (o bien se entenebrecieron) sobre la tierra, y el clamor de Jerusalén ascendió. Sus mayores enviaron a sus menores (o bien más jóvenes) al agua: vinieron a sacar (o bien a los pozos) y no hallaron agua, reportaron sus vasos vacíos, quedaron confusos y afligidos (o bien se avergonzaron), y cubrieron sus cabezas por la vastedad de la tierra (o bien y las obras de la tierra, puesto que desfallecieron), porque no vino (o bien no había) lluvia sobre la tierra: confusos quedaron los agricultores, cubrieron sus cabezas. En el tiempo de la sequía, cuando padece hambre la multitud de oír y aprender la palabra de Dios, luge Judá, jactándose de tener antes el culto de Dios y la confesión de la verdadera fe, y sus puertas o se vacían o caen, las cuales debemos referir a los sentidos, por los cuales se concibe la disciplina del alma. Entonces se oscurecen todas las cosas y se envuelven en tinieblas; y de ningún

modo en Jerusalén reina la razón y la palabra de la doctrina, sino el clamor y la confusión. Los mayores también, que deberían ellos mismos marchar a sacar las aguas, envían a los menores, en los cuales no hay canas de sabiduría, y por eso vienen a los pozos y no hallan las aguas, las cuales narra la historia que hallaron los patriarcas (Gén. 26). Reportan sus vasos vacíos, a saber los menores: no porque las aguas no hubieran estado allí, sino porque ellos no las pudieron hallar. Quedaron confusos, y afligidos, o bien se avergonzaron y cubrieron sus cabezas; porque no podían decir con el Apóstol: Pero nosotros todos con faz revelada contemplamos la gloria del Señor (2 Cor. 3, 18). Por la vastedad de la tierra, o bien y las obras de la tierra desfallecieron, por las cuales marchamos a la noticia de Dios. Y la causa es clara: porque no vino, dice, lluvia sobre la tierra. Pues se mandó a las nubes que no llovieran sobre ella lluvia (Isa. 5). Los agricultores también, de quienes uno habla: Agricultura de Dios sois, edificación de Dios sois (2 Cor. 3, 9). Y en otro lugar: Cooperadores de Dios somos, cubren su cabeza y se confunden, entendiendo que sin la gracia de Dios y su ayuda en vano se esfuerzan.

(Vers. 5, 6.) Pues también la cierva (o bien las ciervas) en el campo parió (o bien parieron) y dejó (o bien dejaron) porque no había hierba. Y los onagros estuvieron en las rocas, atrajeron el viento como dragones, desfallecieron sus ojos, porque no había hierba (o bien heno). Grande esterilidad, cuando también las ciervas en el campo paren, y dejan sus fetos, porque no haya hierba o

heno; para que las que por el olor de sus narices extraen las serpientes de las cavernas, y matan a los vivientes venenosos, no usen el alimento de la gracia. Los onagros también de los cuales está escrito en Job: ¿Quién dejó en la soledad al onagro libre (Job 39, 5)? dejando lo llano y campestre, estén en las rocas, y no puedan correr, y atraigan el viento en semejanza de dragones, y desfallezcan sus ojos, y no puedan distinguir la clara luz, habiéndoseles sustraído los alimentos racionales. Esta sequía ocurre a menudo en las Iglesias, cuando se hallan ciervos y onagros en los pueblos, y por la penuria de maestros se consumen: hay quienes pueden aprender, y no hay quienes puedan enseñar.

Si nuestras iniquidades respondieron (o bien resistieron) nosotros, Señor, hazlo por tu nombre, puesto que muchas son nuestras aversiones (o bien nuestros pecados). Contra ti pecamos, expectativa de Israel: Salvador suyo en el tiempo de la tribulación. Si dudamos por qué no descienden las lluvias sobre la tierra, por qué todo con la aridez se marchita, oigamos. Nuestras iniquidades nos resistieron; por eso, Señor, no según nuestras obras, sino según tu santo nombre vence nuestras muchas aversiones. Pues contra ti pecamos, a quien los secretos del corazón no engañan, y a ti te aguardamos, que eres la verdadera esperanza y expectativa de Israel: y salvas a ellos en el tiempo de la tribulación, conforme a aquello que está escrito: Al Señor cuando me tribulaba clamé, y me escuchó (Sal. 119, 1). Digamos también nosotros en el tiempo de la sequía, y penuria de aguas:

Contra ti pecamos, y mal ante ti hicimos (Sal. 50), tu advenimiento aguardamos, que salvas a Israel, no por su mérito, sino por tu clemencia.

(Vers. 9.) ¿Por qué has de ser como un colono en la tierra, y como un viajero que se desvía para pernoctar? ¿por qué has de ser como un hombre vago, o como un fuerte, que no puede salvar? LXX: ¿Por qué te has hecho como un advenedizo en la tierra, y como un indígena que se desvía para pernoctar? ¿acaso serás como un hombre que duerme, y como un varón que no pueda salvar? Los judíos entienden este lugar así: ¿Por qué te segregas de tu pueblo? y como un viajero por causa del refrigerio de una hora, no te cuidas de qué hospicio uses, sino que por pasar a otras cosas no salvas a tu pueblo, y abandonas el templo antes ínclito? Pero los nuestros creen que se dice de la futura dispensación de Cristo, que ha de ser peregrino en la tierra, y por breve tiempo ha de usar del hospicio de la tierra, y como hombre que pasa y robusto, dejado Israel, se dirija a la multitud de las gentes; para que de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, del Templo a la Iglesia pase. Lo que empero según los Setenta se dice: ¿Acaso serás como un hombre que duerme, y como un varón que no pueda salvar? pone una semejanza, y no la verdad de la cosa, conforme a aquello que está escrito: Surge, ¿por qué duermes, Señor? (Sal. 43, 23); no porque el Señor duerma, de quien se dice: No dormitará ni dormirá quien custodia a Israel (Sal. 120, 4); sino porque a estos les parece dormir a quienes desampara. Finalmente en lo que sigue no se escribe: varón que duerme que no pueda

salvar; sino como varón, en ambos se escribe antropopáticamente (anthropopathōs).

Pero tú estás en nosotros, Señor, y tu nombre ha sido invocado sobre nosotros, no nos dejes (o bien no te olvides de nosotros). Tú que entre los judíos habías de ser como un advenedizo y viajero, y hombre vago, y abandonando tu antigua mansión, habitas en nosotros; y tu nombre ha sido invocado sobre nosotros (Prov. 31), para que seamos llamados cristianos, por eso no nos dejes, y no te olvides de nosotros, a quienes de tu futuro advenimiento cantaron las bocas de todos los Profetas.

(Vers. 10.) Esto dice el Señor a este pueblo, porque amó mover sus pies, y no descansó (o bien no perdonaron y al Señor no plugo, o bien y Dios no plugo a sí mismo en ellos); ahora se acordará de sus iniquidades, y visitará sus pecados. Diciendo el pueblo: ¿por qué te has hecho como advenedizo, y viajero y vago, para que abandones tu mansión? Responde el Señor a su antes pueblo: ¿Quieres conocer la razón? escucha lo que se dice: Porque amó el pueblo mover sus pies, y no los apartó de la cadena de los pecados, o no descansó, y estar de pie no pudo: por eso también yo lo desamparé, y no hay en él para mí complacencia alguna. Quien empero por mucho tiempo dilató, y por la paciencia no quiso castigar a los pecadores, porque en el crimen permanecieron; se acordará de sus iniquidades; y como de los enfermos, y de los que no sienten a Dios, sus pecados visitará, para que dejen de pecar más. Se ha de notar empero en las santas Escrituras que

siempre se muevan los pies de los pecadores, y a los Santos se les diga con Moisés: Pero tú quédate aquí conmigo (Deut. 5, 31). Y en otro lugar esté escrito: Load siervos al Señor, los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Sal. 134, 1, 2).

(Vers. 11, 12.) Y dijo el Señor a mí: No ores por este pueblo para bien. Cuando ayunaren, no escucharé sus preces, y si ofrecieren holocaustos y víctimas, no las recibiré: porque con la espada, el hambre y la peste yo los consumiré. Necio es orar por aquel que haya pecado para muerte, diciendo Juan: Hay pecado para muerte, no por aquel digo que ruegue alguno (1 Juan 5, 16). Toda iniquidad pecado es, y hay pecado no para muerte. Los ayunos, y las preces, y las víctimas, y los holocaustos entonces aprovechan, cuando nos apartamos de los vicios, y lloramos los antiguos pecados. Si empero permaneciendo en los crímenes, pensáremos redimirnos con votos y sacrificios, vehementemente erramos, arbitrando a Dios inicuo. Pues quien una vez a la espada, y al hambre, y a la peste haya sido destinado, por ninguna prece puede ser arrancado. Por lo cual también se le dice al Profeta, que no ruegue en vano lo que no puede impetrar.

(Vers. 13, 14.) Y dije, ¡ah, ah, ah!, Señor Dios, (o bien que eres, Señor Dios) los Profetas les dicen: no veréis espada, y el hambre no estará en vosotros: sino que paz verdadera os dará en este lugar. Y dijo el Señor a mí: falsamente los Profetas vaticinan en mi nombre: no los envié, y no les mandé, ni les hablé. Visión mentirosa, y adivinación frau-

dulenta, y seducción de su corazón os profetizan. Oigan esto los maestros, que a los pecadores y a los que en sus vicios permanecen, cosas prósperas prometen, que dicen a los ricos: No veréis espada de los tormentos de Dios, y el hambre no estará en vosotros. Pues os saciaréis con las palabras de Dios; y paz os dará el Señor veracísima en el lugar de la Iglesia, o Jerusalén. Lo que empero dijo, según el hebreo, por tercera vez ¡ah, ah, ah!, a lo anterior respondió, donde el Señor había conminado, diciendo: Con la espada, y el hambre, y la peste yo los consumiré: Porque por tanto los Profetas, más bien los pseudoprofetas cosas falsas prometieron: por eso el Señor habló por Jeremías: No queráis oír las palabras de los pseudoprofetas, que no han sido por mí enviados; sino que por su voluntad vinieron. Por lo cual en modo alguno han de ser llamados Profetas, sino Adivinos, que seducción al pueblo hablan. Pues mucho mejor es por el temor de las penas enmendar los pecados, que por la esperanza de cosas prósperas subyacer a la divina sentencia.

(Vers. 15, 16.) Por eso esto dice el Señor de los Profetas, que profetizan en mi nombre, a quienes yo no envié, diciendo: Espada y hambre no habrá en esta tierra: por la espada y el hambre serán consumidos aquellos Profetas. Y los pueblos, a quienes profetizaron, serán arrojados en las vías de Jerusalén por el hambre y la espada, y no habrá quien los sepulte: ellos y sus mujeres, sus hijos y sus hijas, y derramaré sobre ellos su mal (o bien sus males). Guárdense los pseudoprofetas, que prometiendo cosas prósperas, suplantan al pue-

blo de Dios, no sea que también ellos perezcan, y el pueblo engañado sea borrado por semejante interito, y yazgan en las vías de Jerusalén, y los preceptos del Señor conculcando, por el hambre y la espada perezcan, y no haya quien los sepulte; ni su ignominia con el polvo de la penitencia cubra. Pues tanto los profetas mismos como el pueblo, y sus mujeres y sus hijos e hijas, y toda la generación sin ningún pollinctor estará en el estercolero. ¡Cuántos yacen en las vías de Jerusalén! ¡cuántos insepultos divisamos recibir sus males, los cuales, derramando el Señor, padecen!

(Vers. 17.) Y dirás a ellos esta palabra: Deduzcan mis ojos lágrima (o bien deduzcan vuestros ojos lágrimas) por el día y la noche, y no callen (o bien no cesen), puesto que con contracción grande ha sido contraída la virgen hija de mi pueblo, con plaga pésima vehementemente. Doblemente este lugar se entiende, o que el mismo Dios luge a su pueblo, y sus ojos de llorar no cesen, o ciertamente mande que los ojos de los pueblos fluyan en lágrimas, y que no sea leve lo que haya de ser llorado; cuando la virgen hija de su pueblo con contracción máxima y plaga intolerable haya sido herida. Otros de la persona del Profeta esto creen que se dice.

(Vers. 18.) Si saliere a los campos, he aquí los occisos por la espada: y si entrare en la ciudad, he aquí los atenuados por el hambre (o bien por el dolor del hambre). El Profeta también y el sacerdote marcharon a la tierra que ignoraban. Justa causa de llorar, porque la virgen haya sido contraída, la hija herida, y el pueblo borrado.

Pues si, dice, afuera salir quisiere, a los interfectos veré: si ingresar en la ciudad, a los atenuados y a los huesos apenas adheridos, por la necesidad del hambre contemplaré. ¿Y qué de asombroso es esto de la plebe e ignóbil vulgo decir? cuando los Profetas también y los sacerdotes, que a otros cosas prósperas profetizaban, y que debían de la Ley abrir los mandatos, ellos mismos hayan ido a la tierra que ignoraban, y de la cautividad hayan sostenido el mal. Oigan esto nuestros Profetas y Sacerdotes, que ni adentro ni afuera por la negligencia de ellos haya ninguna seguridad: que tanto escandalicen a los que están afuera, como a los que están adentro, por el hambre morir permitan: y quienes autores hayan sido de pecar, sean de los cruciatos socios.

(Vers. 19.) ¿Acaso proyectando abyectaste a Judá: o a Sión abominó tu alma? ¿por qué por tanto nos heriste, de modo que ninguna sea la sanidad? Esperamos la paz, y no hay bien: y tiempo de curación, y he aquí la turbación. Se maravilla el Profeta de que a Judá y a Jerusalén, el reino de las dos tribus a saber, en el cual estaba la religión de Dios, y las ceremonias del Templo, el Señor tan de repente haya abyectado; y con tanta plaga haya herido, que ninguna pueda aplicarse medicina. Esperamos, dice, la paz y el tiempo de la curación, y ninguno es el bien; sino al contrario la turbación: para que donde antes había sido el culto de Dios y la tranquilidad, allí con sediciones y hostil estrépito todo se completase. Si alguna vez por tanto nuestra Sión, y nuestro Judá es abyectado, y abomina a aquel el alma de Dios, en modo alguno

nos maravillemos, sino más bien decimos lo que sigue:

(Vers. 20.) Conocimos, Señor, nuestras impiedades, y la iniquidad de nuestros padres, porque pecamos contra ti. Tanto nosotros, dice, como nuestros padres con la misma demencia, los preceptos de Dios descuidamos: y ha sido llenada en nosotros la medida de los mayores; para que lo que a ellos les había faltado, con nuestro cúmulo se completase. De donde también de Judá se dice: Vuelva a la memoria la iniquidad de sus padres en el conspecto del Señor: y el pecado de su madre no sea borrado. Estén contra el Señor siempre: y disperse de la tierra la memoria de ellos (Sal. 108, 14).

(Vers. 21.) No nos des al oprobio por tu nombre, ni nos hagas contumelia. Del solio de tu gloria acuérdate: no hagas írrito tu pacto con nosotros. El solio de la gloria de Dios no solo lo estimemos como el Templo de Judea, que a menudo ha sido destruido, sino a todo santo, en el cual conforme a aquello que está escrito: Su trono en la tierra estrellaste, entonces se estrella y se destruye cuando por la multitud de los pecados ha ofendido a Dios; pero sin embargo quien por su culpa pereció, por la clemencia del Señor es sustentado, la cual es cambiada por la severidad de la sentencia, si hiciere írrito el Señor su pacto, por el cual nos prometió que habríamos de ser salvos.

(Vers. 22.) ¿Acaso hay en las esculturas de las gentes quienes lluevan: o los cielos pueden dar lluvias? ¿No eres tú, Señor Dios, a quien hemos

esperado? pues tú hiciste todas estas cosas. Después de muchos y variados sermones vuelve al título de la profecía, en el cual está escrito: lo que fue hecho palabra del Señor a Jeremías sobre las palabras de la sequía. Por tanto lo que dice es esto: porque los simulacros de los demonios no pueden llover, ni los cielos por sí mismos dar su lluvia: por eso tú, Señor Dios nuestro, a quien siempre hemos esperado, en quien nuestras esperanzas convertimos y votos, tú da tu lluvia. Pues tuyas son todas las cosas; y lo que de bueno hay, sin ti, de quien es, no puede darse. Digamos esto también contra los heréticos, que la lluvia de las doctrinas no pueden tributar: y aunque se prometan que son cielos, y de sí se gloríen de que está escrito: Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. 18, 1): sin embargo las lluvias no pueden donar de la doctrina. Solo es por tanto Dios quien instruya a su pueblo, y diversidades de gracia tribute a los que lo esperan.

(Cap. XV.---Vers. 1.) Y dijo el Señor a mí: Si estuviere Moisés y Samuel ante mí (o bien contra mí) no está mi alma hacia este pueblo. A estos por tanto leemos que a la ira del Señor por el pueblo resistieron, y la ya inminente sentencia apartaron. Aunque, dice, ellos estuvieren, o en mi conspecto, o contra mí, a uno de los cuales dijo Dios: Déjame, y percutiré a este pueblo (Éxod. 32, 10): sin embargo no escucharé: puesto que consumados están los crímenes del pueblo delincuente. Arrójalos (o bien emítelos) de mi faz, y que salgan. No por el lugar se apartan de Dios los pecadores, sino por la voluntad: aunque leamos

que tanto Adán como Caín fueron arrojados de la faz de Dios (Gén. 3 y 8).

Que si dijeren a ti: ¿A dónde saldremos? Dirás a ellos: Esto dice el Señor. Quien para la muerte, a la muerte; y quien para la espada, a la espada; y quien para el hambre, al hambre; y quien para la cautividad, a la cautividad. Y visitaré sobre ellos cuatro especies, dice el Señor, la espada para la occisión, y los perros para el laceramiento, y las volátiles del cielo y las bestias de la tierra para el devoramiento y la disipación. Cuatro plagas, a las cuales fue entregado el pueblo de los judíos, también la profecía de Ezequiel demuestra, espada, pestilencia, hambre, bestias y cautividad (Ezeq. 14). Entre las bestias empero entiende también los perros y las volátiles, a los cuales para ser lacerados y devorados y disipados los cuerpos fueron entregados. Pues ni podía hacerse que, descuidado el Creador, no el universo de la criatura se levantara contra los pecadores.

(Vers. 4.) Y los daré en hervor (o bien conmoción y angustias) a todos los reinos de la tierra, por causa de Manasés hijo de Ezequías rey de Judá, sobre todo lo que hizo en Jerusalén. Leemos en el volumen de los Días, que Manasés después de la cautividad y la penitencia volvió a Jerusalén y reinó (2 Crón. 33). Pero así como los méritos de los santos descienden a los pósteros, como de David y de los demás: así los flagelos de los pecadores, si los hijos y nietos cosas similares hicieren, a los pósteros llegan. Lo que empero dice: Los daré en hervor, o bien conmoción y angustias de la tierra entera, tanto en parte bajo los babilo-

nios se completó, como ahora se cumple en el todo, cuando al pésimo rey, y que llenó a Jerusalén de puerta a puerta de la sangre de los justos, el pueblo imitó impío. De lo cual aprendemos que por el crimen de los reyes y de los príncipes, y de los prepósitos, los pueblos por lo general son borrados.

(Vers. 5.) ¿Pues quién se compadecerá de ti, Jerusalén? ¿o quién se entristecerá por ti? ¿o quién irá a rogar por tu paz? Pues ninguno puede, ofendido Dios, por los flagelos rogar de los pecadores; porque ni tan clemente puede la criatura como el conditor ser, ni tan ajeno a los externos, como el Señor a los suyos perdonar.

(Vers. 6.) Tú me desamparaste, dice el Señor: hacia atrás te marchaste. Se rinde la causa, por la cual ninguno se compadezca de Jerusalén, ni se entristezca por ella, ni por la paz de ella obsecre: que cuando, según el Apóstol (Filip. 3), olvidando lo posterior, a lo anterior debió extenderse, al contrario se volvió atrás, y las carnes egipcias deseó. Y extenderé mi mano sobre ti, e interfectaré a ti: trabajé rogado (o bien rogando): por lo cual los Setenta tradujeron: en modo alguno más los dejaré. La mano extendida, indicio es del que percute: la interfección de los pecadores, significa la ira consumada. Lo que empero infirió: Trabajé rogado, o bien rogando, doble tiene el sentido, que ya desfalleció Dios, frecuentemente perdonándolos, y cansado esté siempre provocándolos a la salud.

(Vers. 7.) Y los dispersaré con el bieldo en las puertas de la tierra (o bien de mi pueblo).

Interfecté y perdí a mi pueblo; y sin embargo de sus vías no volvieron. ¿Qué aprovecha ser más veces rogado, cuando de sus vías pesimísimas no vuelven, ni hacen penitencia? Los dispersé pues como con bieldo, para que purgara mi área. Y los dispersé en las puertas de la tierra, para que de los infiernos de algún modo conculcaran los umbrales. E interfecté y perdí a mi pueblo, para que coaccionados por la necesidad de los males, los inminentes evitaran males.

(Vers. 8.) Multiplicadas me han sido sus viudas sobre la arena del mar: induje a ellas sobre la madre del adolescente al vastador al mediodía: envié sobre las ciudades de repente el terror. Con diversos medicamentos desea Dios salvar a los pecadores: para que quienes habían despreciado al que los halagaba, teman al que los conmina. Las viudas multiplicadas han sido sobre la arena del mar, muertos los varones; las madres, perdidos los hijos, sintieron al vastador, no en la noche y por insidias, sino en la clara luz: para que muestre la abierta fuerza del adversario más fuerte. Envié, dice, sobre las ciudades, sin duda de Judá, y del pueblo pecador, de repente el terror: para que cuanto fue súbito el mal, tanto más difícil fuera el refugio.

(Vers. 9.) Se debilitó (o bien abyectó, o vacía ha sido hecha) la que parió siete (o bien muchísimos); desfalleció su alma: se le puso el sol, cuando todavía era día (o bien el medio día). Quedó confusa, y se avergonzó: y a sus residuos a la espada daré en el conspecto de los enemigos de ellos, dice el Señor. A menudo dijimos que la pala-

bra hebrea SABA, o bien siete, o juramento suena, o muchísimos. Por lo cual también diversa es la interpretación: Aquila, los Setenta y Teodoción, siete traduciendo: Símaco, muchísimos. La que por tanto era rica en hijos, huérfana de repente ha sido hecha, y en clara luz pereció, y quedó confusa en la soledad de sí misma. Al resto empero, dice, del pueblo entregaré a la espada: para que la muerte y la ira de Dios ninguno escape. Otros a la Sinagoga lo refieren, que se debilitó, para que de la Iglesia creciera la multitud; conforme a aquello que está escrito: La estéril parió siete, o bien muchísimos: y la que muchos tenía hijos, se debilitó (1 Rey. 2, 5). Por lo cual también se le puso el sol de justicia, en cuyas plumas está la salud (Mal. 4): y por eso con eterna confusión ha sido cubierta, perdiendo a su pueblo con la espada espiritual.

(Vers. 10.) ¡Ay de mí, madre mía!, ¿por qué me engendraste varón de riña (o bien de juicio), varón de discordia (o bien que sea juzgado), en toda la tierra? Puede esto sinecdóquicamente de Jeremías entenderse, que no en todo el orbe de las tierras, sino en la tierra de Judea haya sido juzgado. Verdaderamente empero al Señor Salvador compete, que habla en el Evangelio: Para juicio yo a este mundo vine, para que quienes no ven, vean, y quienes ven, ciegos se hagan (Juan 9, 39): de quien está escrito: He aquí este ha sido puesto para la ruina, y para la resurrección de muchos en Israel: y para signo al cual se contradirá (Luc. 2, 34). ¿Pues quién de los filósofos, quién de los gentiles, quién de los heréticos no juzga a Cristo, poniéndole leyes de su natividad, y pasión, y de la

substancia de su resurrección? Ni es de asombrar según la verdad del cuerpo asumido, que Cristo diga: ¡Ay de mí, madre mía!; cuando también en otro lugar perspicuamente a su persona convenga lo que se dice: ¡Ay de mí porque he sido hecho como quien recoge estopa en la mies, y como racimo en la vendimia, no teniendo espiga, para que coma las primitivas (Miq. 7, 1). Y para que no creamos que la vileza de los gemidos se refiere al Verbo de Dios, quién sea este que luge, inmediatamente sigue: ¡Ay de mí, alma; porque pereció volviendo de la tierra: no porque dividamos las Personas, como los impíos hacen; sino por lo cual uno y el mismo Hijo de Dios, ahora según la carne, ahora según el Verbo hable de Dios.

No presté a usura, ni prestó a usura a mí ninguno: todos me maldicen. Por lo cual los Setenta: No aproveché, ni aprovechó a mí ninguno. Teodoción: no debí, ni debió a mí ninguno. De los cuales todos este es el sentido de la persona de Cristo: Ninguno se presentó, que dignamente mis dineros recibiera; ni prestó a usura a mí ninguno en los santos y los pobres fomentando, a mí para sí haciéndome deudor. O bien no aproveché, ni aprovechó a mí ninguno; pues ninguno tanto quiso recibir, cuanto yo tributar deseé. Ni aprovechó a mí ninguno; pues la salud de la criatura, es lucro del Creador. O ciertamente no debí, ni debió a mí ninguno: Nadie me dio cuanto recibir deseaba, ni me hizo para sí en algo deudor. Y lo que infiere: Ni debió a mí ninguno, este tiene el sentido: ¿Pues cómo podía a mí usura deber, quien el feno no se dignó recibir? Todos, dice,

me maldicen. ¿Pues quién de los heréticos, y de los errantes no maldice a Cristo, perversas cosas creyendo, y más perversas blasfemando?

(Vers. 11.) Dice el Señor: Si no tus residuos para bien: si no te salí al encuentro en el tiempo de la aflicción, y en el tiempo de la tribulación y de la angustia contra el enemigo. Pueden estas cosas también de la persona de Jeremías aceptarse, que en pésimo tiempo, y con la ya inminente cautividad fue compelido a profetizar, y cosas duras perpetrar de un pueblo no creyente. A aquello que arriba había dicho: ¡Ay de mí, madre!, ¿para qué me engendraste varón que sea juzgado? y soy discernido en toda la tierra, y lo demás, respondió el Señor: No quieras considerar lo presente, sino lo futuro; pues tus residuos y tus novísimos serán para bien. Finalmente también en lo presente cuando te deseaban los enemigos oprimir, te asistí, y con mi auxilio has sido protegido. Esto empero tanto a Jeremías, como según la dispensación de la carne asumida, puede referirse al Salvador. Por lo cual nosotros según el hebreo interpretamos: Todos me maldicen, hasta aquel lugar donde está escrito: en el tiempo de la tribulación contra el enemigo, en la edición Vulgata así lo encontré escrito: Mi fortaleza desfalleció en estos que me maldicen; hágase, Señor, dirigiéndolos ellos, si no te asistí en el tiempo de la aflicción de ellos, y en el tiempo de la tribulación de ellos, en cosas buenas contra el enemigo. Y es el sentido: Mi fortaleza desfalleció en estos que me maldicen. Pues no entienden mi virtud, que en la enfermedad se perfecciona, y cuanto más

me maldijeren, tanto más mi fortaleza en ellos desfallece. Y une o bien el Profeta o el Señor, y dice: Hágase, Señor, dirigiéndolos ellos, esto es, sucédanme las maldiciones que hablan los enemigos; y ellos sean dirigidos al bien, si no en el tiempo de la tribulación de ellos y de la angustia, cuando los vastaba el enemigo, y se apresuraba a capturarlos, estuve en tu conspecto, y rogué a ti por ellos, y dije: Padre, perdónalos: pues lo que hacen, no saben (Luc. 23, 34). Pero también a Jeremías a menudo descubrimos en este volumen haber rogado por el pueblo.

(Vers. 12.) ¿Acaso se confederará el hierro con el hierro del Aquilón: y el bronce? Símaco: ¿Acaso dañará el hierro al hierro del Aquilón, y al bronce? Los Setenta y Teodoción: ¿Si conocerá el hierro y el recubrimiento broncíneo? La causa de la variedad es perspicua: pues la palabra JARE (), que en el presente lugar ha sido escrita, por la ambigüedad de la enunciación tanto amistad suena como malicia, que si por la letra RES (que es similar a la letra DALETH) se lee DALETH, significa ciencia y conocimiento. Lo que empero se dice, así se ha de entender: No te duelas de que el pueblo sea enemigo tuyo; pues anunciando tú cosas duras, no puede amarte quien es duro. O bien los babilonios, que del Aquilón vienen, y son hierro durísimo, a este pueblo más duro e indómito a semejanza del bronce, no podrán en amistad acoplarse. O bien el hierro durísimo, esto es, el pueblo de Israel es indigno del conocimiento de Dios, que a tanta malicia llegó, que por un metal más duro de bronce rodeado está.

(Vers. 13, 14.) Tus riquezas y tus tesoros a la rapiña daré, gratis (o bien sin precio) en todos tus pecados y en todos tus términos. Y aduciré a tus enemigos (o bien servir te haré a tus enemigos) de la tierra que no sabes: porque el fuego se ha encendido en mi furor: sobre vosotros arderá. Toda, dice, tu substancia entregaré a tus enemigos sin precio alguno, por los pecados que hiciste en todos tus términos. Por eso aduciré a tus enemigos, o servir te haré en la tierra caldea: porque mi fuego, que una vez en mi furor se encendió, en ti arderá, y extinguirse no podrá. Pues tú prestaste la materia de tu ardor, para que mi fuego tus maderas que en ti están consuma, y el heno, y la estopa; y por esto no es la causa del ardor en el Señor, sino en estos que los fomentos al incendio ministraron.

(Vers. 15, 16.) Tú sabes, Señor, recuérdame, y visítame, y defiéndeme de estos que me persiguen. No quieras en tu paciencia recibirme, sabe que sostuve por ti el oprobio. Encontrados han sido tus sermones, y los comí (o bien de estos que reprueban tus sermones, consúmelos). Y me ha sido hecha (o bien me será) tu palabra en gozo y alegría de mi corazón, puesto que invocado ha sido tu nombre sobre mí, Señor Dios de los ejércitos. Esto que dijimos, Tú sabes, en los Setenta no se tiene. Feliz es empero aquella conciencia, que por Dios sostiene el oprobio. De donde dice: Encontrados han sido tus sermones, los cuales por mi boca hablabas. Y los comí, esto es, en comida se me volvieron; o bien según Símaco: Los recibía, para que en alegría se me volvieran, los que hace

poco habían sido en oprobio. De donde también los babilonios confiesan cumplidas las cosas que Jeremías futuras había predicho: O bien este es el sentido: Sentí angustias: miserias sostuve del pueblo perseguidor; pero sin embargo me gocé de haber obedecido a tus preceptos: y por tu nombre cosas duras he perpetrado.

(Vers. 17, 18.) No me senté en el concilio de los que juegan, y me glorié (o bien temía) a la faz de tu mano: solo me sentaba, puesto que de amargura me llenaste. ¿Por qué ha sido hecho mi dolor perpetuo (o bien ¿por qué quienes me entristecen, se confortan?) y mi plaga desesperable rehusó ser curada (o bien ¿mi plaga fuerte, ¿de dónde seré curado??) Se me ha hecho como mentira de aguas infieles (o bien como agua mentirosa no teniendo fe). Estas cosas los hebreos de la persona de Jerusalén creen que se dicen: que sola se sentó, y de amargura llena ha sido, y ha sido hecho su dolor perpetuo; y como las aguas pasan, así las palabras de los Profetas, con las cuales cosas prósperas se prometían, han pasado mentirosamente. Mejor empero, que de la persona del Profeta estas cosas decir aceptemos, en los sermones del santo varón, que no se sentó en el concilio, o secreto de los que juegan, porque temió la inminente para sí mano de Dios: o más bien se glorió de no tener consorcio de los malos. Solo, dice, me sentaba, conforme a aquello que está escrito: No me senté con el concilio de la vanidad, y con los que cosas inicuas hacen no entraré. Odié la Iglesia de los malignantes, y con los impíos no me sentaré (Sal. 25, 4, 5). Y en

otro lugar: Solitario soy yo, hasta que pase. A la faz, dice, de tu mano, solo me sentaba (Sal. 140, 10), mientras te temo, mientras la inminente para mí mano tua siempre espero. En el concilio de los que juegan sentarme no quise, sino mi amargura devoraba, para que en el futuro el gozo me preparara. Ni tuve intervalos de mi dolor, sino por el yugo de la miseria era deprimido, de modo que ningún remedio esperaba. Pues prevalecieron quienes me entristecían, y ha sido hecha mi plaga fuerte. Pero en esto tuve consolación, que haya sido como agua mentirosa y pasajera. Pues como las aguas pasajeras mientras fluyen, se ven y se deslizan: así también todo ímpetu de los enemigos, ayudándote tú, pasó. Ojalá el Señor preste también a nosotros no sentarnos en el concilio de los que juegan, y de aquellos que lo futuro no piensan: ni a las cosas adversas ceder, sino siempre la sentencia de Dios formidar, y decir con el Profeta: Solo me sentaba: porque de amargura lleno estoy. Gócese por tanto en el presente tiempo, en modo alguno el consejo de los sabios, sino lo arcano y secreto de los que juegan; para mí adherirme a Dios bueno sea, poner en Dios mi esperanza, saciarme de oprobios, y de mi juez esperar la sentencia: la cual cuando el fin adviniere, con la obra mostrará que toda la tristeza y amargura a semejanza de las aguas fluyentes pasó.

(Vers. 19 y sigs.) Por esto esto dice el Señor: Si te convirtieres, te convertiré: y ante mi faz estarás. Y si separares lo precioso de lo vil, como mi boca serás. Se convertirán ellos a ti, y tú no te conver-

tirás a ellos. Y te daré a este pueblo como muro de bronce fuerte; y pelearán contra ti, y no prevalecerán, porque yo contigo estoy, para salvarte: y te libraré, dice el Señor. Y te libertaré de la mano de los pésimos, y te redimiré de la mano de los fuertes (o bien de los pestilentes). Manifiesto es que las cosas superiores de ningún modo a Jerusalén, sino al Profeta haya dicho. A quien respondió el Señor: si convirtieres de los pecados al pueblo, también yo de la tribulación te convertiré en la alegría, y estarás ante mi faz, como los Ángeles están en el acatamiento de Dios, cotidianamente viendo la faz de él. Y si separares lo precioso de lo vil, como mi boca serás. No pienses, dice, que de la buena obra no hay merced: si a cualesquiera santos míos del número de los pecadores con tus sermones segregaras, serás como mi boca, y a mis preceptos te acoplarás. Pues deben ellos ser imitadores tuyos, y no tú de ellos. ¿Por qué ha sido hecho mi dolor perpetuo, y mi plaga fuerte, o bien desesperable, de modo que desespere de poder ser curado? Pues te daré como muro de bronce y fortísimo, para que contra el adversario con todo el roble resistas; y me tengas por ayudador y te liberte de la mano de los pésimos, o bien de los pestilentes, y te redima, ya con mi sangre, ya en el presente con mi auxilio. Consideremos cuánta merced tenga el sermón del doctor, si prevaleciere de error a alguien libertar, y del número de los pecadores sacar.

(Cap. XVI.---Vers. 1 y sigs.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: No quieras recibir [Vulg. No recibirás] mujer, y no sean [Vulg. serán] para

ti hijos e hijas en este lugar. Porque esto dice el Señor, sobre los hijos e hijas que se engendran en este lugar, y sobre las madres de ellos, que los engendraron, y sobre los padres de ellos, de cuya estirpe nacieron en esta tierra, de muertes de enfermedades morirán: no serán plañidos, y no serán sepultados, en muladar sobre la faz de la tierra serán, y con la espada y con el hambre serán consumidos, y serán los cadáveres de ellos para cebo a las volátiles del cielo y a las bestias de la tierra. Si en el tiempo de la inminente cautividad se prohíbe al Profeta tomar mujer, para que no tenga tribulación de la carne; y sobre el dolor propio también por las miserias de la mujer y de los hijos sea atormentado, ¡cuánto más el Apóstol manda (1 Cor. 7), porque abreviado el tiempo es, e inminente la consumación, que también quienes tienen mujeres, así sean como si no tuvieran! De donde es superflua la reprensión del nuevo herético (Joviniano), con la cual enseñamos que la digamia y la trigamia no de la ley descienden, sino de la indulgencia. Pues una cosa es hacer lo que por sí bueno sea, otra por eso concederse, para que no hagamos cosas peores. Pues dice también él mismo las causas por qué quiera que las jovencitas viudas se casen, infiriendo: Pues ya algunas de ellas se fueron atrás tras Satanás (1 Tim. 5, 15). Y al mismo tiempo el preceptor de la continencia, y de la perpetua castidad, y blasfemándose igual a Dios, alaba los ternos y cuaternos conjugios, los cuales yo no tanto conjugios diría, cuanto solacios de miserias y tabla extrema de los náufragos: a no ser que tal vez atribuye indulgencia a sus

Amazonas, para que hasta la decrépita senectud las guerras de las libidines experimenten. Pero por qué el Profeta sea apartado de tomar mujer, la causa es perspicua, porque con el sitio vecino, por la pestilencia, y la espada, y el hambre, todos perecen, y tanto es el número de los moribundos, que el oficio de la sepultura sea vencido, sino que a semejanza de muladar yazgan los cadáveres, por las volátiles y las bestias habiendo de ser lacerados. Y esto se ha de notar, que por las enfermedades y la larga enfermedad tabescer, sea ira de Dios. De donde también Joram hijo de Josafat por la enfermedad es consumido (2 Crón. 21). Y el Apóstol enseña enfermar a ellos y tabescer, y morir, que las cosas santas violaron (1 Cor. 11).

(Vers. 5 y sigs.) Pues esto dice el Señor: No entres en la casa del convite, ni vayas a plañir, ni los consueles, porque he quitado mi paz de este pueblo, dice el Señor, la misericordia y las miseraciones. Y morirán grandes y pequeños en esta tierra, no serán sepultados, ni serán plañidos, y no se sajarán, ni se hará calvicie por ellos. Y no partirán entre ellos para el que lucha el pan para consolar sobre el muerto, y no les darán el poto del cáliz para consolar sobre su padre y su madre. Y en la casa del convite no entrarás [Vulg. entres], para que te sientes con ellos, y comas y bebas.

El Apóstol manda, con estos que se apartan de Dios, ni siquiera la comida se ha de tomar (1 Cor. 5). Y más: Ni siquiera ave [salve] a tal digáis (2 Jn. 10). Y el salvador a los Apóstoles prohíbe, que a nadie en el camino saluden (Lc. 10). De donde también Eliseo al que iba para sanar al

niño Giezi, la salutación prohíbe (4 Rey. 4). Pero de costumbre es a los que luchan llevar comidas y preparar convite, las cuales los griegos perideipna llaman, y por los nuestros vulgarmente se llaman parentalia: por ello que para los parientes las exequias se celebran. Dice también en otro lugar la Escritura divina: Dad vino a estos, que en el luto están (Prov. 31, 6); para que evidentemente se olviden del dolor. Se manda por tanto al Profeta, que a ninguno del pueblo consuele, que no se mezcle con los convites de los enemigos de Dios, que no celebre las exequias sobre los funerales de los difuntos. Pues una cosa es morir por la común ley de la naturaleza, otra haber muerto por la sentencia de Dios. He quitado, dice, mi paz de este pueblo, y de misericordia indignos son: y a ninguna edad perdonaré, sino que también grandes y pequeños parmente perecerán, de tal modo que de sepultura también carezcan. No se sajarán, dice, ni se hará calvicie [Al. Hagan] por ellos. La costumbre esta fue entre los Antiguos, y hasta hoy en algunos permanece de los judíos, que en los lutos sajen los brazos, y calvicie hagan; lo cual también que Job hizo leemos (Job 1 y 22). De donde también al Profeta se dice, que no parta entre ellos el pan, ni entre para consolar por el muerto, ni el poto atribuya, ni entre en la casa del convite, y que no se mezcle con ellos, que para la sentencia de Dios preparados están. Pues si esto de los que luchan se dice, ¿qué se hará de los heréticos, cuyo sermón serpentea como el cáncer, y cotidianamente postran en la Iglesia funerales de los engañados?

(Vers. 9 y sigs.) Porque esto dice el Señor de los ejércitos Dios de Israel: He aquí que yo quitaré de este lugar en vuestros ojos y en vuestros días la voz del gozo, y la voz de la alegría: la voz del esposo, y la voz de la esposa. Y cuando hubieres anunciado a este pueblo todas estas palabras, y te dijeren: ¿Por qué habló el Señor sobre nosotros todo este mal grande? ¿cuál iniquidad nuestra, y cuál pecado nuestro, que pecamos al Señor Dios nuestro? Dirás a ellos: Porque me desampararon vuestros padres, dice el Señor: y se fueron tras dioses ajenos, y les sirvieron, y los adoraron, y a mí me desampararon, y mi ley no custodiaron. Pero también vosotros peor obrasteis que vuestros padres. Cuando hubiere pecado la Iglesia, se quita de ella todo gozo y universal alegría, de la cual el Apóstol dice: Gozaos: otra vez digo gozaos (Fil. 4, 4): Voz del esposo y voz de la esposa, de quien escrito está: Quien tiene esposa esposo es (Jn. 3, 29). Pues si, dice, te interrogare el pueblo, por qué estas cosas padece, y las causas de sus miserias buscare, le responderás: Porque me desampararon vuestros padres, dice el Señor, que a vosotros presiden en las Iglesias, y se fueron tras dioses ajenos, cuyo Dios el vientre es, y la avaricia y la lujuria, y la gloria en la confusión de ellos, y les sirvieron. Pues por quien alguien es vencido, de él también siervo es. Y los adoraron: Pues adora cada cual lo que ama. Y a mí me desampararon, y mi ley no custodiaron. De los sacerdotes es propiamente, no solo enseñar, sino también hacer la ley: para que de ningún modo con palabras a los pueblos sujetos a sí y al grey acreditado, sino con

ejemplos enseñen. Y para que tal vez no dijeran, injusta es la sentencia: que los padres comen la uva acerba (Infra, 31), y los dientes de los hijos se destemplan (Ez. 18), infiere: Pero también vosotros peor obrasteis que vuestros padres; para que sobre estos que peor que los padres pecaron, justos suplicios se difieran.

(Vers. 13.) Pues he aquí que camina cada cual tras la pravidad de su corazón malo, para que no me oiga. Y os arrojaré de esta tierra a la tierra que ignoráis vosotros, y vuestros padres, y serviréis allí a dioses ajenos día y noche, que no os darán requiebro. Una vez por el Señor desamparados, hacen aquellas cosas que no competen, para que vayan tras los deseos de su corazón malo, de donde salen las cogitaciones pésimas (Mt. 15), y por eso de la Iglesia se separan, para que vayan a tierra lejana, la cual ni ellos, ni sus padres conocían antes de que pecaran, para que allí sirvan a dioses ajenos, que no son dioses, sino que son reputados por el error de quienes los cultivan. Lo que empero infirió: Día y noche, la perpetua de los pecadores muestra en el escándalo perseverancia, mientras tanto en los días a los flagicios, como en las noches a la libídine sirven. Que no darán, dice, a vosotros requiebro. Sin duda alguna que a los falsos dioses significa, de quienes dijo: Y serviréis allí a dioses ajenos. Lo que quiera por tanto que pecamos, lo que quiera que día y noche hacemos, y de malas obras perpetramos, imperio es de los demonios, que nunca a nosotros dan requiebro, sino siempre impelen con los delitos

a aumentar los delitos, y cúmulo hacer de los pecados.

(Vers. 14, 15.) Por tanto he aquí que los días vienen, dice el Señor, y no se dirá más: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto; sino: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra del Aquilón, y de todas las tierras a las cuales los arrojé, y los reduciré a su tierra la cual di a sus padres. Manifiestamente la futura restitución del pueblo de Israel se predice, y después de la cautividad la misericordia; la cual conforme a la letra bajo Zorobabel y Jesús Pontífice y Esdras en parte completada ha sido: conforme a la inteligencia espiritual más verdadera y perfectamente en Cristo habiendo de completarse se describe. Vendrá, dice, el tiempo cuando de ningún modo se dirá, que el pueblo haya sido reducido de Egipto por Moisés y Aarón, sino reducido de la tierra del Aquilón, relajando los cautivos Ciro rey de los persas. Y de todas, dice, las tierras: lo cual de ningún modo en el tiempo de Ciro, sino en el último fin se completará, diciendo el Apóstol: Después que hubiere subentrado la plenitud de las gentes, entonces todo Israel salvo será (Rom. 11, 25, 26). Podemos esto también de las persecuciones, que a nuestro pueblo acontecieron desde los días de Nerón, de quien escribe el Apóstol: Y libertado fui de la boca del león (2 Tim. 4, 17), hasta los tiempos de Maximino, decir: cómo el Señor se haya compadecido de su pueblo, y los haya reducido a su tierra. Sin duda alguna que en la Iglesia, la cual dio a sus padres, los Apóstoles y los varones apostólicos.

(Vers. 16 y sigs.) He aquí que yo enviaré pescadores muchos, dice el Señor, y los pescarán. Y tras estas cosas les enviaré muchos cazadores, y los cazarán de todo monte, y de todo collado, y de las cavernas de las peñas, porque mis ojos sobre todos los caminos de ellos están. No están escondidas aquellas de mi faz [Vulg. escondidamente de mi faz], y no fue oculta la iniquidad de ellos de mis ojos. Y retribuiré primero duplicadas las iniquidades y los pecados de ellos, con los cuales [Vulg. porque] contaminaron mi tierra en los morticinios de sus ídolos, y con sus abominaciones llenaron mi heredad. Diversa de este capítulo es la interpretación. Pues los judíos afirman significarse a los caldeos, que bajo el nombre de los pescadores se describen, y después a los romanos, que a los cazadores se comparan, y de los montes y collados y cavernas de las peñas, al infeliz pueblo cazaron. Esto empero el Señor haber hecho él dice: porque miró los caminos de ellos, y retribuyó las iniquidades, con las cuales habían contaminado la tierra, venerando los simulacros, y con las abominaciones de los ídolos habían polucionado la heredad de él. Los nuestros empero más recta y mejormente, que estas cosas del futuro vaticinó el Profeta piensan. Pues porque arriba había dicho: Los reduciré a su tierra, la cual di a sus padres, ahora muestra cómo han de ser reducidos, que primero envíe a los Apóstoles, a quienes el Salvador dijo: Venid tras de mí, y os haré ser hechos pescadores de hombres (Mt. 4, 19). Y después cazadores, los cuales o bien varones eclesiásticos, o Ángeles podemos

aceptar, que después que el tiempo de la consumación hubiere advenido, cacen a cualesquiera santos de los montes de los dogmas excelsos, y de los collados de las buenas obras, y de las cavernas de las peñas, los Apóstoles y los varones apostólicos. Pues no solo Cristo peña, sino también al apóstol Pedro donó, que se llamara Peña (1 Cor. 10, Mt. 16). En cuyos sentidos descansando, rectamente se dicen haber sido trasladados de la peña. Y muestra que o bien los Apóstoles, o aquellos que después cazaron, tuvieron pecados, y recibieron duplicadas sus iniquidades. Pues el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la hace, vapuleado será mucho (Lc. 12). Y se ha de saber que en el hebreo puesto está, primero, y en la edición de los Setenta omitido. Cuando empero dice: Retribuiré primero duplicadas las iniquidades, y los pecados de ellos, sub-muestra, que después que recibieren los males, habiendo de recibir son también los bienes. Estos empero que después han de ser trasladados, contaminaron la tierra del Señor en los morticinios de sus ídolos, y con sus abominaciones llenaron la heredad de él, para que todo el mundo súbdito se haga a Dios: y de ningún modo por su mérito, sino por la misericordia de él sea conservado. Lo cual aquí del hebreo pusimos: No están escondidas aquellas de mi faz, en los Setenta no se tiene.

(Vers. 19.) Señor, fortaleza mía, y roble [fuerza] mío, y refugio mío en el día de la tribulación (o bien de los males). Toda fortaleza de los hombres, sin la virtud de Dios, la cual Cristo es, imbécil es reputada y de la nada. De donde se ha de refugiar

al Señor, y se ha de decir: Señor, refugio hecho has sido para nosotros, en generación y generación (Sal. 89, 1). Y en otro lugar: Quien habita en el adjutorio del Altísimo; en la protección del Dios del cielo morará (Sal. 90, 1). El día empero de la tribulación, o bien de los males, aquel se ha de entender, de quien dice también el Apóstol: Para que nos arrebatara del presente siglo nequam [inicuo]: Y, Redimiendo el tiempo, puesto que los días malos son (Gál. 1, 4).

(Vers. 20.) A ti las gentes vendrán de los extremos de la tierra y dirán: Verdaderamente mentira poseyeron nuestros padres, vanidad la cual a ellos no aprovechó. LXX: A ti las gentes vendrán de los extremos de la tierra, y dirán: ¿Cómo falsos poseyeron nuestros padres ídolos, y no hay en ellos utilidad? Después que arrojado fue Israel, y por los pescadores y cazadores trasladado, consecuentemente se llama a la fe la multitud de las gentes, y confiesa que ella, o sus padres en el previo error versaron. Quienes empero dicen: ¿Cómo falsos poseyeron nuestros padres ídolos, en los cuales ninguna es la utilidad?, confiesan verdaderas ser las cosas a las cuales pasan, y por todo presidio apoyadas. ¿Acaso hará para sí el hombre dioses, y ellos no son dioses? Y esto las gentes hablan [Al. se llaman], que vinieron al Salvador de los extremos de la tierra, sugilando [denigrando] la ignorancia tanto suya como de sus mayores, porque pensaron por el hombre hacerse dioses, cuando de Dios sea a los hombres hacer.

(Vers. 21.) Por eso he aquí que yo mostraré a ellos por esta vez: mostraré a ellos mi mano y mi

virtud, y sabrán que el nombre para mí es Señor. La mano de Dios por la cual todas las cosas obró, y la virtud, de la cual dijo el Apóstol: Cristo virtud de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 24), se muestra a las gentes, de la pasión del Hijo completada. Y pulcramente dijo: Mostraré a ellos por esta vez: mostraré empero manifiestamente, y no como antes, en sombra y en imagen, y vaticinio de las cosas futuras, para que después que conocieren, sepan el nombre mío, y oigan del Hijo: Padre, manifesté tu nombre a los hombres (Jn. 17).

(Cap. XVII. — Vers. 1.) El pecado de Judá escrito está con estilo de hierro en uña adamantina, grabado sobre la latitud [Al. altitud] del corazón de ellos (o bien en el pecho del corazón de ellos), y en los cuernos de sus altares (o bien de sus aras). De las gentes que al Señor se habían convertido arriba se dijo: He aquí que yo les mostraré por esta vez, les mostraré mi mano y mi virtud: ahora de Israel que arrojado fue, habla: El pecado de Judá escrito está con estilo de hierro en uña adamantina, y lo demás. Por qué esto por los Setenta haya sido omitido, lo ignoro; a no ser que tal vez perdonaron a su pueblo: como también en Isaías que ellos lo hicieron manifiesto es: Desistid, pues, del hombre cuyo espíritu está en sus narices, porque excelso reputado ha sido él mismo (Is. 2, 22); y muchas cosas de este género, las cuales si quisiere todas digerir, no diré un libro, sino libros serán necesarios. Los pecados de las gentes borrados han sido, porque convertidas al Señor de los extremos de la tierra oyeron aquello: Alabad al Señor, todas las gentes; alabadle, todos los pue-

blos. Porque confirmada ha sido sobre nosotros su misericordia, y la verdad del Señor permanece para siempre (Sal. 116, 1, 2). Y de quienes había dicho a Moisés: Déjame, para que mate a este pueblo, y te haga a ti en una gente grande (Ex. 32, 10). El pecado empero de Judá es indeleble, y, por así decirlo, por ninguna razón ha de ser abolido, escrito con estilo de hierro en uña adamantina, que en hebreo se dice SAMIR (שמיר); no porque uña alguna haya, que se llame Samir; sino porque la piedra adamantina (que de aquello que indómita es e infrangible, este nombre recibió) tanto esplendor tiene y lisura, que sin ningún impedimento en ella escribirse puede con estilo de hierro: para que la dura materia del hierro escriba en la más dura tabla adamantina, y dure lo que escrito ha sido, a perpetuidad. Ellos mismos en efecto dijeron: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt. 27). De donde grabado o bien esculpido está en los cuernos de los altares, o bien de sus aras, para que las obras sacrílegas en eterna memoria perseveren. Si empero esto así es, ¿dónde está aquello que una vieja delira finge, que puede el hombre sin pecado ser, si quiere?

(Vers. 2, 3.) Cuando se acordaren sus hijos de sus altares, y de sus bosques y de los leños [árboles] frondosos en los montes excelsos, sacrificando en el campo, tu fortaleza y todos tus tesoros en rapiña daré, tus excelsos por causa de los pecados en todos tus confines. Y quedarás sola de tu heredad, que te di, y servir te haré a tus enemigos en la tierra que ignoras, porque encendiste fuego en mi furor, hasta la eternidad arderá. Y estas cosas

en los Setenta no se tienen, por la misma (según creo) causa que arriba dijimos, para que a saber no permaneciera la eterna sentencia contra ellos. Quedarás, dice, sola de tu heredad, que te di, y servir te haré a tus enemigos, en la tierra que ignoras, o bien bajo los babilonios, o bien, como es más verdadero, bajo los romanos. Ellos en efecto encendieron el fuego y al clementísimo Señor a furor provocaron: cuyo fuego de su furor arderá hasta la eternidad. Me avergüenza la contención de los nuestros, que arguyen la verdad hebrea. Los judíos contra sí leen, y qué sea por sí, lo ignora la Iglesia. De donde nosotros que somos hijos de los Apóstoles nos acordamos de las iniquidades del pueblo anterior, y justamente haber ellos padecido testificamos. Pueden empero los excelsos, que en hebreo se dicen BAMOTH (במות), también contra los heréticos aceptarse, que pusieron en lo excelso su boca, y la lengua de ellos pasó sobre la tierra. Quienes en tanta locura prorrumpieron, que solos sin la gracia del Espíritu Santo permanecieron, y perdieron la heredad del Señor, a saber, la previa verdad de la fe. De donde también la eternidad les es preparada el incendio, y la servidumbre de los demonios, que son enemigos y vengadores.

(Vers. 7, 8.) Bendito el varón que confía en el Señor, y el Señor será su esperanza (o confianza): y será como un árbol que ha sido trasplantado (o fructífero) sobre las aguas, que envía sus raíces a la humedad, y no temerá cuando venga el calor: y su hoja estará verde (o sus ramillas frondosas): y

en el tiempo (o año) de sequía no estará ansioso (o no temerá), ni dejará alguna vez de dar fruto.

Esto se diga de los judíos y de los herejes, que tienen esperanza en el hombre, a saber, en su Cristo, a quien piensan que ha de venir no como Hijo de Dios, sino como puro hombre. Por el contrario, el varón eclesiástico, que confía en el Señor, oye aquello: "Y sabed que el Señor mismo es Dios" (Salmo 99, 3). Confía en el Señor, y será comparado con aquel árbol del que también se canta en el primer salmo: "Y será como el árbol que ha sido plantado junto a las corrientes de las aguas, que dará su fruto en su tiempo, y su hoja no caerá".

Mas "sobre las aguas", [significa] la gracia del Espíritu Santo, los diversos dones. "Que envía sus raíces a la humedad": para que reciba del Señor la abundancia. Pero también podemos decir de otra manera, que de la sequedad judaica hemos sido trasladados a la gracia sempiterna del bautismo. "Y no temerá", dice, "cuando venga el calor", o el tiempo de la persecución, o el día del juicio: "Y su hoja estará verde", o "habrá en él ramillas frondosas": para que nunca tema la sequedad, sino que germine la gracia de todas las virtudes.

Y cuando venga el tiempo, o año, de sequía, no temerá, cuando el Señor airado mande a las nubes que no lluevan sobre Israel la lluvia (Isaías 5). Y lo que sigue: "ni dejará de dar fruto", podrá explicarlo aquel lugar que está escrito en Marcos, que vino el Señor a la higuera y no halló en ella fruto, porque aún no era el tiempo, y la maldijo para que no dé fruto eternamente (Marcos 11).

Pues quien confía en el Señor, y el Señor es su confianza, incluso en el tiempo de la sequedad judaica no temerá; sino que siempre dará fruto, creyendo en aquel que una vez murió por nosotros y ya no muere (Romanos 6), y dice: "Yo soy la vida" (Juan 14, 6).

(Vers. 9, 10.) "Perverso es el corazón de todos [Al. de los hombres], e inescrutable, ¿quién lo conocerá? Yo el Señor que escudriño el corazón y pruebo los riñones, que doy a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus dispositivos."

LXX: "Profundo es el corazón sobre todas las cosas, y es hombre, ¿quién lo conocerá?" y lo demás de modo similar. La palabra hebrea () ENOS se escribe con cuatro letras, ALEPH y NUN y VAU y SIN. Si, pues, se lee ENOS, se dice "hombre"; pero si ANUS, "inescrutable", o "desesperado": por el hecho de que nadie puede encontrar el corazón de los hombres. Símaco, en efecto, interpretó este lugar así: "Inescrutable el corazón de todos: mas ¿quién es el varón que lo encuentre?"

Suelen algunos de los nuestros, con buena voluntad ciertamente, pero no según ciencia, usar este lugar contra los judíos, diciendo que el hombre es el Señor y Salvador, según la dispensación de la carne asumida, y que nadie puede saber el misterio de su nacimiento, según aquello que está escrito: "¿Quién contará su generación?" (Isaías 53, 8) sino solo Dios que escudriña los arcanos, y devuelve a cada uno según sus obras.

Pero es mejor que lo tomemos sencillamente, que nadie conoce los secretos de los pensamientos sino solo Dios: pues había dicho arriba:

"Maldito el hombre que tiene esperanza en el hombre". Y por el contrario: "Bendito el varón que confía en el Señor". Por lo cual, para que no pensáramos que el juicio de los hombres es cierto, añadió que los corazones de casi todos son perversos, diciendo el Salmista: "De mis faltas ocultas límpiame, y de las ajenas perdona a tu siervo" (Salmo 18, 13): sin duda refiriéndose a los pensamientos. Y en el Génesis: "Viendo Dios que mucha era la malicia de los hombres en la tierra, y que todo pensamiento del corazón estaba atento al mal en todo tiempo" (Génesis 6, 5). Y de nuevo: "Pues el sentido y el pensamiento del corazón humano desde su juventud son propensos al mal" (Génesis 8, 21). Por lo cual aprendemos que solo Dios conoce sus pensamientos. Mas si del Salvador se dice: "Viendo Jesús sus pensamientos" (Lucas 9, 47); y nadie puede ver sus pensamientos sino solo Dios; luego Cristo es Dios, que escudriña los corazones y prueba los riñones, y devuelve a cada uno según sus obras (Salmo 7).

(Vers. 11.) "La perdiz abrigó (o congregó) lo que no parió." (Y como los LXX tradujeron: "Clamó la perdiz, congregó lo que no parió".) "Hizo sus riquezas no con juicio. En medio de sus días las dejará (o en medio de sus días lo dejarán a él) y en su novísimo será un insensato."

Dicen los escritores de la historia natural, tanto de las bestias y aves, como de los árboles y hierbas (cuyos jefes son entre los griegos Aristóteles y Teofrasto, y entre nosotros Plinio el Segundo), que esta es la naturaleza de la perdiz: que roba los huevos de otra perdiz, esto es, ajenos,

y se incuba en ellos y los abriga: y cuando la prole ha crecido, vuela de él y deja al padre ajeno.

De esta clase son los ricos que arrebatan lo ajeno, y sin consideración del juicio de Dios, hacen riquezas no con juicio, las cuales dejan en medio del tiempo, arrebatados por muerte súbita, cuando se les dice: "Insensato, esta noche te pedirán tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién será?" (Lucas 12, 20). Y nada es más insensato que no prever los novísimos, y pensar que las cosas breves son perpetuas.

Otros en verdad, tanto por la historia superior como por otra por la que dicen que la perdiz es muy pugnaz e inmunda, de modo que contamina el alimento, interpretan al diablo bajo su nombre, porque se congregó riquezas ajenas diciendo al Señor: "Todo esto te daré, si postrándote me adorares" (Mateo 4, 9). Sus riquezas, que malamente habían sido congregadas por él, lo dejarán; y por los Apóstoles se convertirán al Señor: y el que se parecía a sí mismo ser prudentísimo, será ante el juicio de todos un insensato. Y lo que se dice por los LXX: "Clamó la perdiz", ha de referirse a la persona de los herejes, porque esa perdiz, el diablo, ha clamado por los jefes de los herejes, y ha congregado lo que no parió, y ha congregado para sí una multitud de engañados, la cual después lo deje: y por el juicio de todos se compruebe que es estupidísimo.

(Vers. 12, 13.) "Trono de gloria de la altura desde el principio, lugar de nuestra santificación. Esperanza de Israel, Señor, todos los que te abandonan serán confundidos: los que se apartan

serán escritos en la tierra [Al. sean descritos]; porque abandonaron la vena (o fuente) de aguas vivas, al Señor."

Habiendo sido abandonada la perdiz por su necedad, la esperanza de Israel —esto es, del pueblo de Dios y de quien cree en el Señor— es él mismo quien hizo todas las cosas: cuyo trono es glorioso y excelso desde el principio, y el lugar de la santificación de todos los creyentes, de modo que el Señor no está en un lugar, sino que donde él estuviere, el lugar sea santificado. Por el contrario, los que abandonan al Señor serán confundidos con confusión perpetua; y los que se apartan o declinan de él serán escritos en la tierra, borrados del libro de los vivientes.

Pues así como el que puede decir con el Apóstol: "Mas nuestra ciudadanía está en el cielo" (Filipenses 3, 20), es escrito en los cielos; así el que abandona al Señor, o declina de él, será escrito en la tierra con aquellos que saborean lo terreno. Y la causa es manifiesta de por qué son escritos en la tierra: porque abandonaron al Señor, fuente de la vida, o al Señor, fuente de aguas vivas, que habla en el Evangelio: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba: el que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre fluirán ríos de agua viva". Mas esto dijo del Espíritu que habían de recibir los creyentes (Juan 7, 37. 38).

(Vers. 14.) "Sáname, Señor, y seré sanado: hazme salvo, y seré salvo: porque tú eres mi alabanza."

Muchos médicos en el Evangelio (Mateo 9) habían curado a la hemorroísa, que había perdido

toda su sustancia en ellos, y sin embargo por ninguno pudo ser curada, sino por aquel que es el verdadero médico, y cuya sanidad está en sus alas. Por lo cual también ahora el Profeta, habiendo sufrido oprobios del pueblo y siendo frecuentemente rodeado de insidias, desea ser curado y ser salvo por aquel cuya alabanza es verdadera y cuya medicina es verdadera.

(Vers. 15 sigs.) "He con que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga. Mas yo no me he turbado siguiéndote como pastor (o no he trabajado siguiéndote), y el día del hombre no he deseado: tú lo sabes. Lo que salió de mis labios fue recto en tu presencia (o delante de tu faz está). No me seas por terror, esperanza mía tú en el día de la aflicción (o no te me hagas extraño, perdonándome en el día peor)."

Los que no piensan que han de venir las cosas que han sido dichas, hablan al Profeta: "¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga": pensando que es un disimulo de la sentencia o una dilación. Pero a los que dicen tales cosas, dice él, yo no me he turbado, ni he trabajado siguiéndote como pastor, o caminando tras tus huellas. Ni con este fin estuve contento, sino que el día del hombre no deseé, o una vida más larga, o cualesquiera cosas prósperas de este siglo. Y a él mismo llama por testigo, a quien también llama por juez: "Tú lo sabes".

Sigue: "Lo que salió de mis labios fue recto en tu presencia"; de modo que nunca mintió y no dijo cosas adversas a la voluntad del Señor. "No me seas", dice, "por terror, esperanza mía en el

día de la aflicción". Lo cual es perspicuo según el hebreo. Mas según aquello que tradujeron los Setenta diciendo: "No te me hagas extraño, perdonándome en el día malo", el sentido es: No me perdones en el presente siglo, que es malo; sino devuélveme según mis pecados, para que tenga descanso sempiterno. Pues sé que está escrito: "A quien el Señor ama, lo corrige: y azota a todo hijo que recibe" (Hebreos 12, 6). El día malo, por su parte, es o todo el siglo, o el día del juicio para aquellos que por los pecados son atormentados.

(Vers. 18.) "Confúndanse los que me persiguen, y no me confunda yo. Pavorezcan ellos, y no pavorezca yo. Induce sobre ellos el día de la aflicción, y con doble quebranto quebrántalos."

Impreca contra ellos el Profeta, que le reprochan la palabra del Señor y dicen: "¿Dónde está la palabra del Señor? que venga"; para que se confundan los que lo persiguen, y se avergüencen y vuelvan a la salud: para que ellos pavorezcan mintiendo, y no este que predice cosas verdaderas. Y cuando el día de la venganza hubiere llegado, quebrántalos con doble quebranto: con el hambre y la espada.

(Vers. 19, 20.) "Así dice el Señor a mí: Ve y ponte en la puerta (o en las puertas) de los hijos del pueblo: por la cual (o por las cuales) entran los reyes de Judá, y salen, en todas las puertas de Jerusalén, y dirás a ellos: Oíd la palabra del Señor, reyes de Judá, y todo Judá (o Judea), y todos los habitantes de Jerusalén, que entráis por estas puertas."

Ya que, dice él, desprecian oír tus palabras, ni vienen a ti para inquirir cuál sea la sentencia [Al. sabiduría] de Dios, tú encamínate al lugar más concurrido, ya sea la puerta del templo, ya de la ciudad, por las cuales los reyes y todo el vulgo entra y sale, para que por necesidad sean obligados a oír, e importuna y oportunamente prediques la palabra del Señor (2 Timoteo 4): ni permanezca en ellos ninguna excusa, de que por eso no lo hicieron, porque no lo oyeron.

(Vers. 21 sigs.) "Así dice el Señor: Guardad vuestras almas, y no llevéis cargas en el día del sábado, ni las metáis por las puertas de Jerusalén. Y no saquéis cargas de vuestras casas en el día del sábado, y no haréis obra alguna; y santificad el día del sábado, como mandé a vuestros padres. Y no oyeron, ni inclinaron su oído, y endurecieron su cerviz (y lo que no se halla en el hebreo: sobre sus padres), para no oírme, y para no recibir instrucción. Y será", dice él, "si me oyereis, dice el Señor, para no meter cargas por las puertas de esta ciudad en el día del sábado: y si santificareis el día del sábado, para no hacer en él obra alguna; entrarán por las puertas de esta ciudad reyes y príncipes que se sientan sobre el trono de David: y subiendo en carros y caballos, ellos y sus príncipes, los varones de Judá, y los habitantes de Jerusalén: y será habitada esta ciudad para siempre. Y vendrán de las ciudades de Judá, y de los alrededores de Jerusalén, y de la tierra de Benjamín, y de las llanuras, y de los montes [Al. regiones montuosas], y del sur, trayendo holocausto y víctimas (o inciensos) y sacrificio (o maná) e incienso, y traerán obla-

ción (o alabanza) a la casa del Señor. Mas si no me oyereis para santificar el día del sábado, y para no llevar carga, y para no meterla por las puertas de Jerusalén en el día del sábado: encenderé fuego en las puertas de ella, y devorará las casas de Jerusalén, y no se apagará."

Para no despedazar en vano el precepto del sábado renovado por medio de Jeremías, plugo ponerlo todo, para que a la vez conozcamos todas las cosas. Guarda su alma quien no lleva cargas de pecados en el día del descanso y del sábado: ni las mete por las puertas de Jerusalén, que debemos entender como las virtudes. "Y no queráis", dice, "sacar cargas de vuestras casas". Pues no han de ser llevadas, sino íntegramente arrojadas. Y no hagáis obra alguna, ya sea servil, o aquella de la que está escrito: "La comida para el vientre, y el vientre para las comidas: mas Dios destruirá tanto a aquel como a estas" (1 Corintios 6, 13); sino que ha de obrarse aquella obra de la que habla el Salvador: "Obrad la obra que no perece" (Juan 6, 27).

"Santificad", dice, "el día del sábado", para que todo el tiempo de nuestra vida lo pasemos en sanctificación, como hicieron nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob. Y habiendo mandado Dios estas cosas, no inclinaron su oído, de la mente por cierto, no de la carne; sino que endurecieron su cerviz, rechazando el yugo de la Ley, y teniendo semejanza por metáfora de animales indómitos.

Veamos cuál sea el premio de aquellos que no llevan cargas en el día del sábado y lo santifican.

"Entrarán", dice, "por las puertas de esta ciudad reyes", cuyo corazón está en la mano de Dios y que reinan en sus cuerpos (Proverbios 21), "y príncipes que se sientan sobre el trono de David", para que imiten el ejemplo de Cristo, "y subiendo en carros y caballos", de los cuales está escrito: "El carro de Dios por diez mil veces, muchos miles de los que se alegran: el Señor en ellos en el Sinaí, en el lugar santo" (Salmo 67, 18). Y en otro lugar: "Tu cabalgadura es la salvación" (Habacuc 3, 8). Todo hombre que confiesa a Dios y que habita en Jerusalén, de la cual se ha dicho: "Se ha hecho en Salem [Al. Jerusalén]", esto es, en la paz, "su lugar, y su habitación en Sion" (Salmo 75, 2), y será habitada la Iglesia de Dios para siempre. "Vendrán de las ciudades de Judá y de los alrededores de Jerusalén", de los cuales ya hemos hablado, "y de la tierra de Benjamín", que es el hijo de la virtud y de la diestra, "y de las llanuras", que en hebreo se dice SEPHELA (), y significa la plana inteligencia de la historia, "y de los montes", a saber, los excelsos dogmas, "y del Sur", de donde está escrito: "Dios vendrá del Sur" (Habacuc 3, 3). De donde viene el calor y la plena luz, y donde todo frío es expulsado. "Trayendo", dice, "holocaustos", consagrándose a sí mismos a Dios, "y víctima", o incienso, para que digan: "Sacrificio al Señor es el espíritu atribulado" (Salmo 50, 19). Y: "Buen olor de Cristo somos en todo lugar" (2 Corintios 2, 15). Y en otro lugar: "Diríjase mi oración como incienso en tu presencia" (Salmo 140, 2). Y sacrificio, por el cual los Setenta pusieron la misma palabra hebrea MANAA (), que por

pésima costumbre, o más bien por negligencia de los escritores, se lee "maná" en los nuestros. Y el incienso, de lo cual está escrito: "¿Para qué me traéis incienso de Sabá" (Arriba 6, 20)? Y traerán oblación, que en hebreo se dice THODA (), y puede verterse como "acción de gracias", y la cual los Setenta vertieron como "alabanza". "En la casa de David", sin duda en la Iglesia. Estos son los premios de aquellos que santifican el sábado y no son gravados por ninguna carga. Mas si, dice, no oyereis mis preceptos y hiciereis lo que mandé que no se hiciera: "Encenderé fuego en sus puertas", esto es, de Jerusalén, aquel de quien se dice: "Todos los que adulteran son como un horno, sus corazones" (Oseas 7, 4): que devora las casas o barrios de Jerusalén, los cuales los Setenta interpretaron como *amphoda*, Aquila y Símaco como *bareis*, esto es, casas torreadas, y se llaman en hebreo ARMANOTH (). Y nunca se apagará este incendio, diciendo el Apóstol: "El fuego probará cuál sea la obra de cada uno" (1 Corintios 3, 13). Y de nuevo: "Si la obra de alguno se quemare, sufrirá detrimento; mas él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (Ibíd., 15).

Mas si los nuestros judaizantes rechazaren la explicación trópica, o se verán obligados a ser judíos y a circuncidar los prepucios con la observancia del sábado, o ciertamente a reprender al Salvador, que mandó en sábado al paralítico que llevara su camilla, diciendo el Evangelista: "Por eso más buscaban los judíos matarlo, no solo porque quebrantaba el sábado, sino que también

decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios" (Juan 5, 18).

Libro C

UARTO.

965-966 Siempre el diablo acecha [Quizá envidia] la buena obra y en todas partes pone lazos a los que caminan, narrando el Profeta sobre las insidias de sus satélites: "Junto a la senda pusieron escándalo para mí" (Salmo 139, 6), y el Evangelio (Mateo 13, Marcos 4 y Lucas 8) instruyendo esto mismo más plenamente, de que las aves del cielo arrebatan y pierden las semillas arrojadas junto al camino. Por qué haya usado este principio, hermano Eusebio, lo mostrará el discurso siguiente. Ocupado con muchas turbas que de todo el mundo aquí confluyen, y con los cuidados de los santos hermanos y del monasterio, dictaba los Comentarios sobre Jeremías por intervalos; para que lo que faltaba al ocio, sobrara a la industria.

Cuando de pronto la herejía de Pitágoras y Zenón, de la *apatheia* y *anamartesia*, esto es, de la impasibilidad e impecancia, que en otro tiempo fue yugulada en Orígenes, y hace poco en sus discípulos Grunnio y Evagrio Póntico, y Joviniano, comenzó a revivir, y no solo en las partes de Occidente, sino también en las de Oriente a silbar, y en algunas islas, y principalmente de Sicilia y Rodas, a manchar a muchísimos, y a crecer

cada día, mientras enseñan en secreto y niegan en público. A la cual responder, callando por largo tiempo y devorando el dolor con el silencio, he sido compelido por la frecuente expostulación de los hermanos: mas no he prorrumpido hasta ahora hasta poner los nombres de los autores, prefiriendo que sean corregidos antes que difamados [Al. imitados]. Pues no soy enemigo de los hombres, sino del error. Los cuales, para que me hirieran con la ley del talión y el genuino [escozor] de su dolor [Al. sudor], tramando las viejas calumnias de sus maestros, se han mostrado tan mudos [Al. bilingües] y miserables que ni siquiera han podido maldecir con sus propias palabras. Cuya charlatanería fue entonces confutada, habiéndose publicado libros contra ellos; los cuales quienes quisieren leer, verán claramente que son perros mudos según Isaías, que no saben ladrar: teniendo por cierto la voluntad y la rabia de mentir, pero no teniendo el arte de fingir y ladrar (Isaías 56).

A los cuales hablaré compendiadamente: O son buenas las cosas que enseñáis, o malas. Si buenas, defendedlas libremente; si malas, ¿por qué ocultamente yuguláis a los miserables con el error, y lanzáis para engañar a todos los simples una exposición de la fe recta? La cual si es verdadera, ¿por qué se esconde? si falsa, ¿por qué se escribe? Ruego ¿qué es esa locura? Preceptuando el Apóstol (1 Pedro 3) que estemos preparados para satisfacer a todo el que nos pide razón de la esperanza que hay en nosotros, y clamando el Profeta: "Hablaba de [Al. en] tus testimonios

en presencia de los reyes y no me avergonzaba" (Salmo 118, 46), estos huyen de lo público y susurran en los rincones de los perdidos, y se duelen como por lo suyo de lo que temen confesar como propio. Y cuando generalmente contra los vicios y los herejes algo hablábamos, se quejan de ser buscados; y el mal de la conciencia con una indignación largamente disimulada lo pronuncian.

Mas si debemos guardarnos de no parecer que herimos la vieja alianza, si truncamos con el muedrón espiritual la superbísima herejía, entonces habremos de sostener nosotros las cruces de la fe traicionada, y decir con el Profeta: "He estado en miseria mientras se me clava la espina" (Salmo 31, 4). Más bien oigan aquello Apostólico: "Conviene obedecer a Dios más que a los hombres" (Hechos 5, 29; Gálatas 1). Y de nuevo: "Si pluguiera a los hombres, no sería siervo de Cristo". Pero estas cosas en obra propia, si no callaren, las seguiremos más plenamente. Ahora reanudemos el camino comenzado en Jeremías, y recorriendo brevemente el cuarto volumen sobre él, detengámonos solo en aquellas cosas que fueren oscuras.

(Cap. XVIII.---Vers. 1 sigs.) La palabra que fue hecha a Jeremías de parte del Señor, diciendo: "Levántate y desciende a la casa del alfarero, y allí oirás mis palabras". Y descendí a la casa del alfarero, y he aquí que él mismo estaba haciendo una obra sobre la rueda (o las piedras). Y se deshizo el vaso que él mismo hacía de lodo con sus manos. Y vuelto (o y de nuevo) hizo aquel vaso otro, según plugo ante sus ojos que lo hiciera. Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: "¿Acaso como

este alfarero no podré yo hacer con vosotros, casa de Israel? dice el Señor. He aquí que como el lodo en la mano del alfarero, así vosotros en mi mano, casa de Israel. De repente (o en resumen) hablaré contra una nación y contra un reino, para que lo erradique (o lo quite) y lo destruya, y lo pierda. Si hiciere penitencia aquella nación de su mal del que hablé contra ella, haré yo también penitencia sobre el mal que pensé hacerle. Y de pronto (o en resumen) hablaré de una nación y de un reino, para que lo edifique y para que lo plante. Si hiciere el mal ante mis ojos, para no oír mi voz, haré penitencia sobre el bien que hablé que le haría".

Por todos los sentidos ciertamente se llega al juicio y a la inteligencia del ánimo, por el oído, el olfato, el gusto, el tacto, pero más se retiene por la mente lo que se discierne con los ojos. Por lo cual se manda al Profeta ir a la casa del alfarero, y allí oír los preceptos del Señor. Y habiendo, dice, avanzado y descendido a la casa del alfarero, hacía él mismo una obra sobre la rueda, la cual los Setenta, seducidos por la ambigüedad de la palabra, vertieron como "piedras", pues ABANIM () según la calidad del lugar y la diversidad de la pronunciación, se llama tanto "órgano", esto es, "rueda" de alfarero, como "piedras".

Y al discernir, dice, que el vaso se hacía de lodo, de pronto se deshizo, actuando esto la providencia de Dios, para que la mano del artífice, mientras no lo sabía, figurara con su error una parábola. Y de nuevo aquel alfarero, que había perdido el vaso de lodo mientras corría la rueda, hizo otro para sí según le pareció. E inmediata-

mente el Señor al Profeta: "Si el alfarero", dice, "tiene esta potestad, para que de ese mismo lodo haga de nuevo lo que se había deshecho: ¿acaso yo en vosotros, que en cuanto está en vosotros, parecéis haber perecido, no podré hacer esto?"

Y para significar el libre albedrío, dice que él tanto anuncia males a esta o aquella nación y reino; como de nuevo bienes: y sin embargo no sucede aquello que él mismo predijo; sino que por el contrario sucede que tanto los bienes sobrevengan a los malos, si hicieren penitencia, como los males a los buenos, si después de las promesas se hubieren convertido a los pecados. Y esto decimos, no porque ignore Dios que esta o aquella nación o reino haya de hacer, sino porque deja al hombre a su propia voluntad, para que o los premios o las penas reciba por su propia voluntad y por su propio mérito. Ni inmediatamente será todo del hombre lo que sucediere; sino de su gracia que todo lo ha otorgado: pues así ha de reservarse la libertad del albedrío, para que en todo sobresalga la gracia del otorgador; según aquello profético: "Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajaron los que la edifican. Si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigila el que la guarda" (Salmo 126, 1. 2). Pues no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos 9).

(Vers. 11-13.) "Ahora pues di al varón de Judá, y al habitador [Mss. habitantes, más correctamente] de Jerusalén, diciendo: Así dice el Señor: He aquí que yo formo contra vosotros un mal y pienso contra vosotros un pensamiento: conviér-

tase cada uno de su mal camino, y haced rectos vuestros caminos y vuestros afanes. Los cuales dijeron: Desesperamos (o nos confortaremos), pues tras nuestros pensamientos iremos, y cada uno la perversidad (o lo que le plugo) de su mal corazón [Al. lo que pluguiere a su mal corazón] haremos. Por eso así dice el Señor: Interrogad a las gentes, ¿quién oyó tales cosas horribles, las cuales hizo en demasía la virgen de Israel?"

Cumple el Señor la parábola que tanto con palabras como con la vista había enseñado, y dice: "He aquí que yo formo contra vosotros el mal", como el alfarero el lodo: mal por su parte según Isaías que dice: "Haciendo la paz, y creando el mal" (Isaías 45, 7). No porque por sí mismo sea mal, sino porque a los que lo padecen les parece ser mal. "Y pienso contra vosotros un pensamiento", esto es, para inferir la sentencia según el mérito. Mudad las obras "y enderezad vuestros caminos", para que también con cosas prósperas se mude la pena.

Los cuales, dice, dijeron por el contrario: "Nos confortaremos", a saber en las malas obras, o según Aquila: "desesperamos", y según Símaco: "desfallecimos", lo cual uno y otro ofende a Dios; de modo que o de ningún modo piense que puede salvarse, o haya desfallecido en el ánimo para aplacar a Dios. "Y tras nuestros pensamientos", dice, "iremos". ¿Dónde está pues, sin la gracia de Dios, la potestad del libre albedrío, y el juicio de la propia voluntad, siendo que es una gran ofensa de Dios seguir sus propios pensamientos y hacer la voluntad del depravado corazón?

Por eso añade, diciendo: "Interrogad a las gentes, y a todas las naciones en el contorno", quién hizo, quién oyó sirviendo a los ídolos, "lo que hizo en demasía la virgen de Israel?" La llama por su parte "virgen", por el hecho de que sirviera a un solo Dios, diciendo el Profeta: "Conocido en Judea es Dios, en Israel grande es su nombre" (Salmo 75, 2).

(Vers. 14.) "¿Acaso faltará de la piedra del campo la nieve del Líbano? ¿o pueden ser arrancadas las aguas que brotan, frías y fluyentes?" Los LXX: "¿Acaso faltarán de la piedra los pechos, o la nieve del Líbano, o declinará el agua violentamente arrebatada por el viento?" Algo tal suena también aquel verso virgiliano (Églogas 1, 60 sigs.): "Antes pues los ligeros ciervos pacerán en el éter, y los mares dejarán a los peces desnudos en la playa, que del pecho nuestro se deslice el rostro de aquel". Y en otro lugar (Eneida 1, 611 sigs.): "Mientras los ríos corran hacia los mares, mientras las sombras los montes recorran, mientras el polo apaciente los astros en la bóveda, siempre el honor y tu nombre y tus alabanzas permanecerán". De qué modo, dice él, la nieve de las cumbres del Líbano no puede faltar; ni es vencida por ningún ardor del sol para que toda se licue, y los arroyos que fluyen de los montes de ningún modo se secan en sus fuentes: así mi nombre, que por sí mismo es estable y perpetuo, no podrá ser mudado, y sin embargo, mientras las demás cosas guardan el orden de la naturaleza, mi pueblo se ha olvidado de mí. Pues sigue:

(Vers. 15.) "Porque se olvidó de mí mi pueblo, sacrificando en vano y tropezando en sus caminos, en las sendas del siglo (o sempiternas) para caminar por ellas en un camino no trillado". El que se olvida de Dios, también abandona a aquel que dice: "Yo soy el camino" (Juan 14, 6); y sacrifica a dioses ajenos, tropieza en sus caminos, de ningún modo de Dios, sino en los suyos, y las antiguas y sempiternas sendas abandona, las cuales por las huellas de todos los santos que adoran a Dios han sido trilladas. Estos en verdad caminaron en un camino no trillado, y habiendo dejado el culto de Dios, veneraron a los ídolos, por los cuales se infiere la pena que sigue:

(Vers. 16.) "Para que se hiciera la tierra de ellos en desolación, y en silbo sempiterno: todo el que pasare por ella, se estupefará y moverá su cabeza". Y porque abandonaron, dice, el culto de Dios, y siguieron las depravadas sendas de la idolatría; por eso la tierra de ellos ha sido reducida a soledad y a milagro de todos y silbo, de modo que quienes vieron la tierra en otro tiempo, y la ciudad florecidísima, y ahora la ven colapsada en desierto y ceniza, se admiren y estupefiquen, e indiquen la confusión del alma con el gesto del cuerpo: esto es en efecto mover la cabeza, y demostrar el estupor de la mente con el silencio. Lo cual más plena y rectamente entendemos haber sido cumplido tras el advenimiento del Señor, cuando a ninguno de los judíos se permite por ley entrar en la tierra que fue y en la Ciudad santa; sino que cuando han venido al llanto, se admiran

y lloran los vaticinios de los Profetas, cumplidos en obra.

(Vers. 17.) "Como viento abrasador los dispersaré ante el enemigo (o los enemigos): la espalda y no la faz les mostraré en el día de la perdición de ellos". Hasta hoy permanece la sentencia de Dios en los judíos. En todo el orbe han sido dispersados ante el enemigo diablo, o los enemigos demonios; y cuando con días y noches en las sinagogas de Satanás invocan el nombre de Dios, la espalda y no su faz les muestra Dios, para que lo entiendan a él siempre alejándose, y nunca viniendo a ellos. El día de la perdición judaica, por su parte, es todo el tiempo tras la pasión del Salvador, hasta el fin del siglo: para que después que hubiere entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel sea salvo (Romanos 11).

(Vers. 18.) "Y dijeron: Venid y pensemos contra Jeremías pensamientos, pues no perecerá la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni el sermón del profeta. Venid y hirámoslo en la lengua, y no atendamos a todos sus sermones". Esta tanto entonces de los judíos contra Jeremías, o el Señor Salvador, como hoy de los herejes contra sus siervos es la cogitación, para que tramen calumnias, y se anticipen a los varones santos con la acusación, ni piensen qué verdad digan aquellos, sino qué mentira tramen ellos mismos; blasonan en efecto en sus sacerdotes, y en sus sabios, y en sus pseudoprofetas que la ley y el consejo de Dios y el elocuencia permanecen, diciendo la Escritura: "En alma perversa no entrará la sabiduría" (Sabiduría 1, 4).

(Vers. 19 sigs.) "Atiende, Señor, a mí: y oye la voz de mis adversarios. ¿Acaso se devuelve por bien mal, porque cavaron fosa para mi alma? Recuerda que estuve en tu presencia, para hablar por ellos bien, y apartar tu indignación de ellos. Por eso entrega a sus hijos al hambre, y condúcelos a manos de la espada. Háganse las mujeres de ellos sin hijos y viudas, y los varones de ellas sean muertos por la muerte, los jóvenes de ellos sean atravesados por la espada en el combate, oigase clamor de sus casas".

En tipo ciertamente del Salvador, Jeremías padece todas estas cosas del pueblo de los judíos, los cuales después, viniendo el Babilonio, son devastados. Pero más plena y perfectamente se cumplen en Cristo, y [Al. cuando] subvertida la ciudad, por la espada romana fueron degollados, no por la idolatría, que en aquel tiempo no había, sino por la muerte del Hijo de Dios, cuando todo el pueblo a la vez clamó: "Quita, quita a tal: no tenemos rey sino al César" (Juan 19, 15). Y la imprecación de ellos con eterna condenación se ha cumplido: "Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos" (Mateo 27, 25). Habían cavado en efecto para Cristo una fosa, y habían dicho: "Quitémoslo de la tierra de los vivientes" (Isaías 53, 8). Quien fue de tanta misericordia para con ellos, que estando en la presencia del Padre, hablaba por ellos bien, para apartar su indignación de ellos, para que en la cruz también dijera: "Padre, perdónalos; pues no saben qué hacen" (Lucas 23, 34). Pasamos por alto las cosas manifiestas, para detenernos en las más oscuras, de ningún modo

interpretando los delirios de algunos y la cautividad de la Jerusalén celestial, sino persiguiendo la perspicua historia y la manifestísima profecía, con toda confianza de palabras y sentidos.

(Vers. 22, 23.) "Pues conducirás sobre ellos un ladrón de repente, porque cavaron fosa para tomarme, y lazos escondieron para mis pies. Mas tú, Señor, sabes todo el consejo de ellos contra mí para muerte. No seas propiciado a la iniquidad de ellos, y el pecado de ellos de tu faz no se borre. Háganse corrientes (o tropezando) en tu presencia, en el tiempo de tu furor abusa de ellos (o actúa en ellos)".

Si de Jeremías entendemos esto, refiramos el repentino ladrón a Nabucodonosor: si del Salvador, lo cual es tanto más verdadero como mejor, al ejército romano. Y para que no parezca injusta la sentencia de Dios, expone qué hicieron contra el Hijo de Dios, Cristo, y qué han padecido. Mas lo que añade: "No seas propiciado a la iniquidad de ellos, y el pecado de ellos de tu faz no se borre", de ningún modo es contrario a la anterior sentencia, en la cual por el pueblo ruega al Padre; sino que después que el tiempo dado de penitencia pasó, y aquellos en su crimen perseveran, los pueblos y los ancianos, no tanto por sí son castigados como por otros, para que el pecado no vengado no dañe a los demás con el ejemplo. Y lo que añade: "Háganse tropezando, o cayendo, en tu presencia", es semejante a aquello de Isaías y de Pedro el apóstol: "Y no tropezaréis como en piedra de ofensa, y piedra de escándalo" (Isaías 8, 14; 1 Pedro 2, 8). De lo cual también en los salmos el Profeta recuerda:

"La piedra que reprobaron los edificadores, esta misma ha sido hecha en cabeza de esquina. Por el Señor ha sido hecho esto" (Salmo 117, 22).

(Cap. XIX.---Vers. 1 sigs.) "Así dice el Señor: Ve y toma una lagunícula de alfarero de barro y de los ancianos del pueblo, y de los ancianos de los sacerdotes, y sal al valle del hijo de Enón, que está junto a la entrada de la puerta ficticia (o Charsith); y predicarás (o clamarás, o leerás) allí las palabras que yo hablaré a ti, y dirás: Oíd la palabra del Señor, reyes de Judá, y habitantes de Jerusalén".

Por "lagunícula de alfarero", que se llama *BOCBOC* () en hebreo, los LXX vertieron "doliolo", y por "puerta ficticia", Aquila, Símaco y Teodoción pusieron la misma palabra hebrea *HARSITH* (): por la cual los LXX según su costumbre por la aspiración de la letra *HETH*, añadieron la *CHI* griega, para decir *Charsith* por *Arsith*, así como aquello es por *Hebrón*, *Chebrón*, y por *Jerihó*, *Jericó*.

Vult por su parte la Escritura divina que no solo con los oídos sea enseñado el pueblo, sino también con los ojos. Más en efecto (como ya dijimos) en la mente se retiene lo que por la vista, que lo que por el oído llega al ánimo. "Toma", dice, "la lagunícula, o doliolo de barro, y de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes, y sal al valle del hijo de Enón", sobre el cual arriba dijimos, en el cual estaba el santuario de Baal, y el bosque, y el soto de Siloé irrigado por fuentes. Además, dice él, el mismo valle está junto a la puerta que en hebreo se llama *HARSITH* (), esto es, "ficticia"

(de barro). "Y predicarás, o leerás allí las palabras que yo hablaré contigo": para que allí se oigan las cosas que voy a decir. Por eso además (como ya dijimos) tanto "predicarás", como "clamarás", como "leerás" se pone, porque la palabra hebrea *CARATH* () significa estas tres cosas. Y quiere que las cosas que ha de decir, tanto los reyes de Judá oigan, como los habitantes de Jerusalén, esto es, tanto la estirpe regia como todo el pueblo, para que sean inexcusables quienes no quisieren oír.

(Vers. 4-6.) "Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo induciré aflicción (o males) sobre este lugar: de tal manera que a todo el que la oyere (o los oyere) le retiñirán sus oídos, por cuanto me abandonaron, y enajenaron este lugar, y libaron en él a dioses ajenos que no conocieron ellos ni sus padres ni los reyes de Judá. Y llenaron este lugar con la sangre de los inocentes, y edificaron los lugares excelsos de Baalim, para quemar a sus hijos con fuego en holocausto a Baalim; lo cual no mandé (ni pensé), ni hablé, ni ascendió a mi corazón".

Y este lugar algunos neciamente lo refieren a la Jerusalén celestial. Sobre lo cual, para que no estemos siempre amonestando, baste haber dicho esto: que se ha de evitar una explicación de este género, más aún una herejía, que subvierte lo manifiesto e intenta introducir ciertas prestidigitaciones en las Iglesias de Cristo. Para nadie es duda sino que en el Templo de Dios pusieron el ídolo de Baal, o en el santuario que estaba en el valle del hijo de Enón, donde estuvo tanto el

bosque de Baal como su ara, sobre la cual inmolaron y quemaron a sus hijos. Lo cual el Señor ni pensó, ni habló, ni ascendió a su corazón. No porque Dios no supiera las cosas futuras, sino porque dice que ignora las cosas indignas de su noticia, según aquello del Evangelio: "Apartaos de mí, obreros de iniquidad, no os conozco" (Lc 13, 27). Pues "conoce el Señor a los que son suyos" (2 Tim 2, 19). Y: "El que ignora, será ignorado" (1 Cor 14, 38). O ciertamente, estas cosas han de recibirse antropopáticamente acerca de Dios, al igual que otras. Además, todo hereje abandona a Dios, y enajena el lugar de la habitación de Dios, el cual hubiere contaminado con su fraude, y liba a dioses ajenos, que ni él mismo conocía, ni sus padres, a saber, los Apóstoles y los varones apostólicos; mas los reyes de Judá, esto es, los patriarcas de los herejes, llenan el lugar que antes era de Dios con la sangre de los engañados e inocentes. Pues si no fuere necio y simple, no es rápidamente subvertido. Y edifican los lugares excelsos de Baalim, mientras dicen que disputan sobre cosas sublimes. Y queman a sus hijos al ídolo, a quienes engendraron en la herejía. Todo lo cual dice el Señor que ignora, ni jamás ascendió a su pensamiento.

(Vers. 6.) "Por tanto, he aquí que vienen días, dice el Señor, y no se llamará más este lugar Tofet, y valle del hijo de Enón, sino valle de la matanza." LXX: "Por tanto, he aquí que vienen días, dice el Señor, y no se llamará más este lugar ruina y poliandrio del hijo de Enón, sino poliandrio de la matanza." Qué sea el valle del hijo de Enón, que

en hebreo se llama GEENNOM (גיהנם), de donde se piensa que también fue llamada gehenna, arriba dijimos. Me admiro, sin embargo, de qué quisieron para sí los LXX al poner para TOPHETH (תפת) diaptōsis (διάπτωσιν), esto es, ruina, y para valle, poliandrio (πολυάνδριον), lo que significa multitud de varones: a no ser tal vez por el hecho de que allí cayó el pueblo, y fue muerta una multitud de hombres, o espiritualmente, en el error de la idolatría, o según la letra, por el ejército babilonio, lo cual se lee más manifiestamente en lo que sigue.

(Vers. 7 sigs.) "Y disiparé el consejo de Judá y de Jerusalén en este lugar, y los subvertiré con la espada en presencia de sus enemigos, y en la mano de los que buscan sus almas, y daré sus cadáveres para que sean comida de las volátiles del cielo y de las bestias de la tierra, y pondré esta ciudad en estupor y en silbido. Todo el que pasare por ella se estuporecerá, y silbará sobre toda la plaga de ella. Y los alimentaré con las carnes de sus hijos, y con las carnes de sus hijas, y cada uno comerá la carne de su amigo, en el asedio y en la angustia, en la cual los encerrarán sus enemigos, y los que buscan sus almas".

Aunque sabemos que estas cosas también sucedieron al pueblo en la cautividad babilónica, sin embargo se refieren más plenamente a los tiempos del Salvador, cuando fueron sitiados por Vespasiano y Tito, y su ciudad, en los tiempos de Adriano, colapsó en cenizas eternas, de modo que quienes habían ofrecido sus hijos a los ídolos, ellos mismos después compelidos por la

necesidad del hambre, los convirtieron en uso de alimentos, y las carnes de todos fueron dadas a las volátiles del cielo y a las bestias de la tierra: de modo que quienes habían abusado de los dones del Señor para la impiedad, y habían inmolado sus propias vísceras a los ídolos, hicieran de sus vientres sepulcros de sus hijos.

(Vers. 10, 11.) "Y romperás la lagúncula ante los ojos de los varones que irán, o saldrán contigo. Y les dirás: Esto dice el Señor de los ejércitos: Así romperé a este pueblo, y a esta ciudad, como se rompe el vaso del alfarero, que no puede ya más ser restaurado." Claramente esto se dice no de la cautividad babilónica, sino de la romana. Pues después de los babilonios, por cierto, tanto la ciudad fue restaurada, como el pueblo reconducido a Judea, y restituido a su abundancia prístina. Mas después de la cautividad que ocurrió bajo Vespasiano y Tito, y después ocurrió bajo Adriano, las ruinas de Jerusalén han de permanecer hasta la consumación del siglo, aunque los judíos piensen para sí que se ha de restaurar una Jerusalén áurea y enjoyada, y de nuevo las víctimas, y los sacrificios y los matrimonios de los santos, y el reino en la tierra del Señor Salvador. Las cuales cosas, aunque no seguimos, sin embargo no podemos condenar, porque muchos de los varones eclesiásticos y Mártires dijeron estas cosas. Y cada uno abunde en su propio sentido, y todas las cosas se reserven al juicio del Señor (Rom 14). Mas así como el vaso ficticio y de barro, si fuere roto, no puede ser reformado a su antigua especie: así también el pueblo de los judíos y la

Jerusalén subvertida, no tendrán su estado prístino. Finalmente, está vacío hoy el nombre de la misma ciudad, y por Elio Adriano es llamada Elia, y con la habitación prístina, perdió también el nombre prístino, para abatir la soberbia de sus habitantes. Mas los vocablos de la Santa Cruz y de la Resurrección no significan la ciudad, sino el lugar; ni la otrora magnitud de riquezas, por la cual pereció el pueblo de los judíos, sino la gloria de la santidad, que nuestra pobrecilla Belén posee, no teniendo oro ni gemas, sino el pan que en ella nació.

(Vers. 12.) "Y en Tofet se sepultarán (o sepultarán), por cuanto no haya otro lugar para sepultar. Así haré a este lugar, dice el Señor, y a sus habitadores, y pondré esta ciudad como Tofet (o como ruina), y serán las casas de Jerusalén y las casas de los reyes de Judá, como el lugar de Tofet (o de la ruina)." Mas lo que en los LXX se inserta: "Todas las casas de los reyes de Judá, como el lugar de Tofet," en el hebreo no se tiene. Y sigue:

(Vers. 13.) "Inmundas todas las casas, en cuyos tejados sacrificaron a toda la milicia del cielo, y libaron libaciones a dioses ajenos." Lo que arriba había dicho: "No se llamará más este lugar Tofet, y valle del hijo de Enón, sino valle de la matanza", ahora lo pone más manifiestamente, que tan grande ha de ser la mortandad en el lugar mismo, que allí el pueblo sea sepultado en montones, y el bosque otrora de religión, se haga un túmulo de muertos. La misma ciudad también, que sobre este lugar inminente está, hágase como Tofet, por lo cual los LXX tradujeron ruina. Las casas

también de Jerusalén, y los palacios de los reyes, se conviertan en ruinas semejantes. Y se da la causa, por cuanto fueron inmundas, y polucionadas por el crimen de la idolatría, por cuanto en los terrados y tejados de ellas, al sol y a la luna y a las estrellas del cielo inmolaron, e inciensos quemaron; ni con este error estuvieron contentos, sino que inmolaron a los demonios, y libaciones derramaron a dioses ajenos (Sof 1).

(Vers. 14, 15.) "Vino además Jeremías de Tofet, adonde lo había enviado el Señor para profetizar, y se puso en el atrio de la casa del Señor, y dijo a todo el pueblo: Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo induciré sobre esta ciudad, y sobre todas las ciudades de ella, todos los males que he hablado contra ella, por cuanto endurecieron su cerviz para no oír mis sermones." Después que en Tofet, presentes los seniores del pueblo que había llevado consigo, Jeremías rompió la lagúncula, o doliolo, y profetizó por las palabras del Señor para el quebrantamiento del pueblo y de la ciudad de Jerusalén, regresa y se pone en el atrio de la casa del Señor, y habla a toda la multitud, que al lugar de Tofet ir no había querido, que ha de inducir el Señor sobre la ciudad de Jerusalén, y sobre todas las ciudades de ella, todos los males que habló contra ella. Y para que no pensemos que es cruel la sentencia, da las causas de por qué ha de inducir los males. "Por cuanto," dice, "endurecieron su cerviz para no oír mis sermones:" ni siquiera después de muchas impiedades, queriendo hacer penitencia.

(Cap. XX.---Vers. 1, 2.) Y oyó Fasur hijo de Emer el sacerdote, que estaba constituido príncipe en la casa del Señor, a Jeremías profetizando estos sermones. Y hirió Fasur a Jeremías el profeta, y lo envió al nervio que estaba en la puerta de Benjamín superior en la casa del Señor. Por Fasur los Setenta tradujeron Phascor, que se interpreta negrez de la boca, y por nervio, el cual nosotros dijimos, los Setenta y Teodoción vertieron cataracten, Símaco basanistērion (βασανιστήριον) o streblōtērion (στρεβλωτήριον), lo cual ambos significan tormentos. Nosotros además dijimos nervio al modo vulgar, el cual género de tormento también leemos en los Hechos de los Apóstoles, cuando los apóstoles Pablo y Silas fueron dados a la custodia de la cárcel (Hech 16). Este además era el pontífice del Templo, y abusa en perverso de la dignidad del Sacerdocio que le fue dada, no para que enseñe, y corrija con el sermón; sino para que aterre con crueldades (Jn 19). De donde también el Salvador y el apóstol Pablo por el mandato del pontífice son golpeados (Hech 16). Ni es maravilla si hoy los siervos de Dios son muertos por Fasur, y son enviados a la cárcel, y son reservados en horrible custodia. Se da pues esta potestad por Dios; para que se muestre la fe de los Profetas. Ni sin embargo es mayor aquel que golpea, sino más fuerte este que es golpeado. Y pacientemente el Profeta recibe el juicio de Dios, ni clama contra los golpes, sino que considera al que manda. EMER (אמר) suena a palabra, de lo cual a menudo se genera la negrez, no por vicio del progenitor, sino por el crimen del que degenera. El tormento ade-

más, con el que es atormentado el Profeta, se ve en la parte derecha, que se interpreta Benjamín; y en la puerta sublime, que no indica la verdad, sino la injusta potestad del pontífice.

(Vers. 3.) Y cuando hubo amanecido al día siguiente, sacó Fasur a Jeremías del nervio, y dijo a él Jeremías: No Fasur llamó el Señor tu nombre, sino pavor por todas partes. Y aquí tanto el nombre del pontífice, como el género del tormento, semejantemente todos como arriba interpretaron. Se cambia además el nombre del pontífice, para que por el nombre se demuestre el suplicio de las cosas futuras. De ningún modo, dice, tendrás negrez de la boca, e imperio de injusta potestad; sino que serás llevado cautivo a Babilonia, esto pues significa pavor por todas partes o por el circuito: para que temblando e incierto de tu propia salud, mires a un lado y a otro, y reformides a los adversarios que vienen contra ti. Por pavor, lo que en hebreo está escrito MAGUR (מגור), los LXX y Teodoción interpretaron metoikon (μέτοικον), esto es, migrante, la segunda edición de Aquila peregrino, la primera que mira alrededor, Símaco arrebatado o congregado y coaccionado.

(Vers. 4-6.) "Porque esto dice el Señor: He aquí que yo te daré por pavor, y a todos tus amigos, y caerán por la espada de sus enemigos, y tus ojos lo verán: y a todo Judá daré en mano del rey de Babilonia, y los traducirá a Babilonia, y los herirá con espada. Y daré toda la sustancia (o fortaleza) de esta ciudad, y todo el trabajo de ella, y todo el precio (o gloria, y todos los tesoros de los reyes de Judá daré en mano de sus enemigos, y los depre-

darán, y los tomarán y los llevarán a Babilonia. Tú además Fasur, y todos los habitadores de tu casa, iréis a la cautividad, y a Babilonia vendrás, y allí morirás, y allí serás sepultado, tú y todos tus amigos, a quienes profetizaste la mentira". Según la anterior interpretación, por la cual el nombre de Fasur había sido cambiado, para que se llamara Magur, todos semejantemente tradujeron, para que significaran o pavor, o peregrinación, o sublación y traslación, y congregación. Y lo amenaza con que él con sus amigos ya ya han de ser capturados, y han de ser entregados a las manos de los enemigos, y todo el pueblo de la tribu de Judá ha de ser obtenido por las manos del rey babilonio, y otros han de ser muertos por la espada, y otros han de ser llevados a la cautividad, y todas las riquezas tanto de la ciudad como de los tesoros regios han de ser capturadas por los enemigos, y el mismo Fasur con toda su cognación y familia ha de ser llevado a la cautividad, y en Babilonia ha de morir, por cuanto a su pueblo con la mentira engañó, de ningún modo prometiéndoles cosas verdaderas y tristes, sino cosas prósperas por la mentira. Y al mismo tiempo se ha de advertir la paciencia y prudencia del Profeta, que enviado a la cárcel calla, y con el silencio vence la injuria, ni sin embargo disimula lo que sabe que ha de venir, para que al menos así el pseudoprofeta pontífice desista de pecar, y depreque la clemencia de Dios.

(Vers. 7, 8.) "Me sedujiste, Señor, y seducido estoy, (o me engañaste, Señor, y engañado estoy). Más fuerte que yo fuiste y prevaleciste (o obtu-

viste y pudiste). He sido hecho en irrisión todo el día, todos me subsanan; porque ya desde hace tiempo hablo, vociferando la iniquidad, y la vastidad clamo (o porque por mi palabra amarga reiré la prevaricación, y la miseria invocaré)". Dice el Profeta que por el Señor fue engañado, porque al principio oyendo: "Profeta en las naciones te di" (Supra I, 5). Y otra vez: "He aquí que te constituí hoy sobre las naciones y sobre los reinos, para que arranques y destruyas, y disperses y disipes, y edifiques y plantes" (Ibíd. 10), juzgó que él nada contra el pueblo de los judíos, sino contra diversas naciones en el circuito había de decir. De donde también la profecía libremente asumió; y sucedió por el contrario, que predicando la cautividad de Jerusalén, sufriera persecuciones y angustias. Y lo que introdujo: "He sido hecho en irrisión todo el día, todos me subsanan:" por cuanto estiman que él mintió en todo, y todo lo que predijo que había de venir, fueron mentiras. Y el Profeta en efecto enseguida había pensado que sería lo que el Señor amenazaba, y el pueblo estimaba que de ningún modo ya vendría, lo que enseguida no había venido. Y vocifero la vastidad babilonia y la iniquidad de los enemigos por la cual ha de ser oprimido mi pueblo. Pero si seguimos a los Setenta en lo que dijeron: "porque por mi palabra amarga reiré la prevaricación, y la miseria invocaré," este es el sentido: Sé que la presente tristeza ha de ser conmutada por el futuro gozo, según aquello que está escrito: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán" (Mt 5, 5); y por eso la miseria, y la iniquidad y la aflicción

libremente sostengo, de tal modo que las deseo e invoco; y compenso la brevedad de la injuria con la eternidad de la felicidad.

(Vers. 9, 10.) "Porque se ha hecho para mí el sermón del Señor en oprobio, y en irrisión todo el día. Y dije: No me acordaré de él (o no nombraré al Señor), ni hablaré más en su nombre. Y se hizo en mi corazón como fuego ardiente, y cerrado en mis huesos, y desfallecí (o disuelto estoy), no soportando el llevarlo. Pues oí las contumelias (o vituperación) de muchos, y el terror en el circuito (o de los congregados de todas partes), perseguidle, y persigámosle".

Clamando yo y diciendo, que ya vendría el ejército babilonio, y que la espada hostil lo depredaría todo, se convirtió para mí el sermón del Señor en oprobio e irrisión, mientras piensan que la tardanza de la profecía es mentira. Por lo cual decreté en mi mente, que ya no hablaría al pueblo con las palabras de Dios, ni nombraría su nombre. Lo cual habiendo yo decretado por cierto con pudor, aunque neciamente, "se hizo," dice, "en mi corazón como fuego ardiente y cerrado en mis huesos;" o por todas partes fui disuelto, de tal modo que no podía soportarlo. Pues el sermón divino concebido en el ánimo, y no proferido por la boca, arde en el pecho. De donde también Pablo habla: "Si evangelizare, no es para mí gloria: pues la necesidad me incumbe. Pues ¡ay de mí!, si no evangelizare; pues si queriendo esto hago, merced tengo: mas si invito, la dispensación me ha sido acreditada" (1 Cor 9, 16. 17). Y en Atenas viendo la ciudad entregada a la idolatría, se inci-

taba en su espíritu, y con toda su mente fervía (Hech 17). Y después de un poco en el mismo volumen leemos: "Mas cuando hubieron venido de Macedonia Silas y Timoteo, instaba en el verbo Pablo, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo" (Hech 18). Pero también muchísimos de los Doctores en la Iglesia hasta hoy sostienen cosas semejantes, oyendo la vituperación de muchos congregados contra ellos en el circuito, y diciendo: "Perseguidle, y persigámosles."

(Vers. 11.) "Todos los varones, que eran mis pacíficos, y que custodiaban mi lado: si de algún modo fuere engañado, y prevalezcamos contra él, y consigamos la venganza de él. Mas el Señor conmigo está como guerrero fuerte." Cuando los adversarios hubieren surgido, y los que otrora amigos y pacíficos fueron se hubieren convertido a las guerras, y hubieren querido tendernos insidias, no nos cuidemos grandemente; sino deseemos decir esto que el Profeta habla: "Mas el Señor conmigo está como guerrero fuerte." Por tanto los que me persiguen, caerán y débiles serán (o por tanto persiguieron, y no pudieron entender). Confúndanse vehementemente, porque no entendieron el oprobio (o ignominia) sempiterno, que nunca se borrará. Porque persiguieron, por tanto no pudieron entender el sermón profético, y a la ignorancia la siguió una confusión vehemente, ni entendieron la ignominia sempiterna, que los obtendrá, y por ningún olvido se borrará. Digan pues lo que quieran los varones otrora pacíficos, y que custodiaban mi lado, y deseaban engañarme, con tal que al varón justo y doctor de

la Iglesia después de la persecución tan grande vindicta, y tan grandes premios le sigan.

(Vers. 12.) "Y tú, Señor de los ejércitos, probador del justo (o que pruebas las cosas justas) que ves los riñones y el corazón, vea yo ruego tu venganza de ellos, pues a ti revelé mi causa" (Lc 6). Solo es el Señor, quien sepa probar la justicia, del modo que solo es él, quien conspicua las cosas internas del corazón. De donde también Jesús conociendo las cogitaciones de los hombres, no por provecho, como algunos piensan, sino por naturaleza es Dios. Algo tal suena también en los salmos: "No se justificará en tu conspecto todo viviente" (Sal 142, 2). Si el viviente por las virtudes no se justificará, ¿cuánto más el que por los pecados está muerto? Y como se sepa justo el tener a Dios por propugnador, sin embargo por la impaciencia de la fragilidad humana, lo que sabe que ha de venir, ya ahora desea verlo. Al cual también reveló su causa, quien dice en otro lugar: "A mí la vindicta, y yo retribuiré, dice el Señor" (Dt 32, 35). Feliz además la conciencia, cuya causa al Señor se revela (Heb 10, 30), diciendo el Apóstol: "Todo lo que se manifiesta, luz es" (Ef 5, 13).

(Vers. 13.) Cantad al Señor, alabad al Señor, porque libró el alma del pobre de la mano de los pésimos [Vulg. de los malos]. El que es pobre de espíritu, y no tiene riquezas, que recibieron en este siglo su consolación, de las cuales también Pablo habla: Solo que de los pobres fuéramos memoriosos (I Cor. XIII), cuando hubiere de parte del Señor la venganza conseguido, al Señor alaba en espíritu, y de haber sido de la mano de los

pésimos arrancado se gloría. Pero todo esto se hace, no por nuestro mérito, sino por la gracia de aquel que al pobre libró, ni tiene las riquezas de la soberbia que cae; sino la humildad del pobre librado.

(Vers. 14 sigs.) Maldito el día en que nací, el día en que me parió mi madre no sea bendito. Maldito el varón (o el hombre) que anunció a mi padre diciendo: Te ha nacido un hijo varón, y como con gozo lo alegró. Sea aquel hombre como son las ciudades que subvirtió el Señor, y no le pesó: oiga clamor a la mañana, y aullido en el tiempo meridiano, el cual no me mató desde la vulva, para que se me hiciera mi madre sepulcro, y su vulva un concepto eterno. ¿Por qué de la vulva salí, para que viera el trabajo y el dolor, y se consumieran en la confusión mis días? Los que piensan que las almas estuvieron en las regiones celestiales, y de mejor a peor estado fueron precipitadas, de este y de testimonios de esta clase se valen, porque a saber fuera mejor en las celestiales que en las terrenas morar, y el cuerpo de la humildad asumir: nuevas ciertas, o más bien ya viejas argumentaciones de su herejía buscando. Nosotros en verdad leyendo aquello del bienaventurado Job: Maldito el día en que nací, y aquella noche en que dijeron: He aquí un varón (Job 3, 3). Y: Maldito el hombre que anunció a mi padre, diciendo: Te ha nacido un niño, a este testimonio coaptamos, que a saber sea mejor no ser, que vivir en suplicios, según aquello que escrito está: La muerte es descanso para el varón, al cual cerró Dios su camino (Ecli. 22, 11). Y de nuevo: ¿Por qué fue dada al

mísero la luz, y la vida a estos que en amargura de alma están? (Job 3, 20). Y en el Evangelio simplemente dicho leemos: Mejor le fuera si nacido no hubiese (Mat. 26, 24): no porque haya quien nacido no haya sido; sino porque mejor es no ser, que ser mal. Pues una cosa es del todo no ser, otra cuando se es, sin ninguna intermisión ser cruciado, del modo que la muerte quieta a la vida de miseria preferimos. De donde también Amós llama al día de las tinieblas, día de aflicción (Amós 5). Y Jacob por aquello que vivió en trabajo y angustia, a los días de su vida pequeños y pésimos llama (Gén. 47). Y Pablo apóstol dice: Para que nos arrancara del presente siglo inicuo (Gál. 1, 4). Y de nuevo: Redimiendo el tiempo porque los días malos son (Efhes. 5, 16).

(Cap. XXI.---Vers. 1 sigs.) La palabra que fue hecha a Jeremías de parte del Señor, cuando envió a él el rey Sedecías a Fasur hijo de Melquías, y a Sofonías hijo de Maasías el sacerdote, diciendo: Interroga por nosotros al Señor, porque Nabucodonosor rey de Babilonia pelea contra nosotros, si por ventura haga el Señor con nosotros según todas sus maravillas, y se retire de nosotros. Arriba el pontífice Fasur, o Faschor, que hirió a Jeremías, tuvo por padre a Emmer (Supra. XX). Este en cambio Fasur es hijo de Melquías. Esto por eso, para que nadie lo piense el mismo. Envía en cambio el rey Sedecías al Profeta, no queriendo ni que el pueblo sepa, ni los príncipes, para que en oculto por legados el nuncio reconozca, qué sentencia tenga el Señor sobre la ciudad de Jerusalén, y el pueblo de los judíos. Y lo que introduce: Porque

Nabucodonosor rey de Babilonia pelea contra nosotros, muestra que ya obsesa Jerusalén, de parte del Profeta esto sciscitara Sedecías. Y ha de ser notado, que en los Profetas, y máximamente en Ezequiel, y Jeremías, de ningún modo el orden de los reyes y de los tiempos se sirve: sino preposteramente, lo que según la historia después fue hecho, antes sea referido: y lo que antes fue gestado, después. Pues una cosa es la historia, otra la profecía escribir: como en el presente lugar, Sedecías, que con la ciudad de Jerusalén capturado fue, enviando es escrito a Jeremías, y en aquel tiempo, en que era obsesa Jerusalén, y después se narra la historia de Joacim hermano suyo, que antes de él rey fue: y de Joachin, esto es, Jeconías, que fue hijo de Joacim, sobre los cuales se dirá en los siguientes.

(Vers. 3 sigs.) Y dijo Jeremías a ellos: Así diréis a Sedecías: Esto dice el Señor Dios de Israel: He aquí yo convertiré los vasos de guerra (o las armas bélicas) que están en vuestras manos, y con las cuales pugnáis contra el rey de Babilonia, y los caldeos, que os obsesionan en el circuito de los muros: y los congregaré a ellos (o a ellas) en medio de esta ciudad, y os debelaré en mano extendida, y brazo fuerte (o excelso) y en furor, y en indignación, y en ira grande. Y heriré a los habitadores de esta ciudad: hombres y jumentos por una peste grande morirán. En vano, dice, queréis repugnar a los caldeos obsesionantes, y armas bélicas preparáis, de las cuales en medio solamente de la ciudad uso tendréis, para que armados parezcáis estar. Por lo demás, con ellos

obsesionando, yo os debelaré en mano extendida y brazo fuerte y con mi furor e indignación heriré: para que tanto vosotros como todo lo que spira, por el hambre y la peste en medio de la ciudad muera. Lo cual por cierto también hecho leemos. Pues sin ninguna corona [de asedio], y estrépito de los que pugnan, ciudad tanta por la obsesión capturada fue, que a quienes vencieran no tuvieran, sino a quienes solamente capturaran: Mejores, dice, fueron los vulnerados por la espada, que los occisos por el hambre.

(Vers. 7.) Y después de esto, dice el Señor: Daré a Sedecías rey de Judá, y a sus siervos, y a su pueblo, y a los que quedaron en esta ciudad de la peste, y de la espada, y del hambre, en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, y en mano de sus enemigos, y en mano de los que buscan su alma: y los herirá en el filo de la espada, y no se flectará, ni perdonará, ni se misericordiará. Esto que nosotros tradujimos: En mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, y en mano de sus enemigos, en los Setenta no se tiene. Y por aquello que nosotros dijimos: No se flectará, ni perdonará, ni se misericordiará, los Setenta tradujeron: No perdonaré, ni me misericordiaré. Y mejor es según el Hebreo, para que la cruel sentencia e inflexible, más del rey babilonio, que del Señor parezca ser. Primero en cambio sobre toda la ciudad fue profetizado: ahora propiamente a Sedecías se predice, y a su pueblo, los que residuos fueren después de la peste, la espada, y el hambre, que por Nabucodonosor rey babilonio ha de ser capturado, y muerto con sus amigos por la espada: ni ninguna

misericordia de él espere, cuyo pacto y necesidad [alianza] por el perjurio desertó.

(Vers. 8 sigs.) Y a este pueblo dirás: Esto dice el Señor: He aquí yo doy ante vosotros el camino de la vida, y el camino de la muerte. El que habitare en esta ciudad, morirá por la espada, el hambre, y la peste. El que en cambio saliere, y trasfugiere a los caldeos, que os obsesionan, vivirá, y será para él su alma como despojo. Pues puse mi faz sobre esta ciudad para el mal, y no para el bien, dice el Señor. En mano del rey de Babilonia será dada, y la quemará con fuego. A estos que por el rey enviados fueron, y al Profeta habían venido para deprecar, que interrogara por ellos al Señor, lo superior había respondido, y las cosas que refirieran al rey Sedecías. Ahora exhorta que respondan al pueblo, y da consejo de que trasfuyan a los caldeos, contra la regia voluntad, lo cual que peligroso fue para el Profeta, nadie lo ignora. De donde también la muerte para sí impreca y dice: Maldito el día en que nací (Jer. 20, 14). Y: ¿Por qué de la vulva salí, para que viera el trabajo y el dolor (Ibíd., 18)? No porque sea leve, a los aún no capturados dar consejo, de entregarse ellos de grado a la cautividad, como si a los que han de sufrir naufragio se les imperara, que antes del naufragio y de la disipada nave, los remos y las tablas arrebataran, y se entregaran a las ondas: sino porque más tolerable sea, de cualquier modo capturados vivir, que por la espada, el hambre, y la peste ser consumidos. Hay quienes este lugar según la tropología así edisen, que mejor es a las seculares entregarse disciplinas, y máximamente

a la filosofía, que en aquella permanecer Iglesia, en la cual haya hambre del sermón de Dios, y todo el pueblo, por la espada de los herejes y por la penuria de doctrina, y por la peste herética muera.

(Vers. 11, 12.) Y a la casa del rey de Judá: Oíd la palabra del Señor casa de David. Esto dice el Señor: Juzgad a la mañana juicio, y arrancad al oprimido de la mano del calumniante, para que por ventura no salga (o para que no salga) como fuego mi indignación, y se encienda, y no haya quien extinga, por la malicia de vuestros estudios. Lo que sigue: Por la malicia de vuestros estudios, en los Setenta no se tiene. Porque arriba había dicho: Y a este pueblo dirás, esto dice el Señor, consecuentemente ahora introduce: y a la casa del rey de Judá: para que se subentienda: dirás, esto dice el Señor: *apo koinou* en efecto tanto lo superior como lo inferior se juntan; para que sea el sentido: Y a este pueblo dirás, esto dice el Señor. Propiamente en cambio el sermón se hace a la casa regia, por cuya culpa máximamente la ciudad es obsesionada, para que emiende el error con la penitencia, y la clemencia del Señor consiga. Juzgad, dice, a la mañana juicio, no en las tinieblas de la iniquidad, sino en la luz de la justicia. Y arrancad al oprimido por la fuerza, de la mano del calumniador, para que no aceptéis persona en el juicio, sino que a los ricos oprimiendo a los pobres, más entre vosotros el imperio de Dios valga, que la potencia del perseguidor. Y si, dice, esto hiciereis, de ningún modo se encenderá en vosotros el fuego de mi furor, ni hallará materia que consuma. Increíble

en este lugar la clemencia de Dios se demuestra, de modo que de aquellos sobre los cuales arriba había dicho: Pues puse mi faz sobre esta ciudad para el mal, y no para el bien; en mano del rey de Babilonia será entregada, y la quemará con fuego, ya ingruendo la sentencia del Señor, los provoque a la salud. No porque ignore que la ciudad de Jerusalén ha de ser capturada; sino porque libre al hombre se reserva el arbitrio, para que no por ignorancia de lo futuro, sino por voluntad propia parezcan perecer. Del modo que también el Salvador sabía que el Apóstol lo habría de negar, y que él mismo había de ser crucificado: puesto que esto a los Apóstoles a menudo había predicho, y nada menos conmonía, queriendo corregirlos a la penitencia; para que lo que después sustentaron, por su vicio les haya acontecido, no por la dureza del que amenaza.

(Vers. 13, 14.) He aquí yo contra ti habitadora del valle sólido y campestre, dice el Señor, que decís: ¿Quién nos herirá (o aterrará)? ¿Y quién entrará en nuestras casas? Y visitaré sobre vosotros; y lo que sigue: según el fruto de vuestros estudios, dice el Señor, en los LXX no se tiene. Y encenderé, dice, fuego en su selva, y devorará todo en su circuito. Por habitadora del valle sólido y campestre, los Setenta tradujeron: He aquí yo contra ti, que habitas en el valle SOR campestre, por lo cual Símaco interpretó 'piedra', Teodoción 'obsesa'; la primera edición de Aquila 'sólida', la segunda 'Tiro'. Pues Sor o Sur en lengua hebrea tanto 'Tiro', como 'sílice', y 'estrechada' suena. Habla en cambio contra Jerusalén que por la obsesión vallada

está, o en semejanza de Tiro, como por un mar grande, así por el ejército babilonio es ceñida, y evadir no puede; o ciertamente la que se piensa a instar de una piedra durísima inexpugnable y robusta por la solidez de los muros y la magnitud, y dice: ¿Quién aterrarnos podrá? ¿Y quién entrará en nuestras casas? cuando por el contrario hable Dios: Yo os visitaré; evadir mi ojo no podréis. Os visitaré en cambio para la pernicie, y os daré el fruto de vuestra malicia. Y yo encenderé fuego en vuestra selva. No el babilonio, como pensáis, no el rey de los caldeos; sino mi ira todo esto perficionará. Llama en cambio 'selva' a Jerusalén, y a toda la región alrededor, que no tiene los árboles frugíferos de las buenas obras, porque está para el incendio preparada. Y bellamente llama al valle 'campestre', porque es pervia para los enemigos: y no 'monte excelso', que dificultosamente puede ser ascendido, según lo que también en Isaías se dice: Visión del valle de Sión (Isa. 22, 1). Todo lo que a la casa regia, y a la ciudad metrópolis se profetiza, refiramos al orden eclesiástico, y a los príncipes de las Iglesias, a aquellos al menos que a la soberbia y a las riquezas y a la lascivia se hubieren entregado. Ni enseguida porque la casa regia es, de la destrucción será librada, del modo que también los que de la estirpe fueron de David, pocos de sobra fueron hallados, que pluguieran al Señor como el mismo David.

(Cap. XXII.---Vers. 1 sigs.) Esto dice el Señor: Desciende a la casa del rey de Judá, y hablarás allí esta palabra, y dirás: Oye la palabra del Señor, rey de Judá, que sientas sobre el solio de David,

tú y tus siervos y tu pueblo, que entráis por estas puertas. Esto dice el Señor: Haced juicio y justicia, y librad al oprimido por la fuerza de la mano del calumniador, y al advena y al pupilo y a la viuda no queráis contristar, ni oprimáis inicua (o impíamente), y sangre inocente no efundáis en este lugar. Pues si haciendo hiciereis esta palabra, entrarán por las puertas de esta casa reyes sentados del género de David sobre su trono, y ascendiendo carros y caballos, ellos y sus siervos, y su pueblo. Pero si no oyereis estas palabras, por mí mismo juré, dice el Señor, que en soledad será esta casa.

Esta visión, o más bien este sermón del Señor, o antes se hace al Profeta de que Sedecías nuncios a él enviara, o ciertamente después de que a los nuncios preceptuó qué al rey referir debieran, se preceptúa a Jeremías, que de ningún modo por nuncios hable al rey, sino que él mismo vaya al palacio, y allí le hable a él. Y al mismo tiempo advirtamos la divina sabiduría, que por nuncios manda que cosas tristes sean anunciadas, mixtas también con prósperas, si hiciere el rey penitencia. Aquí en cambio porque a él mismo se le impera que vaya, no anuncia cosas tristes, y la cautividad ya ya por venir; sino que monesta qué deba hacer para que evite la impendiente sentencia de Dios. De los reyes en cambio es propio hacer juicio y justicia, y librar de la mano de los calumniadores a los oprimidos por la fuerza, y al peregrino, y al pupilo, y a la viuda (que más fácilmente son oprimidos por los potentes) prestar auxilio. Y para que el cuidado de ellos por los

preceptos de Dios mayor inyectara, introdujo: No queráis contristar, para que no solo no arrebatéis, sino que ni sufráis siquiera por vuestra connivencia ser por otros contristados. Y sangre inocente no efundáis en este lugar. Pues a los homicidas y sacrílegos y venenarios punir, no es efusión de sangre, sino ministerio de las leyes. Si, dice, esto hiciereis, oh reyes de Judá, tendréis la prístina potestad, y con el ámbito y la gloria regia por las puertas de Jerusalén entraréis.

(Vers. 6-8.) Porque esto dice el Señor sobre la casa (o a la casa) del rey de Judá: Galaad, tú para mí cabeza (o principio) del Líbano, si no te pusiere en soledad, ciudades inhabitables. Y santificaré [Al. edificaré] sobre ti al hombre que mata, y sus armas: y sucidarán tus electas cedros, y las precipitarán (o enviarán) al fuego, y pertransirán gentes muchas por esta ciudad, y dirá cada uno a su próximo: ¿Por qué hizo el Señor así a esta ciudad tan grande? Y responderán: Por aquello que dereliquieron el pacto del Señor Dios suyo, y adoraron dioses ajenos, y sirvieron a ellos.

Galaad, la cual poseyó la media tribu de Manasés, tras el Jordán la Escritura la conmemora. En cuyo monte Labán al que huía consecució a Jacob, y el monte según el Génesis el nombre recibió de *soros*, esto es, túmulo del testimonio, por aquello que allí Jacob y Labán juraron, en un acervo con piedras congregadas (Gén. 31). Es en cambio cabeza, o principio del Líbano monte excelso, el cual todo de cedros sembrado está, según aquello de David cantando: Y conmoverá el Señor los cedros del Líbano (Sal. 28, 5). Y en otra

parte: Vi al impío superexaltado, y elevado como los cedros del Líbano (Sal. 36, 35). Y en Zacarías leemos: Abre, Líbano, tus puertas, y coma el fuego tus cedros (Zac. 11, 1). Por tanto en el presente lugar, porque a la casa regia hablaba, por metáfora habla al Templo, o a la casa de la estirpe de Judá, que ella misma esté en lo excelso, o que del Templo, y del Sagrario, de todos los pecados los remedios eran pedidos. De donde también este mismo profeta conmemora: ¿Acaso resina no hay en Galaad, o médico no hay allí? ¿Por qué no ascendió la curación de la hija del pueblo mío? (Supra 8, 21). Conmina por tanto a la casa regia, y a la ciudad de Jerusalén, y al Templo, al cual llama cabeza del Líbano, que ha de ser reducido a la soledad con todas sus ciudades: no por la potencia del rey babilonio, sino por la jussión del Señor, que dice: Santificaré sobre ti al que mata. Santo en cambio es llamado Nabucodonosor, y todo su ejército, porque exsequia la sentencia de Dios. Y sucidarán, dice, tus electas cedros, a saber los nobles varones, y enviándolos al fuego.

(Vers. 10, 11.) No lloréis al muerto, ni os lamentéis sobre él: llorad con llanto al que se va: porque no volverá más, ni verá la tierra de su nacimiento. Porque esto dice el Señor a Salum hijo de Josías rey [Vulg. del rey] de Judá, que reinó por Josías su padre, que salió de este lugar: no volverá aquí más; sino en el lugar al cual lo trasladé, allí morirá, y esta tierra no verá más.

Josías el rey justo tuvo tres hijos, Joacaz, y Joaquín, y Sedequías, de los cuales al primero Faraón Necao rey de Egipto llevó cautivo a Egipto,

y allí murió, y constituyó por él rey a Eliaquín [Al. Joaquín] su hermano (4 Rey. 23, 24 y 25). Muerto este, reinó su hijo Jeconías, el cual por Nabucodonosor rey babilonio, con su madre, y los príncipes fue llevado al cautiverio: por el cual reinó su tío Sedequías quien, capturada Jerusalén, fue llevado a Babilonia. Se pregunta por tanto, ¿quién sea este que no deba ser llorado, y haya de ser llevado al cautiverio, y más no haya de volver, habiendo sido tres capturados, y trasducidos? Los hebreos piensan que esto conviene a todos, esto es, tanto a Joacaz, como a Jeconías, y a Sedequías: y que se llaman todos los hijos de Josías Sellem, o Sellum, lo cual se interpreta consumación, o completamiento; por aquello que el reino de Judá en ellos fue acabado. A mí en cambio propiamente esto me parece decirse de Sedequías, de quien tanto del presente, como del pasado capítulo es la profecía, en el cual verdaderamente el reino de Judá fue acabado, bajo el cual también la ciudad fue capturada: y llevado a Babilonia, allí murió se escribe. Este es Salum, esto es, consumación y completamiento, hijo de Josías, rey de Judá, que reinó por Josías su padre. Jeconías en cambio no fue hijo, sino nieto de Josías, hijo de Joaquín: para que desde el principio de la visión, cuando envió a Jeremías el rey Sedequías a Fasur hijo de Melquías, y a Sofonías hijo de Maasías el sacerdote, hasta este capítulo, entendamos que todas las cosas al rey, y del rey Sedequías se dicen (Supra 21).

(Vers. 12 sigs.) ¡Ay de aquel que edifica su casa con injusticia, y sus coenáculos no con juicio! A

su amigo oprime [Vulg. oprimirá y devolverá] en vano, y la merced de él no le devuelve. Que dice, edificaré para mí una casa ancha, y coenáculos espaciosos, que abre para sí ventanas, y hace artesonados cedrinos, y pinta con sinópide. ¿Acaso reinarás, porque te comparas al cedro? Tu padre ¿acaso no comió y bebió, e hizo juicio y justicia entonces cuando le iba bien? Juzgó la causa del pobre, y del indigente para su bien: ¿acaso no por eso porque me conoció? dice el Señor. Pero tus ojos y corazón hacia la avaricia, y a derramar la sangre inocente, y a la calumnia, y al curso de la mala obra.

LXX: ¡Oh tú que edificas tu casa no con justicia, y tus coenáculos no en juicio! Ante él el prójimo trabaja de balde, y la merced a él no le devuelve. Edificaste para ti una casa pequeña, coenáculos perflatiles distinguidos con ventanas, y contignados con cedro, y untados con sinópide. ¿Acaso reinarás, porque tú contiendes contra Acaz tu padre? no comerán, y no beberán. Mejor te era [Al. será] hacer juicio y justicia buena; no conocieron, no juzgaron el juicio del humilde, ni el juicio del pobre. ¿No es esto ignorarme tú a mí? dice el Señor. He aquí no son tus ojos rectos, ni tu corazón bueno, sino hacia tu avaricia, y para que la sangre inocente derrames, y a la iniquidad y al homicidio, para que los hagas.

Ambas ediciones íntegras he puesto, para que tanto la verdad hebraica, como la dificultad de la edición Vulgata más fácilmente se conozca. Es en cambio el sermón contra Joaquín hijo de Josías rey de Judá, de quien arriba dijimos, a quien

constituyó Faraón Necao rey de Egipto por Joacaz su hermano, a quien llevó atado a Egipto. Leemos en cambio, como tanto la historia de los Reyes como de los Paralipómenos narra (4 Rey. 23 y 24, 2 Paral. 36), que por once años reinó en Jerusalén Joaquín hijo de Josías, y reinó cruelmente, y existió impío, y después murió; ni sin embargo su sepultura se narra, teniendo la Sagrada Escritura esta costumbre, de que a todos los reyes tanto muertos refiera como sepultados. A este en cambio propiamente narra muerto y no sepultado, de lo cual diremos en lo posterior. Llora por tanto al sobredicho rey, porque confíe en la injusticia y piense que es perpetua la regia dignidad, y se haga coenáculos, y a los amigos oprima, y a los que trabajan no devuelva su merced, y la eterna edificación de su palacio arbitre. ¿Acaso, dice el sermón divino, reinarás en perpetuo, por cuanto compararte deseas al cedro excelso, a tu padre Josías a saber, rey justo? Tu padre, dice, tanto comió, como bebió, y disfrutó de las riquezas regias, ni sin embargo en ello ofendió a Dios que tuvo riquezas, sino en ello plugo, que hizo juicio y justicia. Y por eso tanto en el presente siglo, como en el futuro bien le fue, y será. Juzgó, dice, la causa del pobre e indigente, y en refrigerio de aquellos a quienes oyó, y propiamente en su bien. Todas estas cosas en cambio le sucedieron prósperas, porque me conoció, dice el Señor. Pero tus ojos, oh Joaquín, declinan a la avaricia, y para que la sangre inocente derrames, a la calumnia, y al curso de la mala obra.

Según los Setenta en cambio, qué sentido tengan, entender no puedo. Pues aunque lo demás entre sí en alguna parte consientan, aquello que se infiere: ¿Acaso reinarás, porque tú contiendes en Acaz tu padre? por lo cual en el hebreo escrito está ARAZ, y este sermón significa cedro, manifiesto es que ningún sentido tiene. Aquello también que sigue: No comerán y no beberán, y lo demás que así entre sí disipado está y confuso, que sin la verdad de la lección hebraica ninguna inteligencia tienen.

Podemos en cambio este lugar según la anagogía contra los heréticos recibir, que edifican para sí una casa no grande, ni por la ubertad de la Iglesia latísima, sino pequeña. Edifican en cambio no con justicia y juicio, ajeno arrebatar deseando. De donde se dice: Edificaste para ti una casa pequeña, coenáculos perflatiles, que son llevados en torno por todo viento de doctrina, y distinguidos con ventanas: pues no tienen perpetuo edificio, ni sólida firmeza. Y contignada, dice, con cedro. Parecen ciertamente tener una contignación bellísima; pero ante las lluvias, y la tempestad de las persecuciones pronto se pudren y caen. Y untada con sinópide. Y ellos ciertamente la pasión del Señor, y la sangre prometen; pero en perpetuo no reinan, porque contienden y a la ira provocan a Araz, esto es, al cedro padre suyo. Pues todo herético nace en la Iglesia, pero de la Iglesia es proyectado, y contiende, y pugna contra el pariente. Y lo que infiere: No comerán y no beberán, se subentiende el Cuerpo y la Sangre del Salvador, y lo demás a esto semejante. Y dice que todo

error de allí desciende, de que ignoraron a Dios, ni tengan rectos ojos; sino que el corazón de ellos sea prono a la avaricia para que lo ajeno arrebaten, y de los deceptos la sangre derramen. Esto es en efecto hacer homicidio. Las cosas oscuras más largamente han de ser disertadas.

(Vers. 18, 19.) Por tanto esto dice el Señor a Joaquín hijo de Josías rey de Judá. No lo llorarán, ¡ay hermano!, y ¡ay hermana!, no sonarán por él, ¡ay Señor!, y ¡ay ínclito! Con sepultura de asno será sepultado, putrefacto y proyectado fuera de las puertas de Jerusalén.

Esto que nosotros del hebreo pusimos: no lo llorarán, ¡ay hermano!, y ¡ay hermana!, en los Setenta no se tiene. Y propiamente se dice contra Joaquín rey de Judá, y se abre el enigma, que antes parecía oculto, y entre los tres hermanos ambiguo, para que no sea el sermón sobre Joacaz, ni sobre Sedequías, sino propiamente sobre Joaquín, a quien muerto por los ladronzuelos de los caldeos, de Siria, de los amonitas, y de los moabitas, la historia hebraica narra. De donde también en Malaquín [Reyes] muerto se escribe, y sobre el sepultado se calla (4 Rey. 24). En el libro de los Días [Paralipómenos] leemos, atado con cadenas y llevado a Babilonia (2 Paral. 36): ni más algo se refiere de él. Y bellamente con sepultura de asno dice que ha de ser sepultado, para que con otras palabras signifique insepulto, esto es, por las bestias, y las aves desgarrado. Pues esta es la sepultura del asno.

(Vers. 20 sigs.) Sube al Líbano, y clama, y en Basán da tu voz, y clama a los que pasan

[transeuntes], porque quebrantados están todos tus amantes. Hablé a ti en tu abundancia, dijiste: no oiré. Esta es tu vía desde tu adolescencia: porque no oíste mi voz. A todos tus pastores (o amantes) los pacerá el viento: y tus amantes (o amigos) al cautiverio irán. Y entonces serás confundida, y te avergonzarás de toda tu malicia. Tú que sientas en el Líbano, y nidificas en los cedros, ¿cómo congemiste, cuando te hubieron venido los dolores como dolores de parturienta?

Por la metáfora del Líbano y Basán, regiones y montes tras el Jordán, a Jerusalén el sermón se dirige, porque en vano en Egipto haya confiado, o al mismo Joaquín, que en aquel tiempo reinaba en Jerusalén, y por los egipcios rey había sido constituido, porque en vano de los egipcios espere el auxilio, y porque ellos también por el rey babilonio han de ser superados, y llevados al cautiverio (4 Rey. 23). Y lo que dice: hablé a ti, esto es, Dios mismo por los Profetas; o, hablaron a ti, para que se subentienda, mis Profetas; y tú en tu abundancia dijiste, no oiré: la arguye de soberbia, y de que de la magnitud de las riquezas haya abusado en desprecio de Dios. Y narra, que no solo en este tiempo, sino desde el principio cuando fue educida de Egipto, no haya oído la voz de Dios; de donde también todos sus pastores, y príncipes por aquí y por allá dispersos han sido, y al cautiverio de Babilonia los cuellos sometieron. Y lo que infiere: Tú que sientas en el Líbano, y nidificas en los cedros, la arrogancia sugiere, que de la abundancia de todas las cosas había crecido, y que a semejanza de mujer puérpera, un repentino

dolor y súbito le venga el cautiverio. En cuanto a lo que nosotros dijimos: clama a los que pasan, y en el hebreo escrito está MEABARIM, los Setenta, y Teodoción tradujeron, tras el mar: Símaco de enfrente, para que signifiquen, que la voz del Profeta desde Jerusalén hasta el monte Líbano, y Basán debe llegar.

(Vers. 24 sigs.) Vivo yo, dice el Señor: Que si fuere Conías [Chonias] hijo de Joaquín rey de Judá el anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancaré, (o a ti) y te daré en mano de los que buscan tu alma, y en mano de aquellos cuya faz tú temes, y en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia (lo cual en los LXX no se tiene) y en mano de los caldeos. Y te enviaré (o te proyectaré) y a tu madre que te engendró, a tierra ajena en la cual no habéis nacido: y allí moriréis. Y a la tierra a la cual ellos levantan su alma para que vuelvan, allí no volverán.

Arriba había dicho: a la casa del rey de Judá hablarás estas cosas: y luego, desciende a la casa del rey de Judá: otra vez: esto dice el Señor sobre la casa del rey de Judá, y en orden prepóstero, después que ha hablado de Sedequías, que fue el último de los reyes en Jerusalén, vuelve a Joaquín su hermano, que antes de él reinó. Completada la cual vaticinación, ahora habla al hijo de Joaquín, nieto de Josías, al rey de Jerusalén Jeconías, el cual también por otro nombre se llama Joachin, el cual capturado por Nabucodonosor con su madre, los príncipes y artífices, y muchos nobles, fue llevado a Caldea, y allí murió. Esto por tanto se dice, que si a la manera que el anillo no se aparta de la

mano del que lo porta, y del dedo con dificultad se escurre: así esté en mi mano Jeconías; sin embargo lo arrancaré, y lo entregaré al rey babilonio, y allí con su madre y todos sus socios morirá, y más allá la tierra de Judá, que desea, no verá.

El miserable Grunio [Rufino], que para calumniar a los santos varones abrió su boca, y a su lengua enseñó la mentira, un libro de Sexto el Pitagórico, hombre gentilísimo, interpretó al latín; y lo dividió en dos volúmenes, y bajo el nombre del santo Mártir Sixto, obispo de la ciudad de Roma, osó editarlo: en los cuales ninguna mención de Cristo, ninguna del Espíritu Santo, ninguna de Dios Padre, ninguna de los Patriarcas, Profetas, y Apóstoles se hace, y a este libro con su solita temeridad e insania, Anillo lo llamó, el cual por muchas provincias se lee, y máxime por aquellos que la apatheia [impasibilidad] y la impecancia predican. Como por tanto el Señor conmina que a Jeconías a semejanza de anillo de su mano y dedo lo proyectará: así ruego al lector, que el nefario libro abyecte; y lea, si quisiere, como los demás libros de los filósofos, no como volumen eclesiástico. Suelo en los comentarios y explanaciones, cuya costumbre es poner diversas sentencias de los intérpretes, mezclar sermón de este modo: algunos dicen esto, otros esto opinan, algunos así sienten. Por lo cual tanto el mismo miserable Grunio, como después de muchos años los discípulos de Joviniano, tanto calumniaron como me calumnian, que bajo nombres ajenos mis propias sentencias pongo, lo cual yo por causa de benevolencia hago, para que no parezca lacerar a alguno

con nombre cierto. Porque por tanto la benignidad se ha vuelto en calumnia, ahora digo tanto a aquel que murió, como a este que vive y procura instaurar la herética de aquel, que el maestro de ellos Orígenes este lugar lo refiere a Cristo, de que de la mano de Dios Padre a semejanza de anillo fue arrancado, y enviado a tierra de cautiverio, al valle de lágrimas, y entregado a la cruz, a su madre también, sin duda que la Sinagoga, capturada y proyectada; y no se aterra conmemorando estas cosas, aquello que sigue: Tierra, tierra, tierra, oye la palabra del Señor. Esto dice el Señor: Escribe a este varón abominado, (o estéril), y lo demás, entenderlo del Señor de la majestad. Escribe en cambio esto, para que sus discípulos no osen negarlo, en el quinto libro de los Stromata.

(Vers. 28.) ¿Acaso es un vaso de barro [fictile], y quebrantado, este varón Conías [Chonias]? ¿Acaso es un vaso sin todo placer (o utilidad)? ¿Por qué abyectos han sido él mismo y su semen, y proyectados a tierra que ignoraron?

Por aquello que nosotros dijimos, ¿Acaso es un vaso de barro y quebrantado?, Símaco tradujo: ¿Acaso es purgamento, o quisquilias viles y proyectadas? Por lo cual en los Setenta nada se tiene, sino que esto solo interpretaron: Deshonrado es Jeconías, como vaso en el cual no hay utilidad alguna. Y cuando esto de Jeconías se dice hijo de Joaquín, osa alguien referirlo al tipo de Cristo; y de aquello que el Apóstol dice, que el Señor Salvador es la imagen de Dios invisible (Colos. 1), primogénito de toda criatura, esto es, la sabiduría, el Verbo, la verdad y la vida y la justicia,

que él sea llamado anillo, que sea proyectado o arrancado de la mano del Señor, y al rey sea entregado Nabucodonosor. Abjectos han sido, dice, él mismo y su semen, y proyectados a tierra que ignoraban: lo cual que se hizo de Jeconías nadie lo duda. Jeconías se interpreta preparación del Señor, al cual en el presente lugar la primera sílaba, esto es, el nombre del Señor se le quita, e llámase Conías, para que se subentienda, preparado para la perdición y el interito.

(Vers. 29, 30.) Tierra, tierra, tierra, oye la palabra del Señor. Esto dice el Señor: Escribe a este varón estéril [sterilem], varón que en sus días no prosperará. Porque no habrá de su semen varón que se siente sobre el solio de David y tenga potestad más en Judá [Al. Judea].

Si quisiera anotar cada lugar, cuánto los Setenta o bien pasaron por alto o bien cambiaron, se haría largo, especialmente pudiendo el diligente lector considerar de ambas ediciones qué ha sido cambiado, qué añadido, qué sustraído. Por "estéril" [sterile] en el hebreo está escrito ARIRI (), lo cual la primera edición de Aquila interpretó como "estéril" [sterilem]; la segunda, anauxēton (ἀναύξητον), esto es, "que no crece"; Símaco, "vacío"; los Setenta y Teodoción lo interpretaron como "abominable" y "abdicado" [abdicatum]. Y surge la cuestión, de cómo pueda mantenerse la profecía, de que de su estirpe ninguno haya sido engendrado que se sentara sobre el trono de David, ni fuera príncipe más en Judá, siendo que el Señor y Salvador nació de su semen; sobre cuyo nacimiento habla Gabriel a María: He aquí

que concebirás en tu vientre y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Él será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Y le dará el Señor Dios la sede de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y de su reino no habrá fin (Luc. 1, 31-33). Podemos por tanto decir esto, que aquello que falta en los Setenta, a saber, "en sus días no prosperará", o "no crecerá", ha causado duda a los ignorantes. Pues los Setenta tradujeron: Escribe a este varón hombre abdicado [Al. de los hombres]: porque no crecerá de su semen varón que se siente sobre el trono de David, príncipe más en Judá, lo cual en el hebreo está puesto dos veces; lo cual pensando los que escribieron desde el principio que en los libros griegos estaba añadido, lo sustrajeron. Respondamos por tanto que en los días de Jeconías no le sucedió varón que se sentara sobre su trono; [996] sino que mucho tiempo después nació de su semen quien obtuvo su solio. Pero puede también resolverse así: No se sentará ciertamente sobre el trono de David varón y hombre, sino que se sentará Dios, y su reino no será terrenal y breve, como fue el de David, sino perpetuo y celestial, diciendo la Escritura: Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y de su reino no habrá fin (Luc. 1, 32). Nació pues de Joaquín Jeconías, de Jeconías Salatiel, de Salatiel Zorobabel, y por orden se llega hasta Cristo. Pero en los días de Joaquín no le sucedió un hijo como rey, como él mismo había sucedido a su padre, sino que estuvo en cautiverio también Salatiel, y Zorobabel, y hasta Cristo ninguno obtuvo la potestad regia. Y esto por ello,

porque en el hebreo está escrito: "en sus días y en su tiempo", en el cual él mismo estuvo, "no habrá varón que se siente sobre el solio de David". Pues todos fueron cautivos, y ninguno de allí en adelante de la estirpe de David tuvo el principado en la tierra de Judea. De donde también Josefo refiere que del género sacerdotal y de la tribu de Leví hubo príncipes a los cuales sucedió Herodes el hijo de Antípatro el prosélito, y después bajo Vespasiano, el reino de este género, incluso la imagen del imperio fue destruida por completo.

(Cap. 23.—Vers. 1 sigs.) ¡Ay de los pastores que dispersan y laceran la grey de mi dehesa! (o, ¡oh pastores, que dispersáis y disipáis las ovejas de mi dehesa!), dice el Señor. Por tanto, esto dice el Señor Dios de Israel a los pastores que apacientan a mi pueblo: Vosotros dispersasteis mi grey, los echasteis, y no los visitasteis. He aquí que yo visitaré sobre vosotros la malicia de vuestros estudios, dice el Señor. Y yo congregaré las reliquias de mi grey de todas las tierras a las cuales los había echado allí, y los convertiré a sus campos (o, los restituiré a sus dehesas) y crecerán y se multiplicarán. Y suscitaré sobre ellos pastores, y los apacentarán. No temerán más, y no se espantarán, y ninguno se buscará del número, dice el Señor.

A los pastores, o bien acerca de los pastores, es el sermón profético. Y porque de Jeconías, penúltimo rey de Judea, que fue de la estirpe de David, leímos escrito: Tierra, tierra, tierra, oye los sermones del Señor, escribe a este varón abdicado [abdicatum], o estéril [sterilem], y no habrá

de su semen varón que se siente sobre el solio de David (Supra 22, 29, 30), y toda esperanza del reino judaico había sido amputada. Pasa a los príncipes de la Iglesia, y habiendo sido la Sinagoga con sus pastores desamparada y condenada, el sermón se hace a los Apóstoles, de los cuales se dice: Y suscitaré sobre ellos pastores, y los apacentarán, no temerán más, y no se espantarán, y [997] ninguno se buscará del número, dice el Señor (Ezeq. 3, 24). Pues los Apóstoles con confianza y sin ningún temor apacentarán la grey eclesiástica, y las reliquias del pueblo de Israel se salvarán de todas las tierras, y se convertirán a sus campos, o a sus dehesas, y crecerán y se multiplicarán. Pero sobre los malos pastores, los escribas y fariseos, visitará el Señor a causa de la malicia de sus estudios. Podemos empero esto según la tropología [tropologiam] entenderlo también de los príncipes de la Iglesia que sin embargo no rigen dignamente las ovejas del Señor, para que habiendo sido aquellos abyectos y condenados, se salve el pueblo entregado a otros que hayan resultado dignos: y las reliquias se hagan salvas. Pierden las ovejas los pastores que enseñan la herejía. Laceran y disipan los que hacen cismas. Las echan los que contra la justicia las separan de la Iglesia. No las visitan los que a los penitentes les encogen la mano. De todos los cuales se compadecerá el Señor, devolviéndoles las dehesas pristinas, y quitando a los malos pastores.

(Vers. 5, 6.) He aquí que vienen días, dice el Señor, y suscitaré a David un germen [Al. rey] justo (o, un oriente justo); y reinará un rey, y sabio

será (o, entenderá), y hará juicio y justicia en la tierra. En aquellos días se salvará Judá, e Israel habitará confiadamente. Y este es el nombre con que lo llamarán (o, lo llamará), el Señor justo nuestro (o, nuestra justicia). Lo cual en hebreo se dice SADECENU (). Esto que en los Setenta malamente ha sido añadido, "en los Profetas", ha de ser amputado por completo. Pues otro capítulo sigue, que por ellos fue pasado por alto, el cual terminado, el título es "A los Profetas", o "Contra los Profetas", de lo cual hablaremos en su lugar.

Habiendo sido pues abyectos los pastores de la sinagoga, a saber los escribas y fariseos, y salvadas las reliquias de Israel, y constituidos los Apóstoles del Evangelio en lugar de los antiguos príncipes, se introduce al Pastor de los pastores, y Príncipe de los príncipes, y Rey de los reyes, y Señor de los señores, a saber Cristo nuestro Salvador, el cual propiamente es el germen justo [germen justum], o el oriente justo [oriens justus], de quien leemos: Surgirá en sus días la justicia (Sal. 71, 7). Y en otro lugar: He aquí el varón, Oriente es su nombre (Zac. 6, 12), y debajo de él surgirá, y edificará un templo al Señor: para que del modo que en Isaías es llamado Emmanuel, esto es, Dios con nosotros (Is. 7, 14): así en Jeremías reciba el nombre, justicia nuestra. De donde también el Apóstol habla: El cual ha sido hecho sabiduría para nosotros de parte de Dios, y justicia y santificación y redención (1 Cor. 1, 30). Al cual es contrario el Anticristo, y su morador el diablo, en Zacarías es llamado pastor estulto [998] (Zac. 11). Y hará, dice, juicio y justicia en la

tierra. Pues el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio dio al Hijo (Juan 5, 22). En aquellos días tanto las dos como las diez tribus de Judá e Israel paritariamente se salvarán. Y de dos varas, según Ezequiel, una sola vara se hará (Ezeq. 37). Y su nombre, si según los Setenta, "lo llamará el Señor", será llamado Josedec, esto es, Señor justo; si según el hebreo, que dijeron, "llamarán su nombre", se dirá, Señor justicia nuestra. Pues esto significa ADONAI SADECENU (), por lo cual Símaco vertió: "Señor, justifícanos".

(Vers. 7, 8.) Por esto he aquí que vienen días, dice el Señor. Y no dirán más: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto; sino vive el Señor, que sacó y trajo el semen de la casa de Israel de la tierra del Aquilón, y de todas las tierras a las cuales los había echado allí, y habitarán en su tierra. Todo este capítulo no se tiene en los Setenta. Cuyos sentido aquí es, que de ningún modo por Moisés el pueblo de Dios es liberado de Egipto, sino por Jesucristo de todo el orbe de la tierra, en el cual había sido disperso. Lo cual en parte ya ahora se cumple en el mundo, y en su totalidad se cumplirá, cuando del Oriente y Occidente, Septentrión y Mediodía vengan y se recuesten con Abraham, Isaac y Jacob (Mat. 8). Para que después de que haya entrado la plenitud de las gentes, entonces todo Israel sea salvo (Rom. 11).

A los Profetas (o En los Profetas, o Contra los Profetas). Este título, como dijimos arriba, en la edición de los Setenta, ha sido puesto al fin del capítulo anterior, donde leemos escrito: y este es

el nombre con que lo llamará el Señor Josedec, en los Profetas. Lo cual ignorándolo muchos, fingen varios delirios de explicación. Y mucho mejor hubiera sido confesar simplemente la ignorancia, que hacer a otros herederos de su impericia. Pero el sermón es contra los Profetas, más bien los pseudoprofetas de Jerusalén y Samaria, a los cuales ahora llama Profetas con nombre común y vulgado, de los cuales está escrito en lo que sigue: Y en los Profetas de Samaria vi la iniquidad; y al instante: Y en los Profetas de Jerusalén vi cosas horribles. Mas cuando pone la conjunción "y", muestra que lo anterior fue dicho por el Señor acerca de los Profetas, que ellos mismos resultaron semejantes a los pseudoprofetas.

(Vers. 9.) Contrito está mi corazón en medio de mí (o, en mí), temblaron (o, fueron conmovidos) todos mis huesos, he sido hecho como varón ebrio y como hombre empapado (o [999] soporado) en vino ante la faz del Señor, y ante la faz de sus palabras santas (o, y ante la faz del decoro de su gloria). Considerada la faz de Dios omnipotente, esto es, del Padre, y considerada la faz del Hijo, que según el Apóstol es llamado esplendor de aquella gloria y forma de la sustancia de Dios (Hebr. 1), el Profeta se horroriza tanto en el ánimo como en el cuerpo, e entiende que él es nada, según lo que también en otro lugar se dice: Como jumento he sido hecho ante ti (Sal. 72, 23). O bien ofrece a Dios la víctima de su conciencia y de su humildad según aquello que en los Salmos se lee: Sacrificio a Dios es el espíritu atribulado, el corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia

(Sal. 50, 19). Mas los huesos que temblaron, o fueron conmovidos, entendámoslos como aquellos de los cuales el mismo David canta: Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién semejante a ti? (Sal. 34, 10). Ha sido hecho como ebrio, y como hombre empapado, o soporado en vino, no teniendo inteligencia ninguna, ni sabiduría alguna. Pues el Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. 93, 11). ¿Dónde están los que predican una perfecta justicia en el hombre? Que si respondieren que dicen esto de los santos, no de sí mismos, ciertamente pienso que ninguno es más santo que Jeremías, el cual siendo virgen, Profeta, y santificado en el vientre, con su mismo nombre prefigura al Señor Salvador. Pues Jeremías se interpreta excelso del Señor.

(Vers. 10.) Porque de adúlteros [Al. adulterios] está repleta la tierra, porque ante la faz de la maldición (o, del juramento) luto tuvo la tierra, se han secado los campos (o, dehesas) del desierto, y se ha hecho malo el curso de ellos, y la fortaleza de ellos disímil. Esto que nosotros pusimos del hebreo: "porque de adúlteros está repleta la tierra", no se tiene en los Setenta, que dijeron "juramento" por "maldición". Y devuelve las causas, de que a causa de los adulterios, y las maldiciones, o el juramento superfluo—más bien los perjurios—, haya seguido la esterilidad de los frutos. Todo lo que de la tierra de Judea entiendas según la letra, refiérelo a la congregación de los creyentes, puesto que a causa de los adulterios, y las mentiras, o los perjurios, haya esterilidad de virtudes y de dones de Dios en las Iglesias.

(Vers. 11, 12.) Pues el Profeta y el Sacerdote están polucionados, y en mi casa encontré las malicias [Vulg. malicia] de ellos, dice el Señor. Por tanto la vía de ellos será como lubrico en las tinieblas. Pues serán impulsados y caerán en ella, porque traeré (o, inferiré) sobre ellos males, el año de la visitación de ellos, dice el Señor. Cuando en la Iglesia de Dios, y máxime en sus príncipes, se encuentran males, sepamos que se ha cumplido: [1000] El Profeta y el sacerdote están polucionados; en mi casa encontré las malicias de ellos, dice el Señor. Mas la casa de Cristo es la Iglesia, de la cual también el Apóstol escribe a Timoteo: Para que sepas cómo te conviene conversar en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y firmamento de la verdad (1 Tim. 3, 15). En el profeta, toma al doctor: en el sacerdote, la dignidad del ministerio. Los cuales, si consintieren con mente depravada, será la vía de ellos en lubrico y en tinieblas; ni tendrán al Señor hablando: Yo luz he venido al mundo, para que todo el que cree en mí, no permanezca en tinieblas (Juan 12, 46). De donde el santo habla, huyendo de todas las tinieblas. Sellada está sobre nosotros la luz de tu faz, Señor. Diste alegría en mi corazón [Al. en mi corazón] (Sal. 4, 7). Mas cuando estuvieren en tinieblas y en vía lubrica—a saber, por el error herético—, a todo movimiento serán impulsados y caerán. E infiere sobre ellos el Señor males, no porque sean males para que el Señor infiera males: sino males para los que sostienen los suplicios. De otro modo, las mismas cosas son a la vez malas y buenas. Malas, según aquellos a quie-

nes crucifican: buenas, según aquellos a quienes emiendan. Y esto ha de notarse, que el año de la visitación del Señor se llame la corrección de los pecadores y el cruce, según aquello que está escrito: Visitaré en vara las iniquidades de ellos, y en azotes los pecados de ellos: mas mi misericordia no la dispersaré de él (Sal. 88, 33, 34).

(Vers. 13.) Y en los profetas de Samaria vi la estulticia (o, iniquidad [Vulg. fatuidad]); profetizaban en Baal, y decepcionaban a mi pueblo Israel. Yo a los profetas de Samaria, según los místicos intelectos, pienso que propiamente se les llama herejes, y todos los que jactan la ciencia de falso nombre. Del modo pues que los profetas de Samaria lo que hablaban, lo profetizaban en Baal—a saber, un ídolo consagrado a los demonios—: así los herejes lo que hablan en la Iglesia, o fuera de la Iglesia, para suplantar al pueblo de Israel, que antes divisaba a Dios, lo hablan en los demonios. De donde también significativamente dice: Y en los Profetas de Samaria vi la estulticia (1 Cor. 1, 24): pues no tienen a aquel de quien se dice, Cristo virtud de Dios y sabiduría de Dios.

(Vers. 14.) Y en los profetas de Jerusalén vi la similitud (o, cosas horribles), adulterio y el camino de la mentira, y confortaron las manos de los pésimos, para que no se convirtiera cada uno de su milicia (o, de su vía pésima). Se han hecho para mí todos como Sodoma, y los moradores de ella como Gomorra. No solo, dice, en los conciliábulos de los herejes se han hallado estas cosas, sino en los profetas también de Jerusalén—esto es, [1001] los doctores de la Iglesia—vi cosas se-

mejantes, o bien horribles: de los que adulteran la palabra de Dios, e ingresan por la vía de la mentira, para que asintieran a las falacias de los herejes, y confortaran las manos de los pésimos, y adjuntaran los males de ellos a sus propias maldades, y a los que debieron corregir, los condujeran al interito. Los que esto hicieren, no se estimen impunes. Pues serán ellos mismos y estos a quienes favorecen como Sodoma, y todos los que habitan con ellos, ni se apartan de tales, como Gomorra. Exulte pues cuanto quiera la doctrina pésima, y gloríense los profetas de Jerusalén de que obtuvieron por la mentira, y confortaron las manos de los pésimos: el fin de ellos será como Sodoma y Gomorra.

(Vers. 15.) Por tanto esto dice el Señor de los ejércitos a los Profetas: He aquí que yo los cebaré con ajenjo [absinthio] (o, con dolores, y según Símaco, con amargura) y les daré a beber hiel [felle] (o, agua amarga), porque ha salido de los profetas de Jerusalén la polución a toda la tierra. Usemo este testimonio contra aquellos que dirigen al orbe epístolas llenas de mentiras y de fraudulencia y de perjurio, para que tanto polucionen los oídos de los oyentes, como lesionen la estimación de los simples, para que se cumpla en ellos esto que está escrito: De los profetas de Jerusalén ha salido la polución a toda la tierra. Pues no les basta devorar la iniquidad propia, y lesionar a los prójimos: sino que a los que una vez odiaron, intentan infamarlos por el universo orbe, y sembrar en todas partes blasfemias.

(Vers. 16, 17.) Esto dice el Señor de los ejércitos: No queráis oír las palabras de los profetas que os profetizan, y os decepcionan: hablan la visión de su propio corazón, y no de la boca del Señor. Dicen a los que me blasfeman (o, arrojan mi palabra): Habló el Señor, paz habrá para vosotros. Y a todo el que camina en la depravación de su corazón, dijeron: no vendrán sobre vosotros males. Para que no pensara el pueblo que él mismo era ajeno a la culpa si asentía a los Doctores perversos: No queráis, dice, oír las palabras de los Profetas que os profetizan mentira, y os decepcionan. Pues par será la pena tanto para el maestro como para el discípulo. No hablan de la boca del Señor, sino aquellas cosas que en su propio corazón simularon. Dicen a los que me blasfeman—a saber, a los herejes y perversos, o a los que arrojan mi sermón—: ¿qué dicen? Habló el Señor, paz habrá para vosotros. No temáis duros suplicios, ni os aterréis por vanas conminaciones: paz habrá para vosotros y tranquilidad, y lo que sea que decimos y os anunciamos, lo habló el Señor; ni vendrá sobre vosotros el mal, que teméis [1002] por la mala conciencia; sino el bien que os habló el Señor.

¿Pues quién asistió en el consejo del Señor, y vio, y oyó su palabra? ¿quién consideró el verbo de él, y lo oyó? Donde nosotros interpretamos "en el consejo", en el hebreo está escrito BASOD (): Aquila lo interpretó como "secreto"; Símaco como "sermón"; los Setenta y Teodoción como "sustancia" o "subsistencia". Y es el sentido: No queráis creer, oh vulgo indocto, a los Profetas que

os anuncian cosas falsas, que dicen: "esto habló el Señor, paz habrá para vosotros: no vendrá sobre vosotros el mal". ¿Pues de dónde pueden conocer los secretos de Dios, o por anuncio de quién aprendieron el consejo de Dios? ¿cómo llegó a ellos el sermón de la disposición divina? Algunos de los nuestros piensan haber hallado en este lugar donde se describe la sustancia de Dios.

(Vers. 19, 20.) He aquí que el torbellino (o, tempestad y conmoción) de la indignación dominical saldrá, y la tempestad irrumpiendo sobre la cabeza de los impíos vendrá, y no se volverá el furor del Señor hasta que haga, y hasta que cumpla los pensamientos de su corazón. En los novísimos días entenderéis su consejo. Los que arriba habían dicho: "nos habló el Señor, paz habrá para vosotros", y a los cuales había reprendido porque no podían conocer las cosas venideras, ni conocer la sentencia de Dios, ahora muestra por lo contrario que ellos lo ignoran todo. Pues por la paz y la seguridad, viene la tempestad babilónica, y viene no sobre cualesquiera, sino sobre las cabezas de los impíos, o bien del pueblo universal, o bien de aquellos que anunciaban cosas falsas al pueblo. Ni como en los tiempos pasados se ha de aplacar la ira y el furor de Dios, sino que lo que predijo y muchísimas veces conminó, se ha de cumplir con la obra, y su pensamiento y sentencia se han de comprobar con los suplicios de los impíos. Cuando, dice, el extremo tiempo del cautiverio haya llegado, y os haya obtenido el vencedor exultante, y haya atado vuestras manos con el fragor de las

cadenas: entonces entenderéis su consejo, que vosotros ahora jactáis en vano conocer.

(Vers. 21, 22.) No enviaba a los Profetas, y ellos corrían: no hablaba a ellos, y ellos profetizaban. Si hubieran estado en mi consejo, y hubieran hecho notorias mis palabras a mi pueblo, los habría apartado ciertamente de su vía mala, y de sus pensamientos pésimos. Este sentido también el Apóstol lo explica a los Romanos: Y como no probaron tener a Dios en la noticia, los entregó Dios a un sentido réprobo, para que hagan las cosas que no convienen, repletos de toda iniquidad, malicia, fornicación, nequicia, avaricia (Rom. 1, 28, 29), y demás. Pues una vez que se han entregado los falsos doctores a las mentiras y perjurios y a las muertes de los decepcionados, no paso a paso, [1003] ni con grado considerado, sino que corren precipitados al interito tanto suyo como de aquellos a quienes hayan decepcionado. Ni les habla el Señor, sino que ellos mismos hablan como de la boca del Señor, de los cuales también se dice: Si hubieran estado en mi consejo, esto es, si hubieran querido asentir a mi voluntad, y hubieran hecho notorias mis palabras a mi pueblo, no halagándolos y perdiéndolos con adulación, para que dijeran: "no tenéis pecados; poseéis la perfecta justicia; la santidad y pudicicia y justicia solo en vosotros se encuentran". y yo no los hubiera entregado a la inmundicia y a la ignominia, para que hicieran lo que no conviene, y siguieran sus pensamientos pésimos. Contemplemos a los herejes, cómo una vez desesperando de la salud, se entregan a la gula y a las delicias, se alimentan

de carnes, frecuentan los baños; huelen a musgo; ungidos con varios ungüentos buscan la hermosura de los cuerpos. Pues una vez no esperan las cosas futuras, ni creen en la resurrección. Lo cual aunque con el sermón no lo abran, lo muestran con las obras. Pues si creyeran, no harían estas cosas. Y en este lugar donde está escrito: "si hubieran estado en mi consejo", Aquila, y Símaco, y Teodoción, y los Setenta, tradujeron de modo similar a lo de arriba.

(Vers. 23, 24.) ¿Acaso soy yo Dios de cerca [e vicino], dice el Señor, y no Dios de lejos? ¿Si se ocultará el varón en escondrijos, e yo no lo veré? dice el Señor. ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra? dice el Señor. LXX: Dios que se aproxima soy yo, dice el Señor, y no Dios de lejos. ¿Si se esconderá el hombre en escondrijos, e yo no lo veré? dice el Señor; ¿acaso no lleno yo el cielo, y la tierra? dice el Señor. Aquila y Símaco interpretaron de modo similar: "¿Acaso soy yo Dios de lo próximo, o bien de cerca, y no Dios de lejos?" Pero los Setenta y Teodoción lo vertieron con sentido contrario, para decir: "Dios que se aproxima soy yo, dice el Señor, y no Dios de lejos". Puesto que a saber los primeros afirman que Dios no solo las cosas cercanas, sino también aquellas que están lejos conoce; ni las presentes, sino las futuras contempla. Mas estos otros estiman que Dios está presente en todas partes, ni hay lugar alguno donde no asista Dios. Pues a todos y principalmente a los santos se aproxima Dios, del modo que si el vestido se adhiriera a la piel. Mas los pecadores, alejándose mucho de él, perecerán.

Este sentido también lo leemos en los salmos: ¿A dónde iré de tu espíritu, y de tu faz a dónde huiré? Si subiere al [1004] cielo, tú allí estás: si bajare al infierno, tú asistes. Si tomare mis alas en la aurora, y habitare en los extremos del mar: aun allí tu mano me conducirá, y me tendrá tu diestra (Sal. 138, 7 sigs.). Amós también asiente a estas palabras, diciendo: Si descendieren hasta el infierno, de allí mi [Al. tu] mano los sacará; y si subieren hasta el cielo, de allí los detraeré. Y si se hubieren escondido en la cumbre del Carmelo, de allí escudriñando los quitaré. Y si se hubieren ocultado de mis ojos en lo profundo del mar, allí mandaré a la serpiente y los morderá (Amós 9, 2, 3); y de nuevo en el salmo superior: Porque las tinieblas, dice, no se oscurecerán por ti; y la noche como el día se iluminará: como las tinieblas de ella, así también la luz de ella (Sal. 138, 12). Mas lo que en los Profetas frecuentemente se dice, "Esto dice el Señor", por ello siempre se infiere, para que no se desprecien como si fueran palabras de los Profetas, sino que se amonesten continuamente que son sermones de Dios los que hablan.

(Vers. 25 sigs.) Oí lo que dijeron los Profetas, que profetizan en mi nombre mentira y dicen: Soñé (o, vi un sueño). ¿Hasta cuándo está esto en el corazón [Al. corazones] de los Profetas que vaticinan mentira, y que profetizan seducciones (o, voluntades de su propio corazón)? Que quieren (o, piensan) hacer que se olvide mi pueblo de mi nombre: por causa de los sueños de ellos, que cuenta cada uno a su prójimo: como se olvidaron los padres de ellos de mi nombre por causa

de Baal (o, en Baal). Porque el título superior es "contra los Profetas", o bien "a los Profetas", a quienes claramente entendemos como pseudoprofetas (pues hay muchos géneros de profetizar: de los cuales uno es de los sueños, cual fue en Daniel), por ello también a ellos se dirige el sermón profético, los cuales creen en sueños, y todo lo que divisan, piensan que es revelación divina, la cual propiamente a los santos y siervos de Dios se abre. Que si leemos que Faraón (Gén. 41) y Nabucodonosor (Dan. 2), reyes impíos, vieron sueños que fueron verdaderos: no fue por el mérito de ellos que los vieron; sino para que por ocasión de ellos los varones santos José y Daniel se esclarecieran, y los corazones duros e indomables de los tiranos sintieran por la propia conciencia la majestad del Señor. Hay hoy también soñadores en la Iglesia, y máxime en nuestra grey, que sus errores los jactan como profecía del Señor, y frecuentemente ingieren: "soñé, soñé": a los cuales reprende el Señor diciendo: ¿Hasta cuándo está esto en el corazón de los que profetizan, que vaticinan mentira, y que profetizan las seducciones de su propio corazón? Mas esto hacen para que, del modo que el antiguo pueblo, que salió de Egipto, [1005] se olvidó del nombre de Dios [Al. mío]; así también los pósteros de ellos se olviden de mí. Mas una profetización de este tipo no es en el nombre del Señor, sino en el nombre de Baal, que propiamente es un ídolo de los sidonios, o bien babilonio, y con nombre cercano es llamado Bel.

(Vers. 28, 29.) El Profeta que tiene un sueño, cuente el sueño, y el que tiene mi sermón, hable mi sermón verdaderamente. ¿Qué tienen las pajas con el trigo? dice el Señor. ¿Acaso no son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo (o, hacha que quebranta la peña)? De ellos es exponer el sueño que merecen tener el sermón de Dios, y decir: "Esto dice el Señor"; a los cuales habló el Señor, en quienes está la verdad, y no la mentira fraudulenta. ¿Qué quieren para sí las pajas de los herejes frente al trigo de la Iglesia? del cual Juan el Bautista habla más plenamente (Mat. 3), de que purga el Señor su era, y con el bieldo [ventilabro] deja las pajas para ser dispersadas por los soplos de los vientos, y para ser quemadas por los fuegos. mas condensa el trigo en los hórreos, para que se haga pan celestial: y hable cada uno de los creyentes: Gustad y ved, que suave es el Señor (Sal. 33, 9). Y bellamente la doctrina perversa se compara con las pajas, las cuales no tienen médula, ni pueden nutrir a los pueblos de los creyentes, sino que de inanes estípulas se trituran. Y porque suelen los herejes siempre prometer cosas prósperas, y abrir los reinos de los cielos a los pecadores: para que digan: "preparados están para ti los reinos de los cielos, puedes imitar la majestad de Dios, para que estés sin pecado." pues recibiste la potestad del libre arbitrio, y la ciencia de la ley, por la cual consigas lo que quieras. y decepcionan con halagos a los míseros, y máxime a las mujercillas cargadas de pecados, que son llevadas por todo viento de doctrina, siempre aprendiendo y nunca llegando al conoci-

miento de la verdad, y a todos sus oyentes decepcionan con adulación (Efes. 4); por ello el Señor, comparando sus palabras a las pajas de los herejes, dice: ¿Acaso no son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la peña? Pues mi sermón, dice, anuncia los suplicios futuros, para que deterre a los hombres de pecar; y a las pajas de los pecadores conmina el incendio, para que los corazones duros de los herejes e indomables a semejanza del sílice, con el martillo de su sermón se trituren: quitando el corazón de piedra, para que ponga en su lugar un corazón de carne, a saber blando, y que pueda recibir y sentir los preceptos de Dios. Algo tal también por Ezequiel habla el Señor (Ezeq. 13), porque los pseudoprofetas con sus halagos linden [1006] la pared sin temple, la cual después por la lluvia vehemente y por la verdad del juicio sea subruida. Y los pseudoprofetas cosen almohadillas bajo todo codo de la mano, para que hagan a los pecadores descansar, y de ningún modo mitigar la ira de Dios con lágrimas. Por "martillo", los Setenta interpretaron "hacha", aquella a saber de la cual habla el Bautista Juan: Ya el hacha a las raíces de los árboles puesta está (Mat. 3, 10). Esta hacha tala los árboles infructuosos, y este martillo tritura las piedras durísimas. De donde también Nahúm el Profeta habla: El furor de él—sin duda que de Dios—consumirá los principados: y las peñas se triturarán por él (Nahúm 1, 6). Esto contra los herejes. Por lo demás de los varones eclesiásticos está escrito, que el martillo y el hacha no fueron oídos en la casa del Señor (1 Rey. 6).

(Vers. 30 sigs.) Por tanto he aquí que yo contra los Profetas, dice el Señor, que hurtan mis palabras cada uno de su prójimo [Al. a su prójimo]. He aquí que yo contra los Profetas, dice el Señor, que asumen sus lenguas y dicen: Dice (o, duermen un sueño). He aquí que yo contra los Profetas que sueñan mentira, dice el Señor, que los cuentan, y seducen [Al. contaron y sedujeron] a mi pueblo en sus mentiras y en sus milagros (o, en sus estupores y terrores), siendo que yo no los había enviado, ni les había mandado, los cuales en nada aprovecharon a este pueblo, dice el Señor. Siempre imita la mentira a la verdad: y si no tuviera alguna similitud de lo recto, no puede decepcionar a los inocentes. Del modo pues que en el antiguo pueblo mentían los Profetas y decían: "Esto dice el Señor". Y: "Vi al Señor"; y: "La palabra del Señor que fue hecha a aquel, o a aquel": así los herejes asumen los testimonios de las Escrituras del antiguo y nuevo Testamento, y hurtan las palabras del Salvador cada uno de su prójimo, de los Profetas y Apóstoles, y Evangelistas: y asumen sus lenguas, para que los venenos del corazón los pronuncien con la boca, y duermen un sueño, de los cuales verdaderamente se dijo: Durmieron su sueño, y nada hallaron (Sal. 75, 6). O bien según el hebreo: Y dicen: Dice, para que se subentienda "el Señor", o ciertamente [Al. quizás] "el sermón divino". Conmina pues el Señor [Al. añade ahora] que él mismo ha de venir contra los maestros de este tipo, que seducen a su pueblo en sus mentiras y en estupores y milagros. Pues prometen cosas grandes e increíbles e ingentes [Al.

insensibles], para que seduzcan a los míseros: los cuales en nada aprovecharon al pueblo de Dios. Y cumplen aquel dicho Apostólico: enseñando lo que no conviene por causa de torpe lucro: los que suelen anunciar a los malos cosas prósperas, y a los buenos cosas contrarias.

(Vers. 33 sigs.) [1007] Si por tanto te preguntara este pueblo, o un profeta, o un sacerdote, diciendo: ¿cuál es la carga [onus] de Dios (o, cuál es la asunción del Señor)? dirás a ellos: Vosotros sois la carga (o, asunción). Pues os arrojaré (o, os estrellaré), dice el Señor. Y el profeta y el sacerdote y el pueblo que dice: La carga (o, asunción) del Señor, visitaré (o, me vengaré) sobre aquel varón y sobre su casa. Estas cosas diréis cada uno a su amigo [Vulg. prójimo] y a su hermano: ¿qué respondió el Señor, y qué habló el Señor? Y la carga (o, asunción) del Señor no se mencionará más, porque para cada uno su propio sermón será carga (o, asunción). La palabra hebrea MASSA (), Aquila la interpretó como harma (ἅρμα), esto es, "carga" y "peso"; Símaco, los Setenta y Teodoción como "asunción". Dondequiera pues que es grave lo que el Señor conmina, y lleno de peso y de labor, e insoportable, en el título también se dice harma, esto es, "peso". Mas dondequiera que el Señor promete cosas prósperas, o después de la conminación promete cosas mejores, allí se dice "Visión", o ciertamente "Palabra del Señor": y era manifiesto por el mismo título de la profecía —de peso, o de visión, y de la Palabra de Dios —qué tipo de vaticinio seguiría. Porque pues los Profetas solían anunciar cosas tristes al pueblo

pecador, y conminar suplicios para retraerlos a la penitencia: mas el clemente y misericordioso Señor por mucho tiempo difería la sentencia, pensaba el pueblo decepcionado—y seducido por el fraude de los pseudoprofetas—que no vendrían las cosas que el Señor amenazaba, y habían convertido una realidad verdadera en juego y broma; y profetizando los Profetas decían como burlándose: "De nuevo este ve un peso y una carga del Señor". Y así se hacía, que de ningún modo más se llamara "Visión", sino por juego y escarnio, "carga" y "peso". Mandó pues el Señor que, ya fuera el pueblo, ya el profeta, ya el sacerdote preguntaran a Jeremías qué es el peso [Al. "carga"] o cuál la asunción del Señor, les responda y diga: "Vosotros sois la carga, y vosotros la asunción". Pues os asumiré y os arrojaré, y os estrellaré y haré perecer. Si alguien empero de allí en adelante—de los profetas, o de los sacerdotes, o del pueblo—osara nombrar la carga y el peso del Señor: Visitaré, dice, sobre aquel varón, y sobre su casa; y lo destruiré para siempre. Diga pues cada uno a su prójimo y amigo, de ningún modo: "¿cuál es la [1008] carga del Señor?" sino: "¿qué respondió el Señor?" y: "¿qué habló el Señor?" Olvidaos de lo antiguo: la carga, y el peso, o la asunción en vuestra boca no resuene más: porque para cada hombre su propio sermón y su propia obra se le reputará como carga y peso, según aquello que está escrito: Por tu boca serás justificado, y por tu boca serás condenado (Mat. 12, 37).

(Vers. 37 sigs.) Y pervertís [Al. habéis pervertido] las palabras del Dios vivo: del Señor de los

ejércitos, nuestro Dios. Esto dirás [o, diréis (Al. decís)] al Profeta: ¿Qué te respondió [Al. responderá] el Señor, y qué ha hablado el Señor? Mas si hubierais dicho: "La carga del Señor". Hasta aquí no se tiene en los LXX, y sigue: Por esto así dice el Señor: Porque dijisteis esta palabra, "carga (o, asunción) del Señor", y envié a vosotros diciendo: no digáis "carga (o, asunción) del Señor": por tanto, he aquí que yo os tomaré [o, os asumiré] llevándoos, y os arrojaré [Vulg. os dejaré] y a la ciudad que os di a vosotros y a vuestros padres, de delante de mi rostro, y os daré en oprobio sempiterno, y en ignominia eterna, que jamás será borrada por el olvido.

Mandó el Señor que de ningún modo se dijera en el pueblo la palabra de "carga", y de "peso", y de "asunción"; sino de "respuesta" y de "la palabra de Dios": lo cual, porque el pueblo había despreciado cumplir, interpreta la palabra misma sobre ellos, y dice: Puesto que dijisteis lo que yo no quería, y esto habiendo enviado a menudo Profetas y habiendo mandado que no lo dijerais: por tanto, vuestra palabra de "asunción", de "carga" y de "peso" la cumpliré en vosotros con la obra. Pues os asumiré y os tomaré y os llevaré, y os estrellaré, y haré que caigáis desde lo alto a la tierra. Y no solo a vosotros, sino también a vuestra ciudad, que di a vuestros padres. Y os daré, dice, en oprobio y en ignominia sempiterna, que jamás será borrada por el olvido.

Mas esto sabemos que se hizo también en el tiempo de la cautividad babilónica; pero se cumple más plena y perfectamente después de la pa-

sión y resurrección del Salvador, cuando habló el Señor: Se os dejará vuestra casa desierta (Luc. 13, 35): y hasta el fin su sentencia permanecerá. Digamos también de otro modo, al menos según los Setenta: lemma (λῆμμα) no solo significa "asunción", sino también "don" y "munus" (merced). Puesto que pues el pueblo siempre se prometía cosas prósperas, dice que ellos de ningún modo deben decir más esto. Pues son indignos de los dones y mercedes de Dios, sino más bien han de ser desechados [1009] y abandonados íntegramente del auxilio de Dios. Mas por las palabras y la interpretación de los nombres a menudo se muestran las cosas, como los vocablos mudados de Abraham, de Sara, y de Pedro, y de los hijos de Zebedeo significan la mudanza de las cosas: y en este mismo profeta (Supra, cap. 20), Fasur [Al. Fasor y Fascor] se dice "pavor", o "traslación", y "colono", o "peregrino". Ha de notarse que las palabras "del Dios vivo, del Señor de los ejércitos, nuestro Dios", los códices latinos y griegos no las tienen; y los hebreos las leen en sus volúmenes contra sí mismos, lo cual propiamente significa el misterio de la Trinidad.

LIBRO QUINTO.

[1009-1010] El quinto libro de los Comentarios sobre Jeremías, hermano Eusebio, tendrá su exordio de dos cestas, de las cuales una demostrará la dulzura de la recta fe, la otra la amargura de la perfidia de los herejes. Aunque Ananías hijo de Azur se oponga a Jeremías, y Semeías el nehelamita desee que el Profeta sea enviado a la cárcel, y Sofonías el sacerdote conspire con las palabras de los pseudoprofetas (Jer. 28, 29): sin embargo la verdad puede ser encerrada y ligada, mas no puede ser vencida, la cual está contenta con la escasez de los suyos, y no se aterra por la multitud de los enemigos. Levanta pues con Moisés las manos al cielo, y suspende la antigua serpiente en el desierto, y al punto tanto Amalec será borrado, como las mordeduras venenosas no prevalecerán, y el pueblo del Señor, seguro, cruzará las corrientes del Jordán con Jesús, y después de la vasta soledad, comerá el pan que nació en nuestra pequeña aldea de Belén (Éx. 17, Núm. 21).

(Cap. 24, Vers. 1 sigs.) El Señor me mostró, y he aquí dos cestas (o cajones) llenas de higos, puestas ante el Templo del Señor: después que Nabucodonosor rey de Babilonia hubo trasladado a Jeconías hijo de Joacim rey de Judá y a sus príncipes, y al fabro (artesano), y al cerrajero de Jerusalén, y los llevó a Babilonia. Una cesta tenía

higos muy buenos, como suelen ser los higos de la primera breva: y una cesta tenía higos muy malos, que no podían ser comidos, por ser malos. Y me dijo el Señor: "¿Qué ves tú, Jeremías?" Y dije: "Higos: los buenos, muy buenos; y los malos, muy malos, que no pueden ser comidos, por ser malos". Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: "Así dice el Señor Dios de Israel: Como estos higos buenos, así conoceré la transmigración de Judá, que envié de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien." Y pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los reduciré a esta tierra, y los edificaré, y no los destruiré; y los plantaré, y no los arrancaré. Y les daré corazón para que me conozcan, que yo soy el Señor; y me serán en pueblo, y yo les seré en Dios: porque se volverán a mí de todo su corazón. Y como los higos pésimos, que no pueden ser comidos, por ser malos: así dice el Señor, así daré [Al. clamaré] (o, entregaré) a Sedequías rey de Judá y a sus príncipes, y a los restos de Jerusalén que permanecieron en esta ciudad, y a los que habitan en la tierra de Egipto. Y los daré en vejación y aflicción (o, dispersión) a todos los reinos de la tierra en oprobio, y en parábola, y en proverbio, y en maldición en todos los lugares a los que los arrojé. Y enviaré en ellos la espada, y el hambre, y la peste, hasta que sean consumidos de la tierra que les di a ellos y a sus padres.

Las dos cestas, o cajones de higos buenos y malos [Al. buenas y malas], algunos los interpretan en la Ley y en el Evangelio; la Sinagoga y la Iglesia; y el pueblo de los judíos y el de los cristianos; la gehenna y el reino de los cielos, de

los cuales uno pertenece al suplicio de los pecadores, el otro a la habitación [1011] de los Santos. Mas nosotros, sabiendo según el Apóstol Pablo (Rom. 7) que la ley es buena y santa, y el mandamiento bueno y santo, y que uno mismo es el Dios de ambos Testamentos, refirámoslos más bien a aquellos que en el advenimiento del Señor Salvador creyeron y no creyeron: para que quienes, incitados por los escribas y sacerdotes clamaron, diciendo: Crucifícale, crucifícale a tal hombre (Luc. 23, 21), sean la cesta de los higos malos; mas los que después de su ascensión creyeron de entre el pueblo, se refieran a los higos buenos, y a la cesta y cajón óptimo. Sigamos empero la historia simple y verdadera: que llamó cesta de higos buenos a Jeconías, quien se había entregado al rey babilonio por consejo de Jeremías y mandato de Dios; a quien el Señor también promete cosas prósperas. Mas de los malos a Sedequías, quien contradiciendo la sentencia de Dios fue capturado, y cegado de los ojos fue llevado a Babilonia, y allí murió (4 Rey. 25).

Mas en tanto puso Dios sus ojos para bien en estos que se sometieron a su mandato (Infra, cap. 42), y los redujo a su tierra, y los edificó y no los destruyó, y los plantó y no los arrancó, y les dio corazón para que le conocieran, que él mismo era el Señor, y se hicieran para él en pueblo, y él fuera para ellos en Dios: que aun en la cautividad puso sus ojos sobre ellos, y permitió labrar la tierra, edificar casas, plantar pomares (huertos) en la región de Babilonia: Daniel, por los milagros de los signos, de cautivo súbitamente fue hecho prínci-

pe (Dan. 5), y los tres muchachos gloriosamente fueron librados del incendio del horno (Dan. 3): y cumplidos los setenta años bajo Zorobabel y Jesús el gran sacerdote y Esdras y Nehemías, la mayor parte regresó a Jerusalén: cuyo número se contiene en el volumen del mismo Esdras (1 Esd. 2). Ha de notarse también [Al. ciertamente] que esta Visión fue hecha al Profeta en los tiempos de Sedequías, después que Jeconías fue llevado en transmigración: pues no dijo cautividad, porque se había entregado voluntariamente. Mas por los fabros y cerrajeros, o debemos entender a los intérpretes y doctores de la ley, o a los artífices y engastadores de oro y gemas, cuya arte es preciosísima entre las naciones bárbaras. Por los cerrajeros los Setenta interpretaron "los vinctos" (atados), para significar el mal de la cautividad; y de lo suyo añadieron "los ricos", lo cual no se tiene en el hebreo.

Compara empero la cesta que tenía higos buenos y muy buenos, a los higos de la primera breva, que en griego se llaman proïma (πρώϊμα), a saber, de Abraham, Isaac, y Jacob, y Moisés, y Aarón, y Job, y los demás varones santos, de quienes uno de los doce [1011] Profetas habla: Como uva en el desierto hallé a Israel, y como higos en la higuera hallé a sus padres (Os. 9, 10). De donde también nosotros somos llamados hijos de Abraham. Y por el contrario se dice a los judíos: Si vuestro padre fuera Abraham, haríais sus obras (Juan 8, 39). Mas estas cestas, que tenían higos buenos y malos, no estaban fuera y extra de la Iglesia, sino ante el templo del Señor, porque todas las cosas

están patentes a su ciencia: ni tienen tanta amargura estos higos que están fuera, cuanta aquellos que después de la confesión de la fe se han mudado por la prevaricación. Ni tienen tanta suavidad los higos buenos que no están en la presencia del templo de Dios—cuales fueron los filósofos del mundo, que por el bien natural y la inteligencia del Creador, no tanto parecieron seguir como alabar las virtudes— cuanta suavidad tienen los higos que están en el templo de Dios, de los cuales fueron los Propetas y los Apóstoles, de quienes un higo hablaba: Leche os di, no alimento sólido (1 Cor. 3, 2). Y: Hijitos míos, a quienes de nuevo doy a luz hasta que Cristo se forme en vosotros (Gál. 4, 19).

De donde se dice que, en la presencia del templo de Dios, los higos buenos fueron muy buenos; y los higos malos, fueron muy malos. Y para que no se piense que ponemos nuestro propio sentido, la misma Escritura se abre a sí misma. Como, dice, estos higos buenos: así conoceré la transmigración de Judá, que envié de este lugar a la tierra de los caldeos para bien: significando a Jeconías y a los príncipes que con él fueron capturados. Y por el contrario de la cesta que tenía higos malos; y como los higos, dice, pésimos que no pueden ser comidos por ser malos: así daré a Sedequías rey de Judá y a sus príncipes, y a los que huyeron a Egipto, y a los que permanecieron en esta ciudad en vejación y aflicción a todos los reinos de la tierra (Infra, cap. 42), cuando en Egipto también fueron capturados, y Nabucodonosor puso en Tafnis su solio, y envió el Señor sobre ellos la

espada, el hambre, y la peste, hasta que fueran consumidos de la tierra que dio a sus padres. Mas lo que dijo de los higos buenos: Les daré corazón para que me conozcan, que yo soy el Señor, es semejante a aquello apostólico: Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el perfeccionar (Fil. 2, 13): porque no solo las obras, sino también nuestra voluntad se apoya en el auxilio de Dios. Delira en este lugar el intérprete siempre alegórico, y queriendo hacer violencia a la verdad histórica, refiere a los capturados de la Jerusalén celestial y trasladados a la tierra de los caldeos: y que de nuevo han de volver al lugar prístino, como Jeremías y los demás santos profetas; mas otros que hubieran sido pecadores, han de morir en esta tierra y en el valle de lágrimas. Puse junta toda la pericopa (περικοπή) [1013] de esta visión, para no dividir el sentido en la exposición.

(Cap. 25, Vers. 1.) Palabra que fue hecha a Jeremías sobre todo el pueblo de Judá (o sobre todo el pueblo de Judá) en el año cuarto de Joacim hijo de Josías rey de Judá. Estas cosas son anteriores a la visión pasada: pues aquella fue hecha bajo Sedequías, después que Jeconías fue trasladado a Babilonia; mas esta bajo Joacim hijo de Josías, y padre de Jeconías. Pues no era preocupación (como ya dije antes) para los Profetas [Al. para la profecía] conservar los tiempos que las leyes de la historia requieren; sino escribir de cualquier modo lo que sabían útil para los que habían de oír y leer. De donde también en el Salterio erróneamente algunos buscan el orden de los salmos

según el texto de la historia, lo cual no se observa en un canto lírico.

(Vers. 2.) Este es el año primero de Nabucodonosor rey de Babilonia (lo cual no se tiene en los LXX. Y sigue): Lo que habló Jeremías Profeta a todo el pueblo de Judá, y a todos los habitantes de Jerusalén, diciendo. En el año cuarto del rey Joacim, hijo de Josías padre de Jeconías, Nabucodonosor recibió el imperio en Babilonia, y así se hizo que el año que era el primero de Nabucodonosor en Babilonia, fuera el cuarto en Jerusalén del rey Joacim. Finalmente, en el octavo año de su reinado, llevó a Jeconías con su madre y los príncipes a la cautividad, quien había reinado solo tres meses después de la muerte de su padre Joacim. Fue muerto empero Joacim en el undécimo año de su reinado en Jerusalén (4 Rey. 24).

(Vers. 3.) Desde el decimotercer año de Josías hijo de Amón rey de Judá hasta este día, este es el vigesimotercer año, fue hecha palabra del Señor a mí, y os hablé levantándome de noche y hablando, y no oísteis. En el decimotercer año del rey [Al. del reinado de] Josías, que reinó en Jerusalén treinta y un años, Jeremías comenzó a profetizar, y profetizó bajo él diecinueve años; a quien sucedió en el reino su hijo Joacaz: el cual, habiendo sido llevado al punto a la cautividad por Necao rey de los egipcios, obtuvo el reino Joacim su hermano (4 Rey. 23). En el cuarto año de cuyo reinado, se hizo [Al. fue] esta palabra del Señor a Jeremías, y por esto era el vigesimotercer año del profeta Jeremías desde que comenzó a hablar al pueblo; y nunca cesó de predicar, sino que cada

día levantándose al alba y de noche, hablaba al pueblo. Y no, dice, oísteis. Mas si, como quieren los [1014] herejes de entre los antiguos, la ley fue dada una vez como ayuda, y se constituyeron preceptos que por la voluntad de nuestro arbitrio o hacemos o no hacemos; ¿cómo es que el Profeta siempre se entromete, y diariamente replica los mandatos de Dios, los cuales ciertamente, aceptados una vez, habrían bastado a aquellos a quienes fueron dados; si no es para mostrar esto: que siempre necesitamos del auxilio de Dios; y que nunca puede bastar lo que una vez fue dado, si no se renueva diariamente por la admonición del Señor? Y envió el Señor a vosotros a todos sus siervos los Profetas, levantándose al alba y enviando: y no oísteis. No por un solo Profeta, sino por todos amonestó Dios siempre a su pueblo, y como si él mismo estuviera constituido en vigilias y guardias se levantó al alba para amonestar a su pueblo. Y no, dice, oísteis; ¿para que cuanto más frecuente la amonestación, tanto mayores fueran los pecados de los que la despreciaban?

(Vers. 4, 5.) Ni inclinasteis vuestros oídos para oír cuando yo decía [Vulg. él decía]: Volveos a mí cada uno de su camino malo, y de vuestros pésimos pensamientos: y habitaréis en la tierra que dio el Señor a vosotros y a vuestros padres de siglo en siglo. Tanta fue la dureza del pueblo, que ni siquiera asumió el hábito del que oye, e inclinó su oído, especialmente amonestando el Señor que se volviera cada uno de su camino malo y de sus pésimos pensamientos. Y, ¡oh infinita clemencia!, no inferir suplicio por el crimen, sino provocar

a la penitencia, tanto de las malas obras—que significa el camino malo—como de los pésimos pensamientos, los cuales aun ellos mismos sin la obra se reputan como pecado. Y promete premio si hicieran lo que está mandado: que habiten en la tierra que fue dada a los padres, y quitada por los vicios de los hijos. Y lo que dice: De siglo y hasta el siglo, o, desde lo eterno y hasta lo eterno, muestra que los dones de Dios son perpetuos si se mostraran dignos aquellos a quienes fueron dados.

(Vers. 6, 7.) Y no queráis ir tras dioses ajenos, para servirles y adorarles; ni me provoquéis a ira en las obras de vuestras manos, y no os afligiré. Y no me oísteis, dice el Señor, de modo que me provocasteis a ira en las obras de vuestras manos para vuestro mal. Y esto, dice, amonestaba con las cosas anteriores, que no sirvieseis a dioses ajenos ni los adoraseis, y que haciendo estas cosas no me provocaseis a ira por las obras de vuestras manos, para que hiciera lo que no quería y os afligiera [1015], y no me oísteis. Y lo que sigue: "Dice el Señor, de modo que me provocasteis a ira en las obras de vuestras manos para vuestro mal", no se tiene en los Setenta.

(Vers. 8.) Por tanto, así dice el Señor de los ejércitos: por cuanto no oísteis mis palabras, he aquí que yo enviaré y tomaré a todas las cognaciones del Aquilón (Norte), dice el Señor; y a Nabucodonosor rey de Babilonia, siervo mío. Puesto que me provocasteis a ira, e hicisteis el mal para vuestra perdición, y al que os provocaba a la penitencia lo hollasteis con pie soberbio, enviaré,

dice, a todas las cognaciones, o naciones, del Aquilón, y traeré al príncipe de ellas, Nabucodonosor rey de Babilonia, siervo mío. Envía empero el Señor o Ángeles para que inciten a las gentes, o ciertamente mueve a tales cognaciones para que cumplan la voluntad del Señor. Y en que llama siervo suyo a Nabucodonosor, no es llamado siervo así como los Profetas y todos los santos, que verdaderamente sirven al Señor; sino en cuanto que en la eversión de Jerusalén sirve a la voluntad del Señor: según lo que también dice el Apóstol: A quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar (1 Tim. 1, 20). Que los caldeos están en la parte del Aquilón, según la situación de Jerusalén, para nadie es duda.

(Vers. 9.) Y los traeré sobre esta tierra, y sobre sus habitantes, y sobre todas las naciones que están en su circuito; y los mataré, y los pondré en estupor, y en silbo, y en solledades sempiternas. Estos son los premios de los que desprecian y no quieren oír las palabras de Dios. Cualquier mal pues que se trae sobre nosotros, lo hicieron nuestros pecados. Y como todas las naciones fueron entonces traídas contra Jerusalén: así hoy son traídas contra la Iglesia negligente, para que los mate, y los ponga en estupor, y en silbo, y en soledades sempiternas, para que sean ejemplo y milagro de todos. El silbo empero es indicio de milagro y de estupor; y la soledad sempiterna se descubre en estos que no tienen a Dios por guía.

(Vers. 10.) Y perderé de ellos la voz de gozo y la voz de alegría; la voz del esposo y la voz de la esposa; la voz de la muela y la luz de la lucerna.

Y será toda su tierra [Vulg. esta] en soledad y en estupor. Esto se comprueba hoy también en el conciliábulo de los malignos; de modo que sus maestros no enseñan la palabra de Dios, sino que silban al modo de la culebra. Y perece en ellos la voz de gozo y la voz de alegría, de modo que nunca oyen aquello del Apóstol: Alegraos, de nuevo digo alegraos (Fil. 4, 4). También la voz de la esposa, de la fe eclesiástica; y la voz del esposo, del Señor Salvador: Pues el que tiene a la esposa, es el esposo (Juan 3, 29). [1016] La voz de la muela, para que no se trituren en ella los trigos y se den a los pueblos para comer: y la luz de la lucerna, a saber, la doctrina y la ciencia [Al. doctrina y ciencia] de los Profetas. Finalmente, también de Juan el Bautista se dice: Aquel era lucerna luciente (Juan 5, 35). Y otro Profeta: Lucerna, dice, a mis pies es tu palabra, Señor, y luz a mis sendas (Sal. 119, 105). Toda, dice, la tierra de los herejes será en soledad y en estupor, cuando su final haya sido demostrado insipiente.

(Vers. 11 sigs.) Y servirán todas estas gentes al rey de Babilonia setenta años. Y cuando se hubieren cumplido los setenta años, visitaré sobre el rey de Babilonia, y sobre aquella gente, dice el Señor, sus iniquidades, y sobre la tierra de los caldeos, y la pondré en soledades sempiternas. Y traeré sobre aquella tierra todas mis palabras que hablé contra ella: todo lo que está escrito en este libro, cuanto profetizó Jeremías contra todas las naciones.

Como Jerusalén después de setenta años recibe [Al. recibió] a sus antiguos moradores, y cum-

plidos los suplicios, porque obedeció a la sentencia de Dios, disfruta de su antigua felicidad; así el rey de Babilonia, que se elevó en soberbia y pensó que era por sus propias fuerzas que reinaba sobre las gentes, y no por la voluntad del Señor, será destruido al venir los medos y los persas. Finalmente, hasta hoy permanecen solo las reliquias de la ciudad de Babilonia. Y la puso el Señor en soledad sempiterna, y cumplió todas las palabras que se contienen en el volumen de este mismo Profeta. Pues en lo que sigue, la palabra de Jeremías describe qué males ha de padecer Babilonia.

(Vers. 14.) Porque sirvieron a ellos siendo gentes muchas y reyes grandes; y les pagaré según sus obras, y según los hechos de sus manos. Esto no se tiene en los Setenta. Significa empero que no solo contra Babilonia profetizó Jeremías, sino contra las demás gentes que habían estado en el ejército babilonio y combatieron contra el pueblo del Señor. Finalmente, en lo que sigue se habla contra Egipto, y los filisteos, y Moab, y Amón, e Idumea (Edom), y Damasco, y Cedar, y los reinos de Asor, y Elam, y al extremo contra Babilonia y la tierra caldea.

(Vers. 15 sigs.) Porque así dice el Señor Dios de Israel a mí [Vulg. añade "de los ejércitos", y calla "a mí"]: toma este cáliz del vino del furor (o de vino puro) de mi mano, y propinarás de él a todas las gentes a las que yo te enviaré, y beberán, y se embriagarán [Vulg. se turbarán] (o vomitarán); y enloquecerán ante la faz de la espada que yo enviaré entre ellos. Y recibí el cáliz de la mano del Señor, y propiné a todas las

gentes a las que me envió el Señor. La propinación del cáliz, y [1017] del cáliz meraco (puro), o no mezclado [Al. mezclado], que en griego se dice akratou (á¼€ÎºÏá½±„Î¿Ï…), es indicio del furor del Señor, para que todas las gentes que militaron contra el pueblo de Dios beban del cáliz del furor del Señor, de lo cual escribe Isaías contra Jerusalén: El cáliz del furor, el cáliz de la ruina bebiste y agotaste, por tanto levántate (Is. 51, 17). Este cáliz empero por eso es bebido por todas las gentes, para que vomiten y enloquezcan. Lo cual un cierto intérprete perverso toma en buena parte: como si al modo de una poción catártica obligara a salir fuera cuanto de cólera y pituita y humor nocivo hay en el pecho, y restituyera la antigua sanidad. Por Jeremías también toma al Salvador, porque él mismo propinó a todas las gentes a las que fue enviado para que, desechada la idolatría, se dedicaran al culto de Dios. Lo cual los siguientes pasajes mostrarán que es contrario a la sagrada Escritura. Pues no para remedio, como él quiere, sino para pena son propinados con el cáliz puro.

(Vers. 18.) A Jerusalén y a las ciudades de Judá, y a sus reyes y a sus príncipes, para que los diera en soledad, y en estupor, y en silbo, y en maldición, como es el día de hoy. Pensaba, dice, que propinaría solo a las gentes, y por eso me había ofrecido alegre a este ministerio; pero entre las demás gentes, o más bien antes que a las demás, propiné a Jerusalén y a las ciudades de Judá, y a sus reyes y príncipes, para que los diera en estupor, y en soledad, y en silbo, y en maldición, como se prueba también por el presente ejemplo. De

donde dice también arriba: Me sedujiste, Señor, y fui seducido: prevaleciste y pudiste (Supra, 20, 7).

(Vers. 19.) A Faraón rey de Egipto y a sus siervos, y a sus príncipes, y a todo su pueblo, y a todos en general. Después de Jerusalén bebió Faraón rey de Egipto y sus socios: bebieron los príncipes y todo el pueblo, y todo aquel que no es ciertamente egipcio, pero mora en sus regiones: a quienes los Setenta tradujeron symmiktous (ÏƒÏ… Î¼Î¼á½·Î°Ï„Î¿Ï…Ï‚), esto es, mixtitios, vulgo no de la región egipcia, sino peregrino y advenedizo.

Y a todos los reyes de la tierra de Uz (Ausítide). La cual en hebreo se llama Uz (), de la cual también relata la historia que fue Job: Hubo un cierto varón en la región de Ausítide, de nombre Job (Job 1). Y sin embargo ha de saberse que este versículo no se tiene en los Setenta, y que Teodoción en lugar de Uz interpretó "isla".

(Vers. 20.) Y a todos los reyes de la tierra de los filisteos, y de Ascalón, de Gaza, de Ecrón, y a los restos de Azoto. [1018] Generalmente puso Philisthiim, esto es, la tierra de los palestinos, y especialmente sus ciudades Ascalón, Gaza, Ecrón, Azoto; sola calló a Gat, que se contiene en los restos. Pues esto es lo que está escrito: Y a los restos de Azoto: pues vecina y colindante a Azoto, que en hebreo se dice Esdod (), es la región de la ciudad de Gat. Que los palestinos fueron capturados y devastados por los babilonios, lo escribe Isaías.

(Vers. 21.) De Edom (Idumea), y de Moab, y de los hijos de Amón, y a todos los reyes de Tiro, y a todos los reyes de Sidón. Edom en la que están los

montes Seir, y que en hebreo se llama Edom (); Moab y Amón, ellos mismos son los hijos de Lot, vecinos del mar Muerto. Tiro y Sidón en el litoral de Fenicia son ciudades principales, las cuales también ellas fueron superadas al venir el babilonio; de las cuales Cartago fue colonia. De donde también los cartagineses (poeni), por vocablo corrompido, son llamados casi como phoeni (fenicios): cuya lengua es en gran parte colindante con la lengua hebrea.

(Vers. 22.) Y a los reyes de las islas que están al otro lado del mar. Allá de [Al. pasa a] Chipre, y Rodas, y las islas que se llaman Cícladas. Pues también estas fueron ocupadas por los babilonios.

(Vers. 23.) Y a Dedán, y a Temán, y a Buz, y a todos los que están rapados en el cabello. Estas gentes están en la soledad, vecinas y mezcladas con las regiones de los ismaelitas, a quienes ahora llaman sarracenos, y de quienes se dice: los que están rapados en el cabello.

(Vers. 24.) Y a todos los reyes de Arabia: y a todos los reyes del Occidente que habitan en el desierto. Esto no se tiene en los Setenta. Después de [Al. A causa de] Dedán pues, y Temán, y Buz, y los ismaelitas, sigue el orden de las regiones. Y a todos los reyes de Zamri. Esto tampoco se tiene en los Setenta.

(Vers. 25.) Y a todos los reyes de Elam, y a todos los reyes de los medos. Por el hecho de que Zamri sigue a Elam y a los reyes de los medos, juzgamos que también la región de Zamri es de Persia, a no ser que tal vez por el hecho de

que precedió Arabia, también estos reyes deban entenderse como de la soledad. Elam empero es una región de Persia al otro lado de Babilonia, de donde también los elamitas. Los medos también, y los persas, por quienes fue capturada y destruida Babilonia. Pues también ellos bebieron el cáliz puro, propinándolo Alejandro rey de los macedonios. Y a todos los reyes del Aquilón (Norte) [Al. de Babilonia] de cerca y de lejos. Puesto que había enumerado las regiones de Persia y de Babilonia, de Elam y de los medos: ahora pone generalmente a todos los reyes del Aquilón que están cerca y [1019] que están lejos. Por el Aquilón, que en hebreo se dice Safón (), los Setenta tradujeron apheliÅtÄ“n (á¼€Ï†Î· Î»Î¹á½½Ï„Î· Î½), al que nosotros podemos llamar Subsolano (viento del Este).

(Vers. 26.) A cada uno contra su hermano, y a todos los reinos de la tierra que están sobre la faz de ella. Para que no se hiciera largo enumerar por partes todas las regiones de la provincia oriental, puso generalmente todos los reinos de la tierra que se mencionan en la tierra. En lo que empero dijo contra su hermano, se sobrentiende: "di la poción pura", para que todos enfurecieran, vomitaran, enloquecieran, y combatieran entre sí en mutuas batallas.

Y el rey de Sesach beberá después de ellos: y esto no se tiene en los Setenta; tiene este sentido: "Todas las naciones en el circuito", dice, "estarán sujetas al imperio babilonio, y él sujetará todas las cosas a su potestad, de modo que todas las gentes que el discurso pasado relató le sirvan a

él y beban de su cáliz". De donde también en la visión contra Babilonia se escribe: Cáliz de oro es Babilonia, que embriaga a toda la tierra (Infra, 51, 7). El último rey de Babilonia beberá empero esta poción, propinándosela Ciro rey de los medos y de los persas—el jinete de la cuadriga, del camello y del asno—. De qué modo empero "Babilonia", que en hebreo se dice Babel (), se entiende como Sesach (), no trabajará mucho quien tenga al menos un pequeño conocimiento de la lengua hebrea. Así como entre nosotros el alfabeto griego se lee por orden hasta la última letra, esto es, Alfa, Beta, y las demás hasta la Omega (Ï‰); y de nuevo por la memoria de los niños solemos invertir el orden de la lectura y mezclar las primeras con las últimas, para decir Alfa, Omega, Beta, Psi: así también entre los hebreos la primera es Álef, la segunda Bet, la tercera Guímel, hasta la vigesimosegunda y última letra Tau, cuya penúltima es Sin. Leemos por tanto Álef-Tau, Bet-Sin (el cifrado Atbash). Y cuando llegamos al medio, a la letra Lámed le corresponde la Caf: y de modo que, si [Al. así] leemos rectamente, leemos Babel: así, mudado el orden, leemos Sesach. Las letras vocales empero entre Bet y Bet, y Lámed, según el idioma de la lengua hebrea, no se ponen en este nombre. Y juzgo que fue prudentemente ocultado por el santo Profeta, para no conmover abiertamente contra sí la locura de aquellos que sitiaban Jerusalén y que ya pronto se apoderarían de ella [1020].

Lo cual leemos que también el Apóstol hizo contra el imperio romano, escribiendo sobre el

Anticristo: ¿No os acordáis que cuando aún estaba entre vosotros, os decía estas cosas? Y ahora sabéis qué lo detiene, para que sea revelado en su propio tiempo, sobrentendiéndose el Anticristo. Pues ya el misterio de la iniquidad está obrando: solo que el que [Al. para que el que] ahora retiene, retenga hasta que sea quitado de en medio, y entonces se revelará aquel inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la iluminación de su advenimiento (2 Tes. 2, 3 sigs.). Al que retiene, lo muestra como el imperio romano: pues si este no fuera destruido y quitado de en medio, según la profecía de Daniel, el Anticristo no vendrá antes. Lo cual, si hubiera querido decir abiertamente, neciamente habría concitado la rabia de la persecución contra los cristianos y la entonces naciente Iglesia. Más largamente de lo que la brevedad de los Comentarios permite hemos hablado de este capítulo, que tal vez los griegos y latinos desdeñarán por no tenerse en sus códices. Mas ¿qué aprovechará, cuando en lo que sigue este mismo Profeta diga: ¿Cómo ha sido capturada Sesach, y apresada la ínclita de toda la tierra? ¿cómo se ha convertido Babilonia en estupor entre las gentes? Los intérpretes alegóricos refieren todo este lugar a todas las naciones que el diablo embriagó con el cáliz purísimo de los pecados. Y que al final también él mismo beberá los suplicios y tormentos, de quien escribe el Apóstol: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca (2 Tes. 2, 8). Y [Al. De donde también] en otro lugar dice: El último enemigo empero en ser destruido es la muerte (1

Cor. 15, 26). Que es de gran fuerza el poder trasladar los vocablos de las diversas naciones bajo sus etimologías, y acoplar los vicios singulares a los nombres singulares.

(Vers. 27.) Y les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Bebed y embriagaos, y vomitad, y caed, y no os levantéis [Vulg. ni os levantéis] ante la faz de la espada que yo enviaré en [Al. entre] vosotros. Después que, dice, hayas propinado a todas las gentes y cumplido el mandato del Señor, de nuevo mandarás estas cosas con las palabras del Señor, y dirás: "Bebed y embriagaos, y vomitad, y caed, y no os levantéis". Si beber y embriagarse, vomitar y caer es indicio de salud —para que al modo de una poción catártica se expulsen todas las cosas nocivas—, ¿cómo sigue: y no os levantéis? Mas cuál sea la poción que los haga caer para siempre, lo pone más manifiestamente, esto es, [1021] ante la faz de la espada que yo enviaré entre vosotros.

(Vers. 28.) Y cuando no quisieren recibir el cáliz de tu mano para beber, les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos: Bebiendo beberéis: porque he aquí que en la ciudad en la que ha sido invocado mi nombre, yo comienzo a afligir, ¿y vosotros quedaréis inmunes como inocentes (o, y vosotros seréis la limpieza del mundo)? no quedaréis inmunes (o, no seréis limpios). Latentemente muestra que el mandato de Dios, que por voluntad no quisieron cumplir, lo aceptarán por necesidad, y oirán: Bebiendo, beberéis. Queráis, dice, o no queráis, la sentencia de Dios ha de cumplirse. Pues si la ciudad de Jerusalén, en la

que fue conocido el nombre de Dios, diciendo el Profeta: Conocido es Dios en Judea: en Israel es grande su nombre (Sal. 76, 1), bebe el cáliz puro del furor: ¡cuánto más vosotros no seréis limpios, que en lugar del nombre de Dios dais culto a los ídolos!

(Vers. 29.) Pues yo llamo a la espada sobre todos los habitantes de la tierra, dice el Señor de los ejércitos. Esta es la poción purísima, este es el cáliz del furor del Señor, que no solo sobre Jerusalén, sino sobre toda la tierra es llamado, y sobre todas las naciones en el circuito. De lo cual arriba había dicho: Y enviaré a Nabucodonosor rey de Babilonia, siervo mío, y lo traeré sobre esta tierra, y sobre sus habitantes, y sobre todas las naciones que están en su circuito.

(Vers. 30, 31.) Y tú profetizarás a ellos todas estas palabras, y les dirás: El Señor rugirá desde lo alto (o dará respuesta), y desde su santa habitación dará su voz. Rugiendo rugirá sobre su belleza (o responderá sobre su lugar), se cantará un grito (celeuma) como de los que pisan [uvas] contra todos los habitantes de la tierra. Llegó el sonido (o la perdición) hasta los extremos (o sobre parte) de la tierra: porque hay juicio al Señor con las gentes: él mismo es juzgado con toda carne: entregué [Al. entregó] a los impíos a la espada, dice el Señor. Primero hablemos según se tiene la verdad de la interpretación. A todas las gentes, dice, profetizarás, y dirás que el Señor ruge desde lo alto, esto es, da indicio de su furor; según aquello que está escrito: El león rugirá, ¿y [1022] quién no temerá? El Señor ha hablado, ¿y

quién no profetizará? (Amós 3, 8). Y desde su santa habitación dará su voz, para aterrar a todos los que oyen. Rugirá empero sobre su belleza, esto es, sobre el Templo. Y cuando él haya rugido, al modo de los que pisan en los lagares se cantará un grito (celeuma), y en la efusión de la sangre mutua, se cantará un canto lúgubre: que Símaco llama katalēgma (κατάληγμα) y Aquila iasmon (ἰασμὸν). El sonido de cuyo grito y canto llegará hasta los extremos de la tierra, porque el juicio del Señor es con las gentes. Mas si el juicio del Señor es con las gentes, hay también diversos méritos de las gentes (Os. 4). Para exponer aquel lugar, como algunos quieren: El que no cree, ya ha sido juzgado (Juan 3, 18). Juzgado fue ciertamente en cuanto que no creyó; mas ellos mismos que no creen entre sí, serán afectados con diversos suplicios. Él mismo es juzgado con toda carne, para que ninguno se vaya sin ser juzgado. A los impíos empero, esto es, los que no creen en el Señor [Al. en Dios], los entrega a la espada sempiterna.

Los intérpretes alegóricos según los Setenta explican este lugar así, de modo que refieran a buena parte la abierta conminación del Señor. El Señor, dicen, desde lo alto dará respuesta, a saber, a estos que ha de salvar. Y desde su lugar santo dará su voz, y responderá la palabra en su lugar.

(Vers. 32, 33.) Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que la aflicción (o el mal) saldrá de gente en gente, y un gran torbellino (o tempestad) saldrá de las cumbres (o extremos) de la tierra. Y serán los muertos del Señor (o los heridos por el Señor) en aquel día desde un extremo de la tierra

hasta el otro extremo de ella. No serán llorados: y no serán recogidos, ni sepultados: como estiércol sobre la faz de la tierra yacerán.

[1023] Avergüéncense los que intentan hacer violencia a la sagrada Escritura, explicando en buena parte aquellas cosas que están llenas de conminación. De este lugar empero pienso que dijo también el Señor: Se levantará gente contra gente, y reino contra reino (Luc. 21, 10); y lo demás que se contiene en la sentencia del mismo Evangelio. Entendamos empero estas cosas [Al. ellas mismas] hechas según la historia, cuando por el rey babilonio todas las naciones en el circuito fueron subyugadas: y sintieron su imperio cruel. O según la profecía de cosas futuras mucho tiempo después en la consumación del mundo. Y se dicen "muertos por el Señor", no porque el Señor mismo hiera; sino en cuanto que en la perdición de los pésimos, se cumple la voluntad e imperio del Señor.

(Vers. 34, 35.) Aullad (o jubilad), pastores, y clamad, y rocíaos de ceniza, notables de la grey (o plañid, carneros de las ovejas): porque se han cumplido vuestros días para que seáis muertos, y vuestras dispersiones, y caeréis como vasos preciosos (o como carneros elegidos). Y perecerá la huida de los pastores, y la salvación de los notables (o carneros) de la grey. Ha de notarse que solo en este lugar los Setenta pusieron "júbilo" en mala parte: por lo cual otros intérpretes tradujeron "aullido" (como está escrito en el hebreo). Entre los pastores y los carneros, o notables de la grey, hay esta distancia: que los pastores son

de los racionales; mas los carneros y notables se refieren a los ricos, quienes también ellos son llamados parte de la grey. Y en lo que añade: Se han cumplido vuestros días para que seáis muertos: entonces se cumplirán sus días cuando se hubieren cumplido los pecados; y serán dispersados y caerán como vasos preciosos, de modo que rotos no puedan ser restaurados: y cuanto antes fueron más preciosos [Al. preciosos], tanto mayor sea su daño en la rotura: o como carneros elegidos, para que sean pingüe hostia de los que desean devorar. Perecerá, dice, la huida de los pastores, cuando no hubieren hecho penitencia. Finalmente, se dice a los fariseos: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Luc. 3, 7). Y en los salmos leemos: Pereció la huida de mí (Sal. 142, 5). Y la salvación, dice, de los notables de la grey, o carneros: apo koinou (ἀπὸ κοινοῦ), se sobrentiende "perecerá".

(Vers. 36.) Voz del clamor de los pastores, y aullido de los notables de la grey (o júbilo de los carneros): porque devastó el Señor sus pastos. Y callaron los campos (o las hermosuras) de paz ante la faz de la ira del furor del Señor. Y aquí ha de notarse que en los Setenta el "júbilo" está puesto por el "aullido". Entre los pastores empero y los carneros hay esta diversidad: que se piensa que los pastores en la Iglesia son los que presiden la grey con sabiduría y erudición y doctrina. Los carneros empero [1024] los que ciertamente parecen príncipes en el pueblo, pero nada tienen en sí de doctrina y sabiduría, y por la excesiva simplicidad están casi vecinos a la estulticia. Cuando

empero hubiéremos tenido paz, y no hubiéremos entendido o los bienes o las hermosuras de la paz, sino que nos hubiéremos entregado a la lujuria y al ocio y a los placeres: entonces descansarán, o callarán los bienes de la paz, y serán quitados de nosotros por la ira del furor del Señor, y se cumplirá aquello que está escrito: Cuando dijeren, paz y seguridad, entonces les sobrevendrá repentina perdición (1 Tes. 5, 3), al venir la cual, todas las cosas callarán.

(Vers. 37, 38.) Dejó como león su escondrijo (o su cubil). (Y como es más verdadero, su tabernáculo: pues esto es lo que suena el hebreo SUCCHO). Porque su tierra ha sido hecha desolación (o invia) ante la faz de la ira de la paloma (o ante la faz de la gran espada) y ante la faz de la ira del furor del Señor. El Señor, de quien arriba había dicho: rugirá desde lo alto, y desde su santa habitación dará su voz. Rugiendo rugirá sobre su hermosura, él mismo dejará su tabernáculo, de lo cual está escrito: Fue hecho en paz (o en Salem) su lugar: y su habitación en Sión (Sal. 75, 2): él mismo dejará su sede, y cumplirá lo que por este mismo Profeta habló: He dejado mi casa, he desamparado mi heredad (Jer. 12, 7). Dejó empero como león su cubil, para que todas las bestias tengan potestad de devastar su tierra. Pues siendo el león custodio y presidente, nadie se atreve a acercarse a la misma. "Ha sido hecha", dice, "la tierra de ellos" —sin duda o del pueblo de los judíos, o ciertamente de todas las naciones — "en desolación, y en lugar invio ante la faz de la ira de la paloma". No se maravillará de que

por la "paloma" del Señor se entienda Nabucodonosor, quien arriba leyó que era llamado "siervo del Señor". Por lo cual los Setenta tradujeron "la gran espada". Aunque podemos también aceptar la "paloma" en la persona de Jerusalén, porque se irrita y está triste por haber perdido la custodia de su león, y su tierra ha venido a la desolación.

(Cap. XXVI, Vers. 1 ss.) En el principio del reino [Vulg. del rey] de Joacim, hijo de Josías rey de Judá, fue hecha esta palabra del Señor, diciendo: Así dice el Señor: Estate en el atrio de la casa del Señor, y hablarás a todas las ciudades de Judá, de las cuales vienen para adorar en la casa del Señor, todas las palabras que yo te he mandado que les hables: No calles palabra, si por ventura oyeren, y se convirtieren cada uno de su mal camino: y me arrepienta yo del mal (o descanse yo del mal) que pienso hacerles por las malicias [Vulg. malicia] de sus estudios.

[1025] Esta profecía es superior a la anterior, aunque fue hecha bajo el mismo rey. Pues aquella fue hecha en el año cuarto de Joacim, hijo de Josías rey de Judá; mas esta en el principio del mismo rey, diciendo la Escritura: En el principio del rey Joacim hijo de Josías rey de Judá, fue hecha esta palabra del Señor. No ha de tejerse, pues (como ya hemos dicho a menudo), en los Profetas el orden de la historia, cuando al presente bajo el mismo rey se dicen lo primero después, y lo posterior antes. El que empero ha de decir la palabra del Señor, debe estar con Moisés (Deut. 5), y oír con el Salmista: Los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro

Dios (Sal. 134, 2). Y se le manda que hable a todas las ciudades de Judá: aunque los Setenta no tradujeron "ciudades", para que no pareciese tal vez indecoroso hablar en el atrio de la casa del Señor a ciudades que no estaban delante; mas cuando habla al pueblo y a los ciudadanos, habla a las mismas ciudades. Bellamente empero está en el atrio y vestíbulo del Templo del Señor: para que con ocasión de la oración al Señor, y de adorarle [Al. orarle], se vean obligados a oír las palabras del Profeta. "No", dice, "calles palabra": aunque sea triste, aunque la rabia de los oyentes se concite contra ti, con todo di lo que te ha sido mandado: no temiendo las persecuciones de aquellos que han de ser concitados contra ti, sino el imperio del Señor que lo manda. "Si por ventura", dice, "oyeren, y se convirtieren". La palabra ambigua, "por ventura", no puede convenir a la majestad del Señor, sino que habla según nuestro afecto: para que se guarde al hombre el libre albedrío, no sea que por la presciencia de él, como por necesidad, se vea obligado o a hacer algo o a no hacerlo. Pues no porque Dios sabe que algo ha de ser, por eso ha de ser; sino porque ha de ser, Dios lo conoce, como prescio de lo futuro. Y con todo ha de saberse según este mismo Jeremías: que si el Señor predijere males, y el pueblo hiciere penitencia, que también él mismo ha de hacer penitencia sobre aquello que amenazó hacer. Y si hubiere prometido prosperidades, y el pueblo obrare negligentemente, mude Dios la sentencia, e infiera males en lugar de bienes. Tal cosa es también aquello en el Evangelio: Enviaré a mi

hijo, por ventura le tendrán respeto (Luc. 20, 13). Lo cual ciertamente se dice desde la persona de Dios omnipotente. Finalmente también dice en el presente [lugar]: Si por ventura oyeren, y se convirtieren cada uno de su mal camino: para que cuando ellos se hubieren convertido, también yo me arrepienta de mi sentencia, y no haga lo que pienso hacerles. Pienso empero hacerlo por las malicias de sus estudios, las cuales si fueren mudadas, también mi sentencia será mudada. Leamos la historia de Jonás y Nínive.

(Vers. 4 ss.) Y les dirás: Así dice el Señor: Si [1026] no me oyereis, y [Al. para que] anduviereis en mi ley, la cual os he dado, para que oigáis las palabras de mis siervos los Profetas, a los cuales yo envié a vosotros madrugando [lit. desde la noche] y enviando, y no oísteis: daré esta casa como Silo, y esta ciudad daré en maldición a todas las gentes de la tierra.

En nuestra potestad está, pues, o hacer algo, o no hacerlo: de tal modo al menos que cualquier buena obra que queramos, deseemos o cumplamos, la refiramos a la gracia de Dios, quien según el Apóstol nos dio tanto el querer como el perfeccionar (Fil. 2). Mas si basta andar una vez en la ley, que nos fue dada por Moisés, como sospecha una estulta herejía, ¿cómo añadió: Para que oigáis las palabras de mis siervos los Profetas? Quienes ciertamente fueron enviados después de la ley, y no una vez, sino frecuentemente: ni ociosamente y por quien está seguro, sino siempre y por quien está solícito. "Envié", dice, "a vosotros mis siervos los Profetas cada día, y madrugando desde la

noche": a los cuales si no quisiereis oír, daré esta casa —esto es, el templo de Dios— como Silo, donde estuvo el tabernáculo. Y cuando el templo hubiere sido destruido, consecuentemente también la ciudad será en maldición a todas las gentes de la tierra. Así como empero edificado el templo en la era de Ornán, y en el monte Moria —esto es, de la visión— en el cual se narra que Abraham ofreció a su hijo Isaac, cesó la religión de Silo, ni después se celebraron allí sacrificios: así edificada la Iglesia, e inmoladas en ella hostias espirituales, cesaron las ceremonias de la Ley (2 Par. 3); y fue dada la ciudad de los judíos en maldición a todas las naciones [Al. reyes] de la tierra: de la cual nos libró el Señor, diciendo el Apóstol: Christus redemit nos de maledictione Legis, factus pro nobis maledictio (Gál. 3, 13).

(Vers. 7-9.) Y oyeron los sacerdotes, y los profetas (o pseudoprofetas), y todo el pueblo a Jeremías hablando estas palabras en la casa del Señor. Y cuando Jeremías hubo acabado de hablar todo lo que le había mandado el Señor que hablase a todo el pueblo, le prendieron los sacerdotes y los profetas (o pseudoprofetas), y todo el pueblo, diciendo: Muera de muerte: porque [Vulg. por qué] profetizó en nombre del Señor, diciendo: Como Silo será esta casa y esta ciudad será desolada, por cuanto no haya habitante. Los sacerdotes y los profetas, a los cuales más manifiestamente los Setenta tradujeron "pseudoprofetas", se irritan contra Jeremías porque predica cosas verdaderas, y que subvertido el Templo y desierta la ciudad, ha de perecer la religión y

los lucros que de la religión vienen; por eso le prenden, y consintiendo con ellos el pueblo, le destinan a la muerte: por haber dicho en nombre del Señor, como Silo será esta casa, y la ciudad será desolada, por cuanto no haya habitante. Si alguna vez, pues, por los mandatos [1027] del Señor y la verdad de la fe, o los sacerdotes se irritan contra nosotros, o los pseudoprofetas, o el pueblo engañado, no nos cuidemos grandemente; sino ejecutemos la sentencia de Dios, de ningún modo pensando en el ánimo los males presentes, sino los bienes futuros.

(Vers. 10.) Y se congregó todo el pueblo contra Jeremías en la casa del Señor, y oyeron los príncipes de Judá estas palabras, y subieron de la casa del rey a la casa del Señor, y se sentaron en la entrada de la puerta nueva del Señor [Vulg. de la casa del Señor]. Jeremías en el templo del Señor profetizaba palabras, y había dicho: Daré esta casa como Silo, y esta ciudad daré en maldición a todas las gentes de la tierra; al punto movida sedición por los sacerdotes y profetas y el pueblo, todo el vulgo se congrega contra el Profeta en el Templo, donde estaba el Profeta, y era tenido por las manos de los sacerdotes, y de los profetas y del vulgo. Lo cual cuando hubieron oído los príncipes de la ciudad, que moraban en la casa regia, pasaron, o subieron de la casa del rey a la casa del Señor. Y ha de notarse que ir a la casa del Señor siempre sea ascenso. Y se sentaron en la entrada de la puerta del Señor nueva. De los príncipes empero era oficio sentarse en la puerta de la casa del Señor, y allí conocer la verdad del negocio

y de la sedición. Nueva empero puerta se llama, porque los que se sentaban en ella y presidían el juicio, resistían a las calumnias de los sacerdotes y de los pseudoprofetas.

(Vers. 11.) Y hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes, y a todo el pueblo, diciendo: Juicio de muerte es para este varón: porque profetizó contra esta ciudad, como habéis oído con vuestros oídos. Estando sentados los príncipes de la ciudad en la puerta del templo y en la puerta nueva, los cuales habían corrido del palacio real al templo para que se sedase la sedición del pueblo, y congregada la asamblea del pueblo, acusan los sacerdotes y los pseudoprofetas a Jeremías: y hubiera perecido el Profeta, en cuanto estuvo en los sacerdotes y profetas, si los mismos acusadores hubieran tenido la potestad del juicio. De lo cual entendemos que fueron más crueles contra el Profeta por envidia de la santidad los que parecían dedicados a la religión, que los que presidían las necesidades públicas.

(Vers. 12 ss.) Y dijo Jeremías a todos los príncipes, y a todo el pueblo, diciendo: El Señor me envió para que profetizase a [o sobre] esta casa, y a [o sobre] esta ciudad todas las palabras que habéis oído. Ahora, pues, haced buenos vuestros caminos y vuestros estudios, y oíd la voz del Señor vuestro Dios, y se arrepentirá el Señor del mal que habló contra vosotros (o [1028] y descansará el Señor de los males que habló contra vosotros). Yo empero he aquí que en vuestras manos estoy: haced de mí como bueno y recto es en vuestros ojos (o como os conviene). Con todo

sabed y conoced que si me matareis, entregaréis sangre inocente contra vosotros mismos, y contra esta ciudad, y sus moradores. Pues en verdad me envió el Señor a vosotros para que hablase en vuestros oídos todas estas palabras. Estando presente el pueblo, sentándose en la puerta de la ciudad los príncipes, y acusando los sacerdotes y profetas a Jeremías profeta, e intentando crimen de muerte, Jeremías habla a los príncipes, y a todo el pueblo, a quienes la facción de los sacerdotes y de los pseudoprofetas había concitado, prudente a la par que humilde y constantemente. Prudente, porque decía haber sido enviado por el Señor para hablar contra el templo y la ciudad, y daba consejo de que si querían oír su consejo y hacer penitencia, también el Señor conmutaría su sentencia. Humildemente empero en aquello que dice: He aquí en vuestras manos estoy: haced de mí como bueno y recto es en vuestros ojos. Por otra parte, constantemente: En verdad me envió el Señor a vosotros, para que hablase en vuestros oídos todas estas palabras. Y habla con otros sermones: Si os irritáis porque [Al. por qué] contra el templo y la ciudad del Señor haya hablado, y os es de cuidado la salud de la ciudad y del templo: ¿por qué aumentáis pecados a los pecados, y hacéis reos de mi sangre tanto a la ciudad como a sus moradores? Si alguna vez, pues, también nosotros por las angustias de la necesidad tenemos necesidad de la humildad: así asumámosla que no desamparemos la verdad y la constancia. Pues una cosa es soberbiamente hacer contumelia al que juzga, lo cual es señal de estulticia: otra cosa

así evitar el peligro inminente que nada quites de la verdad.

(Vers. 16.) Y dijeron los príncipes, y todo el pueblo a los sacerdotes y a los profetas: No hay juicio de muerte para este varón, porque en nombre del Señor Dios nuestro nos ha hablado. El pueblo que antes por los sacerdotes y los pseudoprofetas había sido suplantado, se une a los príncipes de la ciudad; y habla por Jeremías, que de ningún modo es reo de muerte, sino que en nombre del Señor y de la boca de él profetizó. Pues presto el vulgo indocto, aceptada la razón, muda la sentencia. El dolor empero de los acusadores, principalmente de los sacerdotes y de los pseudoprofetas, no puede ser mudado. Y por eso, acusando ellos y perseverando en la acusación, el pueblo se muda: porque el Señor les había dado esperanza de indulgencia si hiciesen buenos [1029] sus caminos, y oyesen la voz del Señor su Dios, para que también el Señor doblase su sentencia.

(Vers. 17 ss.) Y se levantaron varones de los ancianos de la tierra, y hablaron a toda la asamblea del pueblo, diciendo: Miqueas de Morasti fue Profeta en los días de Ezequías rey de Judá, y dijo a todo el pueblo de Judá, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Sión será arada como un campo, y Jerusalén será un montón de piedras, y el monte de la casa como los lugares altos de los bosques. ¿Acaso le condenó a muerte Ezequías rey de Judá, y todo Judá? ¿Acaso no temieron al Señor, y suplicaron ante la faz del Señor? Y se arrepintió el Señor del mal que había hablado contra ellos. Por

tanto nosotros hacemos un mal grande contra nuestras almas.

Los príncipes de la ciudad y el pueblo entienden la verdad del juicio. Los ancianos empero, a quienes propiamente correspondía conocer las cosas antiguas, replican la historia —y comparan la profecía de Miqueas de Morasti, que profetizó bajo el rey Ezequías, con la profecía de Jeremías, por la cual se le intenta el peligro de muerte; y muestran que aquel dijo cosas más graves, y con todo nada padeció del justo rey Ezequías: sino que, convertidos a la penitencia, el Señor volvió su sentencia a buena parte. Pues Miqueas dijo: Sión será arada como un campo, y Jerusalén será un montón de piedras, y el monte de la casa como los lugares altos de los bosques (Miq. 3, 12). Por otra parte, Jeremías: Daré, dice, esta casa como Silo, y esta ciudad daré en maldición a todas las gentes de la tierra (Supra 26, 9). Y dan consejo, pensando que de ningún modo sucedería lo que Miqueas había predicho, porque por mucho tiempo no se ha hecho por la penitencia del pueblo. Y también que esto que Jeremías habló de ningún modo será, si según su consejo hacen buenos sus caminos y sus estudios, y oyen la voz del Señor su Dios, para que el Señor no infiera el mal con que les había amenazado. Y al mismo tiempo rompen la rabia de los acusadores, y se mezclan con ellos diciendo: Por tanto nosotros hacemos un mal grande contra nuestras almas: no porque deban hacerlo, sino porque si lo hicieren, de ningún modo dañarían al acusado, sino

a sus almas, las cuales pudieron librar con la mudanza de la sentencia.

(Vers. 20 ss.) Hubo también un varón que profetizaba en nombre del Señor, Urías, hijo de Semei de Cariatiarim, y profetizó contra esta ciudad, y contra esta tierra, según todas las palabras de Jeremías. Y oyó el rey Joacim y todos los potentes, y sus príncipes estas palabras, y buscó el rey matarle; y oyó Urías, y temió, y huyó e [1030] ingresó en Egipto. Y lo que sigue: Y envió el rey Joacim varones a Egipto, a Elnatán hijo de Acobor, y varones con él a Egipto, no se tiene en los Setenta. Luego se une: Y sacaron a Urías de Egipto, y le trajeron al rey Joacim, y le hirió con la espada, y arrojó su cadáver en los sepulcros del vulgo innoble. Con todo el grande Ahicán hijo de Safán estaba [Vulg. fue] con Jeremías, para que no fuese entregado en manos del pueblo, y le matasen.

Se pregunta por qué, habiendo Urías hijo de Semei del pueblo de Cariatiarim profetizado lo mismo que Jeremías, aterrorizado por el miedo, huyó a Egipto, y de allí extraído, fue muerto: Jeremías pudo escapar, el cual ciertamente no había huido, sino que perseverando audazmente en la anterior sentencia, fue librado, tanto por el juicio del vulgo y de los príncipes, como por el consejo de los ancianos contra los acusadores, los sacerdotes y los pseudoprofetas. A lo cual ha de responderse brevemente: que de ningún modo puede conocerse el juicio de Dios, mientras que por la misma causa y la misma sentencia uno es castigado y otro librado. Si no es que tal vez

podemos responder esto, que Urías fue degollado para condenación de los acusadores y del pueblo: mas Jeremías reservado para el juicio de Dios, para que predicase a los restos del infeliz pueblo, y los retrajese a la penitencia. Lo cual ciertamente también leemos en los Hechos de los Apóstoles, que el Apóstol Jacobo (Hech. 12) al punto padeció la sentencia de Herodes y fue coronado con el martirio; mas el bienaventurado Pedro y los demás Apóstoles fueron reservados para la doctrina del Señor. Y ha de advertirse la constancia profética, que ni aun extraído de Egipto Urías mudó la sentencia: sino que viendo que se le intentaba la muerte, no obstante habló lo que había mandado el Señor. Y el que temió, y huyó, e ingresó en Egipto, no es indicio de infidelidad, sino de prudencia: para que no nos ofrezcamos en vano a los peligros. De otro modo, también al Señor Salvador leemos que se escapó de las manos de los que le perseguían (Luc. 4, Juan 8); y que mandó a los Apóstoles: Cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a otra (Mat. 10, 23). Se pregunta también cómo Joacim rey de Judá, de pequeño imperio, y debilitado, y ya ya para perecer, tuvo potestad de enviar a Egipto, y de allí extraer a Urías. Lo cual fácilmente se soluciona si consideramos que él fue constituido príncipe por Necao rey de Egipto, y que esta profecía fue hecha en el principio de su reino. Aunque empero Jeremías fue librado por el auxilio del Señor, con todo también se le reputa [1031] en merced a aquel por quien el Señor libró a su Profeta: a saber, a Ahicán hijo de Safán, lo cual hemos de leer en lo poste-

rior, cuando de la cisterna de lodo, por el consejo y auxilio de Abdémelec el eunuco, Jeremías es librado del peligro de muerte (Infra 38).

(Cap. XXVII, Vers. 1.) En el principio del reino de Joacim, hijo de Josías rey de Judá, fue hecha esta palabra a Jeremías del Señor, diciendo. Esto en la edición de los Setenta no se tiene. Y muchos piensan que es el principio del capítulo siguiente, lo cual de ningún modo es así, sino que ha de unirse a lo superior, para que creamos que cualquier cosa que se refiere dicha y hecha, fue hecha en el principio del reino de Joacim. De donde también tuvo potestad de enviar a Egipto, como a un rey amigo. Parecen empero los Setenta haber callado este título por esta razón, para que no pareciesen decirlo por segunda vez. Pues ya en el principio habían puesto: En el principio del rey Joacim hijo de Josías rey de Judá, fue hecha esta palabra a Jeremías del Señor diciendo.

(Vers. 2.) Así dice el Señor a mí: Hazte vínculos y cadenas. O klioious (κλοιοὺς), que en hebreo se llaman MUTOTH, y en el habla vulgar llaman "boias".

(Vers. 3, 4.) Y las pondrás en tu cuello, y las enviarás al rey de Edom, y al rey de Moab, y al rey de los hijos de Amón, y al rey de Tiro, y al rey de Sidón, por mano de los nuntios que vinieron a Jerusalén a Sedequías rey de Judá. Y les mandarás que hablen a sus señores: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Así diréis a vuestros señores. La visión pasada en el principio fue hecha al Profeta en el reino de Joacim, hijo de Josías rey de Judá. Esta empero bajo Sedequías,

el cual reinó el último en Jerusalén, y bajo el cual la ciudad fue capturada y subvertida. Y se manda a Jeremías que las cadenas, o furcas de madera, que en hebreo (como hemos dicho) se llaman MUTOTH, las imponga a su cuello, y las envíe a los reyes de Edom, Moab, hijos de Amón, Tiro, Sidón, por los legados que habían venido a Sedequías: y mande a sus señores anunciar que deben servir al rey Nabucodonosor; y oír lo que el siguiente discurso del Profeta prosigue. Y para que no tal vez los legados y reyes de aquellas naciones respondiesen: ¿Por qué no mandas esto a tu pueblo? también al rey Sedequías habla cosas similares, y a los sacerdotes y profetas. A este lugar el intérprete alegórico (Orígenes) siempre, y huyendo de la verdad de la historia, lo interpreta de la Jerusalén celestial, [1032] que deben sus moradores espontáneamente asumir cuerpos, y descender a Babilonia, esto es, la confusión de este mundo que está puesto en el maligno, y servir al rey babilonio, sin duda al diablo. Que si esto no quisieren hacer, de ningún modo ellos han de llevar cuerpos pesados; sino que perecerán por la espada, y el hambre, y la peste; y de ningún modo han de ser hombres, sino demonios. Esto dijera él, para que sus defensoores no nos hagan calumnia. Por lo demás, nosotros sigamos la simple y verdadera historia, para que no nos involucremos en ciertas nubes e ilusiones.

(Vers. 5.) Yo hice la tierra, y al hombre, y a los jumentos, que están sobre la faz de la tierra en mi fortaleza grande, y en mi brazo extendido, y la di a aquel a quien [Al. que] plugo en mis

ojos. Aunque anthropopathos (ἀνθρωποπάθως) hable esta Escritura, del modo que nosotros los hombres podemos hablar y entender: con todo la fortaleza de Dios y su brazo es aquel de quien también el Apóstol habla: Cristo virtud de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 24). E Isaías: Señor, ¿quién creyó a nuestro oído, y el brazo del Señor a quién fue revelado? (Is. 53, 1). Escribe también Juan el Evangelista: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan 1, 3). David también en su carmen habla: Por la palabra del Señor los cielos fueron afirmados, y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos (Sal. 32, 6). En lo que empero dice: La di a aquel a quien [Al. que] plugo en mis ojos, esto significa que todas las cosas al género humano por la gracia de Dios han sido tributadas. "Yo", dice, "hice la tierra, y al hombre, y a los jumentos" (Sal. 35). El orden es contrario. Pues en el Génesis primero se hacen los vivientes, y el último el hombre (Gén. 1), pero aquí primero nombra al hombre, y después las cosas que están sujetas al hombre.

(Vers. 6, 7.) Ahora por tanto yo he dado todas estas tierras en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia siervo mío: además también las bestias del campo le he dado para que le sirvan. Y le servirán todas las gentes, y a su hijo y al hijo de su hijo. ¿De qué infelicidad es Israel, cuando en comparación de él Nabucodonosor es llamado siervo de Dios? Escrito está en el Evangelio: El mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció. A lo propio vino, y los suyos no le recibieron (Juan 1, 10). Rectamente pues el hacedor entrega

su criatura a quien quisiere. Finalmente también el diablo, en cuyo tipo precedió Nabucodonosor, confiesa: todas estas cosas me han sido entregadas. En lo que empero añadió: Además también las bestias del campo le he dado para que le sirvan, o simplemente todo género de animales debemos entender; pues con el hombre también se entregan aquellas cosas [1033] que le están subditas; o ciertamente aceptemos por bestias a las gentes fieras, que también aquellas sirvan, las cuales antes no sabían servir. Al hijo empero de él, y al hijo del hijo, según el hebreo llama Baltasar, y Evilmerodach, de los cuales escribe Daniel.

Hasta que venga el tiempo de su tierra y de él mismo. Bellamente, para que no se pensase perpetuo el imperio de Nabucodonosor, dice que él mismo ha de ser capturado por los medos y persas. Pues esto es lo que significa: Hasta que venga el tiempo de su tierra y de él mismo: mas ni esto se tiene en los Setenta.

Y le servirán muchas gentes, y reyes grandes. No dijo "todos": pues esto propiamente se debe al imperio de Cristo, aunque según Simaco no se lea: Le servirán muchas gentes, y reyes grandes; sino le sujetarán a servidumbre muchas gentes, y reyes grandes, para que él mismo también sirva a los medos y persas, a quien antes todas las gentes habían servido. Esto que del hebreo pusimos: Le di para que le sirvan, y le servirán todas las gentes, y a su hijo, y al hijo de su hijo, hasta que venga el tiempo de su tierra y de él mismo: y cuando le sujetaren a servidumbre muchas gentes y reyes

grandes, en la edición de los Setenta (como ya dijimos) no se lee.

(Vers. 8.) La gente empero y el reino que no sirviere a Nabucodonosor rey de Babilonia, y cualquiera que no doblare su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia, en espada, y hambre, y peste visitaré sobre aquella gente, dice el Señor, hasta que los consuma en la mano de él. No solo el Señor sujeta las gentes pecadoras a Nabucodonosor, sino que el Apóstol habla de los pecadores: A los cuales entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (1 Tim. 1, 20). Y en otro lugar: Entregué a tal uno a Satanás para la perdición de la carne, para que el espíritu sea salvo (1 Cor. 5, 5). También amonesta que se debe obedecer a las potestades, no solo por la ira, sino también por la conciencia, para que no seamos condenados por ellas.

(Vers. 9 ss.) Vosotros por tanto no queráis oír a vuestros profetas, y adivinos, y soñadores, y augures, y maléficos, que os dicen: No serviréis al rey de Babilonia, porque mentira os profetizan, para alejaros de vuestra tierra, y echaros, y que perezcáis. La gente empero que sujetare su cerviz bajo el yugo del rey de Babilonia, y le sirviere, la dejaré en su tierra, dice el Señor: y la cultivará, y habitará en ella. Delira también en este lugar el intérprete alegórico, y exhorta a los puestos en la Jerusalén celestial a que no oigan a sus profetas, y adivinos, y soñadores, y augures, y maléficos: sino que más bien sirvan a Nabucodonosor, y asuman el cuerpo de la humildad, los vagidos [1034] de los infantes, y las cunas de los párvulos.

Pues si hicieren esto, cumplida la servidumbre y la condición de la mortalidad humana, han de volver a su tierra, y habitar en ella, y obrar las cosas que antes obraron. Y dice que él sospecha que aquellos que hubieren despreciado los preceptos de Dios, agravados por los cuerpos humanos, han de ser demonios y espíritus inmundos, y de ningún modo han de recibir su sede prístina. Nosotros empero expongamos simplemente: que hay profetas en las gentes que simulan que ellos por espíritu divino predicen lo futuro; y adivinos, de los cuales también hay un proverbio vulgar: "Dicen los sabios adivinar"; y soñadores que imitan a José y Daniel; y augures que, por el vuelo de las aves y las voces de los oscines, denuncian qué se ha de hacer o qué no se ha de hacer; y maléficos, a los cuales podemos llamar o venéficos, o sirvientes de los fantasmas de los demonios, que en hebreo se llaman CASSAPHE. Todos estos, dice, os engañan y suplantan, para que no sirváis al rey de Babilonia. Pues mucho mejor es recibir la servidumbre espontáneamente, y tener un amigo a quien sirváis, y cultivar la tierra natal, que servir como cautivos por la fuerza y la necesidad.

(Vers. 12, 13.) Y a Sedequías rey de Judá hablé según todas estas palabras, diciendo: Sujetad vuestros cuellos bajo el yugo del rey de Babilonia, y servidle a él, y a su pueblo, y viviréis. ¿Por qué moriréis tú y tu pueblo por la espada, y el hambre, y la peste: como habló el Señor a la gente que no quisiere servir al rey de Babilonia? No queráis oír las palabras de los Profetas que os dicen: No queráis servir [Vulg. No serviréis] al rey de Babilonia,

porque mentira os hablan ellos, porque yo no los envié, dice el Señor: y ellos mismos profetizan en mi nombre mentirosamente, para echaros, y que perezcáis tanto vosotros como los Profetas que os vaticinan.

Después de todas las gentes pasa a Sedequías rey de Judá; y con los mismos sermones con que amenazó a las gentes, habla: pues no merece el privilegio de la gente israelítica el que pecó igual o más que las demás gentes. Finalmente, porque despreció oír el pueblo rebelde, por la espada, el hambre y la peste fue consumido. Ha de observarse empero en la sagrada Escritura, que por pseudoprofetas llame "profetas" a los que vaticinan en nombre del Señor mentirosamente. Esto empero, dice, hacen para echaros, y que perezcáis tanto vosotros como los profetas que os vaticinan. Y de ambos, pues, tanto de los que son engañados como de los que engañan, es similar la perdición. Esto que del hebreo pusimos: Bajo el yugo del rey de Babilonia, y servidle a él y a su pueblo, y viviréis. ¿Por qué [1035] moriréis tú y tu pueblo por la espada, y el hambre, y la peste: como habló el Señor a la gente que no quisiere servir al rey de Babilonia? No queráis oír las palabras de los profetas que os dicen, no se tiene en los Setenta. Y por eso amonesto para que el prudente lector entienda cuánto falta por cada cosa en los códices griegos y latinos.

(Vers. 16, 17.) Y a los sacerdotes y a este pueblo hablé, diciendo: así dice el Señor: No queráis oír las palabras de vuestros profetas que os profetizan, diciendo: He aquí los vasos del Señor

volverán de Babilonia ahora pronto: pues mentira os profetizan. Esto que pusimos, "ahora pronto", no se tiene en los Setenta: y aquello que sigue, No queráis oírlos, sino servid al rey de Babilonia para que viváis. ¿Por qué es dada esta ciudad en soledad? Después de las gentes empero y el rey, habla a los sacerdotes y al pueblo, a quienes ya arriba había anunciado la perdición para los profetas, diciendo: para que os eche, y perezcáis tanto vosotros como los profetas que os vaticinan. Habla empero lo mismo que había hablado al rey y a las gentes, que no oigan las palabras de sus Profetas, y digan que los vasos del templo del Señor han de ser ya reportados, los cuales con Jeconías y los príncipes y la madre de él habían sido transportados: y amonesta que sirvan al rey de Babilonia, y vivan, y la ciudad espontáneamente sujeta, de ningún modo sea entregada al incendio. Y en esto la clemencia del Señor, que a una pena más leve quiere entregar [Al. quiere entregar], para que no sufran una más grave.

(Vers. 18.) Y si profetas son, y está la palabra del Señor en ellos, salgan al encuentro [o intercedan]. Y lo que sigue, y que hemos de añadir hasta el fin de este capítulo, no se tiene en los Setenta.

(Vers. 19 ss.) ...al Señor de los ejércitos, para que no vengan los vasos que habían quedado en la casa del Señor [Vulg. en la casa del Señor no lo tiene], y en la casa del rey de Judá, y en Jerusalén, a Babilonia. Porque así dice el Señor de los ejércitos a las columnas, y al mar, y a las basas (por las cuales en el hebreo está escrito MECHONOTH) y a lo restante de los vasos, que quedaron en esta

ciudad, los cuales no llevó Nabucodonosor rey de Babilonia, cuando trasladó a Jeconías hijo de Joacim rey de Judá de Jerusalén a Babilonia, y a todos los notables de Judá y Jerusalén. Porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a los vasos que han quedado en la casa del Señor, y en la casa del rey de Judá y de Jerusalén. a Babilonia serán trasladados, y allí estarán hasta el día de su visitación, dice el Señor; y haré que sean traídos, y restituidos en este lugar.

Estas cosas, como dijimos, en los Setenta no se tienen, sino que de la verdad hebrea [1036] han sido traducidas: por lo cual pusieron otra cosa que no estaba escrita, diciendo: A mí porque así me dijo el Señor: Y los demás vasos que no llevó el rey de Babilonia cuando trasladó a Jeconías de Jerusalén a Babilonia, entrarán, dice el Señor, poniendo el sentido más que las palabras: tal vez habiendo arbitrado irracional que Dios hablase a las columnas, y al mar, y a las basas, y a los demás vasos que habían quedado en Jerusalén, como si no leyésemos que el Señor increpó al gusano matutino, y habló al mar: Calla, y enmudece (Jon. 4). Y en lo que dice: Salgan a mi encuentro, o al Señor de los ejércitos (Mar. 4, 39), aquello muestra que un verdadero Profeta puede resistir al Señor con ruegos, según lo cual también Moisés estuvo en el quebranto contra el Señor, para que apartase la ira de su furor. Samuel también hizo lo mismo (1 Rey. 8). Y el Señor a Moisés: Déjame, dijo, para que hiera a este pueblo (Ex. 32, 10). Cuando empero dice, Déjame, muestra que él puede ser retenido por los ruegos de los santos. Salgan al

encuentro, dice, los Profetas, y cualesquiera cosas que predicen, muéstrenlas cumplidas con la obra: y entonces por la verdad se comprobará el vaticinio. Las columnas empero, y el mar, y las basas, y lo restante de los vasos, en los Reyes y en el extremo volumen de este profeta leemos (4 Rey. últ.). Y se enumeran los vasos que fueron trasladados a Babilonia cuando fue capturado Sedequías, e incendiada la ciudad, y subvertido el templo.

(Cap. XXVIII, Vers. 1 ss.) Y sucedió en aquel año, en el principio del reino de Sedequías rey de Judá, en el año cuarto, en el mes quinto, me dijo Ananías hijo de Azur, profeta de Gabaón en la casa del Señor, delante de los sacerdotes y de todo el pueblo, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos Dios de Israel: He quebrantado el yugo del rey de Babilonia, aún dos años de días, y yo haré que se reporten [Al. se metan] a este lugar todos los vasos del Señor [Vulg. de la casa del Señor]. A los cuales el hebreo llama "profetas", esto es, NEBEIM, los Setenta interpretaron "pseudoprofetas", para que hiciesen más manifiesta la inteligencia. Finalmente también en el presente lugar se dice "profeta", esto es, NEBIA (נביא), y no "pseudoprofeta". Se hace empero el sermón del Señor bajo el rey Sedequías, en el cuarto año de su reino, y en el mes quinto (no profetizando aún el profeta Ezequiel en Babilonia a los que con Jeconías habían sido transmigrados); y tiene confianza de hablar en el templo del Señor contra el Profeta, porque promete prosperidades al pueblo, y de buena gana se oyen las mentiras, especialmente las que prometen cosas alegres.

Jeremías había dicho que también los demás vasos, [1037] o del templo, o de la casa regia, y de todo el pueblo, que Nabucodonosor había dejado, habían de ser trasladados a Babilonia. Este empero por el contrario, promete que aun aquellos que habían sido trasladados, han de ser reportados.

(Vers. 3, 4.) "Los cuales llevó Nabucodonosor rey de Babilonia de este lugar, y los trasladó a Babilonia. Y a JeconÃas hijo de Joacim, rey de Judá, y a toda la transmigración de Judá, que entraron en Babilonia, yo los convertiré a este lugar, dice el Señor. Pues quebrantaré el yugo del rey de Babilonia". Por lo cual los Setenta tradujeron: "A JeconÃas, y a la transmigración de Judá; porque quebrantaré el yugo del rey de Babilonia", poniendo el sentido de la verdad hebrea brevemente, más que las palabras. Promete empero AnanÃas, que entonces parecÃa profeta al pueblo, que no solo los vasos, sino también el rey JeconÃas ha de ser reducido a Jerusalén; y que el yugo del rey de Babilonia ha de ser quebrantado, esto es, destruido su imperio, y esto antes de que se completase el bienio, para que el tiempo cercano de la repromisión aumentase la magnitud del gozo.

(Vers. 5, 6.) Y dijo JeremÃas profeta a AnanÃas profeta, ante los ojos de los sacerdotes y ante los ojos de todo el pueblo que estaba en la casa del Señor. Y dijo JeremÃas profeta: "Amén, asÃ lo haga el Señor. Suscite el Señor tus palabras que tú has profetizado; para que se reporten los vasos a la casa del Señor, y toda la transmigración de Babilonia a este lugar". Desea que se haga lo que el pseudoprofeta miente, esto empero significa

"Amén": palabra de la cual usa a menudo el Señor en el Evangelio: "Amén, amén os digo" (Juan 5, 19). Y desea por la prosperidad de las cosas, que aquel más que él diga cosas verdaderas. De donde también otro profeta testifica, diciendo: "Ojalá no fuera yo varón que tiene el espÃritu, y más bien hablara mentira" (Miq. 2, 11). Por el contrario Jonás se entristece por qué haya mentido, y es reprendido por el Señor, que más útil es al profeta la mentira, que la multitud de tanta ruina (Jon. 3). Y para que no pareciese comprobar el vaticinio del pseudoprofeta, bajo el ejemplo de otros afirma la verdad sin injuria del que miente.

(Vers. 7 ss.) "Con todo, oye esta palabra que yo hablo en tus oÃdos, y en los oÃdos de todo el pueblo: Los profetas que fueron antes de mÃ y de ti desde el principio, y profetizaron sobre muchas tierras, y sobre grandes reinos de batalla, y de aflicción, y de hambre. El profeta que vaticinó la paz, cuando viniere su palabra, se sabrá que es el profeta a quien el [1038] Señor envió en verdad". PodÃa JeremÃas decirle a AnanÃas: "Hablas falso, engañas al pueblo, no eres profeta, sino pseudoprofeta". Si lo hubiese dicho, podÃa también el pseudoprofeta retorcer las mismas cosas contra JeremÃas, por tanto no hace injuria. Y como a un profeta le habla. No solo, dice, yo soy profeta y tú, sino que hubo antes de ti y de mÃ muchos otros, de los cuales fueron IsaÃas, Oseas, Joel, y Amós, y los demás. Profetizaron, dice, contra muchas tierras, y reinos no pequeños, sino grandes, anunciándoles la guerra y cosas adversas, y la penuria de todas las cosas. Y por el contrario hubo

otros, que prometÃan la paz y prosperidades. La sentencia de unos y otros, no por la adulación de la mentira, sino por el éxito de las cosas fue comprobada. Bajo el ejemplo de otros por tanto habla de sÃ y de AnanÃas, que cuando llegare el fin de las cosas, entonces se muestre la verdad de los Profetas. Esto mismo también el Señor habló por Moisés (Deut. 23), que el profeta se muestra por el fin del vaticinio. Y esto debe advertirse, que no amenazadoramente, no truculentamente, sino con la confianza de la verdad increpa al que miente, y lo difiere para el futuro, para que los que oyen, aguarden el éxito de las cosas.

(Vers. 10, 11.) Y tomó AnanÃas profeta la cadena (o la horca, que en hebreo se dice MUTOTH), del cuello de JeremÃas profeta, y la quebrantó. Y dijo AnanÃas en presencia de todo el pueblo, diciendo: "AsÃ dice el Señor: asÃ quebrantaré el yugo de Nabucodonosor rey de Babilonia en dos años de dÃas del cuello de todas las gentes". Y se fue JeremÃas [profeta] por su camino. Los "dos años" no los tradujeron los Setenta. Tampoco llamaron "profeta" a AnanÃas; para que no pareciese que llamaban profeta a quien no era profeta: como si no se dijesen muchas cosas en las sagradas Escrituras según la opinión de aquel tiempo en que se refieren las gestas, y no según lo que la verdad de la cosa contenÃa. Finalmente también José en el Evangelio es llamado padre del Señor: y la misma MarÃa, que sabÃa que habÃa concebido del EspÃritu Santo, y habÃa respondido al Ãngel: "¿Cómo será esto, pues no conozco varón?" (Luc. 1, 34); habla al Hijo: "Hijo, ¿por qué

nos has hecho asÃ? he aquÃ que yo y tu padre dolientes te buscábamos" (Luc. 2, 48). Y a la vez debe considerarse la prudencia de JeremÃas, y su humildad y paciencia. El pseudoprofeta hace injuria a las cosas, y quebranta la horca arrebatada de su cerviz, lo cual por cierto en una de hierro [1039] no podrÃa hacer. Aquel calla, y disimula el dolor: pues no le habÃa sido aún revelado por el Señor qué hablase: para que la sagrada Escritura demuestre fácilmente que de ningún modo los profetas hablan solo por su propio arbitrio, sino por voluntad del Señor: especialmente sobre las cosas futuras, de las cuales solo Dios tiene noticia. Se fue, dice, y se retiró por su camino, como vencido, y cumpliendo aquel dicho profético: "Me he vuelto como hombre que no oye, y que no tiene en su boca reprensiones".

(Vers. 12 ss.) Y se hizo palabra del Señor a JeremÃas, después de que AnanÃas profeta quebrantó la cadena (o la horca) del cuello de JeremÃas profeta, diciendo: "Ve, y dirás a AnanÃas: AsÃ dice el Señor: Cadenas (u horcas) de madera quebrantaste, y harás (o haré) por ellas horcas de hierro. Porque asÃ dice el Señor de los ejércitos Dios de Israel: Yugo de hierro puse sobre el cuello de todas estas gentes, para que sirvan a Nabucodonosor rey de Babilonia". Y lo que sigue: "Y le servirán, además y las bestias de la tierra le di", en los Setenta no se tiene. Y en el presente lugar, según los Setenta, AnanÃas no se escribe como profeta, ni en lo que sigue, para que no pareciese (como antes dije) que llamaban profeta al pseudoprofeta. Pero ¿qué importa a la verdad hebrea? Después

de que JeremÃas profeta se fue por su camino, y devoró la injuria con el silencio, se hizo el sermón del Señor a él, para que el profeta no hablase con sus propias palabras al pseudoprofeta que se gloriaba en la mentira; sino que dijese: "asÃ dice el Señor": aunque también AnanÃas quebrantando la horca de madera haya hablado con la misma autoridad en presencia del Señor: "asÃ dice el Señor". Pues siempre la mentira imita a la verdad. Y lo que añadió: "Horcas de madera quebrantaste, y harás (o haré) por ellas cadenas de hierro", esto muestra que rechazando la pena menor, fue causa de mayor suplicio entre el pueblo. Delira también en este lugar el intérprete alegórico, llamando a las horcas y cadenas de madera cuerpos etéreos y aéreos, a saber, de los demonios y de las potestades adversas. Las horcas empero, o cadenas de hierro, nuestros cuerpos más gruesos, que están entretejidos con nervios y huesos, carnes y venas, para que quienes no quisieron someterse desde la Jerusalén celestial, según la calidad del pecado, a menores tormentos, sean condenados a las cadenas de nuestros cuerpos; y sostengan los vagidos de la infancia, los [1040] vÃnculos de los pañales y las suciedades; y sirvan al diablo, rey de Babilonia, esto es, de este mundo, diciendo la Escritura: "El mundo está puesto en el maligno" (1 Juan 5, 19), con las bestias de la tierra, que están ligadas en los cuerpos de los animales brutos.

(Vers. 15 ss.) Y dijo JeremÃas profeta a AnanÃas profeta: "Oye, AnanÃas: No te envió el Señor, y tú hiciste confiar a este [Vulg. aquel] pueblo en la mentira. Por tanto asÃ dice el Señor: He

aquÃ que yo te enviaré (o te echaré) de la faz de la tierra, este año morirás". Y lo que sigue: "Porque contra el Señor hablaste. Y murió AnanÃas profeta en aquel año, en el mes séptimo", en los Setenta no se tiene. Por lo cual solo pusieron: "Y murió en el mes séptimo". Y aquÃ en los Setenta AnanÃas no es llamado profeta, aunque según el hebreo la sagrada Escritura lo llame profeta, aunque en aquello que lo reprende JeremÃas diciendo: "Oye, AnanÃas, no te envió el Señor", haya callado lo de "profeta". Pues ¿cómo podÃa llamar profeta a quien negaba que fuese enviado por el Señor? Pero se guarda la verdad y orden de la historia, como predijimos, no según aquello que era, sino según aquello que en aquel tiempo se pensaba. "Engañaste", dice, "al pueblo con la mentira, para que no asintiese a la sentencia de Dios. Por lo cual sepas que has de morir este año". Si cuando morimos, somos liberados de las cárceles de los cuerpos, según aquel testimonio que mal interpretan los herejes: "Saca de la cárcel mi alma" (Sal. 141, 8): ¿cómo ahora al pseudoprofeta se le irroga la muerte por castigo? Pero en este lugar debe notarse que JeremÃas, habiendo padecido injuria del pseudoprofeta, no habiéndose hecho aún a él el sermón del Señor, calla; después empero enviado por el Señor audazmente increpa al que miente, y le anuncia la muerte cercana. Y en que murió en el mes séptimo, los que siempre suelen interpretar que se demuestra el descanso bajo este número, tal vez mentirán que por eso murió en el mes séptimo, para que fuese liberado de los males del cuerpo, según aquello que pro-

feren como escrito: "La muerte es descanso para el hombre". Nosotros empero sabemos que los cuerpos de los creyentes son templos de Dios, si empero el EspÃritu Santo habita en ellos (Eclo. 22, 11).

(Cap. XXIX.---Vers. 1 y sigs.) Y estas son las palabras del libro que envió Jeremías profeta de Jerusalén a las reliquias de los ancianos de la transmigración, y a los sacerdotes, y a los profetas, y a todo el pueblo que Nabucodonosor había trasladado de Jerusalén a Babilonia. Después de que salió el rey Jeconías, y la señora (o reina) y los eunucos, y los príncipes de Judá y Jerusalén (o los notables) y los artífices [Vulg. y el herrero y el cerrajero] de Jerusalén en mano de Elasa hijo de Safán, y de Gamaría hijo de Helcías, a quienes envió Sedequías rey de Judá a Nabucodonosor rey de Babilonia, a Babilonia, diciendo: Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a toda la transmigración que trasladó de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas y habitadlas, y plantad huertos (o pomares) y comed el fruto de ellos. Tomad mujeres y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad vuestras hijas a varones, y parid hijos e hijas, y multiplicaos [Vulg. multiplicaos], y no seáis pocos en número. Y buscad la paz de la ciudad (o de la tierra) a la cual os trasladé [Vulg. os hice transmigrar], y orad por ella al Señor: porque en la paz de ella habrá paz para vosotros.

Esta epístola, o más bien libelo de Jeremías profeta, es enviada a Babilonia por medio de los legados de Sedequías, Elasa y Gamaría, a aquellos

que con Jeconías y su madre habían sido trasladados por Nabucodonosor: para que por ocasión de la legación regia el Profeta también su obra cumpliera, y amonestara al pueblo transmigrado de lo que le había sido ordenado por el Señor.

Y bellamente dijo: "Salió el rey Jeconías y la señora, y los eunucos, y los príncipes de Judá", y lo demás. Y: "Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a toda la transmigración que trasladó de Jerusalén a Babilonia", para que no por la potencia del rey de Babilonia, sino por la voluntad del Señor se vean haber sido trasladados. Y primero a los ancianos, después a los sacerdotes, tercero a los profetas, cuarto a todo el pueblo se dirige el sermón de Dios: para que según el orden de la edad, también al de los profetas que eran amonestados llegaran las letras.

Además, los amonesta no con sus palabras, sino con las del Señor, para que edifiquen casas y habiten en ellas, y planten huertos, o pomares, y coman el fruto de ellos, tomen mujeres, y engendren hijos e hijas, y se multipliquen en el lugar de la transmigración: y no sean pocos en número, y busquen la paz de la ciudad, o tierra, a la cual los hubiere trasladado el Señor, y oren por ellos al Señor. Y dando las causas, dice, porque en la paz de aquella tierra habrá paz para vosotros. A Jeremías, porque después de breve tiempo había de seguir la cautividad de Jerusalén, se le ordena que no tome mujer, ni haga hijos. De donde también se nos dice por el Apóstol: El tiempo es breve [o abreviado], resta que los que tienen mujeres sean como los que no las tienen (1 Cor 7, 29). Pues si

por la angustia del tiempo a los que las tienen se les quita el uso de las mujeres, ¡cuánto más a los que no las tienen se les ordena que no las tomen!

Mas todo esto lo prescribe el vaticinio profético, para que no asientan a los pseudoprofetas, que les prometían el regreso a Jerusalén después de breve tiempo; sino para que sepan que han de morar en Babilonia por mucho tiempo: de tal modo que deban tomar mujeres, plantar pomares, y sembrar huertos, edificar casas, y engendrar hijos.

Y lo que añadió: Buscad la paz de la ciudad, o tierra. Y de nuevo: Porque en la paz de ella habrá paz para vosotros, se comparará aquel dicho apostólico en el cual manda: Ruego pues primero que todo, que se hagan súplicas, oraciones, postulaciones, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y todos los que están en la sublimidad, para que llevemos una vida quieta y tranquila en toda piedad y castidad (1 Tim 2, 1. 2).

Por lo demás, según los sentidos místicos, después de que de Jerusalén, esto es, de la Iglesia, por nuestros pecados hayamos sido expulsados, y entregados a Nabucodonosor, de quien dice el mismo Apóstol: Entregué a tal uno a Satanás para la perdición de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor (1 Cor 5, 5). Y de nuevo: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (1 Tim 1, 20), no debemos estar seguros, ni torpes por el ocio, desesperar totalmente de la salud; sino primero edificar casas, no sobre la arena, sino sobre la piedra, y tales casas cuales edificaron las parteras en el Éxodo:

porque temían al Señor (Éx 1). Después plantar huertos, o pomares, cual también el Señor plantó el paraíso en el Edén, y puso en él el árbol de la vida, de lo cual está escrito: Árbol de vida es para los que la aprehendieren: y el que la retuviere, es bienaventurado (Prov 3, 18). Tercero tomar mujeres, de las cuales una es la sabiduría, de la que escribe Salomón: Ámala, y te guardará; y rodéala, y te exaltará (Prov 4, 6). Y en otro lugar: A esta busqué tomar para mí por esposa, y me hice amador de su belleza (Sab 8, 2). Ni nos basta una sola cónyuge, la sabiduría, a no ser que tengamos también las demás, la fortaleza, la templanza, y la justicia, para que de ellas engendremos más hijos. Demos también nuestras hijas a varones, para que tanto la verdad de la fe, que se interpreta en los hijos, se acople a las buenas obras, que se refieren a las hijas, y las obras buenas se junten a la sanidad de la fe: y engendrando tales hijos e hijas, nos multipliquemos en número, para que destruyendo aquellas cosas que son de párvulos, y creciendo en varón perfecto, merezcamos oír: Os escribo, padres: porque habéis conocido a aquel que es desde el principio (1 Jn 2, 13); y con el Apóstol digamos a nuestros hijos: Pues en Cristo Jesús por el Evangelio yo os engendré (1 Cor 4, 15). Busquemos también la paz de la Iglesia, de la ciudad, y de nuestra tierra: para que merezcamos volver a ella, de la cual por el juicio del Señor fuimos trasladados, para que habitáramos en el error de la confusión. Pues si ella nos recibiere, tenemos paz. Y al mismo tiempo ha de considerarse la clemencia del Señor: mandó orar por nuestros

enemigos, y hacer bien a los que nos persiguen, para que no estemos contentos solo con nuestra salud, sino que busquemos también la salud de los enemigos (Lc 6).

(Vers. 8, 9.) "Porque asÃ dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: No os seduzcan vuestros profetas, que están en medio de vosotros y vuestros adivinos; y no atendáis a vuestros sueños, que vosotros soñáis, porque falsamente [Vulg. falso] esos os profetizan en mi nombre: y no los envié, dice el Señor". Que hubo profetas, más bien pseudoprofetas, y adivinos y soñadores en Babilonia, entre aquellos que Nabucodonosor con JeconÃas y su madre habÃa llevado, el profeta Ezequiel testifica, escribiendo contra ellos, a los cuales JeremÃas también manda que no se les crea (Ez. 13). No habÃa empero aún en aquel tiempo, en que esta EpÃstola era dirigida, empezado Ezequiel a profetizar en Babilonia. Pues este sermón se envÃa al principio del rey SedequÃas. Ezequiel empero en el quinto año de la transmigración de JeconÃas comenzó a profetizar, el cual era el mismo año del reino de SedequÃas.

Además según la tropologÃa debemos aceptar por pseudoprofetas a aquellos que de otro modo aceptan las palabras de las Escrituras de lo que el EspÃritu Santo suena. Y por adivinos a aquellos que la conjetura de su mente, y las cosas inciertas de los futuros pronuncian como verdaderas sin la autoridad de las palabras divinas. Por soñadores también, que no oyen aquello escrito: "No des sueño a tus ojos, ni dormitación a tus párpados" (Prov. 6, 4); de los cuales el apóstol Judas

habla: "Semejantemente también estos soñando, manchan por cierto la carne: mas desprecian la dominación" (Judas 8): cuya mente de ningún modo vigila, sino deprimida por el sopor de la arrogancia y del error, es rodeada por el horror de la noche, a los cuales habla también el apóstol Pablo: "Levántate, ¿por qué duermes? y [1044] surge de los muertos, e iluminará te Cristo" (Ef. 5, 14).

(Vers. 10 y sigs.) "Porque esto dice el Señor: Cuando empezaren a cumplirse en Babilonia setenta años, os visitaré, y suscitaré sobre vosotros mi palabra buena, para reduciros a este lugar. Pues yo sé las cogitaciones que yo pienso sobre vosotros, dice el Señor: cogitaciones de paz, y no de aflicción: para daros un fin [Al. se añade bueno] y paciencia (o esperanza). E invocaréis mi nombre, e iréis (o según Símaco hallaréis), y oraréis [Al. adoraréis] a mí, y os exaudiré. Me buscaréis, y hallaréis, cuando me hubiereis buscado en todo vuestro corazón, y seré hallado por vosotros (o me apareceré a vosotros), dice el Señor."

No queráis, dice, creer a los pseudoprofetas, adivinos, y a vuestros soñadores, que os prometen un cercano regreso a Jerusalén. Pues a no ser que los setenta años hubieren sido cumplidos, relajando el rey Ciro de los persas a los cautivos, de ningún modo regresaréis a la patria; y entonces mis promesas cumpliré, para reduciros a este lugar: "Pues yo sé las cogitaciones que yo pienso sobre vosotros, dice el Señor." Dice él conocer qué piensa: mas que ellos con sus profetas, adivinos,

y soñadores lo ignoran. La ciencia de las cosas futuras, por tanto, solo a Dios compete.

"Para daros," dice, "un fin y paciencia:" el fin de la cautividad, y la paciencia de los trabajos presentes, o la esperanza de las cosas futuras. Entonces me invocaréis, e iréis a Jerusalén: y oraréis, y os exaudiré. Ciertamente sin la invocación y oración de los cautivos, podía el Señor cumplir lo que había prometido; mas los exhorta a las preces, para que lo que ha sido prometido, merezcan recibirlo. "Me buscáis, y hallaréis, cuando hubiereis buscado en todo vuestro corazón;" según aquello del Evangelio: "Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá" (Mt 7, 7).

Según la anagogía, tanto tiempo en la confusión de este siglo versamos, cuanto merezcamos recibir el descanso del número septenario, y aceptada la penitencia, Dios cumpla lo que prometió, y seamos reducidos a nuestro lugar la Iglesia. Pues por eso el Señor pareció herir, para sanar: y nos dará el fin de nuestro trabajo y de la paciencia: e invocaremos a él, y regresaremos a la Iglesia, y oraremos, y seremos exaudidos: buscaremos, y le hallaremos, cuando con todo el corazón le hubiéremos buscado, y entonces se nos aparecerá.

Algunos los setenta años interpretan según aquello que está escrito: "Los días de nuestros años en ellos setenta años" (Sal 89, 10), los cuales cuando hubieren sido cumplidos, entonces regresemos al Señor en todo nuestro corazón, y seamos exaudidos, y sea el fin de nuestro trabajo y de la

paciencia: pues ahora poseemos todas las cosas en sombra y en imagen.

(Vers. 14 y sigs.) + "Y reduciré vuestra cautividad, y os congregaré de todas las naciones, y de todos los lugares a los cuales os expulsé, dice el Señor. Y os haré regresar del lugar al cual os hice transmigrar. Porque dijisteis: Nos suscitó [Al. suscitará] el Señor profetas en Babilonia. Pues esto dice el Señor al rey que se sienta sobre el solio de David, y a todo el pueblo habitante de esta ciudad, y a vuestros hermanos que no salieron con vosotros a la transmigración. Esto dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo enviaré sobre ellos la espada, el hambre y la peste: y los pondré como higos malos que no pueden comerse, por cuanto son pésimos. Y los perseguiré con la espada, y con el hambre, y con la pestilencia, y los daré [Al. os daré] en vejación a todos los reinos de la tierra, en maldición, y en estupor, y en silbido, y en oprobio a todas las naciones a las cuales yo los arrojaré [Al. los arrojé], por cuanto no oyeron [Vulg. no habrán oído] mis palabras, dice el Señor; las cuales envié a ellos por mis siervos los profetas, levantándome de noche y enviando: y no oísteis, dice el Señor. Vosotros pues oíd la palabra del Señor, toda la transmigración que envié de Jerusalén a Babilonia. +

Hasta aquí no se tiene en los LXX, cosas que anoté con asteriscos. Pues lo demás, en lo cual o bien versículos individuales o pocas palabras fueron pretermitidas por ellos, vencido por el tedio, no quise anotar, para no causar fastidio a los lectores. Promete además el Señor a quienes

estaban en la transmigración, que después de setenta años de cautividad los hará regresar de todas las naciones, y de todos los lugares a los cuales los hubiere expulsado, y relajada la cautividad, recibir el estado prístino y la patria. Y puesto que yo, dice, estas cosas por mi propia voluntad he de hacer, y habéis de regresar en un tiempo cierto, en vano sois engañados, y pensáis que tenéis profetas en Babilonia que os prometen cosas falsas. Así pues sabed que de ningún modo debéis esperar el regreso ahora: sino edificar casas, plantar pomares, tomar mujeres, y engendrar hijos, y multiplicaros en número, y esperar el tiempo prometido. Oíd lo que el Señor habla a Sedequías, que ahora reina en Jerusalén, y a todos los habitantes de su ciudad, esto es, a vuestros hermanos, que no habían querido obedecer a mi sentencia, y migrar a Babilonia con vosotros, que de ningún modo podrán escapar de la cautividad, sino que por la espada, y el hambre, y la peste morirán.

"Y los pondré como higos malos;" los cuales Teodoción interpretó sudrinas: la segunda pésimos: Símaco, novísimos: que en hebreo se llaman SUARIM (שערים), pero por vicio de los escribas para la sílaba media, o letra Alpha, la Delta griega creció: para que por SUARIM se lea SUDRIM. Mas así como el cesto, o canasta, que tenía los higos buenos, se dice que tuvo las primicias: así el otro cesto, que tenía los higos malos, se escribe que tuvo los higos novísimos. Y perseguiré, dice, a quienes ahora versan en la ciudad de Jerusalén, con espada, hambre y pestilencia: para que pri-

mero por el asedio, y enseguida quienes hubieren podido permanecer y escapar, sean dispersados por todas las tierras, y sean ejemplo para todos de maldición, estupor, y silbido y oprobio: a los cuales yo los arrojaré [Al. os arrojaré], porque no oyeron mis palabras, dice el Señor, las cuales por mis siervos hablé a ellos levantándome de noche y enviando: y nunca cesé de amonestar, para que os imitaran a vosotros que ahora en la transmigración de un ocio seguro disfrutáis, hasta que la promesa del Señor se cumpla. Vosotros sin embargo que obedecisteis a mi sentencia, y os entregasteis al rey babilonio, oíd lo que he de decir.

Y en este lugar un intérprete deliro sueña la ruina de la Jerusalén celestial, y sospecha que la profecía se dirige a aquellos que versan en la región babilonia de este mundo: que bien hicieron en descender a estos cuerpos espontáneamente, y en la tierra de los caldeos edificar casas, plantar pomares, tomar mujeres, engendrar hijos, y por las buenas obras ser restituidos después de setenta años al lugar prístino, y a la Jerusalén celestial. Mas aquellos que no hubieren querido por su propia voluntad descender a lo terrenal, han de padecer estas cosas que el Señor a Sedequías y a su pueblo amenaza. Quienes no quisieron imitar a sus hermanos, ni venir a Babilonia, que envía sobre ellos espada, y hambre y peste, esto es, penuria de todas las cosas, y los pone como higos pésimos, que totalmente no pueden comerse; y los persigue con espada sempiterna, y los da en vejación a todos los reinos de la tierra: por lo cual

a saber de ningún modo hombres, sino demonios se hagan potestades aéreas: y estén entre todos los Ángeles que presidan sobre cada una de las provincias para maldición, y para estupor, y para silbido, y para oprobio a todas las naciones. Y esto lo han de padecer por eso, porque las palabras de los Profetas en la Jerusalén celestial oír no quisieron, los cuales los exhortaban a que a lo terrenal descendieran, y asumieran el cuerpo de la humildad; y hecha la penitencia después del verdadero sabatismo, poseyeran el lugar prístino. Estas cosas dijo aquel. Las cuales cuando oyen sus discípulos, y los estiércoles de la familia Grunniana, piensan que oyen divinos misterios. Y a nosotros que despreciamos esas cosas, como por brutos animales nos tienen, y nos llaman pēlousiōtas (πηλουσιώτας), por cuanto constituidos en el lodo de este cuerpo no podemos sentir lo celestial.

(Vers. 21 ss.) "AsÃ dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a Acab hijo de ColÃas, y a SedequÃas hijo de MaasÃas, que os profetizan en mi nombre mentirosamente: he aquÃ que yo los entregaré en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, y los herirá ante vuestros ojos. Y se tomará de ellos una maldición por toda la transmigración de Judá que está en Babilonia, diciendo: Póngate el Señor como a SedequÃas, y como a Acab, a quienes el rey de Babilonia frió al fuego, por el hecho de que hicieron necedad (o iniquidad) en Israel, y mocharon con las mujeres de sus amigos (o de sus ciudadanos): y hablaron palabra en mi nombre mentirosamente, lo cual no les

mandé: yo soy el juez y el testigo, dice el Señor". Dicen los hebreos que estos son los presbÃteros que hicieron necedad en Israel, y mocharon con las mujeres de sus ciudadanos, a uno de los cuales habla Daniel: "Envejecido de dÃas malos". Y al otro: "Semilla de Canaán, y no de Judá, la belleza te engañó, y la concupiscencia subvirtió tu corazón. AsÃ hacÃais a las hijas de Israel, y ellas temiendo hablaban con vosotros; pero una hija de Judá no sostuvo vuestra iniquidad" (Dan. 13, 56, 57). Y lo que el Profeta ahora habla: "Y hablaron palabra en mi nombre mentirosamente, lo cual no les mandé", piensan que aquello se significa, que a las mÃseras mujercillas que son llevadas por todo viento de doctrina, asÃ las engañaron, con que les decÃan, que porque eran de la tribu de Judá, el Cristo de su semilla habÃa de ser engendrado: las cuales atraÃdas por el deseo prestaban sus cuerpos, como si fuesen a ser madres de Cristo. Pero aquello que se dice al presente: "a quienes [1048] el rey de Babilonia frió al fuego", parece contravenir a la historia de Daniel. Aquel empero aserta que ellos a la sentencia de Daniel fueron lapidados por el pueblo: aquÃ empero está escrito, que los frió el rey de Babilonia al fuego. De donde también por muchÃsimos y casi todos los hebreos, aquello mismo no se recibe como si fuera una fábula, ni se lee en sus sinagogas. Pues ¿cómo, dicen, podÃa ser que los cautivos tuviesen potestad de lapidar a sus prÃncipes y profetas? Y más bien afirman que esto es verdadero lo que escribe JeremÃas, que convictos...

(Vers. 24 ss.) "Y a SemeÃas el neelamita dirás". Y lo que sigue: "AsÃ dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Por el hecho de que enviaste en tu nombre libros a todo el pueblo que está en Jerusalén", no se tiene en los Setenta. Y de nuevo añadieron de lo suyo: "No te envié en mi nombre". Y consecuentemente según el orden: "Y a SofonÃas hijo de MaasÃas el sacerdote". Y de nuevo del hebreo: "Y a todos los sacerdotes [Vulg. añade diciendo]". Y después se teje la historia: "El Señor te dio por sacerdote en lugar de Joiada el sacerdote: para que seas duque (o preceptor y obispo) en la casa del Señor sobre todo varón arrebatado [arrebaticio], y que profetiza, para que lo metas en el nervio y en la cárcel (o en la custodia) y en la catarata [cepo]", al cual SÃmaco llamó mojlón [barra], Aquila puso la misma palabra hebrea SINAC.

"Y ahora ¿por qué no increpaste a Jeremías de Anatot, que os profetiza? Porque sobre esto envió a nosotros a Babilonia, diciendo: Largo tiempo es, edificad casas, y habitadlas: y plantad huertos, y comed los frutos de ellos." Leyó pues Sofonías sacerdote este libro en los oídos de Jeremías profeta.

Semeías del lugar de Neelami, que se interpreta torrente, con el rey Jeconías había sido llevado a Babilonia, y profetizaba al pueblo mentirosamente, por cuanto celeradamente habían de regresar a Jerusalén. Mas que él fue un pseudoprofeta, las siguientes palabras de Jeremías lo demuestran: "Esto dice el Señor a Semeías neelamita, por el hecho de que os profetizó Semeías, y yo no lo envié." Porque por tanto Jeremías a

aquellos que estaban en Babilonia, letras había enviado diciendo: "Edificad casas, y habitadlas: plantad huertos, y comed los frutos de ellos: tomad mujeres, y engendrad hijos;" y después de otras cosas había añadido: "No os seduzcan vuestros Profetas que están en medio de vosotros, y vuestros adivinos;" y después, "Porque estos falsamente os profetizan en mi nombre, y yo no los envié, dice el Señor:" entendiendo Semeías que bajo el nombre común de pseudoprofetas contra él se había escrito, envía letras a Jerusalén a Sofonías hijo de Maasías sacerdote, y a los demás sacerdotes, contra Jeremías, de por qué no sea increpado por Sofonías sacerdote, cuyo oficio es el de discernir entre los profetas, quiénes por el Espíritu santo hablen y quiénes por el contrario, y sea mandado recluir en la cárcel, para que las penas de su mentira pague, y desista de suplantar al pueblo ya más.

Joiada fue el sacerdote que a Joás después de la interfección de Atalía el imperio entregó, e interfirió a los sacerdotes de Baal (4 Rey 11; 2 Crón 23). Esto es pues lo que escribe: ¿Por qué no imitas a Joiada sacerdote, e interfieres a Jeremías pseudoprofeta? Pues el Señor te constituyó en lugar de Joiada, para que tengas el cuidado del Templo; y principalmente disciernas quiénes por el Espíritu santo hablen, quiénes por el demoníaco. Las discreciones de los espíritus, además, ser de la divina gracia, también el Apóstol lo recuerda (1 Jn 4). ¿Por qué, dice, no increpaste a Jeremías de Anatot? Y lo que él mismo merecía como pseudoprofeta, lo refiere al profeta, y previene con

la mentira a la verdad. De donde también más prudentes son juzgados los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz en esta generación. Y obrando nosotros pacientemente, y esperando la salud de los míseros, los herejes nos previenen, y nos llaman con su nombre, guiando como ciegos a ciegos a la fosa. "Envió," dice, "a nosotros a Babilonia, diciendo: Lejos está." Esto es todo lo que le duele: por qué contra su mentira Jeremías escribió la verdad, que lejos está el regreso, y que después de setenta años han de regresar a Jerusalén: de donde deben ellos edificar casas, plantar pomares, y comer los frutos de ellos, tomar mujeres, y hacer hijos, cosas que el sermón pasado narró. Cuya carta, cuando la hubo recibido Sofonías sacerdote, a cuyo nombre especialmente escrita había sido, leyó a Jeremías de algún modo sugiriéndole [o motejándole], e increpándole por la misma lectura, de por qué se atrevería a escribir tales cosas a Babilonia.

(Vers. 30 y sigs.) "Y fue hecha la palabra del Señor a Jeremías, diciendo: Envía a toda la transmigración, diciendo: Esto dice el Señor a Semeías neelamita: Por el hecho de que os profetizó Semeías, y yo no lo envié, y os hizo confiar en la mentira: por tanto esto dice el Señor: He aquí que yo visitaré sobre Semeías neelamita, y sobre su simiente. No habrá para él varón que se siente en medio de este pueblo, y no verá el bien que yo haré a mi pueblo, dice el Señor, porque prevaricación habló contra el Señor."

El pseudoprofeta Semeías, verdaderamente neelamita, que del torrente aguas ajenas y túr-

bidas había tomado, se aira porque contra su mentira Jeremías escribió cosas verdaderas, y envía epístolas a Sofonías sacerdote, de por qué se atrevió el Profeta a escribir la verdad, y desea que sea recluido en la cárcel [Al. en la cárcel], para que no hable. Sofonías también acusa latente al profeta, mientras lee la epístola del que miente, y se jacta de tener la acusación de aquel. ¡Cuánto más reos de crimen son los que defienden a los pseudoprofetas, y fomentan a los que mienten, y las malas invenciones de otros, hacen que sean sus propios pecados!

Oiga por tanto el pseudoprofeta, entienda el sacerdote qué por medio de aquel merezca oír también él mismo: "Esto dice el Señor: He aquí que yo visitaré sobre Semeías." Esto el Señor lo habla, no el profeta, que visita sobre Semeías neelamita, no para remedio, sino para suplicio del que miente, según aquello que está escrito: "Visitaré en vara las iniquidades de ellos, y en azotes los pecados de ellos" (Sal 88, 33). Ni solo sobre el pseudoprofeta visita, sino también sobre su simiente, todos los discípulos a quienes con su error engañó. "No habrá," dice, "varón que se siente en medio de este pueblo." Bórrese del conciliábulo de los santos la estirpe pésima, ni se siente en medio de los que descansan, quien con los que están en pie estar no pudo, ni oyó aquello: "Si hubiera estado en mi sustancia" (Jer 23, 22). Y como el Señor la perfección de todas las virtudes acabado el tiempo septenario prometa, aquel no verá el bien, que para sí en el tiempo presente vindicaba. Mas todo esto se hará, porque prevari-

cación habló contra el Señor, para que dijera que ya soltada la cautividad de los pecados habían de regresar a Jerusalén; a los cuales el Apóstol amenaza: "Ya estáis saciados, ya os habéis hecho ricos, sin nosotros reinasteis; ¡y ojalá reinarais, para que también nosotros reináramos con vosotros!" (1 Cor 4, 8).

LIBRO SEXTO.

La prolijidad del volumen del profeta Jeremías vence nuestro propósito, de modo que aunque hablemos brevemente, sin embargo digamos mucho. Por lo cual también el presente sexto libro de los Comentarios sobre Jeremías contendrá las promesas místicas, que los judíos piensan, y nuestros judaizantes piensan, que han de cumplirse en la consumación del mundo: pues aún no pueden convencer de que se hayan cumplido bajo Zorobabel. Nosotros, empero, siguiendo la autoridad de los Apóstoles y Evangelistas, y especialmente del apóstol Pablo, mostramos que todo lo que se promete al pueblo de Israel carnalmente, se ha cumplido espiritualmente en nosotros, y hoy se cumple: ni hay entre judíos y cristianos ningún otro certamen sino este: que mientras ellos y nosotros creamos que el Cristo es el Hijo de Dios prometido; aquellas cosas que son futuras bajo el Cristo por nosotros se digan cumplidas, y por ellos que han de cumplirse. Por tanto, ya que creemos que el Cristo ya ha venido, es necesario que enseñemos que aquellas cosas que se dicen futuras bajo el Cristo han sido cumplidas; y que nosotros somos los hijos de Abraham, de quienes está escrito: "Poderoso es Dios para de estas piedras suscitar hijos de Abraham" (Mat. 3, 9), a quien fue hecha la promesa: "Y en tu semilla serán

bendecidas todas las naciones" (Gén. 22, 18). Cuya bendición el vaso de elección enseñando que se ha cumplido en el Cristo: "No dijo", dice, "en las semillas, sino en la semilla, que es el Cristo" (Gál. 3, 16). Ruega, pues, hermano Eusebio, al Señor Jesucristo, para que con el mismo trabajo y gracia del Espíritu con que hemos interpretado las promesas de otros profetas, y especialmente de Isaías, también de este profeta seamos capaces de explanar. El cual cuanto en las palabras parece simple y fácil, tanto en la majestad de los sentidos es profundísimo.

(Cap. 30, Vers. 1 ss.) Esta palabra que se hizo a Jeremías por el Señor, diciendo: Así dice el Señor, Dios de Israel, diciendo: Escribe para ti todas las palabras que he hablado a ti en un libro. Pues he aquí que vienen días, dice el Señor, y convertiré la conversión de mi pueblo Israel y Judá, dice el Señor, y los convertiré (o los haré sentar) en la tierra que di a sus padres, y la poseerán. En lugar de los pseudoprofetas en Babilonia prometiendo que el pueblo, que con Jeconías había sido capturado, pronto regresaría, y Ananías hijo de Azur en Jerusalén predicando las mismas cosas, Jeremías el profeta aseveró que aquello ciertamente sería futuro, no dentro de un bienio, como ellos mentían, sino acabados los setenta años: y entonces se le manda escribir en un libro, y entregar a la memoria, las cosas que el Señor prenuncia que vendrán. De lo cual es manifiesto que de ningún modo el tiempo del vaticinio es cercano, sino que después de muchos tiempos estas cosas han de cumplirse, cuando Israel y Judá han de volver a

su tierra, y ha de cumplirse aquello que Ezequiel profetizó: que dos varas se han de acoplar igualmente para sí, y que ha de imperar el rey David, de quien escribe: "Y mi siervo David rey sobre ellos, y un solo pastor habrá para todos ellos" (Ezeq. 37, 24). Si algo, pues, dijimos en aquella profecía, también en el presente lugar ha de entenderse, mayormente cuando las mismas cosas, y en aquel tiempo, Ezequiel en Babilonia y Jeremías en Jerusalén profetizaron.

(Vers. 4 ss.) Y estas son las palabras que habló el Señor a Israel y a Judá, porque así dice el Señor: Voz de terror (o de temor) hemos oído, pavor, y no hay paz. Interrogad y ved si genera el varón. ¿Por qué, pues, he visto la mano de todo varón sobre sus lomos como de quien pare, y se han convertido todos los rostros en palidez amarillenta? Primero se anuncian cosas tristes, para que después de la magnitud de los males, sucedan las alegres. Pues más grata es la salud rechazada la enfermedad; y la magnitud del dolor se convierte en magnitud de los gozos. Lo que empero dice es esto: tanto será el temor, y tanto el pavor, que ahuyentada la paz, con guerras y sangre todas las cosas se completen, y a los varones también (cuyo propio es luchar contra los adversarios) el temor mujeril los ocupe: y las manos de ningún modo a las armas, sino a sostener los riñones las apliquen, como si una mujer que pare los flancos y los lomos sostuviera. Por lo cual también los rostros de todos se convertirán en palidez amarillenta, testificando el pavor del corazón con la palidez del semblante. Algunos interpretan este

lugar según la tropología así, que piensen que aquel testimonio: "De tu temor, Señor, concebimos, y parturimos, y parimos: espíritu de tu salud hicimos sobre la tierra" (Is. 26, 17. 18), y aquel apostólico en que dice: "Hijitos míos, por quienes otra vez parturo, hasta que el Cristo sea formado en vosotros" (Gál. 4, 19), se comparan a este ejemplo: lo cual es manifiesto que no al terror, sino al gozo pertenece, cuando la presente Escritura signifique el tiempo de la vastación de Israel y de la ruina.

(Vers. 7.) ¡Ay, porque grande aquel día, ni hay semejante a él, y tiempo de tribulación es para Jacob, y de él mismo será salvado. Prenuncia el tiempo de la miseria, para introducir el tiempo del gozo. Cuando, dice, hayan precedido tantos males, que el dolor de todos los varones al dolor de la mujer parturienta se compare: sin embargo el tiempo de la tribulación de Jacob, esto es, del pueblo de Dios, se mudará en cosas prósperas; y de él mismo también será salvado, se sobreentiende "tiempo", de que el sermón había procedido. Por Jacob empero entiende las doce tribus, que de ningún modo bajo Zorobabel, como algunos falsamente piensan; sino de la vocación evangélica fueron salvadas.

(Vers. 8, 9.) Y será en aquel día, dice el Señor de los ejércitos, quebrantaré su yugo de tu cuello, y sus vínculos romperé: y no dominarán a ellos (o a él) más los ajenos, sino que servirán (u operarán) al Señor su Dios, y a David su rey, a quien suscitaré para ellos. Este es el David de quien también el Evangelio hace mención (Luc. 1), que

se nos daría, para que sin temor de la mano de nuestros enemigos liberados, le sirvamos; en santidad y justicia delante de él todos nuestros días. Pues como el primer Adán, y el segundo Adán se escriben según la verdad del cuerpo; así también David el Señor y Salvador: porque según la carne es de David, confiriendo la santa María todo en él, lo que fue de la estirpe de David, y teniendo origen y concepto del Espíritu santo. Y lo que dice: "Quebrantaré su yugo de tu cuello, y sus vínculos romperé", no es duda que bajo el tipo de Nabucodonosor ha de entenderse del diablo.

(Vers. 10, 11.) Tú, pues, no temas, siervo mío Jacob, dice el Señor; ni te pavorezca, Israel. Porque he aquí que yo te salvaré de tierra lejana, y a tu semilla de la tierra de la cautividad de ellos; y volverá Jacob, y descansará, y afluirán todos los bienes, y no habrá a quien tema: porque contigo yo soy, dice el Señor, para salvarte. Pues haré consumación en todas las naciones en las que te dispersé. A ti empero no te haré en consumación: sino que te castigaré (o te erudiré) en juicio, para que no te parezcas a ti mismo inocente (o y limpiando no te limpiaré). Esta περικοπὴ en los Setenta no se tiene, y en muchísimos códices de la edición Vulgata bajo asteriscos de Teodoción ha sido añadida. Promete empero el sermón divino, y familiarmente llama siervo suyo a Jacob y a Israel, así como Abraham, Isaac y Jacob son llamados siervos de Dios. Moisés también, y otros profetas, y el apóstol Pablo al principio de sus Epístolas se gloria con este título. para que las dos y diez tribus, esto es, doce, sepan que han de ser

salvadas de tierra lejana, y que ha de soltarse la cautividad, y restituirse la paz, y llenarse ellas de toda abundancia, según aquello que en el salmo se dice: "Hágase la paz en tu virtud, y la abundancia en tus torres" (Sal. 121, 7). Esto empero será, porque de la presencia del Señor disfrutarán, cuando también las naciones adversarias, que los habían capturado, perezcan, y estos sean liberados de las naciones. Y les enseña que de ningún modo a la pena, sino a la erudición fueron entregados, para que fueran juzgados como propios, y no se perdieran como ajenos. Porque el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan 3, 18), esto es, prejuiciado para el interito. Lo que empero añadió: "Para que no te parezcas a ti mismo inocente", o según Símaco, "y limpiando no te limpiaré"; o según Aquila, "cuando te haya erudido por el juicio, de ningún modo te haré inocente", aquello significa: que todo el mundo (o el inmundo) necesita de la misericordia de Dios, y nadie, por más santo que sea, vaya seguro al juez: contra la nueva herejía de la antigua, que piensa que en este siglo, y en esta carne mortal, antes de que lo corruptivo esto se vista de incorrupción (1 Cor. 15), pueda el hombre estar sin pecado.

(Vers. 12 ss.) Porque así dice el Señor, insanable es tu fractura, pésima tu llaga. No hay quien juzgue tu juicio para ligar, utilidad de curaciones no hay para ti. Todos tus amantes se han olvidado de ti, no te buscarán. Pues con llaga de enemigo te herí, con castigo cruel (o fuerte) por la multitud de tu iniquidad, duros se han hecho (o se han multiplicado) tus pecados. ¿Por qué clamas sobre

tu contrición? Insanable es tu dolor, por la multitud de tu iniquidad, y por tus duros pecados hice esto para ti. Como a una hermosa mujer habla, a quien arriba había dicho: "Te castigaré en juicio, para que no te parezcas a ti mismo inocente", o "inocente"; y por metáfora habla a Jerusalén, de que por el juicio de Dios pésimamente ha sido vulnerada, y de ningún modo por otro, sino por el mismo que había herido, puede sanar siendo curada. "No hay", dice el Señor, "quien juzgue tu juicio": ni valga sobre la altísima herida la piel de la cicatriz obducir. A dondequiera que te conviertas, utilidad no hay para ti, porque ofendiste a aquel que es el verdadero, y único médico. Todos tus amantes se han olvidado de ti, o los sacerdotes, o los príncipes, o ciertamente los presidios de los Ángeles, por los que antes de que ofendieras al Señor, eras amurallada. No te buscarán, haciendo contra el Apóstol, que buscaba a los creyentes, y no las cosas que eran de los creyentes (2 Cor. 12). Pues con llaga de enemigo te herí, con castigo cruel. De un modo el amigo, de otro el enemigo hiere: de un modo el padre, de otro el hostis. Aquel azota para que corrija, este hiere para que mate (Sal. 6). Por lo cual también el Profeta lacrimablemente dice: "Señor, no en tu furor me arguyas, ni en tu ira me corrigas" (Sal. 37, 1). Esto empero se hizo, porque por la multitud de tu iniquidad, duros se hicieron tus pecados. Y lo que sigue: "¿Por qué clamas sobre tu contrición? insanable es tu dolor por la multitud de la iniquidad", en los Setenta no se tiene; a saber porque por segunda vez se dice, "por la multitud

de tu iniquidad, y tus duros pecados"; y los que escribían desde el principio, pensaron que había sido añadido.

(Vers. 16, 17.) Por tanto todos los que te comen, serán devorados: y todos tus hostes a la cautividad serán llevados: y los que te vastan, serán vastados: y a todos tus predadores daré en presa. Pues obduciré la cicatriz para ti, y de tus heridas te sanaré, dice el Señor. Porque eyectada (o dispersa) te llamaron, Sión. Esta es la que no tenía quien la requiriera. Y bajo Zorobabel estas cosas hechas conocemos, cuando a los asirios, esto es, a Nínive vastaron los babilonios y caldeos, y de nuevo a los babilonios y caldeos los medos y persas capturaron, y Babilonia fue destruida. Entonces Sión comenzó a tener al Señor requiriente, y obducida fue la cicatriz a sus heridas, y sanada fue de sus plagas, lo cual más plena y perfectamente se cumple en el Cristo.

(Vers. 18 ss.) Así dice el Señor: He aquí que yo convertiré la conversión de los tabernáculos de Jacob: y de sus techos (o de su cautividad) me compadeceré. Y será edificada la ciudad en su excelso, y el Templo según su orden será fundado. Y egresará de ellos la alabanza, y la voz de los que juegan. Y los multiplicaré, y no serán disminuidos. (Y lo que sigue: "Y los glorificaré, y no serán atenuados", en los LXX no se tiene). Y serán, dice, sus hijos como desde el principio, y su coetus delante de mí permanecerá, y visitaré contra todos los que lo tribulan. Y será su duque de él, y su príncipe de medio de él será producido. Lo lo aplicaré, y accederá a mí. ¿Quién es pues

este que aplique su corazón, para que se aproxime a mí, dice el Señor? (Y de nuevo también esto en los LXX no se tiene). Y seréis para mí en pueblo, y yo seré para vosotros en Dios. Cuyo tipo precedió en Zorobabel y Esdras, cuando volvió el pueblo, y comenzó a ser edificada la ciudad en su excelso, y a observarse la religión del Templo, y lo demás que en el volumen del mismo Esdras se contiene. Más plena empero y perfectamente en el Señor Salvador y los Apóstoles se ha cumplido, cuando fue edificada la ciudad en su excelso, de la cual está escrito: "No puede esconderse la ciudad que en el monte está situada" (Mat. 5, 14): y el Templo según su orden y ceremonias fue fundado, para que cuanto en el anterior pueblo se hacía carnalmente, en la Iglesia espiritualmente se cumpliera. Entonces egresó la alabanza o la acción de gracias. Esto pues significa THODA, para que todos los Apóstoles dijeran: "Gracia a vosotros y paz" (1 Cor. 1, 3). Y la voz de los que juegan, no con aquel juego, con que manducó el pueblo y bebió y se levantó para jugar (Éx. 23); sino con aquel con que delante del Arca del Señor jugó David (2 Sam. 6). Y fueron multiplicados y no inminuidos, para que todo el orbe creyera en el Señor Salvador: y fueron glorificados, para que se cumpliera lo que está escrito: "Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Sal. 86, 2). Y fueron sus hijos, esto es, los Apóstoles como fueron desde el principio, Abraham, e Isaac, y Jacob, príncipes del género israelítico.

(Vers. 23, 24.) He aquí el turbo del Señor, furor que egresa, y procella que ruye, en la cabeza de

los impíos descansará. No apartará la ira de su indignación el Señor, hasta que haga y complete la cogitación de su corazón, en el novísimo de los días entenderéis estas cosas. El turbo del furor del Señor y la procella que ruye y la tempestad descansará en la cabeza de ellos, o de los demonios, o de aquellos que blasfemaron del Hijo de Dios: y no apartará la ira de su indignación, hasta que haga y complete la cogitación de su corazón; y sea circundada de ejército Jerusalén, y íntegramente sea borrada. Como empero el artífice no puede ser entendido sino por la obra completa; ni la industria de la medicina, sino después de que haya sido la salud conseguida: así cuando haya sido la eversión de Jerusalén, y la abyección del anterior pueblo, entonces entenderán los creyentes, que la repulsión de los judíos, es ocasión de nuestra salud.

(Cap. 31, Vers. 1.) En aquel tiempo dice el Señor, seré Dios para todas las cognaciones de Israel (o para el género de Israel) y ellos serán para mí en pueblo. A menos que la cogitación del Señor haya sido cumplida, y su furor haya descansado sobre la cabeza de los impíos, el Señor de la universidad no podrá ser Dios para las cognaciones de Israel. Esto empero dice a las reliquias, que salvadas han sido hechas. Que si se nos opone aquello que se ha dicho: "Seré Dios para el género de Israel", o "para todas las cognaciones de Israel", asumamos el ejemplo: "Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de vuestro padre" (Juan 8, 39). Y el Apóstol escribe: "Ved a Israel según la carne" (1 Cor. 10, 8). Por lo cual enseña que hay otro Israel según

el espíritu. Aquel pues es Israel, que con la mente discierne a Dios, o es rectísimo del Señor, y un Israel de esta clase será el pueblo de Dios.

(Vers. 2.) Así dice el Señor: Encontró gracia en el desierto el pueblo que había remanecido del espada, vaya a su descanso Israel. LXX: Así dice el Señor: Encontró cálido en el desierto con estos, que habían perecido por el espada. Id y no matéis a Israel. Ridículamente los códices latinos en este lugar por la ambigüedad de la palabra griega, por "cálido", "lupinos" interpretaron: pues el griego θερμὸν ambas cosas significa, lo cual ni ello mismo se tiene en el hebreo. Pues está escrito HEN, que Aquila, Símaco, y Teodoción χάριν, esto es gracia interpretaron. Solos los Setenta pusieron "cálido", pensando que la última letra era MEM. Pues si leemos HEN por la letra NUN, se dice "gracia", si por MEM, "calor" se interpreta. Es empero el sentido según el hebreo: El pueblo de los judíos, que del espada romana había remanecido; o ciertamente la ira del furor del Señor había podido evitar (o evadir), encontró gracia en el desierto de las gentes; para que dentro de la turba de las naciones en la Iglesia sea salvado, de donde también irá y encontrará su descanso Israel, que siempre había esperado, que le habían prometido los vaticinios de los Profetas. Por lo demás según los LXX esta es la inteligencia: El Señor encontró cálidos, y vivientes a los Apóstoles, y a los socios de ellos en el desierto de las gentes, entre aquellos que por su infidelidad habían sido interfectos, ni tenían el calor de la vida. De donde se preceptúa a los Ángeles, y a estos que en el ministerio de

Dios están, que no maten a todos, para que Israel íntegramente no sea borrado, y se les dice: "Id, y no matéis a Israel"; sean al menos algunos que vivan, sean los que calienten con el ardor de la fe, sean los que el frío de la infidelidad y de la muerte fuguen, a quienes el Señor encuentre en el desierto.

(Vers. 3 ss.) De lejos el Señor se me apareció (o a él): y en caridad perpetua te amé: por tanto te atraje compadeciéndome. Y de nuevo te edificaré, y serás edificada, virgen de Israel: aún serás adornada (o coronada) con tus tímpanos (o asumirás tus tímpanos) y egresarás en el coro de los que juegan: aún plantarás viñas en los montes de Samaria: plantad plantarios, y vendimiad: pues será el día, en que clamarán los custodios en el monte Efraín: Levantaos y ascendamos a Sión al Señor Dios nuestro. Porque Israel había ofendido al Señor, y había dicho: "No tenemos rey sino al César" (Juan 19, 15). Y: "Venid y matémoslo, y nuestra será la herencia" (Mar. 12, 7); y lejos había recedido de Dios: por tanto el Señor después de mucho tiempo se le apareció, no en el tiempo de Zorobabel y Esdras, después de lo cual de nuevo fueron capturados, sino en caridad perpetua lo amó la cual por ningún fin será borrada. Y lo atrajo compadeciéndose. De ningún modo pues por mérito, sino por clemencia fue salvado. Y de nuevo dice: "Te edificaré, y serás edificada, virgen de Israel". Esto propiamente lo entendamos en la Iglesia. Pues deliran los que suspiran por una Jerusalén áurea y gemada, consagrando su propia avaricia en el misterio de la ciudad del Señor.

Aún serás adornada con tus tímpanos, para que cantes al Señor en las Iglesias, consumada en ti toda la carne de las malas obras. Y egresarás en el coro de los que juegan con las turbas de las gentes, plantarás viñas en los montes de Samaria. De ningún modo en los valles y lugares humildes; sino en los montes de Samaria, que después de la cautividad del pueblo de Israel por los alienígenas fueron poseídos, a quienes se dice: "Plantad plantarios, y vendimiad". Entonces fue el día del Señor, en que clamaron los custodios los Apóstoles a saber, y los varones apostólicos en el monte Samaria, y en el monte Efraín, de los cuales uno suena "custodia", el otro "uberta". ¿Qué empero dicen los custodios de Samaria, imbuido qué claman en el monte Efraín? Levantaos los que yacéis, las cosas humildes dejad, las hostias de las víctimas despreciad. "Sacrificio al Señor el espíritu contribulado" (Sal. 50). Ascendamos a Sión, esto es, a la Iglesia, donde está la especulación y el intuito de Dios.

(Vers. 7.) Porque así dice el Señor: Exultad en la alegría de Jacob, y relinchad contra la cabeza de las gentes: personad, cantad, y decid: Salva, Señor, a tu pueblo, las reliquias de Israel. Significativamente no todo Israel es salvado, sino las reliquias de Israel, preceptuando el Señor y diciendo: "Exultad en alegría, los que sois de Jacob, y relinchad", refiriendo todas las cosas a la cabeza de las gentes, porque la cola en otro tiempo fue vuelta en cabeza. Personad, cantad, y decid. ¿Qué es aquello que se les manda decir? "Salva, Señor, a tu pueblo". ¿A qué pueblo? Ciertamente

a las reliquias de Israel, que según la elección salvadas han sido hechas. De las cuales también Pablo asumiendo el testimonio de Isaías habla: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, como Sodoma habríamos sido hechos, y como Gomorra habríamos sido semejantes" (Is. 1, 9; Rom. 9, 29).

(Vers. 8.) He aquí que yo los aduciré de la tierra del Aquilón, y los congregaré de los extremos de la tierra. Lo que sigue: "En la solemnidad de la Pascua, y generará hijos muchos", en el hebreo no se tiene, sino en los Setenta solo se lee, por lo cual entre los hebreos está escrito:

Entre los cuales estarán el ciego, y el cojo, y la preñada, y la parturienta a la vez: Iglesia grande de los que vuelven aquí. Se congregan las reliquias del pueblo de Israel por los Apóstoles, y los varones apostólicos, de quienes arriba leímos: "Clamarán los custodios en el monte", y a quienes se les preceptúa: "Personad, cantad, y decid", para que salvadas se hagan las reliquias de Israel. El mismo Señor también promete que él los reducirá de la tierra del Aquilón, que es el viento durísimo, por nombre empero "diestro" es llamado, de la incredulidad, del frío de la caridad dominica; y congregarlos de los extremos de la tierra, no en otro tiempo, sino en la solemnidad de la Pascua, esto es, en las ferias de la pasión dominica: cuando crucificado fue el Señor, y cumplido aquello que él mismo en el Evangelio reprometió. "Cuando sea exaltado de la tierra, todo lo atraeré a mí" (Juan 12, 32). Entonces generó mucho pueblo, para que se cumpliera

aquello de Isaías: "Porque nació un género a la vez" (Is. 66, según LXX). Pues en un día tres mil, en otro cinco mil hombres creyeron (Hech. 2 y 4). Y lo que en el hebreo se escribe: "Entre los cuales estarán el ciego y el cojo, y la preñada, y la parturienta a la vez, iglesia grande de los que vuelven aquí". aunque también según la letra se haya cumplido, de que los ciegos vieran, los cojos caminaran. sin embargo mejor según la anagogía puede entenderse, de que los que antes eran ciegos por la perfidia, después creyeron al Salvador; y los que cojos, a quienes en otro tiempo hablaba Elías: "¿Hasta cuándo cojeáis de ambos pies?" (1 Rey. 18, 21). después caminaran. Y: "El pueblo que sedía en tinieblas y sombra de muerte, gran luz vio" (Is. 9, 2); y los cojos corrieran, y la preñada pariera hijos, Iglesia grande de los que vuelven a la fe. Los judíos piensan que esto fue completado, cuando bajo Esdras después del día de la Pascua egresaron de Babilonia para volver a Jerusalén, en lo cual hubo un tipo, y no la verdad. Ni pues en aquel tiempo todas las cosas, que leímos y hemos de leer, hubieran podido aprobar que habían sido completas.

(Vers. 9.) En llanto vendrán (o egresarán): y en misericordia los reduciré, y los aduciré por torrentes de aguas en vía recta, y no tropezarán (o no errarán) en ella. Porque he sido hecho para Israel padre, y Efraín primogénito mío es. Si según el hebreo leyéramos, "en llanto vendrán": esto pues indica JABU; diremos que a veces, también de nimio gozo el llanto sea indicio, según aquello: Lacrimo de gozo. Si empero según los

Setenta que dijeron: "En llanto egresará, y en misericordia (o en consolación) los reduciré", aquel sentido pondremos, que también en los salmos se dice: "Yendo iban y lloraban, enviando sus semillas: Viniendo empero vendrán con exsultación, portando sus manípulos" (Sal. 125, 7. 8). Pues lloraron, cuando cautivos fueron llevados: y consolación máxima recibieron, cuando por la misericordia del Señor fueron reducidos. Y los adujo el Señor por los apóstoles, y los varones apostólicos, llenos de aguas y de larguísimo río, en vía recta, a saber de la fe, no en la perfidia de los judíos. "Y no", dice, "tropezarán en ella", porque dejaron de ser ciegos, a quienes en otro tiempo se les dijo: "Si ciegos fuerais, no tendríais pecado. Ahora empero porque decís: vemos, vuestro pecado permanece" (Juan 9, 41). Podemos la vía recta, también al Cristo entender, en la cual quienquiera que caminare, no tropezará (Rom. 5). "He sido hecho", dice, "para Israel padre", el cual ha sido reducido, "y Efraín primogénito mío es". Pues donde en otro tiempo abundó el pecado, superabundó la gracia. Por Efraín empero estar en tipo del pueblo de las gentes congregado, la Escritura testifica. Fue pues el posterior hijo de José, y arrebató la primogenitura a Manasés, que por naturaleza era primitivo (Gén. 48); pero en el misterio de la cruz decusadas las manos, el que estaba a la siniestra de Jacob, de la diestra mano de él recibió la bendición. Y el que había estado a la diestra, con la siniestra bendecido, al segundo grado fue reducido. Y como Jacob a Esaú, así Efraín a Manasés arrebató la primogenitura.

Y todo el pueblo de las diez tribus fue llamado Efraín, porque Jeroboam hijo de Nabat, de esta tribu el reino de Israel inchoó.

(Vers. 10 ss.) Oíd la palabra del Señor, gentes, y anunciadla en las islas que están lejos, y decid: El que dispersó a Israel, lo congregará, y lo custodiará como el pastor a su grey, porque redimió el Señor a Jacob, y lo liberó (Vulgata: redimirá y liberará) de la mano del más potente (o de la mano del más fuerte). Y vendrán, y alabarán en el monte Sión, y confluirán a los bienes del Señor sobre el trigo, y el vino, y el aceite, y el feto de los ganados, y de las armentas. Y será el alma de ellos como huerto irriguo (o como leño fructífero), y más allá no tendrán hambre. Entonces se alegrará la virgen en el coro (o las vírgenes) y los jóvenes y los ancianos a la vez, y convertiré el luto de ellos en gozo, y los consolaré, y los alegraré de su dolor. E inebriaré el alma de los sacerdotes con pingüedo (o de los hijos de Leví) y mi pueblo de mis bienes se adimplirá, dice el Señor. Perspicuamente la vocación de las gentes se demuestra, diciendo la Escritura: "Oíd la palabra del Señor, gentes, y anunciadla en las islas que están lejos, y decid". ¿Qué anuncian a las islas que situadas están lejos? Que el Señor, que dispersó a Israel, él mismo lo congregará. De ningún modo pues para que se dispersaran, fue de la potencia de los adversarios, sino de la voluntad del Señor. "Y lo custodiará como el pastor a su grey". Pues el buen pastor pone su alma por sus ovejas (Juan 10). "Porque redimió el Señor a Jacob", con el precio de su sangre, "y lo liberó de la mano del más

potente", o "del más fuerte". Por lo cual se muestran las potencias adversarias más fuertes por la naturaleza de la fragilidad humana. Y cuanto en ambas hay de fuerzas, aquellas son más fuertes por naturaleza, pero nosotros más fuertes por la fe, si sin embargo merecemos ser liberados por aquel, que puede ligar al fuerte, y su casa diripiir. "Y vendrán", dice, sin duda que liberados de la mano de los potentes, "y alabarán" a su liberador "en el monte Sión", esto es, en la Iglesia, "y confluirán a los bienes del Señor", abundancia de todas las cosas, que no en los frutos, y alimentos de esta carne, sino en la variedad de las virtudes se siente. "Sobre el trigo", dice, "y el vino, y el aceite", de que se confecciona el pan del Señor, y de su sangre se cumple el tipo, y el crisma de la bendición dominica se expresa.

(Vers. 15.) Así dice el Señor: Voz en el excelso ha sido oída de lamentación, de llanto y de luto, de Raquel plorando a sus hijos, y no quiso (Vulgata: no queriendo) ser consolada sobre sus hijos (Vulgata: ellos), porque no son. LXX: Así dice el Señor: Voz en Ramá ha sido oída, lamentación y llanto, y luto, de Raquel plorando a sus hijos, y no quiso descansar, porque no son. Ni según el hebreo, ni según los Setenta, Mateo tomó el testimonio. Leemos pues en él después de la descripción de la muerte de los infantes: "Entonces se cumplió lo que dicho ha sido por Jeremías profeta diciendo: Voz en Ramá ha sido oída, llanto y ululato mucho: Raquel, de una que llora (Al. plorando) a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son" (Mat. 2, 17. 18). Por lo cual es perspicuo, que los Evange-

listas y Apóstoles, de ningún modo de la interpretación de alguno del hebreo siguieron; sino como hebreos de hebreos, lo que leían hebreamente, en sus propios sermones expresaron. Raquel madre de José, cuando venía a Belén, súbitamente por el dolor del parto arrebatada, parió un hijo, a quien la obstetriz, porque ella moría pariendo, llamó Benoni, esto es, "hijo de mi dolor". El padre Jacob empero mudó el vocablo, y lo llamó Benjamín, esto es, "hijo de la diestra" (Gén. 35, 18). Se busca por tanto, cómo Mateo el evangelista el testimonio del Profeta a la interfección transfiriera de los párvulos: cuando perspicuamente de las diez tribus escrito esté, de las cuales el príncipe no fue Efrata, y de ningún modo esté en la tribu de Efraín, sino en la tribu de Judá: ella misma es pues, y Belén δυωνύμως. De donde también los nombres de ambas concuerdan. Belén se llama "casa del pan". Efrata, καρποφορία, que nosotros "uberta" podemos decir. Porque por tanto Raquel en Efrata, esto es, en Belén sepultada está, como también la Escritura santa, y el título de su sepulcro hoy también testifican, llorar se dice a los niños, que cerca de ella, y en sus regiones fueron interfectos. Algunos de los judíos este lugar así interpretan, que capturada Jerusalén bajo Vespasiano, por esta vía a Gaza, y a Alejandría infinitos miles de cautivos a Roma dirigidos fueran.

(Vers. 16, 17.) Así dice el Señor: Descanse tu voz del llanto, y tus ojos de las lágrimas: porque hay merced para tu obra, dice el Señor. Y volverán de la tierra del enemigo (o de los enemigos) y habrá (Vulgata: es) esperanza para tus novísimos, dice

el Señor: y volverán los hijos a sus términos. Esto según la letra aún no se ha hecho, ni pues a las diez tribus, que en las ciudades de los medos exulan, y de los persas, que hayan vuelto a la tierra de Judea leemos: sino según el espíritu, y en la pasión del Señor se ha cumplido, y hasta aquí se cumple: cuando de todo el orbe es salvado Israel, y a Raquel se dice: "Descanse tu voz del llanto, y tus ojos de las lágrimas". Y es el sentido: Desiste de plorar, pues tus anteriores obras respetó el Señor: "Y volverán tus hijos de la tierra del enemigo", para que no por el presente dolor seas tenida. "Pues hay esperanza para tus novísimos", dice el Señor. Y volverán tus hijos a sus términos, que tuvieron sus padres Abraham, Isaac, y Jacob. Mejor empero de los párvulos entendemos, que merced tengan de la sangre efundida por el Cristo: y por la tierra de Herodes enemigo, tengan los reinos de los cielos: y hayan de volver a la sede prístina, cuando por el cuerpo de la humildad, reciban el cuerpo glorioso. Esta es la esperanza novísima, cuando los justos fulgurarán como el sol (Sab. 3), y los infantes en otro tiempo párvulos, y lactantes, sin el incremento de las edades, y las injurias y el trabajo corpóreo resurgirán en varón perfecto, en la medida de la plenitud del Cristo (Ef. 4).

(Vers. 18, 19.) Oyendo he oído a Efraín transmigrando (o lamentando): "Me has castigado, y fui instruido como un novillo indómito (o como un becerro, y no aprendí); conviérteme, y seré convertido; porque Tú eres el Señor mi Dios. Pues después que me convertiste (o fui capturado)

hice penitencia. Y después que conocí (o me mostraste), golpeé mi muslo (o gemí), fui confundido, y me sonrojé (o desde el día de la confusión, y te mostré), porque sostuve el oprobio de mi juventud."

Habla Dios, que ha oído a Efraín diciendo y lamentando. Pues para nadie es duda que significa a las diez tribus, sobre las cuales reinó primero Jeroboam hijo de Nabat, quien también hizo becerros de oro en Dan y Betel, para que este pueblo seducido por el error, desistiera de cultivar y adorar al Dios de Israel.

"Me has castigado", dice, "y fui castigado". Toda corrección aprovecha para la salvación, la cual al presente parece ser de tristeza; y después ofrece frutos pacíficos.

Y lo que dice: "Como novillo indómito", o "como becerro, y no aprendí", esto significa que con mucho trabajo y con azotes fue instruido, para que se convirtiera a la penitencia, y no aprovechó.

"Conviérteme", dice, "y seré convertido". Por tanto, esto mismo que hacemos penitencia, si no nos apoyamos en el auxilio de Dios, no podemos cumplirlo. Pues después que me hayas convertido, y yo me haya convertido a Ti, entonces conoceré que Tú eres el Señor mi Dios, y de ninguna manera mis errores y pecados me matarán.

"Y después que me convertiste, hice penitencia". Mira cuán grande es el auxilio de Dios, y cuán frágil la condición humana: de modo que esto mismo, que hacemos penitencia, si el Señor no nos ha convertido antes, de ninguna manera podemos cumplirlo.

"Y después", dice, "que me mostraste", o la misma penitencia, o la noticia de Ti, o "te conocí", "golpeé mi muslo". Lo cual es indicio del que se duele y se lamenta, y sobre el error prístino llora, de modo que golpea el muslo con la mano, y confiesa que antes había sido estúpido.

"Fui confundido", dice, "y me sonrojé", o "desde el día de la confusión". Pues ¿qué tiempo no es de nuestra confusión, si recordamos los antiguos pecados, y de todas las cosas que mal hicimos tomamos memoria?

Y lo que dijeron los LXX, "y te mostré", significa que después que gimió y conoció sus propios delitos, entonces llegó a tan gran provecho, que incluso mostró a Dios a otros que lo ignoraban, según aquello que David penitente habla: "Enseñaré a los inicuos tus caminos, y los impíos a Ti se convertirán" (Sal. 50, 15).

Y lo que dice: "Porque sostuve el oprobio de mi juventud", dice que ha pecado por la ignorancia de la edad, para que más fácilmente consiga el perdón, según aquello que David canta: "Los delitos de mi juventud, y mis ignorancias no recuerdes" (Sal. 24, 7).

De donde también en lo subsiguiente Dios lo llama párvulo y que abunda en delicias. Pues esto dice por la magnitud de las riquezas y la fertilidad de la tierra, en la cual la tribu de Efraín hasta hoy se entrega al lujo.

(Vers. 20.) ¿Es Efraín un hijo honorable (o amado) para Mí? ¿Es un niño delicado? Pues desde que hablé de él (o mis palabras estuvieron en él), recordando lo recordaré aún: por tanto mis

entrañas están turbadas sobre él: compadeciéndome tendré compasión de él, dice el Señor.

Haciendo Efraín penitencia, y diciendo: "Al principio me instruiste, y fui instruido como novillo indómito"; y al final: "Porque sostuviste el oprobio de mi juventud"; respondió el Señor, y a aquel convertido a Él con mente plena, lo sostiene con tal oráculo: "Hijo amado para Mí es Efraín" (Gén. 48), a quien tanto amé desde el principio, que lo preferí a su hermano Manasés.

"Hijo honorable", quien contra el orden de la naturaleza, recibió el honor del primogénito por la dignación del Señor.

"Niño delicado", de quien está escrito: "Los hijos de Efraín que apuntan y disparan el arco, se volvieron en el día de la batalla" (Sal. 77, 9). Contra quien y para quien, todo el libro del profeta Oseas está escrito, a quien Jacob bendijo.

Las "delicias" empero en este lugar aceptémoslas según aquello que se dice en el salmo: "Deléitate en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón" (Sal. 36, 4). Por lo cual en griego y en hebreo se tiene: "Abunda en delicias". De donde también el paraíso en el Edén es llamado paraíso de delicias.

"Porque", dice, "mis palabras estuvieron en él, con recordación me acordaré de él aún". Para que no se pensara que la bendición era gratuita, y conferida más bien por la indulgencia del dador que por el mérito de aquel en quien se confería, por eso dice: "Me acordaré de él, porque mis palabras estuvieron en él". No en su boca, no en sus labios, sino en el íntimo afecto del corazón.

Por cuya causa también mis entrañas están turbadas sobre él. A quien habla también por Oseas: "¿Qué te haré, Efraín? ¿Qué te haré, Israel? ¿Acaso te pondré como Adama, y como Seboim?" (Os. 6, 4; 11, 8). Se ha vuelto en Mí mi corazón: mis entrañas están turbadas. No haré el furor de mi ira, y no destruiré a Efraín.

"Compadeciéndome tendré compasión de él, dice el Señor". Ciertamente mis sermones estuvieron en él, y todos mis mandatos recibió con ánimo ávido, y en su corazón los guardó: pero sin embargo "compadeciéndome tendré compasión de él, dice el Señor", para que mostrara que toda la justicia de los hombres necesita de la misericordia de Dios.

(Vers. 21, 22.) Establécete atalayas, ponte amarguras: dirige tu corazón al camino recto en el que caminaste. Vuelve, virgen de Israel, vuelve a estas tus ciudades. ¿Hasta cuándo te disolverás en delicias, hija vaga? Porque creó el Señor algo nuevo sobre la tierra: una mujer rodeará a un varón.

LXX: Establécete exploradores: haz la pena: da tu corazón sobre tus hombros: el camino en el que caminaste. Vuelve, virgen de Israel, vuelve a tus ciudades de luto. ¿Hasta cuándo te volverás, hija despreciada? Porque te creó el Señor por la salud en una plantación nueva: en tu salud los hombres circularán."

Donde nosotros dijimos, "¿hasta cuándo te disolverás en delicias?", Símaco puso: "¿Hasta cuándo te sumergirás en lo profundo?" Pues ambas ediciones puse íntegramente, para que mos-

trara que un capítulo oscurísimo, y que contiene los sacramentos de la Iglesia, fue o ignorado u omitido por los Setenta (o quienquiera que haya interpretado a este profeta).

La palabra hebrea SIONIM se vierte o en "exploradores" (speculatores) o en "atalayas" (speculas); como Aquila y Símaco interpretaron. De donde me maravillo de qué quiso para sí la edición Vulgata, que en lugar de SIONIM, esto es, en lugar de "exploradores", pusiera "Sion", y turbara la inteligencia del lector, por lo cual pensara que después de Efraín, de repente se hizo el sermón de Dios a Sion y a la tribu de Judá, cuando es una oración perpetua a Efraín, a quien arriba habló: "Oyendo he oído a Efraín". Y: "Hijo amado para Mí es Efraín, o niño delicado", a quien también ahora habla: "Establécete atalayas", o "exploradores", que te preanuncien que llega tanta felicidad de todas las cosas.

Y lo que sigue, "amarguras" (amaritudines), que en hebreo se dicen THEMRURIM, por las cuales Símaco interpretó "transmutaciones", esto indica que debe llorar o por los antiguos pecados, o por la magnitud del gozo, y convertirse con toda la mente al Señor, y poner o dirigir su corazón al camino por el cual partió, pues de allí ha de volver.

Y lo que por esto dijeron los Setenta: "Da tu corazón sobre los hombros", aquello significa que debe unir los pensamientos a las obras, o contemplar los hombros de los que lo llevan, de los que lo reducen de la cautividad. Lo cual Isaías sigue

más plenamente en los camellos y carros y literas, afirmando que han de ser reducidos (Is. 60).

"Vuelve", dice, "virgen de Israel, vuelve a tus ciudades", que cautiva desertaste: "¿hasta cuándo por la negligencia te disolverás, y por el profundo error vagarás?" Mira lo que he de decir, y de dónde te ha de ser esperada tanta bienaventuranza, atiende diligentemente. Oye lo que nunca antes habías conocido. "Algo nuevo creó el Señor sobre la tierra".

Sin la semilla del varón, sin ningún coito y concepto, una mujer rodeará a un varón en el gremio de su útero, quien según los incrementos de la edad ciertamente parecerá aprovechar por los vagidos y la infancia en sabiduría y edad; pero un varón perfecto será contenido en el vientre femenino por los meses acostumbrados. De donde Símaco y Aquila interpretaron según nuestra edición.

Empero, qué quiso para sí en este lugar la edición Vulgata, podría decirlo, y encontrar algún sentido, si no fuera sacrílego argumentar sobre las palabras de Dios con sentido humano; pero Teodoción, él mismo también consintiendo con la edición Vulgata, interpretó: "Creó el Señor una salud nueva, en la salud circulará el hombre", poniendo el singular por el plural. Y al mismo tiempo ha de notarse esto, que la natividad del Salvador y el concepto de Dios sea llamado "creación".

(Vers. 23, 24.) "Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Todavía dirán esta palabra en la tierra de Judá, y en sus ciudades, cuando

convierta la cautividad de ellos: te bendiga el Señor, hermosura de la justicia, monte santo." "Y habitarán en él Judá, y todas sus ciudades a la vez, agricultores y los que arrean las greyes."

LXX: "Así dijo el Señor de las virtudes, Dios de Israel: Todavía dirán este sermón en la tierra de Judá, y en sus ciudades, cuando reduzca la transmigración de ella: bendito el Señor sobre su justo monte santo, y los que habitan en la tierra de Judea, y en toda ciudad de ella, con el agricultor, y será elevado en la grey."

Según el hebreo es manifiesto que en el regreso de Israel, y vuelta a su tierra la cautividad, habiten las ciudades de Judá, y se les diga por cada una: Te bendiga el Señor, que es verdaderamente hermosura de la justicia, y monte santo, en el cual quien habitare, ningunas insidias temerá. Y habitará sin iniquidad Judá en sus ciudades: y serán agricultores, y multitud de ganados, lo cual en parte parece estar cumplido bajo Zorobabel y Esdras. Mas la plenitud del vaticinio a los tiempos de Cristo se refiera: o en el primer advenimiento, cuando espiritualmente estas cosas se han hecho; o en el segundo todas se cumplen, según nosotros espiritualmente, según los judíos y nuestros judaizantes carnalmente.

Por lo demás, según los Setenta este es el sentido: Todavía este sermón se dirá en la tierra de Judá, y en sus ciudades, cuando convierta su cautividad. ¿Qué se dirá? "Bendito el Señor sobre su justo monte santo". El monte que de justicia, y de santidad merezca recibir la significación, no es otro sino el Salvador. Por lo demás es estúpido, un

monte irracional e insensible por el error judaico creerlo justo y santo. Él mismo es, de quien también en los consiguientes se escribe: "Y en toda ciudad de él", se subentiende del Salvador: "con el agricultor", no es duda que al Señor signifique, de quien en el Evangelio está escrito: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: mi Padre el agricultor" (Jn. 15, 1). De donde también el Apóstol habla: "Agricultura de Dios sois: edificación de Dios sois" (1 Cor. 3, 9).

(Vers. 25, 26.) "Porque embriagué al alma cansada (o porque embriagué a toda alma sedienta) y a toda alma hambrienta sacié (o rellené): por eso me desperté, y vi: y mi sueño me fue dulce".

La mutación de las personas hace oscura la inteligencia de los Profetas. Había dicho el Señor: "Todavía dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando convierta la cautividad de ellos". ¿Y qué dirán? sin duda esto que sigue: "Te bendiga el Señor, hermosura de la justicia, monte santo", etc. Y de nuevo, diciendo ellos aquellas cosas, respondió el Señor: "Porque embriagué al alma cansada, o sedienta, y a toda alma hambrienta sacié". Y diciendo él aquellas cosas, respondió el pueblo, que de la cautividad había venido: "Por eso me desperté, y vi, y mi sueño me fue dulce".

Porque el Señor embriaga al alma cansada, o sedienta, y dice en el Evangelio: "Quien tiene sed, venga a mí, y beba" (Jn. 7, 37). Y: "Quien cree en mí, como dice la Escritura, ríos de su vientre fluirán de agua viva" (Ibíd., 38). Y a toda alma hambrienta sacia, y sedienta. De cuya

sed y hambre el mismo en el Evangelio testifica: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados" (Mt. 5, 6). Y debe notarse que la embriaguez en este lugar se pone en buena parte, de la cual en el Cántico se dice: "Comed, amigos, bebed, y embriagaos, carísimos" (Cant. 5, 1). Con cuya embriaguez también José fue embriagado con sus hermanos al mediodía (Gén. 43). Mas embriagados, y saciados estos, que habían estado cansados, y habían tenido hambre, dan gracias, respondiendo: "Me desperté, y vi al Señor", a saber, resucitándome y diciendo: "Surge, tú que duermes, y elévate de los muertos, e iluminará te el Cristo" (Ef. 5, 14). "Y mi sueño", dice, "me fue dulce", para que imitase las palabras de mi Señor diciendo: "Yo dormí, y quedé soporado, y me levanté, porque el Señor me sostuvo" (Sal. 3, 6).

(Vers. 27 y sigs.) "He aquí que vienen los días, dice el Señor, y sembraré la casa de Israel, y la casa de Judá con simiente de hombres [Vulg. de hombre], y con simiente de jumentos." "Y como vigilé sobre ellos, para arrancar, y demoler, y disipar, y perder, y afligir: así vigilaré sobre ellos, para edificar y plantar, dice el Señor." "En aquellos días no dirán más: Los padres comieron la uva aceda, y los dientes de los hijos se destemplaron, sino que cada uno en su iniquidad morirá." "Todo hombre que comiere la uva aceda, se le destemplarán sus dientes."

"Casa y casa", esto es, "casa de Israel, y casa de Judá", en los Setenta no se tiene: sino solamente "Israel y Judá", para que sea: "y sembraré a Israel

y a Judá". Y lo que infirió: "Con simiente de hombres y de jumentos", a los racionales y simples debemos referirlo. Y como en el principio de Jeremías se le dijo a él: "He aquí que te he constituido hoy sobre las gentes, y sobre los reinos, para que arranques, y destruyas, y pierdas, y disipes, y edifiques, y plantes"; y vigilé sobre ellos para hacer lo que amenacé: "así", dice, "vigilaré ahora sobre ellos, para edificar y plantar." "Pues agricultura de Dios, edificación de Dios sois" (1 Cor. 3, 9).

Todas las repromisiones de esta clase según los judíos y nuestros judaizantes, en el reino de mil años se piensan que han de ser cumplidas. Mas nosotros, diciendo el Apóstol: "Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el incremento" (1 Cor. 3, 6): e Isaías profeta, que el Salvador edificador de setos, y de casas sea memorado (Is. 58), en el primer advenimiento de Cristo espiritualmente cumplidas defendemos, y cumplidas en parte, no del todo: porque ahora en un espejo vemos, y en enigma, y no sabemos como nos conviene saber (1 Cor. 13). Mas cuando lo que es perfecto haya venido, entonces lo que es en parte será destruido. O ciertamente en el segundo creemos que han de ser cumplidas, cuando en su majestad el Señor aparecerá, y haya subentrado la plenitud de las gentes, para que todo Israel sea salvo, y de ninguna manera en parte por cada uno, sino que sea Dios todo en todos (Rom. 11, y 1 Cor. 15).

(Vers. 31, 32.) "He aquí que los días vienen [Vulg. vendrán], dice el Señor, y heriré (o dispondré) para la casa de Israel y para la casa de Judá un pacto (o testamento) nuevo, no según el pacto

(o testamento) que pacté con vuestros padres en el día en que aprehendí la mano de ellos para educirlos de la tierra de Egipto." "Pacto (o testamento) que ellos hicieron írrito, y yo dominé sobre ellos (o yo los descuidé), dice el Señor." "Y [Vulg. pero] este será el pacto (o testamento) que heriré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley en sus vísceras (o en su mente), y en su corazón la escribiré, y seré para ellos por Dios, y ellos mismos serán para mí por pueblo." "Y no enseñarán más cada uno [Vulg. varón y varón] a su prójimo, y cada uno a su hermano, diciendo: Conoced al Señor, porque todos me conocerán desde el mínimo de ellos hasta el máximo, dice el Señor, porque seré propicio a la iniquidad de ellos, y de su pecado no seré memorioso más."

De este testimonio el apóstol Pablo, o quienquiera otro que escribió la Epístola, usó para los Hebreos, y todos de allí en adelante los varones eclesiásticos dicen que en el primer advenimiento del Salvador se completaron todas las cosas, y el nuevo Testamento, esto es el Evangelio, sucedió al viejo Testamento, por el cual la ley de la letra fue permutada por la ley [1073] del espíritu, para que todas las cosas también los sacrificios, y la circuncisión, y el sábado espiritualmente se completaran.

Que empero pongamos "pacto" por "Testamento" es de la verdad hebrea, aunque el Testamento rectamente pacto sea llamado; porque la voluntad y la atestación de aquellos que inician un pacto se contiene en él. Cuando fue educido

Israel de la tierra de Egipto, tanta fue la familiaridad de Dios con aquel pueblo, que se dice haber aprehendido la mano de ellos y haber dado el pacto, que ellos hicieron írrito, y por eso el Señor los descuidó.

Ahora empero en el Evangelio después de la cruz, la resurrección y la ascensión, promete que daría su pacto, no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón. Y como el Testamento del Señor haya sido escrito en la mente de los creyentes, Él mismo es para ellos por Dios, y ellos son para Él por pueblo, de suerte que de ninguna manera busquen maestros judíos, y tradiciones, y mandatos de hombres, sino que sean enseñados por el Espíritu Santo, si empero merecen oír: "Templo de Dios sois, y el espíritu de Dios habita en vosotros" (1 Cor. 3, 19).

Mas el Espíritu sopla donde quiere, y tiene diversas gracias. Y la noticia de un solo Dios es la posesión de todas las virtudes. "Y esto", dice, "se hará, porque seré propicio a la iniquidad de ellos; y de su pecado no me acordaré más".

Por lo cual es perspicuo, según la inteligencia de esta *perícopa*, que lo anterior ha de ser entendido en el primer advenimiento del Salvador, cuando uno y otro pueblo, Israel y Judá, se acopló a Él. Si empero a alguno le causa escrúpulo por qué haya dicho: "Dispondré para la casa de Israel y para la casa de Judá un pacto o Testamento nuevo, no según el pacto que pacté con vuestros padres", entienda que primero la Iglesia de Cristo fue de los judíos, y que a ellos vino el Señor Salvador y dijo: "No he sido enviado sino a las

ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt. 15, 24); y que eso mismo confirmaron los Apóstoles: "A vosotros ciertamente convenía primero decir la palabra de Dios; puesto que la repeléis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos convertimos a las gentes" (Hch. 13, 46). Pues no convenía dar el pan de los hijos a los perros, sino que porque los hijos no quisieron recibir al padre que venía a lo suyo, dio a todos potestad para que quienes le recibieron, se hicieran hijos de Dios (Mt. 15; Jn. 1).

(Vers. 35, 36.) "Esto dice el Señor, que da el sol para lumbre del día, el orden de la luna y de las estrellas para lumbre de la noche, que turba el mar y suenan sus fluctuaciones: el Señor de los ejércitos es su nombre." "Si cesaren las leyes estas (o los estatutos estos) delante de mí, dice el Señor, entonces también la simiente de Israel faltará, para que no sea gente delante de mí todos los días."

Y en el principio del Génesis leemos el sol puesto en el cielo para lumbre del día, la luna también y las estrellas para lumbre de la noche (Gén. 1). Y en el salmo: "El día al día anuncia la palabra, y la noche a la noche indica la ciencia" (Sal. 18, 2), que mutuamente entre sí la noche y el día se suceden. Cómo, dice, de las cosas y máxime de los astros celestes no puede el orden cambiarse, y las fluctuaciones del sonante mar se vuelven a los litorales, y el fragor de los gurgites y de las ondas intumescentes terrible se oye, ni puede más allá proceder, que por la jussión de Dios ha sido preceptuado, según aquello: "Término pusiste que

no traspasarán, ni se volverán a cubrir la tierra" (Sal. 103, 9): así, dice, la simiente y el género de Israel, por la voluntad del Señor será perpetuo, ni en algún tiempo faltará.

Mas las leyes aquí, no las mosaicas deben entenderse, sino la constitución y el orden de la naturaleza. Interroguemos a los judíos, si los cielos perecerán, y todos como un vestido envejecerán; y al Señor se dice: "Mas tú eres el mismo, y tus años no faltarán" (Sal. 101, 28), ¿cómo la simiente de Israel puede ser perpetua? Pues o pereciendo los cielos, perecerá también la simiente de Israel; o si fuese perpetua, por lo tanto ni los cielos perecerán. Porque si la Escritura mentir no puede, y han de perecer los cielos, perecerá por lo tanto también la simiente de Israel, máxime cuando también Jacob habla a los hijos: "Venid, y os anunciaré qué haya de ser en los novísimos días" (Gén. 49, 1). Mas cuando se dice, "en los novísimos días", por lo tanto el mundo cesará de ser, y otra se hará de las cosas disposición [o dispensación]. Esto contra ellos.

Por lo demás que el mundo este no sea perpetuo, también el Evangelio demuestra, diciendo: "El cielo y la tierra pasarán" (Mt. 24, 35). Y: "He aquí que yo con vosotros estoy todos los días hasta la consumación del siglo" (Mt. 28, 20).

(Vers. 37). "Esto dice el Señor: Si se pudieren medir los cielos arriba, e investigarse los fundamentos de la tierra abajo, también yo desecharé a toda la simiente de Israel, por todas las cosas que hicieron, dice el Señor." LXX: "Esto dice el Señor: Si se elevara el cielo más sublime, y si se humillara

el pavimento de la tierra abajo, también yo no reprobaré al género de Israel, dice el Señor, por todas las cosas que hicieron."

Mucho dista en este lugar el hebreo de la edición Vulgata. Digamos primero según el hebreo: "Si se pudieren medir los cielos arriba", y conocerse su altura, "o investigarse los fundamentos de la tierra", y sus extremos ser comprendidos por la razón, "también yo", dice, "desecharé a toda la simiente de Israel, por todas las cosas que hicieron, dice el Señor". Pero [1075] como aquello es imposible, que conozcamos la cumbre de los cielos y los fundamentos de la tierra, así también esto será imposible, que deseche a toda la simiente de Israel. Mas si desechara a toda la simiente de Israel, entonces será medida la cumbre de los cielos, y los extremos de las tierras.

Este silogismo también se teje en el Evangelio, cuando lo imposible se compara con lo imposible: "Más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico pueda entrar en los reinos de los cielos" (Mt. 19). Pues como aquello [Al. lo imposible] no puede hacerse, así ni esto podrá hacerse; que si esto se hiciere, entonces se hará aquello que se pensaba imposible. Yerran, pues, los que disertan este lugar de otra manera, poniendo también aquel testimonio, de que el Hijo pudo pedir al Padre y traer doce legiones de Ángeles en su auxilio.

A este sentido los Setenta tradujeron lo contrario, diciendo: "Si se exaltara el cielo más sublime, y se humillara el pavimento de la tierra abajo; también yo", dice, "no reprobaré a la simiente

de Israel, dice el Señor, por todas las cosas que hicieron". Que si es así, será reprobado el género de Israel. Pues como el cielo no puede ser más sublime de lo que es, ni la tierra ser más humilde de lo que es: así también el género de Israel de ninguna manera podrá ser reprobado.

Si viéramos a los judíos gloriarse en este testimonio según el hebreo, asintamos a ellos que no ha sido desechada toda la simiente de Israel. Pues no todos han sido desechados, sino solo estos que fueron incrédulos.

(Vers. 38). "He aquí que vienen los días, dice el Señor, y se edificará la ciudad para el Señor, desde la torre de Ananeel [Al. Anamehel] hasta la puerta del ángulo; y saldrá más allá la norma (o según Símaco) el funículo de su medida contra ella sobre el collado de Gareb, y rodeará a Goata (o según los Setenta, de piedras elegidas)." "Y todo el valle de las ruinas (por las cuales Teodoción puso el mismo verbo hebreo PHAGARIM (פגרים), y las cenizas y todo Asaremoth (que mejor leemos ASADEMOTH (אשדמות), por lo cual Aquila interpretó los suburbios) hasta el torrente Cedrón, hasta el ángulo de la puerta de los caballos oriental, lo santo del Señor no será arrancado y no será destruido hasta el perpetuo."

Los que reciben el reino de Cristo por mil años en la tierra de Judea, a saber los judíos y nuestros judaizantes, intentan mostrar la torre de Ananeel y la puerta del ángulo, y el collado de Gareb, y Goata, y el valle de Phagarim (de los cadáveres), y todo Asademoth, y el torrente Cedrón, y el lugar del ángulo de la puerta de los

caballos oriental: e allí dicen que el santuario del Señor, esto es, el templo ha de ser condicionado, para permanecer en el perpetuo. Lo cual porque tras la cautividad en tiempos de Zorobabel y Esdras no pueden mostrarlo completado, pasan a los tiempos de Cristo, a quien dicen que ha de venir en la consumación del mundo, para que áurea y gemada según el Apocalipsis de Juan descienda Jerusalén, y en este espacio de tierra, esto es, desde aquel lugar hasta aquel lugar sea edificada por el circuito (Apoc. 21). Y esta brisa de su sospecha captan, de que desde la torre de Anatot, que hoy se llama de Jeremías, separada por tres millas de Jerusalén, hasta el torrente Cedrón, que se escribe en el Evangelio (Jn. 18), y está en el valle de Josafat, donde el huerto estaba, en el cual también Judas el traidor entregó al Salvador, los fundamentos de la ciudad se echen. Leeremos, dicen, en los consiguientes que Hanameel hijo de Salum fue tío paterno de Jeremías, cuyo campo compró, y esta es la torre de Ananeel, ignorantes de la verdad hebrea. Pues aquí según el hebreo se escribe, desde la torre de ANANEEL (חנגאל) por la NUN a saber letra media; allí empero: "He aquí que ANAMEEL (חנמאל) hijo de Salum tu primo vendrá a ti", por la letra media MEM.

Invocando, pues, al Señor Salvador, que tiene la llave de David, que abre y nadie cierra, que cierra y nadie abre; que también abrió el libro sellado de Isaías y de todos los Profetas (Is. 22); y los veinticuatro ancianos teniendo cítaras adoraron (Apoc. 3), porque Él solo pudo descerrajar los divinos misterios, ataquemos el edificio de la ciu-

dad a la cual el sermón profético se dirige: "Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Sal. 85, 2); y: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Sal. 45, 4). Se edifica, pues, la Iglesia desde la torre de la obediencia, o de la gracia, y de los dones de Dios (esto pues se interpreta Ananeel), hasta la puerta del ángulo, la cual aunque parezca tener un inicio sublime, mientras en esta carne subsistimos, la recta línea de la verdad no podemos poseer: sino que en el ángulo estamos y con líneas quebradas, y sale más allá el funículo de la medida contra ella, esto es, la puerta del ángulo, sobre el collado de Gareb, que en nuestra lengua se vierte o morada, o sarna: para que nos enseñe que somos advenas y peregrinos, y no teniendo picor en los oídos, y a la novedad de los dogmas peores no prestar fácilmente el consenso. "Y rodeará", dice, "a Goata", por lo cual interpretaron los Setenta por el circuito, con piedras elegidas, que se vuelven sobre la faz de la tierra y por la piedra angular se constriñen, diciendo el apóstol Pedro: "Y vosotros mismos como piedras vivas sed sobreedificados casa espiritual, sacerdocio santo, ofreciendo hostias espirituales y aceptables a Dios por Jesucristo" (1 Pe. 2, 5). "Y todo", dice, "el valle de Phagarim", que se interpreta de las ruinas; "y las cenizas", se sobrentiende rodeará, para que aunque nos parezca estar en los collados: sin embargo siempre temamos las ruinas y consideremos las cenizas; y penitentes digamos con David: "Porque la ceniza como pan manduqué, y mi copa con llanto mezclaba" (Sal. 101, 10). De donde también a los que yacen se dice:

"¿Acaso el que cae no resurgirá? dice el Señor" (Jer. 8, 4). "Y toda", dice, "Sademoth", que nosotros vertemos en región de la muerte: dividiendo un nombre en dos palabras; SADE (שדה), que se dice región, y MOTH (מות), que se interpreta de la muerte: por lo cual Aquila vertió suburbios, o campos, y ruras. Mas la región de la muerte es región de los pecadores; y la región suburbana es de las delicias, que prosigue hasta el torrente Cedrón, donde fue entregado el Señor, que se interpreta tinieblas (Jn. 18). Mira cuántos lugares tiene la Iglesia, y cómo aquello apostólico: "Para que sea sin mácula ni arruga" (Ef. 5, 27), en lo futuro y en lo celestiales se guarde. Oyes ángulos, oyes sarna, oyes ruinas y cenizas, y la región de la muerte, y las tinieblas, y de tu virtud e impecancia te glorías. Finalmente sigue: "y hasta el ángulo de la puerta". Y este ángulo, para que ninguna verdadera justicia, ni cierta victoria en este siglo se demuestre. El mismo ángulo también de la puerta aunque sea oriental, de donde la luz sale; sin embargo de los caballos se llama: para que indigentes de nosotros nos enseñe por el curso y el certamen, y al fin con el Señor merezcamos oír: "Ascendiste sobre tus caballos, y tu cabalgadura la salud" (Hab. 3, 8). En la puerta oriental, en la puerta de las cuadrigas, la santificación del Señor es. Y entonces nos perfectos pensemos, cuando hubiéramos dicho al Señor: "El carro de Dios de diez mil múltiple miles de los que se alegran: el Señor en ellos en el Sinaí en lo santo" (Sal. 67, 18). Tal género de edificación, que sobre el fundamento de Cristo puesta está, de la cual habla también

el Apóstol: "Como sabio arquitecto el fundamento puse" (1 Cor. 3, 10), nunca se destruirá, sino que permanecerá en el perpetuo. Lo oscuro y difícil más largamente se ha de disertar, para que lo manifiesto más brevemente lo recorramos.

(Cap. XXXII.—Vers. 1 sig.) "Palabra que fue dicha a Jeremías por el Señor en el año décimo de Sedequías rey de Judá, el cual es el año decimoctavo de Nabucodonosor." "Entonces el ejército del rey de Babilonia sitiaba a Jerusalén, y Jeremías el Profeta estaba encerrado en el atrio de la cárcel, que estaba en la casa del rey de Judá." "Pues lo había encerrado Sedequías rey de Judá, diciendo: ¿Por qué vaticinas, diciendo: Esto dice el Señor?".

No solo las palabras y las obras de los Profetas nos son por ejemplo para la virtud. Podía Jeremías lo próspero anunciar, y del rey Sedequías disfrutar la amistad; mas prefería a Dios más obedecer que a los hombres (Hech. 5), y a aquel que puede y al alma y al cuerpo perder en la gehena, que a aquel que tanto en el cuerpo podía tener potestad (Mt. 10). Y esto ha de considerarse, que el décimo año era del reino de Sedequías, sitiada ya Jerusalén, y por el gladio, el hambre y la peste consumida, y con la cautividad vecina, y sin embargo Sedequías persiste en su sentencia, y por alguna parte su clemencia se demuestra, en que de ninguna manera lo mandó en la cárcel, sino en el vestíbulo recluir de la cárcel: a saber, custodia libre, para que no pudiera huir, como si no toda Jerusalén cerrada por las municiones común cárcel hubiera sido de los habitantes. El mismo año es decimoctavo del reino de Nabucodonosor, que

en el cuarto año del rey Joaquín tomó el imperio. Toda empero la causa de la ira del rey es esta, por qué hable en nombre de Dios lo que le había sido mandado:

(Vers. 4, 5.) "He aquí que yo daré esta ciudad en mano del rey de Babilonia, y la tomará." "Y Sedequías rey de Judá no escapará de mano de los caldeos, sino que será entregado en mano del rey de Babilonia, y hablará su boca con la boca de aquel, y sus ojos los ojos de aquel verán." "Y a Babilonia llevará a Sedequías, y allí estará hasta que lo visite, dice el Señor. Que si peleareis contra los caldeos, nada próspero tendréis".

Esta era la causa de la ira regia, por qué antepusiera al mentir la verdad, y tanto la urbe Jerusalén, como a Sedequías el rey dijera que habían de ser tomados: y lo que es más grave, que vería él la boca del rey babilonio, y hablaría humilde y cautivo con la insania del potentísimo rey. Pues más grave terror es, ver a quien temas, y antes de la increpación de las palabras, que el de las penas sostener el suplicio. "Y a Babilonia", dice, "llevará a Sedequías, y allí estará". Por lo cual los Setenta trasladaron: "y a Babilonia entrará"; de los cuales lo uno significa ser arrastrado invicto, lo otro por voluntad proceder. "Y allí", dice, "estará". El verbo pone ambiguo, para que no parezca suplicios y miserias profetizar. Y lo que sigue: "Hasta que lo visite, dice el Señor: y si peleareis contra los caldeos, nada próspero tendréis", en los Setenta no se tiene. Y prudentemente la sentencia templó, que a la buena y a la mala parte puede referirse.

Pues la visitación, como a menudo dije, tanto consolación significa, como suplicio.

(Vers. 6, 7.) "Y dijo Jeremías: fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: He aquí que Hanameel [Vulg. Anemeel] hijo de Salum [o Salón] tu tío paterno (que en hebreo se dice DODACH) viene [Vulg. vendrá] a ti, diciendo: Compra para ti mi campo, que está en Anatot, pues a ti te compete por la propincuidad la compra [Vulg. para que lo compres]". Que oculto para Jeremías fuera hecho el sermón de Dios, nadie podía saberlo, sino indicándolo él mismo, a quien había sido hecho: y se le predice que ha de venir a él Hanameel su tío paterno, y la posesión del campo que había sido suyo le ha de traer; y que es el mismo lugar en Anatot, de los suburbios que a los sacerdotes por cada una de las tribus y ciudades se daban por la ley: ni era lícito que la posesión de una tribu pasara a otra tribu, ni de una familia a otra familia (de donde también las hijas de Salfaad reciben suerte entre sus hermanos), y especialmente los suburbios de los sacerdotes a ningún otro podían ser vendidos hasta el año de la remisión (Núm. 27), sino a aquel a quien la propincuidad de la sangre pedía (Lev. 25). Vino pues a él su tío paterno hermano [Al. primo y padre], y le ofrece la compra, que a aquel por la propincuidad se le debe. Helcías y Salum fueron hermanos germanos. De Helcías hijo, Jeremías; de Salum, Hanameel. Helcías se interpreta, parte del Señor; Jeremías, sublimidad del Señor. Y rectamente la altura del Señor de la parte del Señor nace. Salum empero en nuestra lengua se vierte

paz, o pacífico. Hanameel, don, o gracia de Dios. Ni nos maravillaremos, que a sí la paz se junte y la gracia, cuando también de las Epístolas Apostólicas este principio sea: "Gracia a vosotros y paz" (Rom. 1, 7). Primero pues merezcamos la paz de Dios, y tras la paz para nosotros la gracia nace, la cual no en el del que posee, sino en el arbitrio del que dona está. Trae empero la compra la gracia de Dios a aquel que en lo sublime colocado está, para que aunque parezca excelso, sin embargo de la gracia de Dios indigente sea. Aquello que en el Cántico a menudo se canta por la esposa: "Mi primo", esto es, ho adelphidous mou, en hebreo se dice DODI; por lo tanto no primo, sino patradelphos, esto es, tío paterno ha de decirse.

(Vers. 8.) "Y vino a mí Hanameel hijo de mi tío, según la palabra del Señor, al vestíbulo (o atrio) de la cárcel, y me dijo: Posee (o compra) mi campo, que está en Anatot en la tierra de Benjamín, porque a ti te compete la heredad, y tú eres el propincuo para que poseas (o compres)". Lo que futuro para el Profeta la palabra del Señor había anunciado, al punto con la obra se cumplió. "Vino", dice, "a mí Hanameel", gracia de Dios, "hijo de mi tío", esto es, hijo de la paz. Vino empero en el vestíbulo de la cárcel, y me dijo aquellas cosas, que el Señor que habían de ser dichas por él había predicho. Mas aquel campo sacerdotal, cuya compra y posesión a Jeremías se traía, en Anatot está, en la tierra de Benjamín, de los cuales lo primero obediencia, lo segundo hijo de la diestra suena. Y consiguientemente de aquel apetece la compra, en el cual la obediencia

y la virtud del Señor se versaban. Por lo cual los Setenta presbyteron, esto es, anciano interpretaron, lo cual a este lugar no conviene.

(Vers. 9 sig.) "Entendí empero, que era palabra del Señor, y compré el campo a Hanameel hijo de mi tío, que está en Anatot, y le pesé el dinero, siete estateres, y diez argénteos." "Y escribí en el libro, y lo sellé, y aduje testigos, y pesé el dinero en la balanza." "Y tomé el libro de la posesión sellado, las estipulaciones, y lo ratificado [Al. por estipulación ratificada], y los signos por fuera".

Duro por cierto era y casi inconsecuente, y digno de risa, que aquel que ya ya que había de ser tomada profetizaba Jerusalén, y que todos habían de ser llevados cautivos, o por el gladio, el hambre y la peste habían de perecer, comprara un campo en Anatot, el cual no había de poseer. "Mas entendí", dice, "que era palabra del Señor", y que mi compra al argumento y vaticinio del Señor había de coaptarse: y por eso aquiescí a su precepto para que comprara; ni en vano para mí sobre tal género de cosa de Dios fue hecho el sermón: y pesé de dinero diez y siete siclos, que nosotros en estateres vertimos. El siclo empero veinte tiene óbolos, como en el extremo volumen de Ezequiel se escribe (Ez. 45). Y compró el Profeta por diez y siete siclos, en cuyo número cantó el siervo del Señor David, en el día en que lo libró el Señor de mano de todos sus enemigos, y de mano de Saúl, y dijo: "Te amaré, Señor fortaleza mía; el Señor firmamento mío, y refugio mío, y libertador mío. Dios mío, ayudador mío, y esperaré en él: protector mío, y cuerno de mi salud" (Sal. 17, 1). Que el

diez sea número místico, lo muestra el Decálogo que fue escrito en tablas de piedra por el dedo de Dios, y el día del ayuno y de la propiciación del mes séptimo (Éx. 13). Siete también, en el cual es el verdadero sabatismo y el descanso, que sea santo, por muchos testimonios de las Escrituras lo comprobamos, de los cuales al menos pocos hubiera puesto, si no fuera ocioso enseñar lo que es notorio. En este número pues por el profeta y sacerdote se compra la posesión, y se escribe en el libro y se sella, y se aducen testigos, y el dinero diligentemente se pesa, para que todos los derechos de la venta y de la compra se guarden, y sea cierta la posesión, por estipulaciones y esponsiones robustecida. O bien oye esto...

(Vers. 12.) "Y di el libro de la posesión a Baruc hijo de Nerías [Vulg. Ner] hijo de Maasías a los ojos de Hanameel mi tío paterno, y a los ojos de los testigos, que estaban escritos en el libro de la compra; a los ojos de todos los judíos, que se sentaban en el atrio de la cárcel". Aunque al punto fuera la posesión de dejarse, más bien de comprarse para los pósteros, y por aquel de comprarse que hijos no tenía (ni pues esposa había tomado) sin embargo obediente al imperio del Señor, todas las cosas rite celebra: y el sellado libro de la posesión da a Baruc hijo de Ner hijo de Maasías. Baruc en nuestra lengua bendito se dice; el cual era hijo de Ner, que se interpreta mi lucerna, diciendo el Profeta: "Lucerna para mis pies tu palabra, y luz para mis sendas ardiente" (Sal. 118, 105). Ner también padre de Baruc hijo de Maasías, esto es, de la factura y de la obra del Se-

ñor. Advirtamos pues, por cuántos privilegios de virtudes el discípulo Baruc a Jeremías ministró, diciendo David: "El que camina en vía inmaculada este me ministraba" (Sal. 108, 6). De donde también Eliseo ministro de Elías en tanto plugo a Dios, que tras la traslación del maestro también doble espíritu mereciera recibir (4 Rey. 2). Esto digo para la amonestación de aquellos, que de los hombres malos abusan de los ministerios, y no osan arrojarlos, a los que por la mala conciencia conocen que a sí por el gluten están copulados. Se entrega empero el libro a Baruc a tanto y tal varón, viendo Hanameel, que había vendido, y los testigos que habían suscrito, y cuyos nombres en el volumen de la compra se tenían. Y, "En el conspecto", dice, "de todos los judíos, que se sentaban en el atrio de la cárcel": que a saber o al Profeta habían venido para consolarlo, o por el estudio del temor de Dios, los verbos del Señor oír deseaban.

(Vers. 13 sig.) "Y mandé a Baruc delante de ellos, diciendo: Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Toma estos libros, este libro de la compra sellado, y este libro que está abierto, y ponlos en un vaso de barro, para que puedan permanecer por muchos días." "Pues esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Aún se poseerán casas y campos y viñas en esta tierra".

Estando todos presentes y viendo los que el pasado sermón narró, a Baruc el ministro y discípulo se le manda, no por palabras del preceptor, sino por el imperio de Dios que jubila, que asuma los libros, uno sellado, otro abierto, cuya costum-

bre de las compras hasta aquí se guarda, para que lo que intrínsecamente cerrado los sellos contienen, esto el volumen abierto lo exhiba a los que desean leer: ambos en un vaso de barro, para que puedan permanecer por muchos días. Firme pues era y por largo tiempo después futura la posesión, que con tanta custodia se guardaba, para que ni los libros de la compra puestos fuera, estuvieran expuestos a la rapiña, ni escondidos en el suelo, por el humor de la tierra se disolvieran. Todo esto empero se hace para que entiendan los que veían, que de nuevo ha de ser habitada Jerusalén, y han de ser poseídos los campos, lo cual aunque sin el sermón de Jeremías debieran por sí entender, sin embargo por los sermones del Señor son amonestados, y se les dice: "Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: aún se poseerán casas y campos y viñas en esta tierra". Esto es aquello que Jeremías hace poco había dicho: "Entendí que era palabra del Señor"; y por eso compró el campo, que no había de poseer.

(Vers. 16 sig.) "Y oré al Señor después que entregué el libro de la posesión a Baruc hijo de Nerías, diciendo: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios! (o: Tú que eres, Señor Dios). He aquí que Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran fortaleza, y con tu brazo extendido (o: excelso) no te será difícil (o: imposible) toda palabra (o según los LXX: Nada está escondido ante Ti). Tú que haces misericordia en millares, y devuelves la iniquidad de los padres en el seno de sus hijos después de ellos, fortísimo, grande, potente (lo que en hebreo se dice) GIBBOR: el Señor de los ejércitos (o: de

las virtudes) es tu nombre. Grande en el consejo e incomprensible en el pensamiento. Cuyos ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de Adán (o: de los hombres), para devolver a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus (Vulg. sus) invenciones".

Después de celebrada la compra del campo conforme a derecho, y después de la sentencia del Señor, por la cual prometió que en adelante se poseerían casas, campos y viñas, ora el Profeta al Señor, y expresa el dolor de su corazón con gemidos, diciendo: "¡Ay, ay, ay, Señor Dios!": por lo cual los LXX tradujeron, ho on, esto es, "El que es", Señor Dios, conforme a aquello que se dice a Moisés: "Ve, di al pueblo de Israel: El que es, me envió a vosotros" (Éx. III, 14). No porque otros no "sean"; sino que una cosa es el ser de la criatura por beneficio del Creador, porque subsiste; otra cosa, por la eternidad de la naturaleza. Alaba al Señor, y por las criaturas pregona al Creador. Y primero ensalza con sus voces su potencia y misericordia, y justicia sobre todo el género humano: luego pasa a Israel, y describe con célebre (Al. veloz) discurso cuántas cosas le ha concedido. Y después de tantos beneficios, dice que ellos, inmemores de sus bienes, provocaron la clemencia a la amargura, de modo que es sitiada la ciudad, y antes que se haga en ella la irrupción de los enemigos, es consumida por el hambre, y por la espada, y por la peste. Todo esto empero lo antepuso para inferir consecuentemente aquello que parecía redundar en reproche de la divina sentencia. "¿Y Tú me dices, Señor Dios: Compra

el campo por plata, y presenta testigos, siendo que la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos?" Este es entre tanto todo el contexto de este lugar.

(Vers. 20 sig.) "Tú que pusiste señales y prodigios en la tierra de Egipto hasta el día de hoy, y en Israel y en los hombres (o: terrígenos), y te hiciste un nombre como es el día de hoy, y sacaste a tu pueblo Israel de la tierra de Egipto con señales y prodigios, y con mano fuerte, y brazo extendido, y con gran terror. Y les diste esta tierra, que juraste a sus padres que les darías, tierra que mana leche y miel. Y entraron, y la poseyeron, y no obedecieron a tu voz, ni caminaron en tu ley; todas las cosas que les mandaste que hicieran, no las hicieron, y les han sobrevenido todos estos males".

De lo general pasa a lo especial, y recorre en breve discurso qué es lo que propiamente concedió a Israel. "Tú que pusiste", dice, "señales y prodigios en la tierra de Egipto", con los cuales fue afligida Egipto "hasta el día de hoy, y en Israel y en los hombres o terrígenos". Esto que se dice, "hasta el día de hoy", ha de unirse a lo posterior, para que leamos: "y en Israel, y en todos los mortales diariamente se cumplen tus señales". O de otro modo: no sólo en Egipto perpetraste señales y prodigios, sino que hasta hoy esa misma fortaleza de tu misericordia ha salvado a tu pueblo, y socorres a todo el género humano con la potestad del Creador. Y esto ha denotarse, que separa a Israel de los hombres y terrígenos, conforme a aquello: "Mi hijo primogénito Israel". "Y te hiciste un nombre como es este día" (Éx. IV, 22). Tus

alabanzas, dice, se celebran por el habla de todo el orbe. "Y sacaste a tu pueblo Israel de la tierra de Egipto". Bellamente dijo, "tu pueblo", pues en aquel tiempo en que fue sacado, servía al imperio del Señor. Mas "lo sacaste con señales y prodigios", con los cuales era herido Egipto, "y con mano fuerte, y con brazo extendido, y con gran terror": cuando el Mar Rojo abrió camino al pueblo de Israel que pasaba, y oprimió al ejército egipcio. "Y les diste esta tierra, que juraste a sus padres que les darías": a saber, a Abrahán, Isaac y Jacob. Por tanto, recibieron la tierra de la promesa no por su mérito, sino por la virtud de sus padres.

(Vers. 24, 25.) "He aquí que las obras de asedio han sido levantadas contra la ciudad, para que sea tomada: y la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos, que pelean contra ella a causa de la espada, y del hambre, y de la pestilencia. And todas las cosas que hablaste han sucedido, como Tú mismo ves: ¿y Tú me dices, Señor Dios: Compra el campo por plata, y presenta testigos, siendo que la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos?"

Era el año décimo del rey Sedequías, pues así está escrito: "La palabra que fue hecha a Jeremías por el Señor en el año décimo de Sedequías rey de Judá: entonces el ejército del rey de Babilonia sitiaba a Jerusalén, y Jeremías el profeta estaba encerrado en el atrio de la cárcel". Y rectamente se dice ahora: "He aquí que las obras de asedio han sido levantadas contra la ciudad, para que sea tomada: y la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos"; no tienen a quiénes vencer, sino

(Al. sino) a quiénes tomar. Pues ya han sido consumidos por la espada, el hambre, la peste: y todas las cosas que dijiste, vemos que se han cumplido; ¿cómo pues me dices, Señor: "Compra el campo por plata, y presenta testigos; siendo que la ciudad ha sido entregada en mano de los caldeos?" Por tanto no reprende, sino que interroga: ni tanto quiere aprender para sí, como para los otros, que se sentaban en el atrio de la cárcel; y tal vez tácitamente reprendían cómo el mismo profeta, a quien creían que anunciaba la verdad, diga que la ciudad ha de ser tomada y compre un campo como si fuera a poseerlo.

(Vers. 26 sig.) "Y fue hecha palabra del Señor a Jeremías, diciendo: He aquí que Yo soy el Señor, el Dios de toda carne. ¿Acaso me será algo difícil (o: imposible): o se me ocultará toda palabra? Por tanto, esto dice el Señor: He aquí que Yo entregaré esta ciudad en mano de los caldeos, y en mano del rey de Babilonia, y él la tomará. Y vendrán (o: entrarán) los caldeos que pelean: vendrán los caldeos contra esta ciudad, y la encenderán con fuego, y la quemarán, y las casas en cuyas azoteas sacrificaban a Baal, y libaban libaciones a dioses ajenos para irritarme".

A las cosas tristes añade las alegres, y después de la subversión de Jerusalén, promete el regreso al pueblo cautivo. Y primero expone las causas de la ofensa y del justo furor de Dios, para que cuanto mayor sea la culpa de los pecadores, tanto más amplia sea la clemencia del Creador para con ellos. "Yo", dice, "soy el Señor, el Dios de toda carne". De ningún modo sólo de todas las nacio-

nes, ni del pueblo de Israel, o ciertamente, como suele decir con frecuencia de los santos, "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob": sino que Dios dijo "de toda carne", para que se crea que Él mismo hizo tanto a los animales racionales como a los brutos. Pues hay quienes confiesan la providencia del Creador hasta los seres racionales: mas afirman que los animales brutos o mueren o viven por azares fortuitos. Y el discurso profético declara que nada hay que escape a la providencia y ciencia de Dios; porque unas cosas fueron creadas por sí mismas, otras para uso de los hombres. ¿Acaso me será algo difícil o imposible: o ciertamente se me ocultará toda palabra? y arriba dijimos: "Las cosas que son imposibles para los hombres, son posibles para Dios". Palabra empero debemos aquí y en muchos otros lugares tomarla por "cosas". Pues ¿qué es, dice, "ha sido hecha palabra"? "Por tanto esto dice el Señor". ¿Qué pues había precedido, para que pusiera la conjunción causal, diciendo: "Por tanto esto dice el Señor"? Porque, dice, es mi cuidado regir todas las cosas, disponerlo todo, y devolver a cada uno según sus caminos: "por eso Yo entregaré esta ciudad en mano de los caldeos, y en mano del rey de Babilonia, y la tomarán".

(Vers. 30.) "Pues eran los hijos de Judá y los hijos de Israel los que continuamente (o: solos) hacían lo malo ante mis ojos desde su adolescencia". La palabra hebrea ACH, Áquila la interpretó como plen, que significa la conjunción "no obstante". La primera edición de Símaco, y los Setenta, y Teodoción, interpretaron "solos".

La segunda de Símaco empero vertió di'olou, al cual también nosotros hemos seguido por el momento, para decir "continuamente".

Digamos pues primero según el hebreo: los hijos de Israel y los hijos de Judá haciendo continuamente el mal. Tanto las diez, dice, como las dos tribus hicieron el mal sin cesación, y fue continua en ellos la perseverancia en las pésimas obras. Mas si fue continua y siempre en todo el pueblo, ¿Dónde está la justicia sempiterna? Por otra parte, según los LXX, que dijeron: "Solos haciendo el mal", surge la cuestión: ¿Acaso las otras naciones en aquel tiempo en que Israel y Judá pecaban, no hicieron el mal? Lo cual se resuelve así: El que tiene noticia de Dios y se retira de Él, sólo él peca a los ojos de Dios; mas los que permanecieron incrédulos, como si Él no viera y fuera negligente, delinquen. De donde también David, varón santo, porque había caído en el pecado de la mujer de Urías, Betsabé, haciendo después penitencia (2 Sam. 12), habla: "A Ti solo pequé, e hice el mal ante Ti" (Sal. 50, 6), esto es, en tu presencia. Finalmente se une: "Solos haciendo el mal ante (Al. añade mis) ojos, en mi presencia desde su adolescencia". Y lo que sigue: "Los hijos de Israel que hasta ahora me exacerban con la obra de sus manos, dice el Señor", no se tiene en los LXX, y ha sido añadido del hebreo. Como empero desde su adolescencia hasta el día presente han delinquido continuamente, por eso es justa la sentencia de Dios, y con mérito la Escritura conecta:

(Vers. 31.) "En mi furor y en mi indignación me ha sido hecha esta ciudad desde el día en que la edificaron hasta este día, en que es quitada de mi presencia". Si desde aquel tiempo en que fueron echados los cimientos de la ciudad hasta este día, cuando es capturada y encendida, y quitada de la presencia del Señor, estuvo siempre en el vicio, y provocó contra sí la indignación del Señor: ¿dónde está (como ya dijimos a menudo) el descanso de los pecados?

(Vers. 32.) "A causa de la malicia", dice, "de los hijos de Israel y de los hijos de Judá, que hicieron, provocándome a la ira, ellos y sus reyes, y sus príncipes, sus sacerdotes y sus profetas, los varones de Judá y los moradores de Jerusalén". Porque arriba había dicho: "En mi furor y en mi indignación me ha sido hecha esta ciudad desde el día en que la edificaron hasta este día en que es quitada de mi presencia"; y había mostrado que nadie generalmente había estado sin pecado, ahora enumera por partes—tanto a los reyes como a los príncipes, y a los sacerdotes y a sus profetas—y comprendiéndolo todo en un solo discurso: "Varones", dice, "de Judá y moradores de Jerusalén". Y bellamente no dijo: "Mis reyes, y mis príncipes, y mis sacerdotes, y mis profetas": sino que porque pecaron, "sus reyes, y sus príncipes, y sus sacerdotes, y sus profetas". "Y me volvieron las espaldas, y no la cara". Según aquello que está escrito en otra parte: "Y volvieron contra mí el hombro que se retira" (Zac. 7, 11). Pues el que ruega, con el cuello inclinado se derrama prono en tierra: mas el que vuelve la espalda, indica con

el mismo gesto del cuerpo que desprecia al que amenaza. Y esto, dice, hacían.

(Vers. 33.) "Cuando yo los enseñaba desde el alba, y los instruía, y no querían oír, para recibir la disciplina". Ahuyentadas las tinieblas del error y todo culto de los ídolos, confutada mi sentencia, diariamente deseaba iluminar sus corazones y enseñar las cosas rectas. Y para que conservara el libre albedrío, añade y dice: "Y no querían oír para recibir la disciplina". Sigue:

(Vers. 34.) "Y pusieron sus ídolos en la casa en que ha sido invocado mi nombre, para que la contaminaran". No sólo en aquel tiempo puso Judá en el Templo de Dios la estatua del ídolo, que leemos en el principio de Ezequiel (Ez. 8): sino que hasta hoy en la casa de Dios, que se interpreta la Iglesia, o en el corazón y el alma de los creyentes, se pone el ídolo cuando se constituye un nuevo dogma, y según el Deuteronomio se adora en lo escondido (Dt. 4). "¿No sabéis", dice, "que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (1 Cor. 3, 16).

(Vers. 35.) "Y edificaron lugares excelsos (o: aras) a Baal, que están en el valle del hijo de Enón, para iniciar a sus hijos y a sus hijas al ídolo Moloc". En lugar de "iniciar", en hebreo está escrito EBIR, lo cual Áquila y Símaco interpretaron como "hacer pasar"; los Setenta y Teodoción interpretaron "ofrecer". Sobre el valle de los hijos de Enón, que en hebreo se dice GEENNOM, ya hablamos arriba más plenamente: que está situado bajo las fuentes de Siloé, y por su amenidad, al ser lugar regado, provocó al pueblo (Al. añade de Israel) a

la lujuria, a la cual sigue el culto de los ídolos. Ha de notarse también que las aras y los lugares excelsos se llaman BAMOTH en lengua hebrea, por causa de aquellos que en el volumen de Samuel y de los Reyes dudan qué significa esta palabra. Moloc es el ídolo de los amonitas, que se vierte como "rey". Significa empero la divina Escritura que el pueblo sirvió en aquel mismo lugar no sólo al ídolo Baal, sino también a Moloc y a todos los demonios.

"Lo cual no les mandé: ni subió a mi corazón que hicieran esta abominación, y condujeran a Judá al pecado". Propiamente las tribus de Judá y Benjamín veneraron los simulacros de los demonios en el templo de Baal y Moloc (3 Rey. 12). Mas es manifiesto que las diez tribus, que se llaman Samaria, José y Efraín, habitaron (Al. quisieron) los becerros de oro en Betel y Dan. Y fue tanto el mal que se hizo por el pueblo, que Dios testifica que nunca había pensado, ni había subido a su corazón, lo que ellos habían de hacer. Todo esto empero se dice antropopáticamente (anthropopathos).

"Y ahora por causa de estas cosas, esto dice el Señor, el Dios de Israel, a esta ciudad, de la cual vosotros decís que es entregada en mano del rey de Babilonia por la espada, y por el hambre, y por la peste". Así como a los que esperan auxilio y confían en la firmeza de los muros se profetiza que Jerusalén ha de ser subvertida, y el pueblo ya muy pronto ha de ser capturado, y ha de perecer antes de la cautividad por la espada, el hambre y la peste: así a los que desesperan, y después

de la subversión de la ciudad no esperan ninguna salvación, les promete su auxilio, para que tanto la confianza y la soberbia merezcan la justa sentencia, como la desesperación y la humildad merezcan el auxilio de Dios.

(Vers. 37 y sigs.) "He aquí que yo los congregaré de todas las tierras a las cuales los arrojé en mi furor, y en mi ira, y en indignación grande, y los reduciré a este lugar, y los haré habitar confiadamente." "Y serán para mí por pueblo, y yo seré para ellos por Dios." "Y les daré un corazón uno, y una vía una, para que me teman todos los días, y les vaya bien a ellos y a sus hijos después de ellos." "Y heriré con ellos un pacto sempiterno (o dispondré un testamento eterno), y no cesaré de hacerles bien, y daré mi temor en el corazón de ellos, para que no se retiren de mí." "Y me alegraré sobre ellos, cuando les hubiere hecho bien (o y los visitaré, para hacerles bien)." "Y los plantaré en esta tierra en verdad (o en fe), en todo mi corazón, y en toda mi alma."

Muchos piensan que esto se completó en el tiempo de Zorobabel hijo de Salatiel, y de Jesúa hijo de Josedec el gran sacerdote, cuando Ageo y Zacarías profetizaron bajo Esdras el sacerdote, cuando fue edificado el Templo, y bajo Nehemías fueron construidos los muros en circuito: de suerte que a quienes antes había derribado en furor, y en ira, y en indignación grande de Jerusalén, y en todo el orbe había dispersado; después reducidos los hizo habitar confiadamente, y fueron el pueblo de Dios; y el Señor fue el Dios de ellos, y lo demás que la Escritura entreteje.

Mas cómo pueda esto acoplarse a aquel tiempo: "Los haré habitar confiadamente, y heriré con ellos un pacto sempiterno, o dispondré para ellos un testamento eterno", de ninguna manera puede ser aprobado: puesto que leemos, y la sacra historia narra, que no solo por las naciones vecinas, sino también por los persas y macedonios, y egipcios y romanos fueron a menudo capturados, y hasta ahora sirven.

[1091] Todas las cosas, por tanto, han de ser referidas al advenimiento del Salvador: las cuales cosas vemos cumplidas en nuestro tiempo y el de la fe, y la elección de los remanentes según el Apóstol ha sido salva (Rom. 9). Y a los que en Cristo habitan confiadamente, se les ha dado un corazón uno según aquello que está escrito: "Mas de la multitud de los creyentes era un corazón uno y una alma una" (Hch. 4, 32). Y "vía", dice, "una" a aquel que dice: "Yo soy el camino, la verdad, y la vida" (Jn. 14, 6). Y "para que me teman todos los días". Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. 9).

Dice "todos los días": porque si a los judíos no les compete, de nuestro pueblo ha de ser entendido: al cual bien le fue, y es, y será, no solo a ellos mismos, sino también a sus hijos después de ellos. Pues con nosotros pactó un pacto sempiterno: ni cesará de hacernos bien más adelante. Y lo que sigue: "Y daré mi temor en el corazón de ellos, para que no se retiren de mí", así otorga el libre albedrío, que sin embargo el mismo temor que se tribuye permanezca gracia del dador.

"Y cuando", dice, "les hubiere hecho bien, me alegraré". Se alegra pues porque ve que su criatura ha sido salvada. De donde también es el gozo de los Ángeles en los cielos sobre un pecador que hace penitencia (Lc. 15). "Y los plantaré", dice, "en esta tierra en verdad", o (como los Setenta tradujeron) "en fe", para que propiamente signifique al pueblo cristiano cuya religión es la fe.

"En todo mi corazón, y en toda mi alma". Si son palabras del Señor Salvador, rectamente su corazón y su alma se cree ser de Él, que dice en el Evangelio: "Potestad tengo de poner mi alma, y potestad tengo de tomarla de nuevo" (Jn. 10, 18). Mas si lo recibimos de la persona de Dios Padre, según aquello ha de ser entendido: "Vuestras neomenias y sábados, y días festivos odia mi alma".

(Vers. 41 y sigs.) "Porque así dice el Señor: Como traje sobre este pueblo todo este mal grande, así traeré sobre ellos todo el bien que yo les hablo." "Y se poseerán campos en esta tierra, de la cual vosotros decís que está desierta porque no ha quedado hombre ni jumento [1092], y ha sido dada en mano de los caldeos." "Se comprarán campos por dinero, y se escribirán en libro, y se imprimirá el sello, y se adhibirá testigo en la tierra de Benjamín, y en el circuito de Jerusalén, en las ciudades de Judá, y en las ciudades montuosas, y en las ciudades campestres (o Sephela) y en las ciudades del Nageb (esto es, las que están al sur), porque convertiré la cautividad de ellos, dice el Señor."

Estas cosas según la letra, aunque precedieron en tipo después del regreso de los caldeos, cuando al imperio del rey Ciro regresó el pueblo a Judea: sin embargo espiritualmente en Cristo y los Apóstoles más verdadera y plenamente se cumplen. Entonces tanto hombres como jumentos fueron reducidos a la Iglesia según aquello que está escrito: "A hombres y jumentos salvarás, Señor", tanto a los racionales como a los simples. Entonces los campos fueron comprados por dinero, para que nos hiciéramos amigos del inicuo mamón, que nos recibieran en los tabernáculos eternos (Lc. 16).

Y escritos en el libro, sin duda de los vivientes. Y fue impreso el signo del estandarte de la cruz del Señor y de la victoria; y los testigos adhibidos fueron los Mártires, y todo el coro de los santos.

En la tierra de Benjamín, donde está la fortaleza del Señor, y en el circuito de Jerusalén, en la cual está la visión de la paz, y la eterna seguridad: en las ciudades de Judá, en las cuales está la verdadera confesión de Cristo. Y en las ciudades montuosas, de las cuales una es de la que se dice: "No puede esconderse una ciudad puesta sobre un monte" (Mt. 5). Y en las ciudades campestres, que en hebreo se llaman SEPHELA; para que de lo profundo y de lo deprimido por la igualdad de los campos caminemos a lo sumo. Y las ciudades que están al sur: lo que los Setenta tradujeron Nageb, donde está el mediodía y la plena luz de la verdad.

Mas cuando todas estas cosas hubieren sido hechas, se cumplirá lo que está escrito: "Convertiré la cautividad de ellos, dice el Señor", de lo

cual está escrito: "Subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad" (Sal. 67, 19). Recibió, o (como el Apóstol dice) dio dones a los hombres (Ef. 4, 8).